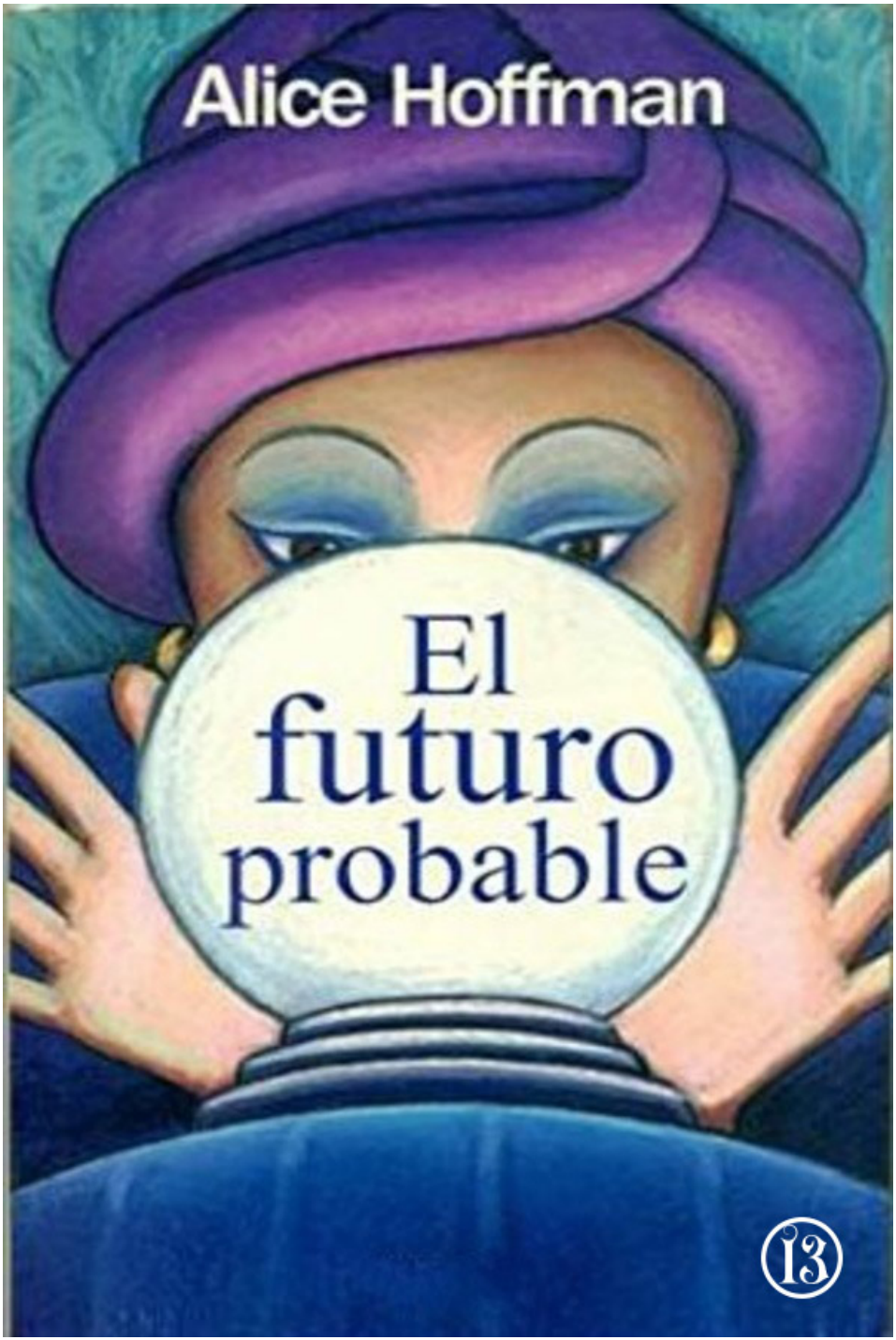
Alice Hoffman
El futuro probable

El futuro probable es la historia de la familia Sparrow y de la lucha de la joven Stella por aprender a manejar su incómoda clarividencia, un don que se convierte en un problema cuando una de sus premoniciones hace que su padre vaya a parar a la cárcel acusado de asesinato. Esta dura prueba conducirá a la joven a la casa familiar, un lugar histórico lleno de talismanes ancestrales.

Las Sparrow son mujeres extraordinarias que han gozado de poderes sobrenaturales desde épocas muy lejanas; sus dones se han ido sucediendo y variando con cada generación. Desde Rebecca, que allá por el siglo XVII era insensible al dolor, pasando por Leonie o Sophie, que caminaban sobre fuego o veían en la oscuridad, hasta llegar a Jenny, capaz de percibir los sueños. Tres generaciones en busca de la reconciliación y del amor.

Alice Hoffman

El futuro probable

Título original: *The Probable Future*
Alice Hoffman, 2003
Traducción: Carolina Sanín, 2004

-

Revisión: 1.0
17/08/2021

Para Tom

En memoria de mi madre, Sherry Hoffman,
que vivió sin límites,
y de mi querido amigo Maclin Bocock Guerard,
un gran escritor y un alma bella.

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud eterna para el redactor Stacy Creamer, para mi editor Stephen Rubin y para mis queridos agentes, Elaine Markson y Ron Bernstein.

Gracias a mis primeros lectores, Elizabeth Hodges, Carol DeKnight, Maggie Stern Terris, Sue Standing, Daniel Kumin, Perri Klass y Tom Martin, por su amistad, su apoyo y sus conocimientos sobre el derecho, la medicina, la música y el ser humano.

Gracias a los diseñadores Marysarah Quinn y Jean Traina, a Isolde Ohlbaum, y a la fotógrafa Debi Milligan. Gracias también a mis editores de Vintage UK y de Chatto & Windus, especialmente a Alison Samuel.

PRIMERA PARTE

LA VISIÓN

I

Todo el que nace y crece en Massachusetts aprende pronto a reconocer el final del invierno. Antes de gatear, los bebés ya levantan la mano y señalan desde la cuna la nueva claridad del cielo. Hay hombres sensatos que lloran al oír la primera llamada de las currucas, y mujeres cabales que, antes de que el hielo se haya acabado de derretir, se desnudan y se zambullen en los brazos del río y en los estanques. No les preocupa que los dedos de las manos y de los pies se les pongan morados. La fiebre de la primavera afecta por igual a viejos y a jóvenes; nadie está a salvo. La primavera no hace distinciones, llega cuando la felicidad menos se espera, cuando la alegría es sólo un recuerdo, el cielo está aún encapotado y la nieve sigue acumulada en el suelo duro y frío.

¿Cómo no van a alegrarse los ciudadanos de Massachusetts cuando la primavera se acerca? El invierno en Nueva Inglaterra es cruel e inclemente, infunde una melancolía particular y una desesperanza que parece invencible. En los pequeños pueblos de los alrededores de Boston, los cielos plomizos y los paisajes nevados causan un daltonismo temporal, afección que sólo cura la aparición de los primeros brotes verdes. No es inusual ver que en algunos pueblos todo el mundo tiene en marzo los ojos llorosos. Y hay quien afirma que ve claro por primera vez en meses.

Algunas personas tardan más en reconocer las señales de la

primavera. Desconfían de marzo, dicen que es el mes más peligroso del año. Obstinados, siguen llevando abrigos de paño en los días más bonitos. Incluso con una visión perfecta, dicen que en esta estación resbaladiza es imposible distinguir una alfombra de campanillas de invierno de una placa de hielo. Tales personas no acaban de creer que los leones puedan convertirse en corderos. Según ellos, los nacidos en marzo poseen rasgos curiosos, rasgos que reflejan las veleidades de la estación, cálida un instante y fría al instante siguiente. Marzo es poco fiable, nadie puede negarlo. Sus hijos, se dice, son igual de impredecibles que él.

En algunos casos esto es absolutamente cierto. Tal y como dice la historia, la familia Sparrow sólo ha dado a luz a niñas. Todas han conservado el apellido materno y han celebrado su cumpleaños en marzo. Incluso las hijas que debían nacer dentro de los márgenes nevados de febrero o los nublados márgenes de abril se las arreglaban para venir al mundo en marzo. Sin importar para cuándo estuviera programado su nacimiento, tan pronto como las primeras campanillas florecían en Nueva Inglaterra, un bebé Sparrow comenzaba a agitarse. Cuando empezaban a salir las hojas y el azafrán abría sus pétalos, el vientre no podía albergar más a la niña, pues la fiebre de la primavera era inminente.

Las niñas Sparrow eran tan distintas como los días de marzo. Algunas eran tranquilas, tenían ojos grandes, nacían con las manos abiertas, signo de un carácter generoso, mientras que otras llegaban al mundo chillando, irritadas, tan indignadas que enseguida se las envolvía en mantas azules para protegerlas de las enfermedades nerviosas y de la apoplejía. Algunas Sparrow habían nacido mientras caían copos de nieve grandes y suaves, y el puerto de Boston se congelaba. Otras habían nacido en días soleados, y habían tomado su primera bocanada de aire mientras los tordos construían nidos con paja y ramas y el arce rojo se encendía con sus primeros brotes.

Pero nunca antes en la familia Sparrow, ni en las primaveras suaves ni en las terribles, había nacido una niña con los pies por delante, la marca de los sanadores. Hasta que llegó al mundo Stella Sparrow Avery. Durante doce generaciones, las Sparrow habían

tenido el pelo negro como la tinta y ojos grandes y sombríos. Stella, en cambio, era rubia. Las enfermeras supusieron que había heredado el pelo rubio ceniza y los ojos castaños de la familia de su atractivo padre. El alumbramiento fue difícil, y puso en riesgo las vidas de la madre y la criatura. Todos los intentos por darle la vuelta a la niña fallaron, y los médicos empezaron a temer lo peor. La madre, Jenny Avery, una mujer independiente y práctica que se había fugado de casa a los diecisiete años y era tan segura de sí como poco sentimental, llamaba a gritos a su madre. Este clamor por su madre, que había sido fría y distante, y con quien ella no hablaba desde hacía más de una década, sorprendió a Jenny más que los dolores del parto. Es increíble que Elinor Sparrow no la haya oído, pues aunque se encontraba a unos ochenta kilómetros de Boston, los gritos de Jenny eran tan desgarradores, tan desesperados que podían alcanzar incluso el corazón más duro y remoto. Las otras mujeres del pabellón de maternidad, que empezaban el trabajo de parto, se taparon los oídos, pusieron en práctica sus técnicas de respiración, y rezaron para que su alumbramiento fuera más fácil que aquél. Los camilleros desearon haberse quedado en casa, en la cama, bajo las mantas. A los pacientes de la unidad de cardiología se les aceleró el corazón, y en la cafetería los pasteles de limón se cortaron y terminaron en la basura.

Finalmente la niña nació, tras diecisiete horas de esfuerzos brutales. El obstetra tuvo que quebrar el hombro diminuto para facilitar la salida, pues el ritmo cardíaco de la madre descendía vertiginosamente. En el preciso instante en que la cabeza de la niña salió y Jenny Avery creyó que iba a perder el sentido, el cielo se despejó para revelar la mancha plateada de la Vía Láctea, el corazón del universo. Jenny parpadeó ante la súbita claridad que entró a raudales por la ventana. Vio cuán hermoso era el mundo, como si lo viera por vez primera. La bóveda celeste, la negra noche, la vida de su hija, todo le llegaba al mismo tiempo, envuelto en un rayo de luz.

Jenny no había deseado tener un bebé especialmente. A diferencia de otras mujeres, no había ansiado un hijo. No miraba anhelante los caballitos de madera ni las cunas. La relación

tormentosa con su madre la había hecho recelar de los lazos familiares, y su matrimonio con Will Avery, uno de los hombres más irresponsables de Nueva Inglaterra, no proporcionaba el mejor ambiente para criar a un niño. Y sin embargo, había ocurrido: el bebé llegó en una noche estrellada, en marzo, el mes de las Sparrow, mes de nieve y primavera, de leones y corderos, de finales y principios, mes verde y blanco, mes de los corazones rotos y de los buenos auspicios.

La niña no dejó oír su voz hasta que no estuvo envuelta en una frazada de franela. Entonces, de su boca salieron breves aullidos, como los de un gato atrapado en un charco. La calmó el doctor fácilmente, con un par de palmaditas en la espalda. Pero fue demasiado tarde: sus gritos habían traspasado a Jenny como un anzuelo, habían atravesado su sangre y sus huesos. Jenny Sparrow Avery dejó de ver a su marido y a las enfermeras con las que éste flirteaba. No le importó ya la sangre derramada, no le importó que las piernas le temblaran, ni siquiera le interesó la Vía Láctea. Sus ojos se llenaron de vertiginosos círculos de luz. Pinchazos de luz trémula brillaban bajo sus párpados. No era el brillo de las estrellas; se trataba de un fulgor distinto. Lo comprendió cuando el doctor le entregó a la niña, con el hombro derecho envuelto en esparadrapo blanco como un ala rota. Jenny miró el rostro tranquilo de su hija, y allí, en la quinta planta del Brigham and Women's Hospital, entendió lo que significaba estar ciega de amor.

Las enfermeras que habían atendido el parto hicieron un corro alrededor de la criatura. La arrullaban y la elogiaban. Aunque habían visto cientos de recién nacidos, esta niña era sin duda especial. No la distinguía su pelo rubio, ni su piel luminosa, sino la dulzura de su carácter. Buena como el oro, murmuraban contentas, silenciosa como la ceniza. Hasta el más amargado habría tenido que reconocer que se trataba de una criatura excepcional. Quizá su carácter se debía a la fecha de su nacimiento, el veinte de marzo, el equinoccio, el único día del año en que la noche y el día tienen la misma duración. De hecho, en el pequeño cuerpo exhausto parecían coexistir todos los rasgos del mes: la suavidad y la aspereza, la luz y

la oscuridad. La niña había de sentirse tan cómoda entre los leones como entre los corderos.

Jenny le puso el nombre de Stella, con la aprobación de Will. A pesar de los muchos problemas de su matrimonio, en algo estaban de acuerdo: la niña era su estrella, maravillosa y radiante. No había nada que Jenny no estuviera dispuesta a hacer por su hija. Ella, que no había hablado con su madre en años, que ni siquiera había enviado a casa una postal desde que escapara con Will, se sentía impotente ante la poderosa fuerza del instinto maternal. Estaba encantada con la pequeña; el resto del mundo se había desvanecido en un momento y sólo existía su Stella. No dejaba que la niña estuviera sola nunca. Incluso en el hospital, la mantuvo a su lado y se opuso a que la llevaran a la sala de neonatos. Jenny Sparrow Avery sabía con exactitud lo que podía ocurrir si no vigilaba constantemente a su niña. Sabía cuánto podían distanciarse una madre y una hija.

No estaba dispuesta a repetir la historia. Los errores familiares y los traumas del pasado no regirían su destino. Eso se decía todas las noches mientras contemplaba a su niña dormida. El pasado no era más que un grillete de plomo del que uno tenía el deber de liberarse. Era posible romper las cadenas, sin importar cuán viejas y herrumbrosas fueran. De eso estaba segura. Era posible forjarse una vida nueva. Pero las cadenas hechas de sangre y de recuerdos eran mil veces más difíciles de romper que las de acero, y el pasado podía tomar ventaja si uno no tenía cuidado. Debía estar atenta. De lo contrario, se vería cometer los mismos errores de su madre y caldearía sus mismos resentimientos.

Jenny no estaba dispuesta a relajarse ni a dar por sentada la buena suerte. Jamás bajaba la guardia. Otras madres pasaban horas en el teléfono y contrataban niñeras; se sentaban con sus bebés en el Common de Boston en los días de sol, y hacían ángeles de nieve en las tardes brumosas. Ella no tenía tiempo para esas tonterías. Tenía dos días para prevalecer sobre su legado familiar, y eso pensaba hacer, a toda costa.

En poco tiempo, se convirtió en una de esas madres que se

aseguran de que no entren corrientes por las ventanas, de que sus hijos nunca se acuesten tarde y no jueguen en el parque bajo la lluvia, causa segura de bronquitis y de pleuresía. En la casa estaban prohibidos los gatos porque soltaban pelo, y los perros por el moquillo, por no hablar de las alergias y las pulgas. No importaba que Jenny hubiera aceptado un trabajo que despreciaba en el banco de la calle Charles ni que su vida social fuera inexistente. Los amigos desaparecían, los conocidos habían llegado a evitarla. Pasaba los días revisando solicitudes de préstamos hipotecarios, mortalmente aburrida. Pero eso no le preocupaba. Su único interés era Stella. Pasaba los sábados picando brócoli y col rizada para preparar sopas alimenticias; pasaba las noches en vela a causa de los dolores de oído de Stella, de los dolores de estómago, de la varicela y de la gripe. Ataba botines y repasaba lecciones sin quejarse jamás. Consolaba el llanto, ayudaba en los deberes de matemáticas, ideaba tratamientos para el dolor causado por las malas amigas y para enfermedades de todo tipo. Y si Stella se había convertido en una niña demasiado cauta, incluso adusta, ¿no era eso preferible a que creciera como una salvaje, como había crecido Jenny? ¿No era mejor vivir segura que arrepentida? Los placeres egoístas se desvanecían como los sueños, Jenny lo sabía por experiencia, y no dejaban más que una mella en la almohada, un agujero en el corazón, una lista de remordimientos tan larga que uno podía envolverse en ella como en una colcha de retazos, en una de esas colchas que tienen patrones complicados, como *Nudo de amor, Tórtola en la ventana* o *Pata de cuervo*.

El matrimonio de Jenny y Will Avery no duró mucho tiempo. La desconfianza y la deshonestidad lo destruyeron. Con cada traición, se deshilaba una hebra. Durante mucho tiempo sólo los había unido la historia compartida, pues habían crecido juntos y habían sido novios de infancia. Por el bien de su hija, permanecieron juntos un tiempo más del que habrían querido. Por su Stella, por su estrella. Pero los niños saben cuándo el amor se ha perdido, saben cuándo el silencio significa paz y cuándo es señal de desesperanza. Jenny intentaba no pensar en lo que habría dicho su

madre si se hubiera enterado de cómo había terminado su matrimonio. Con cuánta superioridad moral hablaría Elinor Sparrow si descubriera que Will, por quien Jenny había hecho tantos sacrificios, vivía solo en un apartamento al final de la calle Marlborough, donde finalmente era libre para hacer lo que quería (como si no lo hubiera hecho siempre).

Era evidente que Will era infiel: siempre que mentía le aparecían manchas blancas en las uñas, y cada vez que estaba con otra mujer lo aquejaba aquello que la madre de Jenny llamaba «tos de mentiroso»: un carraspeo constante y áspero que le recordaba que se había tragado la verdad entera. Cada vez que Will regresaba al lado de Jenny, juraba que era un hombre nuevo. Pero seguía siendo el mismo que había sido a los dieciséis años, cuando ella lo había visto por primera vez, en el césped, desde la ventana de su habitación. El chico que siempre se había buscado problemas ya no tenía que buscárselos: los problemas lo encontraban dondequiera que estuviera, de día y de noche, lo seguían a casa, se colaban por debajo de su puerta y se acostaban a su lado en la cama. Will Avery nunca había pretendido ser nada distinto de lo que era, un sujeto indigno de confianza. Nunca había pretendido tener conciencia. Nunca había pretendido nada. Era Jenny la que había insistido en que no podía vivir sin él, Jenny, que lo perdonaba y ansiaba ver uno de sus sueños, uno que le recordara la razón por la que se había enamorado de él.

Efectivamente, de haber sabido que se habían separado, Elinor Sparrow no se habría extrañado en lo más mínimo. Había acertado al tachar a Will Avery de mentiroso. A primera vista, había sabido quién era. Después de todo, ése era el don de Elinor. Una frase le bastaba para saber. Un alzamiento de hombros. Una excusa falsa. Echó a Will Avery de su casa cuando lo encontró merodeando en el salón, y nunca permitió que regresara, a pesar de las súplicas de Jenny. Se negaba a cambiar de opinión, y la tarde de sol en que Jenny se fugó de casa, aún se refería a él como el Mentiroso. Jenny se había marchado del instituto en la primavera del último año, en esa estación en que se toman decisiones precipitadas. Mientras sus

compañeras se preparaban para el baile de fin de año y la graduación, Jenny trabajaba en la heladería Bailey's en Cambridge para mantener a Will, que entretanto se las arreglaba para arruinar su carrera académica sin ningún esfuerzo. Jenny fregaba los platos después de trabajar todo el día, y los sábados llevaba la ropa sucia a la lavandería. Había abandonado los estudios a los dieciocho años y se había convertido en una esposa perfecta, agotada, demasiado ocupada para sentir remordimientos. Después de un tiempo, su vida en Unity le parecía un sueño: el parque frente al templo, con el monumento a los caídos en la guerra, los tilos, el olor penetrante del laurel a punto de florecer, la manera en que el campo se vestía de verde de repente, como si también el invierno hubiera sido un sueño, una fugaz pesadilla hecha de hielo, inclemencia y tristeza.

Marzo era particularmente inestable en Unity. El clima podía cambiar en un instante. De la noche a la mañana, se podía pasar de una temperatura de treinta grados a una tormenta de nieve. El centro del pueblo, a sólo cuarenta minutos al norte de Boston, a medio camino entre la autopista interestatal y las marismas, tenía una latitud que se cruzaba con el vuelo anual de regreso de los tordos, los mirlos y los gorriones, que formaban bandadas tan numerosas que tapaban la luz del sol durante un día entero y provocaban un eclipse viviente de alas en el cielo pálido y variable. A los habitantes de Unity siempre les había interesado Calce House[1], el hogar de la familia Sparrow. Durante las migraciones, muchos venían a hacer pícnic junto al camino. Casi todos los habitantes la sentían como propia, y estaban orgullosos de que fuera una de las construcciones más antiguas del país. A los amigos y familiares que venían de fuera de Massachusetts se les llevaba a un montículo desde donde podían ver Cake House en toda su magnificencia, si no les molestaba asomarse por entre los setos de laurel y agacharse para mirar a través de los agujeros que los conejos y los mapaches abrían a mordiscos.

La casa había empezado siendo la cabaña de una lavandera, una edificación sencilla con suelo de tierra. Para tapar los espacios entre los troncos, se había usado barro y hierba. El techo era de paja. Pero

cada generación había añadido algo a la casa. Habían sumado porches y buhardillas, ventanas en saliente y chimeneas, como si glasearan un pastel de boda. El resultado era una loca colcha de retazos, hecha de ladrillos, cal y argamasa, con cristales verdes, que había crecido como si tuviera vida propia. A los habitantes de la zona les gustaba contar que Cake House era la única edificación de la ciudad, además de la casa de té Hull, que había sobrevivido al incendio de 1785, año en que el mes de marzo había sido tan caluroso que los bosques se habían convertido en leña y una sola chispa de una lámpara había bastado para incendiar Main Street.

Los aficionados a la historia señalaban las tres chimeneas inclinadas de Cake House, cada una construida en un siglo distinto. Una era de ladrillo rojo, otra de ladrillo gris, y la tercera de piedra. Estos mismos expertos se aseguraban de no acercarse demasiado a la casa de las Sparrow, incluso cuando iban de pícnic, a pesar de su atractivo arquitectónico. No sólo los disuadían los letreros de no pasar y las zarzas ocultas entre los árboles. En Cake House, aquello que parecía seductor era a menudo venenoso. Si dabas un paso adelante, podías arrepentirte durante el resto de tu vida. Si volcabas una piedra, podías encontrar una culebra o un nido de avispas. A los visitantes de fuera se les advertía que no debían coger flores: las rosas tenían espinas afiladas como cristales, y los setos de laurel, con sus bonitos capullos rosados, eran tan tóxicos que la miel de sus flores podría matar a un hombre en cuestión de horas.

Según varios testigos, en las aguas verdes y tranquilas del lago Hourglass, donde flotaban los lirios amarillos de Egipto, había bagres tan feroces que salían al césped para perseguir a los conejos que se aventuraban hasta la orilla. Incluso quienes conocían a fondo la historia del pueblo (los miembros de la sociedad histórica, los concejales del ayuntamiento, las bibliotecarias que estaban a cargo de los archivos de la ciudad) rehusaban acercarse demasiado por el camino de tierra, pues había tortugas lagarto que dormían la siesta en los surcos de fango y avispas que picaban sin motivo. Los chicos más osados del pueblo, que saltaban desde el muelle del pantano y apostaban carreras a través de campos de ortigas, no se atrevían a

pasar de los juncos en los días más calurosos del verano ni a bañarse en el lago en el que hacía muchos años habían ahogado a Rebecca Sparrow con cien piedras negras cosidas al dobladillo.

En la mañana de su cumpleaños número trece, Jenny Sparrow, ahora madre de una niña que llegaba a la adolescencia, se despertó con un coro de cigarras que cantaban en las orillas del lago. En esa época, no se podía decir que fuera una persona responsable. En realidad, estaba esperando a que su vida comenzara. Desde las primeras horas de la mañana de su cumpleaños, supo que algo irrevocable había sucedido, y que todo estaba bien. Jenny no tenía ningún reparo en dejar atrás su infancia, pues ésta había sido solitaria y desdichada: pasaba horas incontables en su habitación, con sus acuarelas y sus libros, mirando el reloj, perdiendo el tiempo. Durante toda su vida había esperado esa mañana; había contado los minutos antes de dormirse y había tachado los días en el calendario. Los demás niños del pueblo la envidiaban porque vivía en Cake House; aseguraban que la habitación de Jenny era más grande que las aulas del colegio. Ella era la única niña que tenía un bote y pasaba las horas ociosas del verano a la deriva en el lago Hourglass, donde sin duda las tortugas le habrían arrancado los dedos a cualquier otra. Su padre la llamaba Perla, decían los niños, porque ella era su tesoro. Su madre, se rumoreaba, la dejaba hacer todo lo que quisiera, especialmente después de que el padre muriera en un accidente del que, se decía, Elinor Sparrow no se había recuperado.

Lo cierto era que nadie controlaba a Jenny. A menudo era la última clienta de la fuente de soda ubicada junto a la vieja farmacia de Main Street. Los niños la espiaban desde sus habitaciones cuando, de camino a casa, en la oscuridad, pasaba frente al viejo roble de la esquina de la avenida Lockhart. Allí estaba, sola, sin miedo, a una hora en que los demás niños estaban encadenados entre pijamas y horas de acostarse, pues sus padres sobreprotectores no permitían que vagaran solos por ahí.

Los chicos que miraban a Jenny con envidia ignoraban que

durante los meses del invierno las habitaciones de Cake House permanecían tan frías que ella podía ver cómo su aliento se convertía en cristales de hielo. Las tuberías vibraban tras las paredes y en ocasiones no funcionaban, de modo que para tirar el agua del inodoro era preciso traer cubos de agua del lago. Había abejas en las columnas del porche, nidos de pájaros en las chimeneas, e industriosas termitas en los cimientos y las vigas. La casa había sido cosida con grandes puntadas y estaba siempre deshaciéndose, como una vieja colcha de retazos. Las cosas se estropeaban continuamente, y nada era lo que parecía ser. Jenny, ese espíritu libre que los chicos del pueblo veían correr frente a sus ventanas, tenía mucho miedo de la oscuridad. Era propensa a los ataques de asma, se mordía las uñas, sufría de dolores de estómago y migrañas. Regularmente la atormentaban las pesadillas y, a diferencia de lo que pasaba con los otros niños, cuando gritaba en medio de la noche, nadie la escuchaba. Nadie se apresuraba por el corredor para llevarle una taza de té ni para darle la mano hasta que volviera a dormirse. Nadie oía sus lamentos.

El padre de Jenny había muerto cuando ella tenía diez años, y a partir de entonces la madre se había apartado del mundo, se había retirado tras la puerta de su habitación, tras la cancela de su jardín, tras una armadura de distancia e insatisfacción. La pena que Elinor Sparrow sentía por la muerte de su marido (una pérdida espantosa, que había traído consigo varias sorpresas) se había convertido en distracción y luego en desapego. Elinor se había apartado de cuanto la conectaba con el mundo, incluyendo a Jenny, a quien, según su madre, le convenía aprender a valerse por sí misma, a cuidarse y a no hacer caso de las emociones, para poder navegar a salvo por la vida.

Cake House era, pues, un lugar frío. La casa tenía un espíritu frío y todas sus habitaciones eran frías. A través de las ventanas y por debajo de las puertas se filtraba un aire gélido, una corriente inhóspita que hacía que por las mañanas, en vez de enfrentarse al día, uno quisiera quedarse en la cama, con la colcha hasta el embozo, apartado del resto de la sociedad, soñando mientras la vida se hacía difícil de vivir. Pero no fue ése el caso en la mañana en que

Jenny cumplió trece años. Hacía sol y la temperatura alcanzaba los dieciséis grados. Esa mañana, Jenny se incorporó de repente en la cama, lista para que su vida comenzara.

Su largo pelo negro se había enredado durante la noche inquieta. Jenny tenía la piel aceitunada como su madre, como su abuela y como todas las Sparrow que la habían precedido. Al igual que ellas, cuando despertó en la mañana de su cumpleaños número trece, descubrió que poseía una habilidad singular. Así había sido desde que Rebecca Sparrow había descubierto, al despertar al primer día de su decimocuarto año de vida, que ya no podía sentir dolor. No le dolía caminar entre los cardos, ni poner la mano en el fuego, ni caminar descalza sobre un lecho de vidrios rotos.

Desde entonces, los dones habían variado con cada generación. La madre de Jenny podía reconocer la mentira, y su abuela, Amelia, era capaz de aliviar los dolores del parto con el tacto. Se decía que la bisabuela de Jenny, Elisabeth, podía transformar cualquier cosa en alimento: las rocas, las patatas y las cenizas, todo se convertía en sopa entre las hábiles manos de Elisabeth. La madre de Elisabeth, Coral, podía predecir el estado del tiempo. Hannah, la madre de Coral, era capaz de encontrar cualquier cosa que se hubiera perdido, ya fuera un anillo extraviado, un novio errante o un libro no devuelto a la biblioteca. Sophie Sparrow podía ver en la oscuridad. Constance Sparrow permanecía bajo el agua indefinidamente, aguantaba la respiración por más tiempo que cualquier otro ser humano. Se decía que Leonie Sparrow había caminado a través de las llamas, y que su madre, Rosemary, corría más rápido que todos los hombres de Massachusetts. La hija de Rebecca, Sarah, no necesitaba dormir. Le bastaba con echar una cabezada cada tanto. Unos breves instantes de calma le aportaban la energía de diez hombres fuertes y el coraje del león más fiero de marzo.

La mañana de su cumpleaños, Jenny despertó tras haber soñado con un ángel de pelo negro, con una mujer que no tenía miedo del agua, y con un hombre que podía sostener una abeja en la palma de la mano sin sufrir su picadura. Fue un sueño tan extraño y tan placentero que le entraron ganas de reírse y de llorar al mismo

tiempo. Pero tan pronto como abrió los ojos, supo que el sueño no era suyo. Alguien más había evocado esas imágenes. La mujer y la abeja, el agua quieta y el ángel le pertenecían a otra persona. Y esa persona, fuera quien fuese, le interesaba.

Comprendió entonces cuál era el don que le había sido dado: la posibilidad de soñar los sueños de los otros. No era una facultad útil, como predecir el estado del tiempo o detectar la mentira. No era especialmente deseable, como la habilidad de soportar el dolor, de ver en la oscuridad o de correr más rápido que un gamo. ¿De qué servían los sueños, especialmente si eran ajenos? La lluvia y la nieve, los mentirosos y los bebés tenían que ver con el universo sólido de la vida real. Pero despertar con el sueño de un extraño en la cabeza era como entrar en una nube. Un paso adelante, y uno podía hundirse. Sin darse cuenta, Jenny empezó a anhelar cosas que no le correspondía tener. Sueños absurdos empezaron a marcar sus deseos cotidianos.

Esa mañana, en medio del mes más inestable del año, Jenny se sorprendió al oír unas voces que venían del camino Los habitantes de los alrededores evitaban el camino de tierra, que los niños llamaban el Camino del Caballo Muerto. Durante las migraciones primaverales comían al borde del sendero, pero los demás días hacían un rodeo por el bosque para no topar con el laurel y las tortugas. Describían un amplio círculo alrededor de aquella casa que parecía un pastel de boda. Evitaban la casa de las Sparrow aunque tuvieran que tomar la ruta que los llevaba a la avenida Lockhart, el camino largo hacia el pueblo. Había letreros de no pasar clavados a los árboles, y los vecinos más próximos, los Stewart, los Elliot y los Foster, sabían que no debían cruzar los linderos de la propiedad si no querían que Elinor llamara a la policía y en el juzgado quedara registrada su denuncia.

Sí, del camino llegaba un sonido de voces. Era cierto, y una de las voces pertenecía al soñador de Jenny, al dueño del sueño que la había despertado al inicio de su nueva vida. Jenny se acercó a la ventana, adormilada, deseosa de ver con quién había compartido un sueño. Era un día suave y el aire olía a menta. El campo era dulce y

verde, y Jenny se sentía mareada a causa del polen. Las abejas ya habían empezado a trabajar, zumbaban en torno a los primeros brotes de laurel. Pero ella ignoró su rumor, pues allí estaba él, de pie en el borde del camino. Era un chico del pueblo. Se llamaba Will Avery, tenía dieciséis años, y a esa hora matutina ya estaba buscando líos. Lo seguía su hermano pequeño, Matt, que era tan juicioso como Will indisciplinado. Los dos habían pasado la noche en la orilla del lago tras retarse mutuamente a la hazaña. Habían dicho que ganaría aquel que no se levantara ni aunque el legendario caballo muerto surgiera del agua estancada. Al final, los dos habían resistido hasta la mañana a pesar de las ranas, del lodo y de los primeros mosquitos de la estación, y sus risas flotaban por el aire.

Jenny observó a Will Avery a través de la mohosa neblina primaveral, y supo, de inmediato, por qué estaba mareada. Siempre se había sentido intimidada por él, y había tenido demasiada vergüenza para hablarle. Era guapo, tenía la piel bronceada y era excesivamente desenvuelto. Era uno de esos chicos a los que sólo les interesaba divertirse, que no observaban las reglas ni tenían consideración por los demás. Si se planeaba una acción peligrosa o una travesura imprudente, era el primero en aparecer. En el colegio le iba bien sin que hiciera esfuerzo alguno. Si había algol que se pudiera disfrutar, destruir o quemar, encabezaba la cola de los interesados. Quienes lo conocían temían por su seguridad, pero quienes lo conocían mejor temían por la seguridad de quienes lo rodeaban.

Jenny se armó de valor. Sentía que Will Avery ya le pertenecía, que sus vigilias y sus sueños se habían entrecruzado, que sus vidas se habían enlazado y conformaban una sola. Se desenredó el pelo con las manos y cruzó los dedos para tener buena suerte. Quiso ser la mujer valiente del sueño de Will, la que podía caminar sobre el agua por amor, la chica de pelo negro que no temía conseguir lo que más quería en el mundo.

Ven, dijo suavemente. Fue la primera palabra que pronunció en la primera mañana de su nuevo año de vida.

Tenía en la cabeza el sonido de las cigarras, y en la sangre la

fiebre de la primavera. Otras niñas de su edad sabían qué querían de regalo de cumpleaños mucho antes de que llegara la fecha: una pulsera de plata, un anillo de oro, rosas blancas, regalos envueltos en lazos de seda. Ninguna de estas cosas le interesaba a ella. No sabía lo que quería hasta que vio a Will Avery. Entonces lo supo: lo quería a él, tenía que conseguirlo.

Vuélvete, dijo en voz baja, e inmediatamente Will levantó la mirada hacia la casa.

Jenny se vistió rápidamente. Bajó descalza la escalera y salió al aire matutino. Sintió que volaba, que la casa desaparecía tras ella y que sus habitaciones húmedas y abandonadas se convertían en ceniza. Si el deseo era eso, el césped frío bajo los pies, el aroma de la menta, el ritmo feroz del pulso, entonces quería más. Quería que el deseo la acompañara siempre.

La migración primaveral había tenido lugar unos días antes, y el cielo se había llenado de pájaros. Los tordos, demasiado perezosos para criar a sus propios polluelos, se posaban junto a los nidos de los gorriones y los arrendajos y echaban fuera los huevos azules y vetados para reemplazarlos por su progenie, mayor y programada genéticamente para empollar antes. Los rayos del sol eran demasiado fuertes para marzo. Hacía calor, ese calor que atraviesa la ropa y se mete en el torrente sanguíneo. Hasta esa mañana, Jenny había sido taciturna y temperamental, una niña que temía la oscuridad y se asustaba con su propia sombra. Ahora, era otra. Se había transformado en una chica que mantenía los ojos abiertos bajo la luz más deslumbrante, que podía alzar el vuelo con sólo desearlo. Se había convertido en una persona tan valiente que no dudó por un instante cuando Will Avery le preguntó si podía ver el interior de Cake House. Lo tomó de la mano y lo llevó dentro.

El hermano de Will se quedó atrás, acurrucado detrás de la forsitia. El pobre tenía la piel de gallina. Will lo llamó para que lo siguiera, pero Matt se negó, siempre tan cauteloso, tan prudente. Había oído historias acerca de lo que pasaba en Cake House a los intrusos. Y ya a los doce años, era respetuoso de la ley. Por supuesto que quería conocer la casa de las Sparrow, pero también había

estudiado la historia del pueblo y sabía lo que le había ocurrido a Rebecca Sparrow más de trescientos años atrás. El destino de aquella mujer le inquietaba. Le secaba la garganta. Sabía que los niños le habían puesto al camino el nombre de Camino del Caballo Muerto hacía siglos, y que la mayoría de la gente evitaba acercarse al lugar. Los viejos aseguraban que un esqueleto flotaba bajo los nenúfares del lago. Así que Matt se quedó donde estaba, con el ceño fruncido, avergonzado, incapaz de cualquier transgresión.

Will, en cambio, nunca habría permitido que un caballo muerto o una vieja superstición le impidiera pasar un buen rato. Incluso había nadado un día en el lago, cuando Henry Elliot le había apostado veinte dólares a que no se atrevería. El único precio que había tenido que pagar había sido una otitis. Ahora que una linda chica lo conducía a través del césped, no había nada en el mundo que lo hiciera retroceder. Siguió a pesar de que Matt le pedía a gritos que regresara, recordándole que su madre no tardaría en descubrir que no habían pasado la noche en casa. ¡Que el bueno de Matt se quedara escondido entre los arbustos! ¡Que temiera a una bruja que llevaba trescientos años muerta! Cuando llegara el limes, Will diría en la escuela que había entrado en la casa de las Sparrow y había sobrevivido para contar el cuento. Antes de salir de allí, podía incluso robar un beso para luego presumir. Quizá hasta robaría un *souvenir* de sus aventuras para enseñárselo a la multitud que se reuniría a aclamarlo en el patio de la escuela, embelesada ante sus proezas.

La sola idea de las ovaciones futuras lo emocionaba. Ya entonces le gustaba ser el centro de atención. Le sonrió a Jenny cuando entraron sigilosos por la puerta principal. Su sonrisa era hermosa. Jenny parpadeó, sorprendida por la atención que él le dedicaba, y también sonrió. No fue una reacción inesperada para Will, que ya había aprendido que las chicas respondían cuando daba muestras de sentirse atraído hacia ellas. Apretó la mano de Jenny, con la más ligera presión, suficiente para que ella se sintiera segura de sus atractivos. A las mujeres les gustaban las muestras de afecto. Agradecían el interés, fuera o no sincero.

¿Tienes alguna cosa que haya pertenecido a Rebecca?, preguntó Will cuando avanzaban por el corredor, pues eso era lo que todos querían ver: algo, cualquier cosa que hubiera pertenecido a la bruja del norte.

Jenny asintió. Sentía que su corazón iba a explotar. Si Will le hubiera pedido en ese momento que prendiera fuego a la casa, posiblemente habría accedido. Si le hubiera pedido un beso, definitivamente se lo habría dado. *Esto debe ser el amor*, pensó. *No puede ser otra cosa*. No podía creer que Will Avery estuviera con ella, con una chica que no tenía amigos, que vivía más sola que Liza Hull, la chica más fea del colegio. No le negaría nada. Lo llevó al salón, aunque tenía instrucciones de no dejar que nadie entrara allí. En Cake House nunca había invitados, ni siquiera en los días de fiesta o de cumpleaños. Si algún repartidor o un vendedor ambulante conseguía entrar en la casa, nunca se le hacía pasar al salón, lleno de moquetas raídas, de sofás de viejo terciopelo donde ya no se sentaba nadie, de alfombras que escupían polvo cada vez que se las golpeaba. El repartidor de diarios lanzaba el *Unity Tribune* desde el borde del camino y recibía su paga por medio de un talón que Elinor le enviaba por correo para no tener que verlo. Ocasionalmente, al fontanero, Eddie Baldwin, se le permitía entrar. Pero siempre se le pedía que antes se quitara las botas manchadas de barro, y Elinor lo vigilaba mientras sacaba ranas del inodoro o extraía las algas y las hojas de té que taponaban el fregadero.

Pero lo más importante era que a ningún extraño se le podía enseñar nada que hubiera pertenecido a Rebecca Sparrow. Los entrometidos de la biblioteca, que rogaban que se les prestara una baratija, un trozo de tela para sus exhibiciones sobre la historia de Unity, no pasaban de la puerta. Pero claro, aquel día era distinto de los otros días, y aquel visitante también era distinto. ¿Acaso el sueño de Will había hipnotizado a Jenny? ¿Era por eso que ella lo conducía hacia el fondo del salón, donde se guardaban las reliquias? ¿Era por amor que Jenny enseñaba las posesiones más sagradas de la familia o se debía simplemente a la fiebre primaveral, a la luz verde cargada de polen, y a las cigarras que llamaban desde el légamo del lago con sus coros soñolientos, como si el mundo naciera y muriera

al mismo tiempo?

Como otros habitantes del pueblo, Will Avery quería ver precisamente aquello que Jenny había intentado olvidar, aquella urna que ella llamaba el museo del dolor de las Sparrow. ¿Qué familia era tan tonta como para guardar los objetos que más sufrimiento causaban? La familia Sparrow, aunque Elinor y Jenny hacían cuanto podían por ignorar ese sufrimiento. El rincón donde se exhibían las reliquias estaba abandonado y lleno de polvo. En las repisas de roble que cubrían la pared, los libros encuadernados en cuero habían acumulado polvo durante décadas. Las conchas marinas que habían sido rosadas se habían vuelto grises con el tiempo, y las abejas y las avispas talladas a mano en las baldas habían sufrido el ataque de las termitas, de modo que la madera se convertía en polvo con sólo tocarla. Sin embargo, la urna de cristal había sobrevivido intacta al paso del tiempo.

Jenny retiró la tela bordada que protegía las reliquias familiares de la luz del sol y el deterioro. Cuando Will vio lo que tenía delante, enmudeció. Por primera vez en la vida, no supo qué decir. Lo que siempre había tomado por un rumor era, de hecho, cierto. Ahora tenía una historia que contar. En su cara se dibujó una amplia sonrisa. El lunes todo el mundo haría un corro a su alrededor, y si no le creían lo que iba a decirles acerca de Rebecca Sparrow, al menos él sabría que era verdad.

Se inclinó hacia delante, conmovido. Era casi como si tuviera corazón. Allí, en la urna de cristal, estaban las diez puntas de flecha de las que la gente hablaba. Habían pasado de generación en generación, la familia las había conservado detrás del cristal, así como otras familias conservaban, para documentar su historia, fotos y anuncios de bodas y de nacimientos. Sobre un fondo de satén, que había sido rojo y ya era rosa, había otras tres piezas del archivo Sparrow, dispuestas cuidadosamente: una brújula de plata, una campana deslustrada, y algo que Will tomó por una serpiente enroscada y que resultó ser un mechón trenzado de cabello oscuro.

Su atención se concentró en las puntas de flecha. Estaban hechas con la piedra de aquella región, y habían sido talladas a

mano. Cada una tenía una línea de sangre en la punta. No estaba claro si habían sido conservadas como pruebas de la crueldad o de la fragilidad humana. Todo lo que se sabía al respecto provenía del testimonio que un granjero llamado Hathaway había consignado en su diario, que se encontraba en la sala de archivos históricos de la biblioteca de Main Street. Hathaway había ido al atracadero a recoger un espejo, un regalo muy costoso para su mujer, en la época en que las marismas conformaban un puerto profundo y no estaban llenas de fango. Tras reclamar su tesoro, que había encargado un año antes y había pasado mucho tiempo en alta mar, Hathaway tropezó con las raíces de un fresno retorcido del pantano. Cuando recuperó el equilibrio, vio que el espejo había caído y se había partido en mil pedazos. Hathaway se quedó allí un buen rato, planeando cómo darle a su esposa la noticia. Al cabo de un rato, vio a Rebecca Sparrow caminar sobre los pedazos del espejo, con los brazos sobre la cabeza, sosteniendo la ropa que iba a lavar. Rebecca iba descalza, y sangraba, pero no profería ni la más leve queja.

Tan pronto como los niños de las granjas de los alrededores de Unity se enteraron de que Rebecca Sparrow no sentía dolor, empezaron a lanzarle flechas para divertirse. La perseguían como si se tratara de un faisán o de un venado, sin descanso, desatentos al dictamen de la caridad. Alegres, le apuntaban tan pronto la veían en la orilla lejana del lago Hourglass, adonde ella llevaba la ropa de las mujeres del pueblo que podían darse el lujo de hacer lavar su lencería por alguien que ya tuviera las manos quemadas por la lejía. Muchos de esos chicos escribieron, atormentados por los remordimientos, cartas que hoy se encuentran en la biblioteca de Unity y que dan fe de que su blanco nunca hizo el menor aspaviento. Rebecca se limitaba a darse palmadas, como espantando mosquitos, y seguía concentrada en su trabajo. Lavaba la ropa de lana con el jabón más fuerte, hecho de cenizas y grasa, y remojaba la seda en té verde. Sólo se daba cuenta de las heridas cuando volvía a casa y se desvestía. Entonces descubría que las flechas de los niños le habían dado alcance. No sabía que le habían hecho daño hasta que tocaba con el dedo el rastro de sangre.

No era de extrañar que Jenny se sintiera inquieta ante la inminencia del decimotercer cumpleaños de su hija. Sentía tanto temor por la fecha que se había mordido las uñas hasta sacarse sangre, un hábito de infancia que reaparecía en momentos difíciles. Jenny recordaba muy bien su historia. Se veía corriendo a través del césped húmedo de rocío, como si hubiera ocurrido hacía unas horas. Podía revivir en un instante el canto de las cigarras y el latido de su corazón, que se aceleraba mientras examinaba con Will la urna de Rebecca. Este recuerdo hizo que Jenny velara la víspera del cumpleaños de Stella, sentada junto a la cama de su hija. Nuevamente llegaba el número trece. El mero hecho de que su niña cumpliera trece años le hizo palidecer, llenarse el pelo de nudos y morderse las uñas hasta sangrar.

Que despierte igual a como era ayer. Eso era todo lo que Jenny pedía. Era todo lo que quería en el mundo, en esa noche de marzo, la única en el año cuya duración era exactamente igual a la del día. *Que siga siendo la misma niña dulce, que no tenga que llevar la carga de un don o de una pena*.

Allí estaban la cautiva y su guardiana. Pero era imposible conjurar el paso del tiempo. Cuando oyó el tráfico de la avenida Commonwealth y la calle Storrow, Jenny supo que el momento había llegado. En un abrir y cerrar de ojos, los años habían pasado. Había llegado al futuro. La luz de la mañana empezó a brillar en la calle Marlborough, y seguiría brillando aunque ella mantuviera las cortinas cerradas. Fuera, habían empezado a repartir los diarios y a recoger la basura en los callejones. Las palomas se arrullaban en los alféizares y sobre los cables del teléfono. El día había empezado, y era fresco, claro e inevitable.

Stella abrió los ojos y vio que su madre la observaba. El hecho de que su madre estuviera a su lado, vigilante como un bulldog, con el pelo enredado, era una señal inequívoca de que había problemas. Era una mala manera de empezar el día, fuera o no su cumpleaños. Stella se incorporó. Tenía los ojos manchados de sueño. No se había soltado la trenza antes de acostarse, y de su coronilla se levantaba un halo de cabellos erizados. Toda la noche había soñado con aguas

oscuras, y se deslumbró con la cruda luz matutina.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con la voz aún colmada de sueño. Jenny entendía por qué las palabras de su hija sonaban líquidas. Se había adormecido y había captado un fragmento del sueño de Stella. La había preocupado, pues sabía precisamente dónde estaba el agua más oscura, dónde estaba el agua que no tenía fondo, así que se había puesto a tomar café y Coca-Cola para mantenerse despierta.

—¿Qué miras? —preguntó Stella ante el silencio de su madre. La irritación invadía su voz.

¿Qué podía responder Jenny, si en realidad no lo sabía? Simplemente buscaba una señal, el indicio de que algo nuevo se había encendido en su pequeña estrella, la aparición de una facultad que la apartara de los demás, convertida en una giganta, en una comedora de fuego, en una mujer capaz de caminar sobre trozos de vidrio sin sentir dolor.

—Simplemente quería saber qué te apetece desayunar en tu cumpleaños. ¿Tostadas francesas? ¿Gofres? ¿Huevos? Hay pan con pasas y nueces.

Si tenía que pasar, mejor que fuera algo sencillo y útil, como la capacidad de remendar la ropa con una sola puntada, o un gran talento para la trigonometría. Que fuera una asombrosa facilidad para aprender idiomas, o un buen corazón, o una naturaleza resistente. O, en el peor de los casos, el don de ver en la oscuridad, atributo que nunca estaba de más, o la capacidad para tranquilizar a los perros rabiosos con un simple gesto.

—Ya no desayuno, para tu información. Y tengo un examen de matemáticas a primera hora, y a la señorita Hewitt no le importa si es o no mi cumpleaños. Nada le importa, salvo el álgebra. —Stella se había levantado de la cama, e inmediatamente había empezado a rebuscar en una pila de ropa arrugada, amontonada en el suelo.

—¿Quieres que te lo planche? —preguntó Jenny cuando Stella finalmente desenterró su arrugado uniforme escolar del enredo de vaqueros y ropa interior.

Stella observó su uniforme y sacó de un tirón la falda y la

chaqueta azules.

—Deja —dijo, y a su voz asomó ese tono desafiante que había asumido al comienzo del noveno curso. Stella había adelantado un año en el colegio. Había pasado directamente del cuarto al sexto curso. Era lista, buena lectora, y naturalmente todos se habían sentido orgullosos de sus capacidades. Ahora Jenny se preguntaba si no habrían cometido un error, si no la habrían precipitado a una experiencia para la que no estaba preparada.

—Ya está —dijo Stella, refiriéndose a su ropa. Se dio la vuelta y vio que su madre seguía mirándola fijamente, esta vez con desaprobación, como si al observar a su hija hubiera descubierto que ésta tenía la cabeza llena de pulgas o de piojos—. ¿Qué pasa? ¿Tengo algo mal? ¿Por qué me miras así?

—No, no pasa nada. —Al menos no había una luz verde, ni ranas, ninguna señal que vaticinara un desastre—. Pero sería bueno que te peinaras.

Stella se miró en el espejo. Era demasiado alta, demasiado flaca, sus dientes no estaban lo suficientemente torcidos para requerir aparato, y su pelo parecía un puñado de paja empapado por la lluvia. Al ver su reflejo frunció el ceño. Luego se volvió, todavía desafiante, para mirar a su madre.

—Mi pelo está muy bien así, gracias.

La noche anterior, Jenny había hecho una cuenta regresiva en el tiempo hasta llegar a Rebecca Sparrow, aquella niña perdida que era la pariente más antigua de la que se tenía noticia. Se había dado cuenta de que Stella era la generación número trece en la historia de la familia. Trece, ese número ominoso, desafortunado. Algunas personas evitaban tener trece dólares en el bolsillo, y había arquitectos que después del piso doce pasaban al catorce para que el ascensor no se detuviera en el destino fatal, allí donde Stella permanecería durante un año entero, encerrada con aquella cifra, atrapada en su porvenir. Eran trece años, ya se contara hacia delante o hacia atrás. Y trece serían hasta que acabaran de pasar los doce meses siguientes.

—¿Qué tal un regalo? —preguntó Jenny, y le trajo a su hija una

caja envuelta en papel de colores. Había elegido el contenido cuidadosamente. Había procurado escoger algo que a Stella le gustara, pero era una empresa condenada al fracaso. Jenny no se sorprendió ante la desilusión que apareció en el rostro de Stella tan pronto como extrajo de la caja un jersey de cachemira rosa que ella no había elegido.

—¿Rosa? —preguntó Stella.

Nada de lo que Jenny hacía resultaba bien. Ése era el único punto en el que parecían estar de acuerdo últimamente.

—¿Me conoces aunque sea un poco? —exclamó Stella. Dobló cuidadosamente el jersey y volvió a meterlo en la caja. Tenía razón, la verdad era que en su armario todo era negro, azul oscuro o blanco.

Las cosas habían empezado a andar mal entre madre e hija desde que Will se había marchado el verano anterior, o incluso desde los últimos meses del matrimonio, cuando lo único que Will y Jenny hacían juntos era pelear. Habían caído tan bajo que un día Jenny le arrojó a Will un vaso de leche tras encontrar el número de teléfono de otra mujer en el bolsillo de su chaqueta. En venganza, él tiró al suelo el plato favorito de Jenny. Entonces se miraron, jadeantes, rodeados de charcos de leche y trozos de loza. Y en ese instante, comprendieron que su matrimonio había terminado.

Will hizo su maleta esa misma noche. Se marchó, aunque Stella hizo cuanto estaba a su alcance para retenerlo. Le rogó que se quedara, y luego, cuando él se negó, corrió a la ventana para observarlo mientras esperaba un taxi.

—No se irá —dijo, y suspiró esperanzada. Pero la esperanza se desvaneció en cuanto el coche arrancó.

Cuando estuvo claro que su padre se marchaba, como debía haberlo estado desde hacía varios años, Stella le dijo a Jenny, con un tono peligrosamente alto:

—Llámalo. ¡No dejes que se vaya!

Pero Will ya no estaba, no había estado allí desde hacía años. Jenny pensó en el día en que lo había visto por primera vez. Su sueño había sido para ella la primera manifestación del deseo. Pero, a pesar de todas las noches que habían pasado juntos desde

entonces, nunca había vuelto a tener acceso a los sueños de su marido. Captaba con facilidad los de su casera y los de sus vecinos. Llegaban sin permiso, y eclipsaban cualquier sueño propio que pudiera tener. El joven inquilino de la primera planta tenía sueños eróticos tan febriles que a Jenny le daba vergüenza mirarlo a los ojos cuando se encontraban por casualidad junto al incinerador de basuras. También percibía los sueños frescos y banales de la anciana que vivía al fondo del corredor: imágenes azules de medio siglo atrás, que siempre la refrescaban al final de la jornada. Cuando caminaba a través del Common de Boston, captaba fragmentos de los sueños de la gente sin techo que se acostaba a dormir en los bancos del parque: sueños de cálidos abrigos de lana y de cenas con pavo, sueños de cuanto habían perdido y de cuanto les había sido arrebatado.

Pero su marido era un espacio en blanco cuando dormía; se quedaba sin un pensamiento, sin una preocupación en el mundo. Su sueño era tan vacío como había quedado la calle Marlborough la noche en que se marchó, tan vacío como el atardecer de Unity, donde la noche caía como una cortina sobre el cristal de una ventana.

—Te odio —le había dicho Stella a Jenny aquella noche. Luego se metió en su habitación y cerró la puerta. Y así fue en adelante: como la puerta cerrada de la infancia de Jenny, pero a la inversa. Entonces había sido su madre, ahora era su hija. Ni siquiera el día de su cumpleaños Stella quería que Jenny se le acercara.

—¿Te importa que me vista, o también me tienes que observar mientras lo hago? —Stella tenía los brazos en jarras, como si le estuviera hablando a una criada entrometida y desobediente, a una imbécil a la que tendría que soportar hasta el día en que finalmente hubiera crecido y pudiera liberarse.

Jenny fue a la cocina, se preparó una taza de café y calentó una magdalena de maíz para Stella. El desayuno era la comida más importante del día, aunque su hija no estuviera de acuerdo.

—Te estoy preparando algo de comer —dijo cuando oyó a Stella que se atareaba en el corredor—. Para que tengas energía.

Cogió la magdalena y un gran vaso de zumo de naranja, y se dirigió hacia el salón. Pero cuando alcanzó la puerta, se detuvo en el umbral. Stella había estado revolviendo el armario de la entrada. Buscaba sus botas negras y había encontrado otra cosa. Estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, examinando el contenido de la caja que había llegado de Unity. Era un mal comienzo para un día malhadado.

Jenny pensaba que había escondido bien el regalo. Había puesto el paquete detrás de las chaquetas y los abrigos. Había supuesto que Stella no tendría motivos para abrir el armario antes de que ella se deshiciera del regalo de cumpleaños de la misma manera como se había deshecho de los doce anteriores. Jenny había destruido todos los regalos enviados por Elinor Sparrow, para que no fueran descubiertos por Stella y no pudieran conquistar su corazón. No importaba si el paquete contenía una muñeca, un jersey, una caja de música o un libro. Si tenía matasellos de Unity, terminaba en el incinerador de basuras. Pero finalmente el pasado les había dado alcance, y llegaba con todo lo que Jenny había querido dejar atrás. Ese día, a Jenny no le había sorprendido encontrar una tortuga lagarto en el lavabo, un charco de fango bajo el felpudo, o incluso un recuerdo del museo del dolor cuidadosamente envuelto en papel de seda y bramante para su hija. Stella ya había roto las cintas, y las pelotitas del embalaje se habían derramado sobre la alfombra.

—Vaya, vaya —dijo Stella con un tono que reunía el deleite y la ira.

Dentro de la caja estaba la casa de juguete de Jenny, la que su padre había construido para ella. *Era una* réplica de Cake House. Tenía las tres chimeneas, la verja del jardín, pintada de verde jaspeado, y encima del porche, los nidos de los pájaros, hechos de palitos y trozos de cuerda. Allí estaba la forsitia temblorosa y el seto de laurel con sus diminutas hojas de fieltro pegadas a las frágiles ramas. Había también unas abejas minúsculas, de satén y semillas de cereza, aferradas a los capullos pálidos, hechos de gasa.

—¿Cuándo pensabas mostrarme esto? —Las pelotitas blancas del embalaje se habían quedado pegadas a la ropa de Stella—.

¿Nunca?

Saul, el padre de Jenny, había tardado un año entero en construir la casa. Tras su muerte, Jenny nunca había vuelto a jugar con ella. La casa de juguete pasó de la repisa de su habitación a un rincón de la sala de estar, y luego fue a parar a un armario del sótano, donde acumuló moho durante años. Ahora, alguien había limpiado los suelos con un cepillo de dientes, había lavado las alfombras y había cubierto la mesa de la cocina, hecha de pino, con cera para muebles. Con barniz de limón, notó Jenny. El olor a barniz de limón siempre le traía el recuerdo de su padre, y a menudo la hacía llorar.

Stella levantó la casa de juguete y la puso sobre la mesa de caballetes de la entrada.

—¿Planeabas destruirla, como has hecho con todo lo que mi abuela me ha enviado?

Jenny dio un paso atrás, como si acabara de recibir una bofetada. Tenía los ojos llenos de lágrimas, a causa del barniz. Abrió la boca para intentar explicarse, pero no tenía ninguna excusa, tal como Stella había sospechado. No existía razón alguna que explicara su comportamiento, motivado por el egoísmo y el orgullo.

—No me digas que creías que no lo sabía. —Dos manchas rojas habían aparecido en las mejillas de Stella. ¿Acaso había crecido en una noche? ¿O siempre había parecido una adulta, tan segura de sí? —. ¿Crees que soy imbécil? Lo he sabido desde que cumplí siete años. Te seguí por el corredor y te vi tirar mi regalo por el conducto del incinerador.

—No creo que seas imbécil —dijo Jenny—. Simplemente trataba de…

—¿De protegerme? ¿De asegurarte de que no me contaminaría? ¿Con qué? ¿Con un osito de peluche? ¿Con una casa de juguete? ¿O acaso pensabas que mi abuela ponía veneno en los regalos? Quizá si yo llegaba a tocar uno de ellos, el arsénico se me podía meter en la sangre. O quizá temías que descubriera que alguien se preocupaba por mí.

—Stella, tú no conoces a mi madre. No sabes cuán

manipuladora puede llegar a ser cuando quiere conseguir algo. Y ahora te quiere a ti. Es posible que esté intentando enmendar sus errores, pero nunca estuvo allí cuando la necesité. Sólo pensaba en sí misma.

Stella rió, pero su risa sonó amarga. Enseñó entonces la sonrisa socarrona que había estado practicando en el espejo.

—No puedes estar hablando en serio —dijo, y se puso las botas. Frunció los labios. Tenía la piel blanca como el hielo—. ¿De modo que ella pensaba sólo en sí misma? En cambio, tú, desde luego, eres perfecta. Esto es exactamente lo que me dijo que pasaría. Me dijo que intentarías ponerme en su contra. Que la culparías de todo.

—¿Qué quieres decir con que te lo dijo? —En ese preciso instante, todo lo que Jenny había querido para su hija parecía desvanecerse. Todo lo que había intentado hacer bien había salido mal—. ¿Has hablado con tu abuela?

—Durante años, sí. Nos llamamos cuando no estás en casa. Cuando no puedes meterte y arruinarlo todo como has hecho siempre.

Stella se puso una bufanda. Sus ojos eran fríos y estaban moteados de amarillo. Tenía los ojos de su padre. Hasta entonces ignoraba que hubiera heredado tantos rasgos de él, pero lo supo en el instante en que vio que había herido a su madre. Ya no tenía que ser la niña buena y educada que hacía lo que le decían. Se dio cuenta de que el poder había cambiado de manos, y se sintió bien. En algún momento, su madre se había distraído, y ella había asumido el control.

—Bien, pues me encanta este regalo que me envía mi abuela, y no me importa lo que pienses. Si no está aquí cuando regrese del colegio, me marcharé. En serio. Me voy a vivir con mi padre.

—Ay, Stella, no seas ridícula.

Will era demasiado egocéntrico para poder cuidar de alguien. Nunca había invitado a Stella a dormir en su casa. De haberlo hecho, habría tenido que limpiar el apartamento, habría tenido que comprar leche y pan, habría tenido que levantarse temprano y pensar en otra persona aparte de sí mismo. Sin embargo, Jenny

sintió un pinchazo de dolor en la nuca. La gente perdía a sus seres queridos. Ocurría todo el tiempo.

Cierra la boca, se advirtió. *Deja que pase este día y sé astuta. Trece*, recordó. *Eso es todo. Es un número, pero es también una enfermedad, y pasará como cualquier virus*.

—Lo digo en serio —dijo Stella. Ya iba tarde para clase, pero se tomó su tiempo, envalentonada con la nueva sensación de poder—. Me iré y no volveré nunca.

Jenny le había dicho esas mismas palabras a su madre, y poco tiempo después había cumplido su amenaza. Sabía que debía dejar que Stella se fuera sin discutir con ella. Cuando oyó que la puerta se cerraba, se obligó a observar la pequeña casa procedente de Unity, aunque sólo verla la ponía enferma. Había olvidado su parecido con un pastel de boda, su estructura circular pintada de blanco. Había olvidado que de lejos podía parecerle bonita a alguien que nunca se hubiera acercado, que nunca hubiera estado dentro. Allí estaba su habitación, la ventana con los visillos, en la parte trasera de la casa. Allí había pasado largas horas mientras esperaba a crecer. Allí estaba la puerta que había cerrado de golpe tras la última discusión con su madre, para correr al encuentro de Will y escapar con él de Unity. Y allí, en el rincón de la sala de estar, detrás de los sofás tapizados de terciopelo, junto a las estanterías que habían sido cuidadosamente teñidas para imitar madera de roble dorado, estaba la urna de cristal de los recuerdos. Contenía diez minúsculas puntas de flecha, manchadas de rojo, en dos filas cuidadosamente dispuestas.

Alrededor de la casa había laureles en flor, sembrados en un suelo de yeso, hechos de fieltro y de alambre. Se decía que el seto de Cake House era el más alto de Massachusetts. Era un seto vigoroso y cada año crecía un poco más. Jenny acarició las abejas minúsculas que estaban pegadas a las flores y sintió un estremecimiento en las puntas de los dedos. Sintió la fragancia del jengibre y el olor del lago, una esencia densa y húmeda que se pegaba a la ropa y al pelo y se quedaba adherida a la piel por medio de un hilo de fango.

Al ver todo de nuevo, los setos y las alfombras raídas, la urna de los recuerdos y la verja del jardín, Jenny Sparrow se dio cuenta de

que todas las cosas regresaban. A cada acción seguía una reacción. La sal que había lanzado por la ventana había rebotado y le caía en los ojos. El escozor aumentaba con el tiempo, y podía dejarla ciega si no tenía cuidado. El tiempo pasaba, a pesar de ella. Lo que Jenny más temía había ocurrido, y no podía ignorarlo.

Stella había cumplido trece años.

II

De camino al colegio, Stella se subió la falda del uniforme y se soltó la trenza, de modo que el pelo le cayó sobre la espalda. Le llegaba casi hasta la cintura. Su única amiga, Juliet Aronson, le había informado que aquella melena rubia ceniza era su mejor rasgo. Para Stella, era su único rasgo atractivo, así que más valía que lo exhibiera. Las trenzas estaban bien para la chica que su madre quería que fuera: una chica de jersey rosa, delegada de su clase, destacada en las actividades escolares, desde el club de teatro hasta las olimpiadas de matemáticas. Estaba claro que Stella no era esa chica.

Tan pronto como dobló la esquina de la calle Marlborough, se detuvo y sacó de su mochila un pintalabios. El color se llamaba *Cheap*[2], un tono que la hacía parecer hosca y hasta un poco enferma. Perfecto. Juliet Aronson le había dicho que con él parecía diez años mayor, y Juliet era una experta en todo lo referente a la rebelión, el maquillaje y el destino.

Stella se frotó las sienes cuando llegó al colegio Rabbit para niñas, una institución que había detestado desde el primer día. Probablemente habría odiado el colegio aun si no hubiera sido una estudiante de caridad, una de las pocas que estudiaban allí gracias a una beca, una marginada desde los cinco años. Se abrió paso entre la muchedumbre frente a las pesadas puertas de roble, y se dirigió hacia su casillero, donde colgó su abrigo. Allí, bajo las luces

fluorescentes, se dio cuenta de que lo que la aquejaba no era exactamente un dolor de cabeza sino más bien algo que efervescía en su cerebro. Se sentía exhausta, y pensó que quizá se debía a la discusión que había tenido con su madre, que seguía entrometiéndose en todos los aspectos de su vida y no le dejaba ni el menor resquicio de privacidad, ni siquiera en sueños.

Stella nunca había podido guardar un secreto sin que su madre lo descubriera. Le había sido imposible tener una vida privada. Si soñaba que caminaba por la cornisa de un edificio alto, a la mañana siguiente, tras obligarla a comerse un gofre, Jenny manipulaba la conversación y terminaba hablando de un estudio que explicaba que todo el mundo tenía miedos irracionales. Si, después de un baile, Stella soñaba con uno de los chicos del colegio Cabot, uno de tantos que nunca la volvían a mirar, a la mañana siguiente su madre le recordaba que no le estaría permitido salir con chicos hasta que cumpliera dieciséis años. Como si alguno la fuera a invitar.

Y como si, en caso de que alguno lo hiciera, ella fuera a decirle que no.

—¿Estás sonámbula? —le preguntó Juliet Aronson en el pasillo —. ¡Espera!

Puesto que la habían adelantado un año, Stella estaba en la misma clase que Juliet Aronson, que era un año mayor que ella. Juliet tenía el pelo corto, castaño, ojos grises y una audacia impresionante. Sabía cómo salirse con la suya. Una infancia infeliz enseña muchas lecciones, y Juliet las había aprendido bien. Por ejemplo, había convencido a la directora de que un fisioterapeuta le había recetado tacones altos para corregir un defecto en su columna vertebral. ¿Y el pintalabios fucsia? También era necesario, debido a una reacción al sol que hacía que su delicada boca se cubriera de llagas si no la protegía con un color oscuro. Juliet caminaba detrás de Stella, encaramada en unos tacones de cinco centímetros. Cuando alcanzó a su amiga junto a la escalera, estaba sin aliento.

—Te he llamado a gritos por todo el pasillo. ¡Feliz cumpleaños!

—Me gustaría cumplir treinta —dijo Stella—. Así podría hacer lo que me diera la gana.

—No, no te gustaría. Tendrías arrugas. Estarías preguntándote por qué no te has casado, y estarías perdiendo el tiempo en algún trabajo de mierda o con algún bobo que encima de estar casado te trataría como a una idiota. Disfruta de tu juventud. Créeme, antes de que te des cuenta tendrás catorce. Y por experiencia te digo que es una lata. Mira. Esto te ayudará. —Y le entregó una bolsa—. Felices trece.

Stella sonrió a pesar de que sentía que su cabeza iba a explotar. El colegio Rabbit era un lugar muy competitivo, uno de los pocos colegios sólo para chicas que quedaban en Boston, y Juliet Aronson y ella eran las únicas becarias de la clase. Los pájaros de un mismo plumaje vuelan juntos, y Juliet y Stella tenían suerte de haberse encontrado. Formaban un equipo, y se aseguraban de rechazar a todas las demás antes de ser rechazadas. Después de todo, ninguna de las dos podía darse el lujo de ir de compras a la calle Newbury o de ir a campamentos de verano en Maine. La madre de Stella tenía un salario fijo, pero escaso, y su padre ganaba muy poco en la academia de música donde enseñaba esporádicamente. Las chicas del colegio habían murmurado acerca de Will Avery durante días, después de que él se presentara borracho en el mercadillo de beneficencia del colegio, y flirteara con la señorita Smith, que se enamoraba perdidamente de cualquier hombre que se pareciera aunque fuera remotamente a Don Quijote.

Que no se te note que sufres, le había aconsejado Juliet la semana anterior. Ninguna de las dos había sido invitada a la fiesta de cumpleaños de Hillary Endicott en el Museo de Bellas Artes. *Creo que no encajaríais*, les había dicho Hillary después del mercadillo, con tono amable, como si su opinión acerca de lo que a ellas les faltaba fuera un acto de misericordia. Luego, Juliet había escupido sobre sus costosas botas de cuero. Para consolarse, fueron a robar bufandas a Saks. *Haz como si no te importara*, le aconsejó Juliet a Stella cuando se dirigían hacia la Biblioteca Pública de Boston, donde podían sentarse cómodamente en la sala de lectura para examinar su botín. Y *después de un rato, no sentirás nada*.

No dar importancia a las cosas era la especialidad de Juliet. Diez

años atrás, su madre había envenenado a su padre. El proceso legal había tenido mucha publicidad. Tras pasar varios años en casas de acogida de menores, Juliet había ido a vivir con la hermana menor de su madre, una estudiante de posgrado de Emerson College, en un apartamento de Charlestown. La tía había conseguido la beca para el colegio Rabbit cuando Juliet estaba en el sexto curso. Pero a Juliet no le había preocupado en lo más mínimo si la admitían o no. Había perdido la esperanza.

—Vamos, ábrelo —dijo refiriéndose al paquete que le había dado a Stella—. Te va a encantar.

Contenía un vestido negro, robado de la sección de ropa de diseño de la segunda planta de Saks. Era perfecto, breve y vaporoso, el tipo de prenda que Jenny nunca dejaría que su hija se pusiera. Ese hermoso vestido pertenecía a otro universo, a años luz del jersey rosa de cachemira que debía pasar el resto de su vida en su caja, relegado al fondo del armario.

Stella abrazó a su amiga.

—¡Me encanta!

—Mira, es una suerte que te haya traído algo para que puedas cambiarte.

Stella miró a Juliet con ojos interrogantes. El martilleo que sentía dentro de la cabeza era absolutamente insoportable.

—Tierra llamando a Stella. ¿Qué es lo que te pasa?

¿Has oído hablar de la maldición femenina? Estás chorreando sangre.

Corrieron hacia los lavabos, conscientes de que llegarían tarde a la clase de matemáticas de la señorita Hewitt y al examen que las dos temían.

—Ay, mierda. —Era la primera vez que Stella menstruaba, y estaba al borde de las lágrimas—. ¿Por qué hoy, precisamente? Tengo la peor suerte del mundo.

—No, la peor suerte del mundo la tengo yo.

Juliet visitaba la tumba de su padre un domingo de cada dos, y por tanto no habría podido asistir a las fiestas de cumpleaños si la hubieran invitado. Indefectiblemente rompía las cartas que su madre

le enviaba de la Prisión Estatal de Framingham sin leerlas. Ya lo había oído todo: las excusas, las justificaciones, los motivos. No le interesaban. Ella misma firmaba sus notas, se hacía la comida, y mantenía una escalera de cuerda debajo de su cama por si el apartamento se incendiaba, pues su tía fumaba en la cama mientras estudiaba, y a menudo se quedaba dormida con el libro abierto y un cigarrillo encendido en el cenicero. Juliet estaba acostumbrada al desastre, y siempre tenía recursos por si sobrevenía una catástrofe. En esa ocasión, por ejemplo, sacó de su mochila unas bragas de recambio. *Siempre hay que estar preparada* era su lema. Siempre había que esperar lo peor.

—¿Te crees que esto es malo? A mí me vino la regla por primera vez cuando estaba en el tren rumbo a Cambridge, y tuve que quedarme ahí sentada sangrando hasta que llegamos a la estación de Harvard Square. Entré en la tienda de la universidad y dije que no me iría hasta que me dieran un chándal.

Juliet se sentó en el lavabo, sacó un cigarrillo de un paquete que había comprado en la tienda de la esquina y lo encendió. Con la ayuda del carnet de identidad que le había robado a su tía, había convencido al dueño de la tienda de que tenía veintitrés años y era estudiante de posgrado.

—Tendría que abofetearte o algo así para darte la bienvenida al mundo de las mujeres. Mi tía lo hizo conmigo, pero quizá fue porque tenía puestos sus vaqueros blancos y tuvo que tirarlos.

—Sí, eso. Una bofetada. Estupendo —dijo Stella. Así que era por eso que la cabeza le zumbaba y le dolía el estómago. Con razón estaba de tan mal humor—. Bienvenida al mundo del dolor.

Se cambió de ropa. Dobló la falda y las bragas manchadas y las metió en su mochila, y se puso la americana azul encima del vestido nuevo. Notó que la falda era prácticamente transparente. Había que ser valiente para ponerse algo así, incluso si estaba a medias cubierto. Había que tener fe para creer que una no se veía como una tonta rematada. Stella se alisó la falda y se abotonó la americana. Luego fue a lavarse las manos. Ser mujer resultaba agotador.

—Odio a mi madre —dijo distraídamente mientras se secaba las

manos. Se puso más pintalabios. Bajo la fuerte luz del lavabo, se veía especialmente pálida sin pintalabios y extremadamente vulgar con la boca pintada—. Me vigila como si yo fuera una flor a punto de marchitarse.

—¿Piensas que tu madre es mala? Al menos nunca ha matado a nadie.

—Sí, emocionalmente.

Entre risas, corrieron a clase de matemáticas.

—Si te dicen algo por no llevar el uniforme completo —susurró Juliet—, diles que te estás desangrando. Los dejará callados.

—Vale.

Stella se sentía avergonzada con el vestido negro, y se preguntaba si no se habría puesto demasiado pintalabios.

—Deja que yo me entienda con las autoridades. Ya sabes qué buena soy para inventar excusas.

Cuando llegaron al aula, Stella se escabulló hacia su pupitre mientras Juliet se disculpaba con la señorita Hewitt por la tardanza. Juliet explicó que habían tenido problemas femeninos de los que su madre nunca había podido hablarle, ya que la señora Aronson estaba en la Prisión Estatal de Framingham y era una vil asesina que había dejado a su hija sola en este mundo cruel. La señorita Hewitt no pudo ni chistar ante esa historia. ¿Cómo sustraerles puntos por la tardanza? Una vez más, Stella sintió admiración por Juliet. En días horribles como ése, servía de consuelo tener una amiga fiel. Rápidamente, empezó a responder su examen. Había estudiado con la esperanza de redimir su baja calificación, y lo habría conseguido si, tras escribir su nombre, no hubiera levantado la vista. Su mirada se posó sobre la señorita Hewitt y, una vez allí, no pudo apartarse de ella. Justo en medio de la garganta de la profesora de matemáticas había una espina de pescado.

Stella cerró los ojos. Probablemente no estaba viendo bien. Después de todo, se había sentido mareada. Pero cuando volvió a abrirlos, la espina estaba exactamente en el mismo lugar que antes, clavada en la garganta. Era una espina blanca y afilada. Un hueso de trucha, quizá. Por su forma y su tamaño podía deducirse que sería

difícil expulsarla de la tráquea.

Stella tenía taquicardia y sentía la boca seca. Inmediatamente, comprendió que había visto el futuro de la señorita Hewitt. Detrás del pupitre, incapaz de prestar atención al examen para el que había estudiado, impotente ante la fuerza del destino, se puso lívida. Su corazón latía con fuerza y la cabeza le daba vueltas. Cuando se desmayó, sus compañeras se levantaron de sus pupitres para congregarse a su alrededor. Una de ellas le alisó por pudor la falda transparente. Otra le puso una americana doblada bajo la cabeza, para acomodarla sobre el suelo de baldosas.

Desde luego, todo el mundo entendió la situación cuando Juliet explicó que Stella tenía la menstruación por primera vez y que había sufrido cólicos terribles. Llamaron a la enfermera del colegio, quien le dio a Stella sales para oler y le aplicó compresas frías. Al final, Stella recobró el conocimiento y se incorporó despacio, agarrándose la cabeza dolorida. No supo dónde estaba, hasta que vio el rostro preocupado de Juliet.

—Feliz cumpleaños —le dijo su amiga.

Fue Juliet quien convenció a la profesora de matemáticas de dejar que Stella se marchara a casa. La pobre señorita Hewitt, que sabía tan poco sobre su atroz porvenir como sobre las manipulaciones de Juliet, le dijo a Stella que podía presentar el examen el lunes siguiente. Llamaron un taxi y sacaron el abrigo del casillero de Stella. Parecía que el sufrimiento había terminado. Pero de camino a casa, Stella vio un objeto con forma de guisante dentro del cráneo del conductor. Estuvo a punto de desmayarse otra vez, pero logró contenerse a fuerza de voluntad. No debía comportarse como una niña. La nueva situación, ya fuese una maldición o un cable que se había cruzado en su cerebro, no debía derrotarla. Abrió la ventana del taxi y respiró profundamente. Por si acaso había más cosas raras por allí, mantuvo los ojos cerrados durante el resto del trayecto por la calle Beacon.

Cuando llegó a su edificio, subió a la tercera planta y se encerró con doble llave. Se sirvió un vaso de agua en la cocina, y luego se dirigió a la entrada. Acercó una silla a la casa de juguete que le había

enviado su abuela, e intentó no pensar en los acontecimientos del día. Se calmó al concentrarse en la casa de juguete, al prestar atención a los detalles, al contemplar las perfectas alfombras en miniatura, las baldosas de cerámica, blancas y marrones, las diminutas chimeneas, una de ladrillos rojos, otra de ladrillos grises, otra de piedra, y la urna de cristal en la sala de estar, cubierta con una tela bordada.

Se perdió en las habitaciones de Cake House, un lugar que nunca le había sido permitido visitar. Hizo lo posible por olvidar cuán nefasto había sido su cumpleaños. El día anterior, cuando habían hablado, Elinor Sparrow le había aconsejado que esperara lo inesperado. Quizá su abuela se refería a esto: a la efervescencia en su cabeza, a las visiones, a la espina de pescado, al vestido negro que no correspondía a una persona de su edad, al desmayo en el salón de clase, al temblor y al desconcierto ante la muerte.

Al menos su madre estaba aún en el trabajo, y podía disfrutar de un poco de privacidad. Fue a su habitación, y escondió el vestido negro debajo de la cama. Luego se puso unos vaqueros y su camisa blanca favorita. A menudo, su cumpleaños empezaba con un sol radiante para terminar con una ráfaga de nieve, o empezaba con un viento fuerte que luego se transformaba en una suave brisa. Nunca se podía prever lo que pasaría en el equinoccio. El tiempo estaba cambiando. Stella abrió la ventana y sintió un perfume de humedad en el aire, oscuro, fangoso y dulce, que evocaba el agua de los lagos. Pensó en anzuelos y huesos, en tumores que parecían guisantes, en días de cumpleaños y en gotas de sangre. Reflexionó acerca de todas estas cosas y luego salió al pasillo y llamó a su padre a la academia de música.

—Papá —dijo, y se sintió aliviada tan pronto oyó la voz de Will. Así era el amor: aportaba tranquilidad cuando más se necesitaba. Daba esperanza cuando todo parecía perdido—. Ven a buscarme enseguida.

III

Will Avery llegó cuarenta minutos más tarde, pero para él, eso era llegar a tiempo. Cuando dobló por la calle Marlborough y vio que su hija lo esperaba en la escalinata de hormigón, sintió un ramalazo de dicha. A pesar de que había decepcionado a cuantos le rodeaban, su hija aún esperaba algo de él, creía en él, y por eso él hacía todo lo posible por estar con ella (cuando podía, o sea, casi nunca). Will sabía que era irresponsable y egoísta, y que estos rasgos formaban parte de su ser tanto como su atractivo físico.

Nunca había reflexionado acerca de sus fallos, así como tampoco se había cuestionado acerca de su grupo sanguíneo o su estructura ósea. Sin embargo, últimamente, algo en su interior había empezado a cambiar. En los últimos meses se había sentido sobrecogido por una emoción que no lograba identificar. Lloraba sin razón. Sentía el filo oscuro e irregular del remordimiento cada vez que se encontraba solo, es decir, la mayor parte del tiempo. Si se descuidaba, iba a convertirse en uno de esos pobres tipos que se ponían a llorar después de tomar dos copas y estaban dispuestos a hablarle a cualquier extraño que se cruzara en su camino sobre el desastre en que se había convertido su vida.

—Hola, hija —dijo cuando Stella corrió a su encuentro.

Stella tenía el pelo recogido en una coleta. Llevaba un viejo abrigo azul oscuro encima de la camisa blanca y los vaqueros. No era precisamente un atuendo festivo. De hecho, su cara revelaba preocupación y cansancio.

—¿Estás bien? Deja que te mire. —Will observó a su hija. Sabía cómo hacer sentir bien a una mujer. Aparte de la música, era lo único que sabía hacer—. Preciosa, como siempre.

—Sí, ya —dijo Stella escéptica, pero sonrió, contenta a pesar de sí misma.

—¿Dónde está tu madre? ¿No habíamos quedado en que saldríamos a cenar los tres para celebrar tu cumpleaños?

Stella tomó la mano de su padre.

—Quiero que nos vayamos antes de que llegue. Quiero celebrar mi cumpleaños contigo. Ella no lo comprendería.

—De modo que vamos a plantar a mamá.

Will estaba más que dispuesto a patrocinar la maniobra. Era una decisión que podía entender bastante bien. Cada vez que se había alejado del buen camino, cada vez que había bebido demasiado o que había defraudado a Jenny, había hecho exactamente eso. Y, pensándolo bien, ¿no merecía Jenny Sparrow que la defraudaran? Siempre estaba dolida. Se resistía a aprender de la experiencia. ¿Qué culpa tenía Will si Jenny era ingenua? Quizá él le había hecho un favor al ayudarla a salir de su mundo de sueños, al hacerle ver que había un mundo real, lleno de mentirosos y de tramposos, de personas como él, que tenían el mismo derecho que ella de habitar el planeta.

Will y Stella se fueron volando hacia la calle Beacon para tomarle ventaja a Jenny. Riendo, atravesaron varias calles antes de llegar a su restaurante favorito, The Hornet's Nest, famoso por sus bebidas fuertes y su pastel de crema de Boston. Era una ocasión alegre, había que celebrar, y por una vez, Will se había acordado de comprar un regalo. Desde luego, era Jenny quien se lo había recordado, por medio de un mensaje en el contestador. El regalo era una pulsera con una campanita de oro, y a Stella le encantó. Pero no pasó mucho tiempo antes de que Will se sintiera incómodo. Stella estaba muy parlanchína, algo raro en ella, y su buen humor parecía forzado. Siempre se había parecido a él físicamente. Había heredado sus rasgos delicados y el color bronceado de su piel. En aquel momento, Will deseó fervientemente que no hubiera heredado también su carácter. Él había sido un mentiroso desde que había aprendido a hablar. La deshonestidad se le había dado con la misma facilidad que la música. Al parecer, tenía un talento natural, y esto le había sido de provecho, pues nunca se había esforzado por conseguir nada. Simplemente abría las manos y le caía un golpe de suerte, o al menos así había sido hasta el momento.

En toda su vida, sólo una persona había podido ver quién era en

realidad. Esta persona no era Jenny, a quien le había tomado treinta años darse cuenta de que no podía confiar en él. Quien había acertado inmediatamente era la madre de Jenny. Elinor Sparrow detectó que era un mentiroso la primera vez que lo vio en el salón de su casa. En aquel tiempo, Will era temerario. No sintió miedo al encontrarse en las habitaciones polvorientas de Cake House, y, desde luego, no imaginó que Elinor Sparrow fuera a caerle encima mientras examinaba las pertenencias de Rebecca Sparrow guardadas bajo llave.

No te muevas, había susurrado Jenny al oír los pasos de su madre en el corredor. Pero, por supuesto, él no hizo caso. Will era Will: no podía obedecer. Tan pronto como Jenny salió al pasillo para intentar distraer a su madre, agarró la llave que estaba colgada de un gancho en la pared, y, sin pensarlo dos veces, abrió la urna de cristal para observar de cerca su contenido. Elinor Sparrow, a quien desafortunadamente era imposible distraer, oyó el chirrido de la cerradura de la urna. Desde el pasillo, percibió un olor dulce, empalagoso, el olor inequívoco de los mentirosos y los ladrones. Ahí estaba: un chico estúpido había irrumpido en su salón, examinaba la historia familiar como si tuviera derecho a hacerlo, y rebuscaba en la vieja y sangrienta urna del dolor.

Elinor era una mujer fuerte, bastante robusta, y medía más de un metro ochenta. Agarró a Will del hombro, y le clavó las uñas.

¿Qué has cogido?, le preguntó mientras lo zarandeaba, como si a fuerza de zarandearlo pudiera sacarle la verdad. Lo trataba como si fuera un topo del jardín, una rata del sótano, una alimaña que había caído en una trampa. *¿Qué has robado?*

Nada, respondió Will. Era la reacción inmediata de un mentiroso, almibarada y fácil. *Se equivoca usted, sólo estoy de visita*.

Elinor lo miró burlona. Se fijó en la manera como él se lamía los labios, como sus ojos se desviaban hacia la izquierda. No la conmovía el tono satinado de su voz. El chico estaba marcado por el olor inconfundible de sus mentiras, un olor acre, correoso. Ella habría podido encontrarlo aun si se hubiera escondido en una montaña de heno. Olía a zapatos viejos, a esperanzas defraudadas.

Olía a alguien que podía robarle a su hija si no tenía cuidado.

Elinor sacudió a Will con mayor violencia. Fácilmente le habría roto un hueso del hombro si Matt Avery no hubiera acudido tras oír los ruidos. Matt abrió las puertaventanas, rompiendo, al hacerlo, varios cristales, y entró blandiendo una pala que había encontrado en el porche. Era extremadamente tímido y raramente abría la boca si antes no se le hablaba, pero allí estaba, enfrentando a Elinor Sparrow, pala en mano, con gesto resuelto.

Suéltelo. ¡Ahora mismo!

Elinor rió ante el coraje del intruso. Tendría once años. Doce, máximo.

¿Qué piensas hacer?, le preguntó con desdén. Matt se detuvo a pensar una respuesta y Elinor rió de nuevo. *Te diré lo que harás: nada*.

Matt no pensaba usar la pala más que como escudo, pero cuando Elinor se rió de él, cuando empezó nuevamente a zarandear a Will, dio un salto hacia delante y aceptó el reto. Ya que no veía otra forma de liberar a su hermano, golpeó el pie de la mujer. Ella profirió un aullido y soltó a Will.

Quiero que me devuelva lo que me ha robado, gritó.

Pero Matt ya había agarrado a Will por la manga y blandía la pala en el aire para mantenerse a salvo de Elinor. *Mi hermano no sería capaz de coger nada. No querría tener nada que le perteneciera a usted*.

Elinor sintió que en el empeine del pie le salía un hematoma. Matt ciertamente había conseguido desorientarla, y, por un momento, pareció olvidar que era la víctima. Los hermanos no esperaron a que cayera en la cuenta. Cruzaron deprisa las puertaventanas, y echaron a correr tan rápido que sentían los pulmones a punto de explotar. Pasaron la forsitia y el laurel, y no se detuvieron hasta que llegaron al final del camino. Estaban sin aliento. Matt se puso a temblar, y Will se echó sobre la hierba y rió con tantas ganas que poco faltó para que se ahogara.

¿Dónde está la gracia?

Matt había olvidado arrojar la pala al emprender la fuga, y

todavía la llevaba. La había agarrado con mucha fuerza y sus manos habían empezado a ampollarse. No podía creer que se hubiera enfrentado a Elinor Sparrow. Esperaba no encontrar esa noche, al irse a dormir, una cebolla llena de alfileres bajo su almohada. En el pueblo se decía que quien se atrevía a contrariar a Elinor recibía un pequeño regalo que traía consigo siete años de mala suerte.

Matt arrojó la pala y se sentó junto a su hermano, que aún reía, divertido y tremendamente orgulloso de sí mismo.

Vamos, dímelo. Matt siempre era el último en enterarse de las cosas. *¿De qué te ríes?*

Will abrió la mano bajo la mirada de su hermano. Allí, sobre su palma sudorosa, descansaba una de las puntas de flecha de Rebecca Sparrow. Allí estaba la breve línea de sangre.

Matt se puso de pie, furioso. *Hijo de puta*. Will no recordaba haberle oído decir palabrotas nunca antes. *Hiciste que mintiera*.

Matt se marchó a través de un campo de hierba quemada, sordo a las palabras de su hermano mayor, que le gritaba que creciera y no fuera tan memo. ¿Qué había de malo en decir una mentira si con ello se lograba algo? Will estaba dispuesto a compartir la punta de flecha, si era eso lo que Matt quería. También estaba dispuesto a decir que Matt había estado a su lado cuando la había robado, si quería participar de su éxito. Pero Matt no se volvió. Recogió su saco de dormir y su linterna en la otra orilla del lago, y se marchó del lugar mucho antes de que Jenny llegara en busca de Will.

Estaba descalza y tenía el rostro congestionado por la discusión que acababa de tener con su madre. En sus peleas, que solían ser crudas y mezquinas, se gritaban insultos que caían como bombas. Cuando oyó que Jenny se acercaba, Will se metió la flecha en el bolsillo. Era mejor que ella siguiera pensando bien de él. Cuando Jenny se sentó a su lado, en ese día verde de marzo, con la piel caliente y el pelo aún enredado, Will vio, por primera vez, que era hermosa.

Si mi madre te hizo daño, lo lamentará, dijo Jenny.

No habría podido hacerme daño aun si lo hubiera intentado, dijo Will pretencioso. El hombro le dolía. La preocupación de Jenny lo

había conmovido. Quería más. Jenny era interesante, diferente de las demás chicas del pueblo que andaban detrás de él.

¿Soñaste anoche con un ángel de pelo negro? Había también una abeja y una mujer que no le tenía miedo a nada. Ni siquiera al agua más profunda.

Will estaba hipnotizado. Oyó el coro de los tordos del bosque y los gorriones que piaban sobre las márgenes fangosas. Jenny era exótica para Unity, con esa larga cabellera negra que flotaba sobre su espalda como el agua del lago, y esos ojos oscuros, insondables. Ni siquiera él era inmune a la fiebre de la primavera. La sentía subir por su cuerpo y nublar su razón. Todo parecía iridiscente y nuevo bajo la brillante luz del sol.

Eso soñé, dijo.

Lo sabía. Jenny estaba dichosa. *Sabía que eras tú*.

Jenny se apartó el pelo de la cara. Olía a verbena y a sueño. Will comprendió que confiaba en él, que le creía, y eso lo sedujo. Allí, sentado a su lado, olvidó por un momento quién era y qué era capaz de hacer.

Y ahora, después de tantos años, había empezado a preguntarse si ese ángel del que Jenny había hablado no sería el mismo que él veía en la oscuridad, el que lo esperaba en las esquinas, el que velaba junto a su cama. Seguramente era una alucinación, pero la alucinación parecía seguirlo por doquier últimamente. El ángel se le aparecía en el bar del restaurante The Hornets' Nest casi todas las noches. Por eso estaba bebiendo tanto en el cumpleaños de Stella. Ya iba por el segundo Johnnie Walker cuando llegó la ensalada.

Al final de la noche, tendría los ojos llorosos. Había pasado el tiempo. Su niña era ya una adolescente que no tardaría en adivinar quién era él en realidad. Stella jugaba con la campanita de su pulsera. Parecía preocupada. Algo le ocurría, pero su distracción permitía que Will coqueteara con la camarera, una chica guapa que a todas luces era demasiado joven para él. Probablemente era una estudiante de posgrado que esperaría tener largas conversaciones acerca de las cosas que le interesaban, de su futuro, por ejemplo. Recientemente, Will había descubierto que la seducción implicaba

demasiado trabajo. Era mucho más fácil estar con alguien que ya lo conocía, con alguien con quien podía bajar la guardia.

—¿Tu madre pregunta mucho por mí? —interrogó a Stella.

Ella agitó la muñeca, y la campanita de su pulsera nueva hizo un sonido metálico y frío.

—No mucho.

—¿No?

Will parecía herido, de modo que Stella se retractó inmediatamente.

—Bueno, a veces. No nos comunicamos mucho. Con ella no puedo hablar como contigo.

Will sonrió, feliz. Quedaba alguien que confiaba en él.

Stella se apoyó en los codos y se inclinó hacia delante.

—Papá, hay algo de lo que quisiera hablarte. Algo que ella nunca entendería.

De modo que era por eso que había parecido incómoda durante la cena. Will deseó que no fuera a hacerle una confesión que tuviera que ver con el sexo o con las drogas. No podía ser un guía moral para nadie, y ciertamente sería incapaz de emitir una opinión paterna sensata. Stella lo miraba como si en realidad necesitara su ayuda, y eso era preocupante. Tenía en los ojos las mismas chispas doradas que él. Tenía el mismo hábito de bajar la voz cuando iba a decir algo importante.

—Creo que sé lo que va a ocurrirles a ciertas personas —dijo Stella.

Will soltó una carcajada. No pudo evitarlo, pues recordó los líos en los que se había metido cuando tenía la edad de Stella. El terror que le había hecho sentir a su madre, las noches que había pasado fuera de casa, todas las reglas que se había sentido impelido a violar, el hachís que guardaba en el armario, la marihuana del cajón de su escritorio, los incendios que había provocado cuando necesitaba emociones fuertes, todas las veces que se había portado mal y Matt había tenido que encubrirlo y sufrir el castigo.

—Lo siento —dijo Will cuando vio en la cara de Stella que la había ofendido—. No me río de ti. Es que me siento aliviado. Creí

que estabas a punto de decirme algo horrible.

—Es horrible.

—Hija, escucha. Yo también sé lo que va a pasarles a algunas personas —señaló una mesa del fondo, donde una pareja había estado discutiendo durante un buen rato—. ¿Ves a esos dos? Se habrán divorciado antes de fin de año. Te lo aseguro. Ah, y otra cosa: puedo predecir que tu madre se enfadará porque hemos venido a cenar sin ella. Lo preveo, claramente.

—No me refiero a cosas como ésas —dijo Stella y se acercó más. La campanita de su pulsera tintineaba—. Veo cómo han de morir.

—Ah. —Will encendió un cigarrillo y se quedó pensativo. Fuera, el crepúsculo pardo caía sobre la calle Beacon. Había una docena de palomas en la acera, y sus pálidas plumas brillaban en la luz que se desvanecía.

—Deberías apagar el cigarrillo —aconsejó Stella.

Su tono sonó de repente tan seguro, tan adulto, que Will se asustó. Un escalofrío le recorrió la piel. ¿Sería ése su porvenir? ¿El destino que merecía? Últimamente había tosido bastante y a menudo se despertaba con dolor de garganta.

—¿Por qué? ¿Me voy a morir?

En los labios de Stella se dibujó una breve sonrisa.

—No. Porque estamos en la sección de no fumadores.

Will rió y apagó el cigarrillo en un trozo de pan mordisqueado. En la pared estaba el anuncio: PROHIBIDAS LAS PIPAS, LOS CIGARRILLOS, LOS PUROS.

—¿Entonces no moriré de cáncer de pulmón, por el momento?

—No puedo saberlo. Sólo funciona con algunas personas. Nunca sé con quién. No lo controlo.

Will terminó su copa y pidió otra. Había empezado a relajarse. Lo que su hija le contaba no sonaba tan horrendo. Premoniciones, miedos, cosas sin importancia. Seguramente era algo pasajero. Probablemente había estado jugando con la ouija o con el tarot. Unas cuantas visiones no eran nada en comparación con los problemas que otros padres tenían que afrontar: esquizofrenia, anorexia, cleptomanía. Will resolvió que Stella estaba pasando por

una fase complicada del desarrollo, que sentía un temor natural hacia la muerte y que la separación de sus padres le generaba ansiedad. Había leído un libro acerca de las reacciones de los niños frente al divorcio. En realidad, había leído sólo medio libro, porque tanta filosofía lo aburría. Ahora, se preguntaba si no habría hecho mal al no terminar de leerlo. Quizá Jenny tenía razón y debían haber ido a una terapia de familia. Desde luego, Will se había negado. No parecía justo pagar por una hora de preguntas y respuestas, cuando él se habría limitado a mentir descaradamente.

—¿Puedes ver lo que le va a pasar a alguien que esté aquí?

Will había decidido tratar la supuesta afección de Stella como si se tratara de una atracción de feria. *Dime cuántos ases tengo en la mano, cuántas sotas, cuánto tiempo me queda de vida*.

—¿Qué me dices de esas dos del rincón?

Desde luego las escogió a ellas, dos mujeres atractivas, de treinta años, que disfrutaban de una salida nocturna. Una de ellas tenía el pelo castaño claro y se lo había recogido dejando al descubierto su pálido rostro. Su compañera llevaba un vestido negro que se parecía al que Juliet le había regalado a Stella, y una docena de brazaletes plateados.

Stella miró hacia el rincón y enseguida volvió a mirar a su padre. De su cara había desaparecido todo rastro de color. Un instante había bastado. Un vistazo, y lo había sabido. Olió el *whisky* en el aliento de Will, y un ligero rastro de tabaco. La camarera recogía la mesa de al lado, y se oía el entrechocar de los platos.

—La de negro morirá en su lecho cuando sea vieja. Su corazón dejará de latir.

—Bien, eso es bueno. —Will se sintió aliviado. Estaba bastante borracho—. Es una buena manera de morir, Stella. Ojalá yo la palme de la misma manera. No hay nada malo en ver eso.

Will estaba nuevamente animado. *Hable con sus hijos adolescentes*, aconsejaba el libro que había leído a medias. *Hágales ver que sus ideas le interesan*.

—De todas maneras, apuesto a que estas visiones son como la gripe. Veinticuatro horas con la muerte. Esta noche te tomas dos

aspirinas y duermes toda la noche, Stella, mi estrella, y verás cómo por la mañana estás perfectamente, con la cabeza despejada.

Stella esperaba que así fuera, pues no quería seguir teniendo esas premoniciones. No eran algo que una chica de trece años pudiera disfrutar. Se obligó a respirar lenta y regularmente. No le había contado todo a su padre. No prestó atención cuando la camarera se acercó trayendo la cuenta, junto con un papel en el que había escrito su número de teléfono para Will. Se esforzó en no volver a mirar a la otra mujer de la mesa del rincón, la que tenía el pelo castaño y la garganta cortada de un tajo.

Cuando la camarera se alejó, Stella fue a sentarse en las rodillas de Will. Era algo que no había hecho en mucho tiempo.

Will se sorprendió y se alegró. Quizá tenía otra oportunidad de ser un mejor padre, una mejor persona.

—Mi niña pequeña.

Le tomó un rato darse cuenta de que Stella lloraba, con la cara escondida contra su pecho. Sintió la humedad de las lágrimas a través de la camisa, y sintió también cuánto la quería, aunque su amor no valiera nada.

—Es tu cumpleaños, Stell. No llores.

—Entonces prométeme que me creerás —dijo Stella con un tono muy intenso—. Hablo en serio. Hazte una cruz sobre el corazón.

Volvió a su asiento para poder ver cómo Will dibujaba con sus dedos, solemnemente, una cruz a la altura del corazón, o al menos una equis en el lugar donde su corazón debía haber estado, y le contó acerca de la horrible muerte que aguardaba a la mujer del rincón; cómo sería asesinada en su cama, cómo abriría los ojos y sabría que la oscuridad se cernía sobre su cuerpo, cómo no tendría escapatoria si nadie la prevenía.

—Tienes que hacer algo —advirtió Stella—. Hay que hacer algo. Aunque sólo sea una posibilidad.

Su confianza hizo que una luz se encendiera en el interior de su padre, y, por un momento, Will fue un hombre mejor. No tenía opción. Tenía que aprovechar la oportunidad e intentar comportarse

como un padre.

—Bueno. Le diré que mantenga las ventanas cerradas y que tenga cuidado de los extraños, pero si me llevan al manicomio tendrás que decir que fue idea tuya.

Will Avery se acercó a la mesa de las dos mujeres y se presentó. Señaló a su hija, esa chica encantadora que estaba al otro lado del comedor. Las dos mujeres rieron cuando Will mencionó, tímidamente, la premonición de Stella. Recordaban que, a los trece años, también ellas habían tenido demasiada imaginación. Creían en fantasmas y en el amor a primera vista, y de nada había servido: habían crecido y desconfiaban de todo, aunque no tanto como para que la rubia no le diera su número de teléfono a Will, que lo metió en su cartera junto con el papel arrugado que le había entregado la camarera.

—Me parece que no me creyeron —le dijo Will a Stella cuando salían del restaurante.

—Entonces tendremos que decírselo a alguien más. Es nuestro deber, ¿no? Es nuestra responsabilidad.

Ese concepto, responsabilidad, se debía sin duda a la influencia de Jenny, siempre atenta a la alimentación equilibrada, a los deberes escolares, siempre haciéndose cargo de las tareas más tediosas. ¿Dónde había quedado la influencia de Will? ¿Qué le había enseñado él a su hija? ¿Que debía dejar que sus apetitos controlaran su vida? ¿Que debía hacer lo que le diera la gana, sin importar quién saliera lastimado?

Habían doblado por la calle Marlborough y se dirigían a la casa de Stella. El aire estaba cargado de humedad. El aire de marzo se pegaba a la ropa y apremiaba a las magnolias a que se abrieran. Will no volvió a su piso. Dejó a Stella y siguió su camino. Pero, ¿qué camino era ése? ¿El camino de las tres últimas copas antes de dormir? ¿El camino del aislamiento y el egoísmo?

—Tenemos que hacer algo más por ella —insistía Stella—. Tienes que hacer algo.

—Algo más por ella —repitió Will.

Nunca se le había ocurrido hacer nada por nadie. Frente al

edificio donde había vivido durante tantos años, Will se sorprendió al pensar en alguien aparte de sí mismo. Se preguntó si era así como las personas generosas se sentían, con esa ligereza por dentro, con esa levedad.

—Prométeme que harás algo más, papá.

Stella parecía frágil, como si estuviera hecha de vidrio. Pero, al mismo tiempo, era inamovible. Estaba totalmente segura de lo que Will debía hacer. Cuán afortunado era él por tenerla. Qué suerte tenía al ser visto por sus ojos.

Will Avery se llevó la mano al corazón y juró que llevaría a cabo una empresa que nunca antes se había propuesto. Haría algo por alguien. Le dio a su hija un beso de buenas noches y la siguió con la mirada mientras subía la escalinata. Luego se marchó en la oscuridad. Sentía que flotaba por la calle Marlborough, que el aire húmedo se había convertido en agua y él en un pez que nadaba a contracorriente. Era una flecha que se dirigía hacia el blanco con fe. El cielo estaba iluminado por esa luz que Jenny llamaba «luz de sueño», por ese rocío de constelaciones que, según Jenny, provocaba una mayor cantidad de sueños en los durmientes. Ésa era una de las cosas que Will más echaba en falta de su matrimonio: le encantaba que Jenny le contara los sueños de los demás. En cuanto a él, nunca había sido precisamente un soñador. Cada vez descansaba menos cuando dormía. Su sueño se había convertido en una planicie poblada de remordimientos. Era un terreno baldío, el paisaje interno de un hombre que había mentido durante tanto tiempo que ya no podía reconocer la verdad.

Will deseaba haber soñado el sueño de hacía años, el sueño de la mañana en que Jenny había corrido en pos de él. Habría deseado ser capaz de imaginar ángeles morenos, mujeres valientes, abejas que nunca picaban. Pero quedaba en la tierra un ángel que creía en él, y él le había hecho una promesa que iba a cumplir. Era algo nuevo para Will; correspondía a un sentimiento que nunca había imaginado que formara parte de su naturaleza. Era asombroso el efecto que tenía el amor sobre las personas. Eran asombrosos los cambios que el amor suscitaba. El amor alteraba la historia,

provocaba guerras y les ponía fin. Incluso, podía hacer de Will Avery un hombre honesto. Para cuando llegó a la estación de policía, Will estaba silbando. Era el signo inequívoco de un hombre que tenía la conciencia tranquila. Will era un completo mentiroso, pero los mentirosos también tienen corazón, aunque hay quien piensa lo contrario. Hasta un mentiroso podía decirse a sí mismo que estaba a punto de hacer lo correcto.

IV

La noticia llegó mientras Jenny recogía su comida en la esquina del banco, en el mercado de la calle Charles. Había encargado por teléfono una ensalada César para llevar, y un té negro, cargado. Resultaba ridículo que Will Avery dijera que ella era su parienta más cercana. En los últimos seis meses a duras penas se habían dirigido la palabra. En el escritorio de Jenny había una nota que decía que Will estaba retenido en la comisaría bajo sospecha de homicidio. Evidentemente, quien había recibido el mensaje no había guardado el secreto: lo había difundido a diestro y siniestro, de Hipotecas a Depósitos, de modo que, cuando Jenny se dirigía hacia su escritorio, la siguieron todas las miradas. Sus colegas sabían que se alarmaría cuando leyera la nota que alguien había escrito en su calendario semanal.

Jenny tiró la ensalada a la basura. Era incapaz de comer. Sentía que el estómago se le había descolgado y había caído en un pozo sin fondo. Le hormigueaban las manos y los pies, como siempre que se avecinaba un desastre. El día de su boda, en la escalinata del ayuntamiento de Cambridge, había sentido un hormigueo tan fuerte en los dedos de los pies que a duras penas había podido subir los escalones. Cualquiera habría adivinado que caminaba hacia la infelicidad. Estaba claro, por la manera como había vacilado al

acercarse al notario, como si, en lugar de la dicha matrimonial, la esperara un charco de alquitrán para tragársela. Cualquier otra mujer habría dado media vuelta y se habría ido de allí. Pero Jenny no: Jenny tenía que seguir hacia delante contra viento y marea. No sabía reconocer sus errores, como su madre le reprochaba siempre. *Nunca serás capaz de dar marcha atrás*, había dicho Elinor. *Ni por amor ni por dinero. No darás marcha atrás, aunque estés cometiendo el peor error del mundo*.

Con suerte, podría tomar al menos un sorbo de té mientras esperaba que la operadora de la policía la conectara con un detective. Finalmente le informaron de que su marido iba a ser interrogado en relación con un homicidio que había tenido lugar la semana siguiente al cumpleaños de Stella. Alguien había entrado por una ventana abierta, o había logrado colarse por la puerta de un piso en Brighton, y había degollado a una mujer. No había testigos, ni motivo aparente. Jenny recordó que la historia le había producido terror. La había oído en las noticias de las seis: una maestra respetada, de buena reputación, una hermosa mujer de treinta y tres años se había topado con ese fatal destino. Jenny se había propuesto cambiar la cerradura de su casa por una mejor.

¿Pero qué tenía todo esto que ver con su marido? Mucho, al parecer. Su marido, continuó el detective, había acudido a la policía antes del crimen y había facilitado una gran cantidad de información. Por eso se le interrogaba. Los detectives habían sentido especial curiosidad después de encontrar el teléfono de la muerta en la cartera de Will Avery.

—Mi ex marido —corrigió Jenny.

—¿Perdón?

—Es mi ex marido. Nos separamos oficialmente en el verano, y obtendremos el divorcio en cualquier momento. Por mutuo acuerdo.

—Cuando se separaron, ¿temió usted por su seguridad?

—No. Claro que no —dijo Jenny. Había temido perder la cordura, quizá. La autoestima, sin duda.

—Y después de la separación, ¿pidió usted que se expidiera una orden de alejamiento?

De modo que hacia allá iba encaminado el cuestionario.

—Will Avery es incapaz, por naturaleza, de ejercer violencia. Lo conozco mejor que nadie. Se desmaya cuando ve sangre, especialmente si es la suya. Cuando se corta al afeitarse, tiene que ponerse a respirar dentro de una bolsa de papel.

Eso era exactamente lo que Will estaba haciendo cuando Jenny llegó a la comisaría, al final de la calle Charles. Will estaba en una celda, jadeando dentro de una bolsa que antes había contenido el vaso de café y los pasteles del desayuno del detective. Se habían apiadado de él al ver que se ahogaba. Piedad, eso era lo que Will inspiraba. Estaba allí desde la noche anterior, y los efectos de su alcoholismo se hacían evidentes tras la noche de insomnio. Bajo las luces fluorescentes, su piel parecía más amarilla que bronceada. Estaba sin afeitar. Las manos le temblaban. Will, siempre tan preocupado por su apariencia, parecía un criminal. Si Jenny se lo hubiera cruzado por la calle, lo habría tomado por uno de esos hombres tristes, perdidos, que dormitaban en los bancos del Common y soñaban con duchas calientes, con tartas de manzana, con un mundo en el que todos recibían lo que merecían.

La semana anterior, cuando Will había entrado en la estación de policía silbando alegremente, listo para contar su historia absurda a quien estuviera dispuesto a oírla, se habían reído de él. Olieron su aliento, y se cercionaron de que no condujera a casa. No voy en coche, les aseguró Will. Caminaré. (Me tambalearé hasta casa, habría sido más exacto). Lo dijo enfadado, ofendido porque pensaran que fuera a hacer algo tan tonto como conducir borracho. Para calmarlo, el sargento registró la denuncia del asesinato que no se había cometido. Luego, toda la estación se rió a carcajadas. Ahora sí, decían, lo habían oído todo.

Pero después del asesinato en Brighton, uno de los oficiales que habían estado de turno aquella noche recordó la historia y desenterró el informe. Allí encontró la descripción exacta de la víctima y de su muerte, registrada seis días antes de la perpetración del crimen.

—Eres un idiota —dijo Jenny cuando la dejaron entrar en la

celda. Se sentó frente a Will. Sus rodillas se rozaban.

—Eso no se discute.

Will miró a su ex esposa e intentó sonreír. El sentimiento que una vez los había unido destelló por un instante. Pero no fue más que eso, un súbito fulgor, nada más. Se habían convertido en dos compañeros de lucha.

—He llamado a mi hermano. Va a contratar un abogado. ¿Te acuerdas de Henry Elliot, que fue a la escuela con nosotros? Trabaja aquí, en Boston. Parece que es uno de los mejores abogados de la ciudad.

—¿Llamaste a Matt?

Era ridículo sentirse herida porque no la hubiera llamado a ella primero. ¿Pero por qué a Matt? Durante años, no habían tenido contacto con él. Matt había ido a visitarlos cuando se habían mudado a Cambridge, y, por supuesto, lo habían visto en el funeral de Catherine Avery. Pero Will y Jenny sentían aversión hacia su pueblo natal, y, tras la muerte de la madre, los hermanos se habían distanciado aún más. Matt Avery se había quedado en el pueblo. A duras penas había dado un paso fuera de Unity. Se había ocupado de su madre durante sus últimos años, y había tenido oficios diversos. Espalaba nieve, plantaba jardines, y trabajaba en el Departamento de Parques. No tenía mucho en común con Will. Además, los hermanos habían tenido una pelea terrible. Fue el año siguiente al nacimiento de Stella. Matt había ido a pasar el Año Nuevo con ellos. Empezaron a discutir en la fiesta que daban Will y Jenny, y terminaron en la calle, peleándose a puñetazos. Finalmente lograron separarlos, y, cuando Jenny consiguió tranquilizar a su casera y a los vecinos, que ya estaban hartos de los números de Will, Matt se había ido. Y ahora se ofrecía a pagar un abogado caro para que defendiera a su hermano.

—La sangre tira —dijo Will esperanzado. Se moría por un cigarrillo, pero, por supuesto, le habían quitado todo lo que llevaba, incluso el encendedor de plata que Stella le había regalado el día del padre. Tenía una inscripción: para el mejor papá del mundo. *Pobre criatura*, había pensado Will al recibirlo. *Se llevará una desilusión*—.

Quizá el bueno de Matt se siente culpable porque mamá le dejó la casa. ¿Crees que Matt era su favorito? —preguntó Will y otra vez esbozó una sonrisa amarga.

—Claro que lo era. Tú ni siquiera la visitabas. Me alegra que Matt pueda pagar un buen abogado, porque yo no puedo.

—Pues sí, evidentemente puede. Debe haber espalado montañas de nieve.

Los dos rieron al imaginar a Matt conduciendo a través del pueblo cubierto de nieve, pero enseguida volvieron a quedar en silencio. Tenían una misma preocupación: Stella.

—Podemos ocultárselo —dijo Jenny—. No hay razón alguna para que lo sepa.

—No, no. Eso no será posible. Aparecerá en los diarios. Dios, seguramente ya está en el *Boston Herald* y en el *Boston Globe*. No habrá manera de que no se entere, Jen.

—Dímelo inmediatamente. Por una vez en tu vida, dime la verdad.

Mentiroso, mentiroso. Antes cae un mentiroso que un cojo. ¿Qué cuento de hadas contarás? ¿Qué corazón partirás? ¿Qué vergonzosa coartada inventarás?

—No lo hice. Juro que no lo hice.

Jenny lo observó detenidamente. Sabía que era bueno para mentir. Si en un día soleado Will decía que estaba lloviendo, ella se convencía de que pronto quedaría empapada. Después de todos esos años, Jenny aún ignoraba si podía creerle.

—Fui a la estación de policía a informar del crimen —admitió Will—. Pero lo hice porque le prometí a Stella que lo haría.

—Así que ahora la culpa es de Stella.

Will contó lo que había pasado aquella noche, cómo Stella se había confiado a él en su cumpleaños, cómo le había rogado que informara sobre el asesinato que tendría lugar. Entonces, Jenny comprendió que ése era el don que Stella había recibido: la capacidad de ver la muerte, de leer la cronología de los seres humanos. Toda una pesadilla. Y Stella había acudido a Will. Había confiado en su padre, no en ella. Se había encomendado a su padre.

Jenny no pudo evitar pensar en Rebecca Sparrow y en sus calamidades. Una vez había encontrado un retrato de Rebecca, una miniatura, quizá un boceto para el cuadro que se exhibía en la biblioteca de Unity. La miniatura estaba envuelta en un retazo de seda decolorada. Jenny la había encontrado por casualidad cuando buscaba una salsera en un aparador abarrotado. Llevó a la cabaña su tesoro, desdobló la seda, y encontró el retrato de una niña de largo pelo negro. En su rostro se veía que había llorado. La niña se le parecía tanto que Jenny se sobresaltó. Era como si sus rasgos hubieran sido captados por un pintor trescientos años antes de su nacimiento.

Rebecca Sparrow había sido recogida por la lavandera que vivía junto al lago. Había aprendido a cortar patatas congeladas para almidonar los cuellos y los puños de las camisas. Trabajaba duramente, hasta que sus manos sangraban. Había oído que encontrar una rana en el agua de lavar traía buena suerte. Pronto aprendió que las manos de una lavandera parecían diez años más viejas que su dueña. Sus ampollas daban fe de la vida que llevaba. Sus quemaduras rendían testimonio de su coraje.

Cuando Rebecca tenía trece años, la vieja que la había tomado bajo su protección murió súbitamente. La niña se convirtió entonces en la lavandera del pueblo. Era su destino, su oficio. Lavar ropa era todo cuanto sabía hacer. Construyó en el bosque otra cabaña, pues la fabricación de jabón con cenizas y grasa era un proceso desagradable que despedía fétidas humaredas, y quiso separar la lavandería del lugar donde dormía. Los pies se le teñían de verde cuando recorría el camino donde ahora no crecía nada, pero donde entonces germinaban el jengibre, la sanguinaria y las violetas de agua. Jenny imaginó que el retrato había sido el pago por un trabajo de lavandería, y se preguntó si había sido pintado antes o después de que Rebecca cumpliera trece años. Rebecca era demasiado hermosa para que la envolvieran en un retazo de seda y la relegaran al fondo de un aparador, encerrada en un marco de fresno. En Unity ya no había fresnos. Los colonos habían talado los bosques y este árbol había desaparecido de la región. Jenny decidió guardar el retrato en

la cabaña del jabón. Le pareció que ése era su lugar, e imaginó que allí había estado colgado muchos años atrás. Como tenía talento para la pintura, empezó entonces a pintar sus propias miniaturas en trozos de lienzo y en tablas. Usaba un pincel que tenía un solo pelo de caballo, y una lupa que había hallado en un cajón del escritorio de su padre.

Jenny y Will empezaron a encontrarse en la cabaña del jabón cuando Elinor les prohibió que se vieran. En poco tiempo, su deseo se mezcló con el olor del jabón rústico que aún flotaba en el aire. Las ventanas no tenían cristales. Nunca los habían tenido. Rebecca ni siquiera había querido taparlas con papel impregnado de aceite. Quería que por las ventanas entrara el aire fresco. Sin embargo, era fácil calentar la cabaña con las hogueras que Will encendía en el inmenso hogar, donde Rebecca ponía a hervir la ropa en calderos que colgaban de una barra de hierro. Una de esas hogueras casi destruyó la cabaña. Jenny y Will habían pasado toda la noche allí. En la mañana, Jenny se fue a Cake House para vestirse, y Will se quedó un rato más. Más tarde, en el Unity High School, en la clase de ciencias, Jenny miró por la ventana del aula, y vio el humo. Inmediatamente, supo qué había ocurrido. Los escuadrones de bomberos de tres pueblos vecinos se sumaron al de Unity, que había sido fundado por Leonie Sparrow, una mujer capaz de sacar el pan del horno con la mano desnuda y de caminar sobre las brasas sin quemarse.

Los bomberos apagaron las llamas, y la cabaña quedó carbonizada e inundada. Pero se mantuvo en pie. Jenny pensó que el incendio se había debido a un descuido de Will, pero luego, mientras miraban juntos los rescoldos, Will le aseguró que no había tenido nada que ver con lo ocurrido. Comía una manzana mientras le explicaba con cuánto cuidado había apagado el fuego antes de marcharse. Cuando terminó de comer, arrojó el corazón de la manzana sobre las brasas que aún ardían en el hogar. Se decía que cuando las semillas de una manzana restallaban en el fuego, estaba presente el amor verdadero. Pero ese día Jenny oyó sólo el crepitar de la cabaña quemada y el graznido de los cuervos en el cielo.

Elinor Sparrow denunció a Will por haber provocado el incendio. Los labios le temblaban, como siempre que sentía la presencia de un mentiroso. Pero pronto se retiraron los cargos. No había pruebas ni testigos, y el juez era el primo hermano de Catherine Avery, Maurice. El fuego sólo volvió a mencionarse quince años después, cuando Stella ya había nacido y la familia vivía en el piso de la calle Marlborough. Will y Jenny estaban viendo un telediario en el que hablaban de los incendios forestales que azotaban la región de los cañones de California. El fuego reducía las casas a ceniza, y Jenny comentó la magnitud de las llamas.

La cabaña se quemó más rápido, dijo Will.

Jenny supo entonces que su madre tenía razón. Will había visto arder la cabaña de Rebecca, y había mentido descaradamente. Jenny había perdido el pequeño retrato que tanto apreciaba, y él nunca había sido capaz de decirle la verdad. De modo que ahora, sentada frente a Will en una celda, ¿cómo podía estar segura de que la verdad no se le deshacía nuevamente en la boca mientras proclamaba su inocencia? Las palabras de Will se retorcían y adoptaban formas sospechosas.

—Lo lamento, tú lo sabes —dijo Will cuando ella se disponía a marcharse para llegar al colegio Rabbit antes de que las noticias del arresto llegaran a oídos de Stella.

La apología de Will podía tener tantos objetos que Jenny no pudo adivinar a qué se refería exactamente.

—¿Qué lamentas?

—Haberte hecho daño.

La verdad brilló por un instante como una luciérnaga, y enseguida se apagó. Jenny sentía que no podía culpar a nadie por la manera como había terminado todo. Había sido una niña obstinada que se negaba a escuchar a los demás. Había sido una tonta, intoxicada por la fiebre primaveral y por una falsa certeza con respecto al amor.

—El daño está hecho. ¿Hay alguna otra confesión que quieras hacer?

—No —dijo Will. Lo dijo tan rápido que fue evidente, incluso

para Jenny, que mentía. De todas maneras, ella le dio un beso de despedida, pues también lo lamentaba.

Jenny corrió hasta el colegio Rabbit. Se saltó varios semáforos en rojo, y estuvo a punto de ser atropellada. Su prisa era innecesaria. A las nueve de la mañana, algunas niñas del noveno curso comentaban ya el artículo del *Herald* que hablaba del caso y mencionaba a Will Avery con nombre completo. A las diez, se habían presentado dos detectives para interrogar a Stella. A Stella le había dado migraña, y cuando Jenny llegó, estaba refugiada en el despacho de la directora. Se había soltado la trenza rubia y el pelo le caía sobre la espalda. Tenía pintalabios y parecía demacrada. Cuando Jenny llegó, la encontró arrellanada en un sillón mullido cuyas patas remataban en garras de madera. Antes que ella, muchas estudiantes se habían sentado en ese sillón frente a sus padres, a quienes la directora había citado para informarles de que sus hijas no estudiaban lo suficiente, se metían los dedos en la boca para deshacerse del exceso de calorías, habían suspendido geometría o se habían cortado las venas. Ahora la que estaba sentada allí era Stella, su estrella perfecta. Stella, que en lugar de levantar la mirada siguió jugando con su pulsera, que producía un sonido metálico, hueco.

En esta ocasión, la directora, Marguerite Flann, no tenía mucho que decir. Dejó a Jenny a solas con su hija para que tratara de explicarle lo sucedido.

—No te preocupes —dijo Stella—. Ya sé por qué estás aquí. La policía me ha interrogado. Ya sé lo que le han hecho a papá.

—No tenían derecho a interrogarte sin uno de tus padres presente. —Jenny estaba furiosa, pero esto no impidió que se tomara un momento para observar a su hija—. ¿Llevas pintalabios rojo?

—Fue un interrogatorio informal. Me dijeron que no estaba obligada a decirles nada. Pero les dije la verdad. Y no es rojo, es escarlata.

Jenny se hundió en la silla de la directora. *Escarlata*.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó.

—Les conté que había visto cómo iba a morir la mujer, y que podía verlo con algunas personas, no con todas. En su caso lo vi con tanta claridad que hice que papá me prometiera que se lo diría a la policía. No me creen. Creen que estoy encubriendo a papá.

Era evidente que Stella quería a su padre intensamente. ¿Y qué había de malo en ello? La oficina de la directora olía a cera de muebles, y ese olor siempre hacía que Jenny se acordara de su padre, profesor de economía y carpintero aficionado; de su padre, que había empleado su tiempo libre, durante un año entero, en construir una casa de juguete para ella, que le decía Perla, y que, una tarde de primavera, al regresar de sus clases en Boston, se había salido de la carretera. Una ola de frío había cubierto de hielo el pavimento. Era marzo, el mes impredecible. No iba conduciendo con cuidado. Podía haber conducido más despacio. Nunca regresó, pero dejó la réplica de Cake House, recién terminada, sobre su banco de carpintero. Había untado de aceite la madera del interior, de modo que cuando Jenny se agachó para mirar dentro de la casita, sintió un olor especialmente dulce. A veces Jenny se ponía a llorar al entrar en una casa ajena donde una mesa de roble o un escritorio de cerezo acababa de recibir una capa de barniz de limón, ese barniz de olor cítrico que era el preferido de su padre.

Jenny había aprendido a no tener en cuenta las estadísticas. Uno podía perfectamente ser el «uno entre mil» a quien mataba un rayo, el «uno entre mil» cuyo padre no regresaba a casa porque se había accidentado en una carretera cubierta de hielo o porque estaba preso. Jenny sintió envidia de las demás niñas del colegio Rabbit, que podrían marcharse al final del día, pensando en sus calificaciones, en su ropa y sus amores, mientras su única hija contaba las maneras como se podía perder a un ser querido.

—De verdad, vi lo que iba a pasar. Lo vi con la señorita Hewitt, con un taxista, y luego con la mujer del restaurante. El policía no me creyó —repitió Stella—. Pero papá no tuvo nada que ver. Lo juro.

Era la número trece en la descendencia de las Sparrow, y había nacido con los pies por delante, el día del equinoccio. ¿Qué más podía esperarse? ¿En realidad había imaginado Jenny que Stella

crecería como una chica más, que encontraría sólo la felicidad y no conocería el dolor?

—Te creo.

Jenny era consciente de que su hija pertenecía a ese día de marzo en que los pájaros emprenden el vuelo, la tierra se sacude y las constelaciones primaverales aparecen en el firmamento, dejando que el león y el cordero compartan el mismo cielo.

Jenny y Stella pensaban que al menos su sufrimiento sería privado. Pero la tragedia se levanta por los aires, y circula para que la historia se repita, para que se cuente una y otra vez. No tenían idea de cuántas personas estaban al tanto de la situación de Will hasta que intentaron salir del colegio. Juliet Aronson, una mala influencia, según Jenny, las detuvo en la puerta, sin aliento.

—Será mejor que no salgan —les dijo.

Juliet había ideado un plan. Saldría y se presentaría como Stella Sparrow Avery para distraer a los reporteros que se habían reunido en la acera. Había tenido que lidiar con carroñeros semejantes durante años, desde el juicio de su madre. Le alegraba poder vengarse de ellos.

—Juliet tiene razón. Será mejor que salgan por detrás —sugirió Marguerite Flann, la directora, pues el equipo del Canal 4 había llegado. La señora Flann las escoltó hasta la puerta trasera, que daba a un callejón—. Creo que es mejor que Stella se quede en casa durante el resto de la semana. Hasta que pase el alboroto.

Madre e hija salieron al callejón, que estaba desierto salvo por un par de gatos callejeros. Se miraron a los ojos. En el aire flotaba la incertidumbre. El callejón olía a basura y a miedo.

—No tendrás que venir al colegio en toda la semana —dijo Jenny—. Alégrate.

—Ya —dijo Stella y se abotonó la chaqueta, a pesar de que hacía calor—. Estoy feliz.

Caminaron por el callejón, pasaron frente a los contenedores y los cubos desbordantes de basura. Allí estaban aparcados los coches de las profesoras y la furgoneta que el colegio utilizaba para las excursiones.

—Cuando lleguemos a la calle tendremos que correr —dijo Jenny.

—¿Correr? —Stella estaba más pálida que de costumbre. Los calcetines se le habían escurrido hasta los tobillos. Incluso con el pintalabios escarlata, parecía más joven que esa mañana.

Efectivamente, salieron disparadas al llegar a la calle. Oyeron un grito, y supieron que la multitud las había descubierto. Corrieron por la avenida Commonwealth con la esperanza de deshacerse de sus perseguidores. Al cabo de un rato, aún las seguían dos reporteros. El más atrevido entró tras ellas a la farmacia donde Stella había robado el pintalabios. *Barato*, pensó Stella, escondida con su madre en el pasillo de los productos capilares. *El más barato del mundo*.

El reportero no estaba dispuesto a darse por vencido. Las abordó en el pasillo.

—Sólo quiero hablar con ustedes.

—No, no es verdad —dijo Jenny, y dio un paso al frente para cubrir a Stella—. Quiere acosarnos.

El dueño de la farmacia, un anciano que Stella había visto en el mostrador del maquillaje el día del robo, echó al reportero de la farmacia.

—Buitre —le espetó.

No era el único. Cuando finalmente llegaron a casa, tras dar un rodeo por el Jardín Público y por la calle Charles, encontraron más de diez mensajes en el contestador, provenientes de diarios y programas de noticias. Había dos llamadas de sendos programas de televisión neoyorquinos dedicados a interrogar a la gente acerca de sus tragedias.

—Están llamando otra vez —dijo Stella, ansiosa, cuando se sentaron a la mesa a tomar sopa de lata y a comer tostadas quemadas.

El teléfono no había parado de sonar en toda la tarde. La última llamada había sido de Marguerite Flann, quien considerando la magnitud de la situación, decidió que era mejor que Stella no volviera al colegio Rabitt durante el resto del período académico.

Claro, era por el bien de la niña, aunque también era cierto que la señora Flann había recibido demasiadas llamadas de los periódicos y ese tipo de publicidad no se avenía al estilo de su colegio.

Ya no soportaban una llamada más. Jenny se levantó de la mesa y desconectó el teléfono.

—Toma. Ha dejado de sonar.

Las dos rieron, pero Stella de repente se puso triste.

—Ahora, seguro que suspenderé matemáticas. Y si me echan de Rabbit, ¿adónde iré?

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Jenny para tranquilizarla, aunque en realidad no tenía idea de lo que podrían hacer. No había ningún colegio en Boston, ni público ni privado, donde Stella pudiera estar a salvo de las habladurías. La historia ya había aparecido en los informativos de las seis, en todos los canales locales. A las once, el Canal 12 mostró a Jenny y Stella, que salían del callejón del colegio Rabbit corriendo como delincuentes.

Jenny se quedó dormida en una silla junto a la ventana. Había estado pensando en la réplica de Cake House hecha por su padre. Recordó las historias que su padre le contaba. Él decía que los cerezos del bosque que rodeaba el pueblo de Unity habían crecido a partir de semillas arrojadas por los cuervos, y que los melocotoneros que crecían por doquier habían llegado a la costa después de un naufragio. Jenny soñó con una cuerda floja, atada entre dos grandes árboles. Uno era un cerezo, el otro un melocotonero. Los dos estaban cargados de flores blancas como estrellas. Jenny caía, y en su caída atravesaba una gran distancia, describiendo una espiral. No podía detenerse. Despertó justo antes de llegar al suelo. Sentía pánico, su corazón latía fuertemente. Por una vez, había tenido la experiencia de un sueño propio. Sabía exactamente cómo interpretarlo. Sabía exactamente hacia dónde la conducía.

La calle estaba completamente a oscuras, salvo por los charcos de luz ambarina bajo las farolas. Jenny volvió a conectar el teléfono, y enseguida lo oyó sonar. Contestó y recibió el saludo del reportero que las había seguido hasta la farmacia. Trabajaba para uno de esos periódicos que publicaban sólo basura. Debía sentirse seguro de sus

poderes de persuasión, pues hizo cuanto pudo por convencer a Jenny de que le concediera una entrevista. Le dijo que la reacción de Stella ante los reporteros se interpretaría como la confirmación de que su padre había cometido un crimen horrendo. Jenny colgó el teléfono. El reportero volvió a llamar. Jenny volvió a contestar, pero no habló. Desafortunadamente, él sí lo hizo.

—Voy a lograr que su hijita hable conmigo. No lo dude.

Jenny colgó, y enseguida volvió a descolgar para marcar antes de que el hombre llamara otra vez. Quería comunicarse con la empresa de teléfonos para pedir que no dieran su número. También tendría que poner una cerradura nueva. Pero no había tiempo para eso. Ya había decidido qué hacer. Era tarde, la hora en que la luna alcanza el punto más alto del cielo, las palomas se callan y la luz del sol parece pertenecer a un mundo extraño, a cientos de kilómetros de distancia. La calle estaba vacía cuando Jenny marcó el número de Cake House, que aún sabía de memoria. Era increíble que, después de tantos años, aún recordara que ésa era la semana en que florecía la forsitia y cada rama se convertía en una explosión de luz. Era extraño que recordara el horario delos trenes a Unity, y que reconociera la voz de su madre tan pronto como ésta levantó el teléfono. Parecía como si sólo ayer hubieran dejado de hablarse, como si nunca hubieran dejado de hablar.

EL ORÁCULO

I

¿Qué era una rosa sino la prueba viviente del deseo, la mejor evidencia del anhelo humano y de la devoción? Pero el deseo podía torcerse, y las rosas que prosperaban en suelo árido se llamaban celos. El diablo rojo germinaba allí donde ninguna otra rosa podía crecer. En las márgenes del jardín, a la sombra. Por muchos motivos, las rosas se parecían al corazón humano. Había rosas salvajes y otras que necesitaban cuidados constantes. A pesar de que muchas variedades de rosas habían sido transformadas por el hombre, no había dos rosas iguales. Había rosas que sabían a cerezas y rosas que olían a limón. Unas eran resistentes y otras se marchitaban en un día. Algunas podían crecer en pantanos, mientras que otras necesitaban toneladas de fertilizante. Se habían encontrado fósiles de rosas de hacía tres mil quinientos millones de años. Sin embargo, nunca había habido una rosa azul. La familia de las rosas no poseía este pigmento. Los jardineros habían tenido que conformarse con aproximaciones: con la luna azul, de capullos malva, o la magenta azul, una trepadora que en realidad era color violeta y que tenía que cortarse para evitar que se extendiera por todas partes.

Ninguna de estas variedades crecía en el jardín de Elinor Sparrow. Ella quería el azul verdadero, una rosa azul como los huevos de los tordos, una rosa azul délfico, azul como los confines

del cielo. Era una mujer dispuesta a emprender tareas irrealizables. Otros jardineros habrían retrocedido ante las leyes de la genética, pero no Elinor. Ella no se amilanaba ante lo que otros declaraban imposible, así como no se importunaba por las nubes de mosquitos que ascendían al atardecer en esa época del año, cuando la tierra empezaba a calentarse y la última nieve se había derretido.

Había empezado a interesarse en la jardinería después de la muerte de su marido. El jardín de Cake House, que había sido plantado cientos de años atrás, llevaba décadas descuidado. Algunos rosales sembrados por Rebecca Sparrow aún se las arreglaban para florecer entre la hierba y las ortigas. El muro de piedra, construido cuidadosamente por Sarah Sparrow, la hija de Rebecca, aún estaba en pie, y la verja de hierro forjado que había puesto la bisabuela de Elinor, Coral, no se había oxidado por completo y podía limpiarse fácilmente con ácido bórico y lejía.

En lugar de recurrir a su hija y de reconstruir su mundo en torno a ella, después de la muerte de Saul, Elinor se encerró en su jardín y no volvió a salir de él. Iba a comprar alimentos y se encontraba con sus vecinos en Main Street de camino a la farmacia, pero lo que quería en realidad era estar sola. Se consolaba al sentir la tierra entre las manos y al repetir las tareas cotidianas. Al menos en el jardín podía hacer que algo creciera. Allí, lo que se enterraba volvía a levantarse si recibía las cantidades adecuadas de luz, de fertilizante y de agua.

Elinor Sparrow había obtenido flores y frutos maravillosos en los últimos años: damascos perfumados tan grandes como cascos de caballo, rosas rugosas que florecían hasta enero, y rosas albas tan hermosas que en varias ocasiones los ladrones habían intentado robarle esquejes. Pero el perro lobo de la casa, *Argus*, cuyos colmillos estaban totalmente gastados, espantaba a los intrusos con sus ladridos graves. Al ver el verdor tras el muro de piedra, incluso en marzo, cuando apenas asomaban los capullos, era imposible imaginar cuán difícil había sido para Elinor cultivar su jardín. Durante dos años, tras la muerte de Saul, nada había crecido a pesar de sus esfuerzos. Quizá se debía a la sal que desprendía su piel o a la

amargura que manaba de su corazón. Todo se marchitaba. Incluso las rosas que Rebecca había sembrado. Elinor había contratado jardineros, pero éstos no le habían dado ningún consejo útil. Se habían limitado a sugerirle que usara DDT y azufre. Había enviado muestras de tierra al laboratorio de MIT y le habían dicho que no había nada que el abono natural y un poco de cariño no pudieran corregir.

Un día en que Elinor trabajaba en su jardín, a punto de darse por vencida, pasó por allí Brock Stewart, el médico del pueblo. En ese tiempo, el doctor Stewart todavía atendía a domicilio. Había ido a Cake House porque Jenny, que entonces sólo tenía doce años, lo había llamado. Jenny había sufrido una larga gripe, una tos seca que no acababa de curarse, y dolores de cabeza tan terribles que tenía que mantener su habitación a oscuras. Estaba apenas en el sexto curso, pero ya había aprendido a cuidarse sola.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó el doctor Stewart después de examinarla. La niña tenía fiebre y ni siquiera había un vaso de agua en su mesa de noche, ni un paño húmedo para refrescarle la frente.

—Mamá está en el jardín. —Ya entonces el tono de Jenny era serio—. Es lo único que le importa en la vida. Por eso he lanzado una maldición sobre él.

—¿Una maldición? —El doctor Stewart era un médico agudo y nunca pasaba por alto lo que decían los niños—. ¿Qué clase de maldición?

Jenny se incorporó en la cama. Se había propuesto mantener en secreto el hechizo, pero se sintió tan halagada por el interés del doctor Stewart que le confió todos los detalles.

No volváis nunca más, ni de noche ni de día, ni cuando llueva ni cuando salga el sol.

Jenny le sonrió al doctor, contenta por la solemnidad con que él había escuchado el encantamiento.

—Lo encontré en un libro de la estantería del salón. Es una frase que aleja a las abejas. Ningún jardín puede florecer si no hay abejas.

—No lo sabía.

Brock Stewart, que era el único médico del pueblo, no dejaba de sorprenderse de las artimañas que ideaba la gente para hacerse daño. Admiraba la fragilidad de los seres humanos, y su increíble resistencia. Admiraba su capacidad para soportar la enfermedad y el sufrimiento a través de mecanismos insospechados.

—Mi padre me dijo que a las abejas no les gustan las palabrotas —continuó Jenny con desparpajo—. Lo que menos les gusta es que muera alguien. Cuando alguien muere en una casa, las abejas se van. —El pelo enredado de Jenny parecía especialmente negro en contraste con su rostro afiebrado. Era una niña muy pulcra. Odiaba las flores, la tierra, las lombrices y el desorden. En la pared, había pegado con cinta adhesiva una serie de pequeños cuadros que ella misma había pintado. Eran acuarelas minúsculas, diminutos rompecabezas intrincados en los que las cosas cuadraban a la perfección unas con otras: una alfombra y una mesa, una casa y el cielo, una madre y su hija.

—Ya veo —dijo el doctor mientras tomaba notas. A los niños, e incluso a los mayores, les gustaba que escribiera. Cuando veían que consignaba en el papel sus comentarios, les era más fácil creer que les prestaba atención—. ¿Y hay algún remedio para esa maldición?

—Si alguien muere o si se recita en voz alta el verso de despedida, las abejas no vuelven, a menos que se les ofrezca bizcocho. O cualquier cosa dulce. Uno debe invitarlas a volver, educadamente, para que vean que lo desea de verdad.

El doctor Stewart llamó a la farmacia y pidió que enviaran unos antibióticos. Acarició la frente de Jenny y luego salió al jardín. Elinor Sparrow estaba arrodillada deshierbando un rincón en el que todos los arbustos tenían manchas negras y habían perdido las hojas. Ya casi no tenía ojos para el mundo exterior. Estaba doblegada por su destino fatal, demasiado dolorida para prestar atención a cualquier cosa que no fuera su jardín yermo.

—Veo que en este jardín no crece nada —dijo desde lejos Brock Stewart.

—Felicitaciones. Puede usted ver lo que es obvio. —A Elinor le desagradaba la mayoría de la gente. A Brock por lo menos lo

respetaba, y por eso no lo echó del jardín inmediatamente. Nunca lo había pillado en una mentira, y eso era algo que no podía decir de la mayoría de los habitantes del pueblo—. ¿Me va a cobrar la opinión, o es gratis?

—Te han lanzado una maldición —le informó el doctor Stewart —. Y probablemente lo mereces.

Cada vez que el doctor veía a Elinor recordaba la manera como ella lo había mirado aquella noche helada, cuando él le había dado la noticia del accidente de Saul. Lo había mirado por dentro, como buscando la verdad. También en esta ocasión Elinor miró su interior. El doctor Stewart era un hombre alto, y algunos niños del pueblo le temían por su tamaño y su gesto severo. Pero los niños que lo conocían mejor no le temían en absoluto. Le pedían caramelos, y le contaban lo que más les preocupaba. Le hablaban de maldiciones, le hablaban sobre las abejas y el perdón.

—Elly. Estás descuidando lo más importante. Escucha.

Se miraron fijamente por encima de la cancela. Elinor Sparrow no podía creer que aquel hombre tuviera el atrevimiento de llamarla Elly, pero dejó pasar el exceso de confianza y aguzó el oído. En el cielo se movían las nubes blancas, y la luz, especialmente limpia, tenía aquella calidad lechosa, brillante, que los forasteros admiraban.

—No oigo nada —dijo Elinor, y sacudió la tierra de sus manos y sus rodillas. Estaba enfadada.

—Precisamente. No hay abejas.

—No hay abejas. —Elinor se sintió como una idiota. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta? El silencio era tan obvio, el problema tan evidente—. ¿Quién iba a querer maldecirme?

El doctor Stewart se encogió de hombros. Tras muchos años de ser el único médico en un pueblo pequeño, había aprendido que era mejor no acusar a nadie, especialmente a sus vecinos.

—Ahora que sabes qué pasa, puedes remediarlo. Ofréceles bizcocho. —El doctor Stewart dio este consejo como si se tratara de algo obvio, como si estuviera recetando aspirina para el resfriado o *ginger ale* y jarabe de regaliz para el dolor de estómago—. Luego, pídeles que regresen. Hazlo con educación, porque están dolidas. Y

no son las únicas.

Cuando el doctor se marchó, Elinor fue directamente a la cocina. Buscó en la despensa hasta que encontró un trozo de bizcocho de la semana anterior. Lo bañó con *brandy* y crema. Pero cuando iba a llevar el plato al jardín, sonó el timbre de la puerta. El chico que hacía los recados para la farmacia dejó los antibióticos para Jenny, corrió de vuelta a su coche y cambió de sentido a toda prisa antes de que Elinor lo acusara de invadir su propiedad.

Mientras examinaba el frasco de penicilina, Elinor se percató de que su casa estaba aún más silenciosa que su jardín sin abejas. Había ofendido a las abejas sin darse cuenta. Había caído en su propia red, en la que los días tejían meses y los meses años. Sabía exactamente de dónde provenía la maldición: del daño que había causado, de la manera como había dado la espalda a sus responsabilidades, de la niña a la que había abandonado.

Jenny estaba medio dormida cuando Elinor subió con el medicamento.

—Tómate esto. Date prisa —dijo Elinor.

Jenny estaba tan sorprendida de que su madre la atendiera, que hizo inmediatamente lo que se le ordenaba.

—Ahora sal de la cama y ven conmigo.

Jenny se envolvió en su albornoz y la siguió, descalza y confundida. El súbito interés de su madre debía tener algún motivo: el lago se había desbordado, las tuberías de la casa habían explotado, las avispas del ático habían traspasado el yeso del cielo raso. Seguro que se trataba de una emergencia; de lo contrario, su madre no se habría acordado de ella.

—He sido descuidada. —Se detuvieron en la despensa, y Elinor tomó el bizcocho. Las hormigas habían subido al plato, y el olor del *brandy* era penetrante—. Ahora tengo que dar esto a las abejas. Tengo que pedirles perdón e invitarlas a que vuelvan. —Miró a Jenny y vio su pelo enredado, su expresión recelosa—. Espero que no sea demasiado tarde.

Elinor llevó el bizcocho al jardín. Sólo había dado dos pasos, cuando una abeja zumbó sobre su cabeza.

—¿El doctor Stewart te contó sobre las abejas? —Jenny tenía fiebre y estar de pie la mareaba. Se detuvo en el porche y se apoyó contra la verja—. Le conté un secreto. Y lo primero que hizo fue ir y contártelo a ti.

—Claro. ¿Qué esperabas? Ojalá esto funcione.

Elinor también se sentía mareada. Como una tonta, había perdido algo valioso, y ahora tenía que hacer todo lo posible por recuperarlo. El bizcocho que su mano sostenía olía a primavera, tenía una fragancia embriagadora de polen y miel, de lilas y *brandy*. Decenas de abejas la seguían ya a través del césped. Quizá algunos males tenían remedio. Quizá era posible arreglar lo que se había roto y encontrar lo que se había perdido.

—Por favor, venid a mi jardín.

Elinor abrió la cancela y todas las abejas la siguieron. Pero Jenny se quedó donde estaba, obstinada. No estaba dispuesta a perdonar.

—Ven conmigo —le dijo su madre.

En ese momento, cientos de abejas sobrevolaban la avenida Lockhart. Rozaban los espinos del Camino del Caballo Muerto y zumbaban a través de la forsitia y el laurel.

Jenny tenía escalofríos, debido a la fiebre y a la brisa. Se dio cuenta de que a su madre no se le había ocurrido ordenarle que se pusiera zapatos. Elinor no sería nunca una de esas madres, por más que lo intentara. Sintió un hormigueo en los dedos de los pies, la señal que anunciaba las catástrofes. ¿Pero dónde estaba la adversidad? Podía caminar hacia delante, retroceder o quedarse donde estaba. Esto fue lo que hizo el día de las abejas incontables: se quedó quieta.

A pesar del fracaso en su intento por mejorar la relación con su hija, Elinor empezó a acudir a Brock Stewart en busca de consejo. Cuando tenía que tomar una decisión, lo llamaba para pedir su opinión, aunque luego no la siguiera necesariamente. Elinor pasaba horas debatiendo con él, discutiendo, examinando cada asunto hasta el cansancio. La esposa del doctor Stewart, Adele, que era una de las primas Hapgood, y su hijo, David, sabían que cuando el teléfono sonaba a horas intempestivas, probablemente no se trataba de un

paciente del Hospital de Hamilton sino de Elinor Sparrow. Nadie entendía por qué el doctor no se cansaba del cotorreo de Elinor.

Para Elinor era importante que hubiera en el mundo alguien capaz de darle una opinión sincera. En el pueblo había al menos un hombre honesto. Después de tanto tiempo, después de la muerte de Adele y de la muerte de la esposa de David, Brock Stewart seguía siendo, con la excepción del perro *Argus*, la única compañía que Elinor toleraba. Tim Early, el veterinario del pueblo, no podía creer que el perro lobo hubiera llegado a su vigésimo año. Era un caso inaudito entre los ejemplares de su raza. El doctor Early decía que *Argus* se negaría a morir mientras su dueña estuviera viva. Fiel hasta el final, decía.

Si Elinor hubiera sido una persona más simpática, quizá habría reído y habría dicho: *Bueno, eso quizá quiere decir que al pobre no le queda mucho tiempo*. En vez de hacerlo, había disparado de sus salvas: *Y usted sigue cobrando tan caro como siempre, ¿no?*, y había intimidado una vez más a Tim Early, de modo que éste se había sentido obligado a darle gratis un frasco de vitaminas para *Argus*.

Elinor enfermó justo cuando el último rosal que había injertado comenzó a germinar. Había tomado uno de los viejos rosales de Rebecca, que pertenecía a una variedad que sólo se encontraba en Unity y cuyas flores, se decía, se marchitaban si el ojo humano las miraba. Lo había cruzado con un híbrido de magenta trepadora que había desarrollado durante varios años. El nuevo rosal no era una planta atractiva. Si un ladrón hubiera entrado en el jardín, seguramente habría pasado por alto el escuálido arbusto que crecía junto al muro de piedra, protegido de las tormentas y del calor, y habría elegido las variedades más ostentosas, podadas cuidadosamente, insignificantes para su dueña. Elinor no sabía si sobreviviría para ver florecer el cruce que había creado. Brock se había negado a hablarle de plazos, a pesar de que ella lo había presionado para que le informara acerca de las estadísticas.

En este mismo instante nos podría caer un árbol encima, decía el médico. *Nos podría partir un rayo. ¿De qué nos servirían entonces las estadísticas?*

Elinor pensaba con frecuencia en Catherine, la madre de Will, cuya salud se había deteriorado rápidamente a partir del momento en que le habían detectado un cáncer. Elinor no había sido amiga de los Avery, pero nunca les había deseado el mal. Ciertamente, no había puesto una cuerda con plumas negras bajo el colchón de Catherine para maldecir a la familia tras la fuga de Jenny y Will, como decían las malas lenguas. De cualquier manera, eso había ocurrido hacía mucho tiempo. Cuando reflexionaba acerca de la pareja, Elinor comprendía que no se podía culpar a nadie. La estación había hecho que los chicos se fugaran; la fiebre de la primavera, pura y concentrada, representaba un peligro para todos. De hecho, Elinor sentía pena por Catherine, pues había tenido que criar a un mentiroso como Will Avery, aunque el hijo menor, Matt, había resultado ser bastante decente.

Durante quince años, Elinor había contratado a Matt para que recogiera las ramas y las hojas que caían en su terreno durante las tormentas. De vez en cuando, alguien dejaba una cesta de menta y romero en el porche trasero de su casa, y ella tenía la secreta sospecha de que ese alguien era Matt, que quizá quería agradecerle por haber visitado a su madre durante sus últimas semanas de vida. Durante el verano de la agonía de Catherine, Elinor le había llevado rosas hadas. No eran las favoritas de Elinor, pero sí las de Catherine. Cuando se le diagnosticó su enfermedad, Elinor recordó el coraje que había demostrado Catherine durante su tratamiento en el Hospital de Hamilton. En invierno, Elinor inició un tratamiento de quimioterapia que duró varios meses. Todo el tiempo mantuvo en secreto su enfermedad.

Ésa había sido siempre su debilidad, y también su fortaleza. Se resistía a confiar en los demás, a pedir ayuda, a dejar ver su vulnerabilidad. Cuando finalmente le dijo a Brock que los huesos le dolían, no por la artritis habitual sino de una manera más profunda y aguda, fue demasiado tarde. Como había un médico nuevo en Monroe, el doctor Stewart trabajaba de voluntario en la clínica de North Arthur y el resto del tiempo atendía cerca de la autopista 1-95. Elinor era su única paciente «de jornada completa». Cuando

su teléfono sonaba en la noche, él sabía que era ella. Era su única paciente, y él sentía que le había fallado.

No había manera de que supieras lo que yo te ocultaba, insistía Elinor, obstinada como siempre.

Quizá era cierto. Lo más probable era que él no hubiera podido hacer nada para salvarla. Sin embargo, con frecuencia el médico se despertaba en medio de la noche, con el corazón acelerado, aunque el teléfono no hubiera sonado. Despertaba con el nombre de Elinor en la cabeza, como había hecho durante años, incluso antes de la muerte de Adele y antes de que su hijo, David, y su nieto, Hap, se mudaran a vivir con él. En las mañanas, Brock Stewart sentía la necesidad de llamar a Elinor para saber cómo estaba. Pero Elinor nunca contestaba el teléfono a esa hora: estaba trabajando fuera. Había recuperado su jardín y lo había puesto en orden, pero no había hecho lo mismo con el resto de su vida.

Allí estaba, trabajando, el día en que su hija volvió al pueblo. Era un día maravilloso. Elinor llevaba una mascarilla y guantes, pues estaba rociando fertilizante sobre la tierra. En invierno, la mayoría de las plantas de su jardín no parecían ser más que puñados de ramas. Pero ahora los palos reverdecían, se llenaban de retoños, y pronto habría que podarlos. Tras los duros meses de frío, los rosales necesitaban abono de huesos, abono de pescado y atención. El pequeño híbrido que crecía junto al muro era insaciable. Esa mañana, Elinor decidió poner alfalfa y una dosis extra de nutrientes en la tierra que lo rodeaba.

Cuando terminó su trabajo de jardinería, entró en su casa, seguida de su viejo perro. Los huesos de los tobillos y las rodillas le dolían especialmente. Sentía un dolor agudo que llegaba a marearla. Últimamente, tenía que caminar con bastón. La mujer que nunca había buscado apoyo dependía ahora de un bastón de madera.

Abono de huesos, caviló mientras caminaba hacia la casa. *Eso seré pronto*. Pero enseguida pensó que sus huesos no servirían como abono, debido a lo que el cáncer les había hecho. Había visto en la radiografía que sus huesos parecían de encaje. Eran filigranas tan bellas como mortales, similares a las hojas carcomidas por los

escarabajos japoneses.

Se lavó las manos, luego cogió su bolso y las llaves del coche. Le ordenó a *Argus* que se quedara quieto, pero él gimió y la siguió hasta el porche. Aún la observaba cuando ella se metió dentro del *jeep*, que estaba oxidado en los costados y en los bajos, y necesitaba una transmisión nueva. El camino estaba lleno de lodo. Elinor entraba y salía de la calzada intentando esquivar los peores baches. Durante los últimos cinco años había tenido la intención de pedirle a Matt Avery que nivelara el camino, pero nunca había llegado a hacerlo. El lodo saltaba, salpicaba los guardabarros y cubría las ruedas. Todavía había en los bosques parches de hielo, y decenas de campanillas de invierno relucían entre la hierba. Algunos creían que, en una era remota, el Ángel de las Peñas había convertido los copos de nieve en campanillas, las primeras flores silvestres del año, como consuelo para aquellos que habían atravesado los desolados parajes del invierno. Elinor Sparrow no creía en esta leyenda. En cuanto a las campanillas de invierno, las consideraba poco más que hierbajos.

Con todo, la aparición de estas flores silvestres le recordaba que la primavera había llegado. Bajó la ventanilla y respiró el aire fragante. Sí, ya estaba allí. Antes de la noche, llovería un poco. El jardín necesitaba agua. Por lo pronto, la humedad del aire provenía del lago. El horizonte estaba iluminado por una luz dulce y verde que ascendía cerca de la orilla del lago Hourglass. Elinor miró por el retrovisor y pudo ver a *Argus*, aún en el porche, leal como siempre. Nunca había querido un perro, pero un día *Argus* había llegado en el asiento trasero del coche de Brock Stewart. El doctor lo había encontrado al lado de la carretera, y su hijo, David, un viudo que se había mudado, junto con su niño, a casa del médico, era alérgico a los perros, igual que la hija de Elinor. Pero Jenny nunca iba a Cake House, y el cachorro necesitaba un hogar.

—Quédate con él durante una semana —dijo el doctor Stewart —. Si al cabo de la semana has decidido que no lo quieres, le buscaré otro hogar.

Elinor aprendió que uno nunca debía acceder a cuidar un cachorro durante una semana. Al cabo de la semana, el perro la

había conquistado, aunque ensuciaba las alfombras, soltaba pelo, se comía las pantuflas y destrozaba los libros. Elinor aún pensaba que podía devolverlo, cuando una noche se produjo una tormenta que aterrorizó al animal. Cuando ella extendió la mano para acariciar y consolar al perro, en su gran casa vacía, sintió los latidos de su corazón. Nunca llamó a Brock Stewart para que se lo llevara. Cuando el médico volvió de visita, *Argus* dormía en el cuarto de su ama y montaba guardia junto a la puerta.

Esa tarde era Elinor quien montaba guardia, pero en la plataforma de la estación de Unity. Era una estación pequeña y cómoda, de estilo neogótico. Había sido construida con granito marrón por una cuadrilla de forasteros y tenía muchos ornamentos y en el centro del techo un reloj de bronce que daba las horas tan fuerte que los estudiantes del colegio del otro lado del pueblo se quejaban de que el repique los distraía durante los exámenes. El tren del mediodía, que había salido de Boston a las diez y cuarenta y cinco, llevaba retraso. No era de extrañar. Cuando finalmente entró en la estación, hubo un gran alboroto. Los pasajeros tenían que bajarse deprisa para que el tren pudiera seguir hasta Hamilton. Eli Hathaway, uno de los taxistas más viejos de Massachusetts, daba bocinazos para anunciar el servicio de su vetusta camioneta azul que en un costado llevaba escrito, con pintura negra: el mejor y único servicio de taxis de Unity. Sissy Elliot, tan vieja como malvada, avanzaba lentamente debido a su andador, y Elinor notó con deleite que el andador era mucho peor que su bastón. La hija de Sissy, Iris, tuvo que ayudar a la anciana a subirse al vagón, y esta maniobra ralentizó el proceso de descarga.

Aunque en veinte años no le había dirigido la palabra, Elinor reconoció a Sissy Elliot, cuya propiedad lindaba con la suya por el oeste. En cambio, no reconoció a su hija. Desde luego, esperaba ver a una chica terca de diecisiete años, tan tonta como para fugarse con un chico dos meses antes de terminar la secundaria. Jenny había sido admitida en las universidades de Brown y Columbia, pero había preferido marcharse a Cambridge y trabajar en la heladería Bailey's, donde serviría helados de chocolate y batidos de frambuesa y lima

para mantener a Will, que había de estudiar en Harvard. Elinor buscaba a aquella chica, a la que cometía un error tras otro, a la que se dejaba llevar por sus caprichos y no sabía nada acerca del amor. Escudriñaba la plataforma en busca de una niña de largo pelo negro, de pantalones vaqueros y trenza, pero encontró una mujer de más de cuarenta años. Jenny tenía aún el pelo negro, pero lo llevaba más corto y recogido. Llevaba una anodina gabardina *beige* y un traje negro. Pero algunos detalles no habían cambiado: allí estaban los mismos ojos desconfiados, luminosos, tan oscuros como los de Rebecca Sparrow, los pómulos salientes y el gesto altivo. Allí estaba su hija, después de tantos años.

Junto a aquella mujer, estaba la nieta de Elinor. Llevaba un bolso marinero entre los brazos, y una mochila colgada del hombro derecho, pues el izquierdo, que se había roto al nacer, le dolía en los días húmedos. Era rubia, y eso constituía una sorpresa. Las Sparrow siempre habían sido morenas y malhumoradas, propensas a la tragedia y de semblante triste. Pero Stella parecía alegre. Escudriñaba con la mirada la plataforma. Era alta, tenía rasgos finos, y debía de ser una buena observadora, pues distinguió a su abuela aunque nunca antes la había visto. Inmediatamente, empezó a saludar con la mano, enloquecida de contenta.

—¡Abuelita! —gritó—. ¡Aquí estamos!

Quizá fue el miedo lo que impidió que Elinor Sparrow se moviera. Quizá fue la expresión que asumió el rostro de Jenny cuando se volvió para verla. Era el mismo gesto de decepción que se había dibujado en su rostro el día en que la maldición se había roto y las abejas habían regresado al jardín, cuando había sentido que era demasiado tarde para que su madre enmendara sus errores.

Por suerte, Stella no tenía miedo. Corrió hacia Elinor y la abrazó.

—No puedo creer que por fin esté aquí.

—Aquí estás. —Elinor examinó a su nieta: era una niña franca, que no temía expresar lo que sentía. Uña niña que no se escabulliría en el rencor ni dejaría pasar el tiempo hasta que friera demasiado tarde para la reconciliación.

La mujer de la gabardina se acercó con más cautela. Llevaba botas caras, de cuero, y un poco de color en las mejillas, pero en muchos detalles parecía la misma, tan preocupada e inquieta como siempre.

—El tren se retrasó —le dijo Elinor Sparrow a Jenny. Eran las primeras palabras que le decía a su hija en casi veinticinco años, y habían salido como un reproche. Sin querer, había sonado contrariada.

—¿Insinúas que ha sido culpa mía? —Jenny estaba tan fría como siempre, y se había puesto a la defensiva. Parecía un gato con los pelos del lomo erizados—. Debí haberme asegurado de que el tren cumpliera su horario, ¿no?

Stella se puso en medio de las dos, ansiosa por concluir la discusión.

—Simplemente ha dicho que el tren ha llegado tarde. Estaba constatando un hecho.

En verdad, Stella sonaba más adulta que su madre y que su abuela. Elinor y Jenny se miraron en silencio. Era difícil saber cuál estaba más sorprendida por la apariencia de la otra. El pelo oscuro, bien cortado, las finas arrugas en torno a los ojos y a la boca. El pelo blanco recogido en un moño, el bastón, la atrofiada columna vertebral. Después de todo, eran veinticinco años. Un cuarto de siglo. El tiempo no había pasado en vano.

—Stella tiene razón —dijo Jenny—. Me estás haciendo un favor. No voy a pelearme contigo. —Empezó a caminar hacia el aparcamiento. Estar en Unity le producía escalofríos. Se abotonó la gabardina, y deseó haber traído una bufanda—. Supongo que aquel *jeep* desastroso es el tuyo —dijo por encima del hombro.

—¿Siempre ha sido tan grosera contigo? —preguntó Stella a su abuela. Las dos seguían a Jenny a través del aparcamiento. Stella quería que su abuela caminara más despacio. Quería estar a su lado todo lo que pudiera. Sentía una efervescencia en la cabeza y le costaba respirar en el aire húmedo. Tan pronto como había visto a su abuela en la plataforma, había sabido cómo moriría: con nieve, en silencio, en una tarde luminosa. Había visto que sólo se tendrían

una a la otra hasta el invierno, y no le parecía suficiente.

—No, sólo desde que la defraudé. —Elinor se sintió furiosa consigo misma por ser tan lenta. Le parecía que necesitaba años para llegar al coche. Jenny ya estaba sentada en el asiento del copiloto, y a ellas aún les faltaba recorrer la mitad del camino.

—Eso no la justifica. —A Stella le gustaba su abuela, y le alegraba compartir con ella una historia secreta, la de las llamadas telefónicas que Jenny ignoraba. Muchas veces había acudido a su abuela en busca de apoyo y consejo—. A todos nos han defraudado alguna vez.

Cuando Elinor llegó al *jeep*, Jenny había bajado las ventanillas.

—Huele a perro viejo aquí dentro —le dijo Jenny a su madre—. Soy alérgica. No creo que te acuerdes.

Stella metía su mochila y su bolsa por la puerta trasera del *jeep*.

—¿Le gustó su regalo de cumpleaños? —le preguntó Elinor a su hija.

—Su regalo —dijo Jenny con tono cortante— fue la oportunidad de ser una chica normal de trece años, sin historias familiares absurdas que echen a perder su vida.

—Me refiero a la casa que le envié.

—Tú la enviaste, pero esa casa era mía. No tenías derecho a regalarla.

—Bueno, si además de la casa recibió otra cosa, algún don familiar, espero que haya sido algo mejor que la capacidad de conocer los sueños ajenos. A ti no te ha sido de mucha utilidad.

Elinor advirtió que su comentario había dado en el blanco. Jenny la miró con los ojos sombríos que ella recordaba tan bien, esos ojos que siempre le lanzaban reproches. Bueno, si iba a enfadarse, mejor que tuviera un motivo. Que oyera la verdad.

—¿Algo así como saber quién miente, para luego juzgarlo durante el resto de su vida porque cometió un error? ¿Te parece que ése es un talento más valioso, madre?

Stella entró en el coche y se sentó en el asiento trasero.

—¿Otra vez discutiendo?

Inmediatamente, Elinor y Jenny se callaron. Una era el león y la

otra el cordero, pero era imposible decir cuál era cuál.

—Tengo una idea —anunció Stella—: Vamos a comer las tres a algún lugar.

—No podemos —respondió Jenny sin pensarlo—. Tengo que dejarte instalada y luego tomar el tren de las tres de la tarde de regreso a Boston.

—Puedo instalarme yo sola. Lo que necesito es comer. ¿Qué dices, abuela?

Dos contra una. Jenny lo veía claro. Aprovecharían cualquier ocasión para conspirar contra ella. Se detuvieron en la casa de té Hull. Pidieron té *Lapsang souchong*, sándwiches de ensalada de huevo y pastas con crema y jalea. Las atendió una estudiante de secundaria llamada Cynthia Elliot, que trabajaba allí los fines de semana, y los demás días después de clase. Cynthia era la vecina de Elinor y la bisnieta de Sissy Elliot, aquella anciana mandona a la que no le importaba detener el desembarco de un tren con tal de subirse a él de primera y sentarse cómodamente. Elinor, sin embargo, no pareció reconocer a la joven camarera.

—Hola, señora Sparrow. Soy Cynthia. —Cynthia Elliot tenía las uñas pintadas de negro y en la cabeza llevaba innumerables trenzas rojas, minúsculas—. Soy su vecina.

—Qué suerte tienes —dijo Elinor mientras limpiaba una cuchara manchada, sin mostrar ningún interés.

—Hola —saludó Cynthia a Stella, buscando en ella un espíritu amigo.

—Hola —respondió Stella vacilante.

—No te relaciones con esa chica —le advirtió Jenny cuando Cynthia se alejó para transmitir el pedido. Cynthia parecía varios años mayor que Stella, y mucho más experimentada—. ¿Me oyes?

—El que te oiga no significa que te preste atención. —Stella se volvió para mirar por la ventana que daba a Main Street. Los tilos se llenaban de hojas y las currucas cantaban. Todo parecía a punto de germinar. El césped frente a la casa de té estaba cubierto de campanillas. Se perdía el recuerdo de las penas del invierno.

—Me encanta este pueblo —dijo Stella—. Es perfecto.

Jenny se sobresaltó de tal manera ante este anuncio, y se sintió tan incómoda a causa de él, que se revolvió en su asiento, y la mesa se sacudió sobre las tablas desiguales del suelo. Su vaso de agua se derramó y su cuchillo cayó al suelo con un ruido seco. Elinor recordó entonces algo que su bisabuela, Coral, solía decir: *Si cae un cuchillo, una mujer vendrá de visita. Si cae dos veces, se quedará*.

—Que no te guste demasiado —le aconsejó Jenny a su hija—. Sólo estarás en Unity hasta que la situación de tu padre mejore.

—¿Esperas que eso ocurra pronto? —preguntó Elinor.

—Estarás aquí hasta el final del período escolar, como mucho —continuó Jenny. Ignoraba a su madre, como había hecho cientos de veces en el pasado—. No olvides decírselo a tus profesores. No es algo permanente. Sólo serás una estudiante temporal.

Comieron sin hablar mucho. El postre interrumpió el silencio.

—¡Mira eso! —Stella se había fijado en la bandeja de pasteles y de pequeñas tartas heladas que traía la dueña del establecimiento, Liza Hull—. ¡Qué bonito!

—¡Jenny Sparrow! —exclamó Liza Hull al dejar sobre la mesa la bandeja de dulces, cortesía de la casa—. ¡No lo puedo creer! Pensé que nunca te volvería a ver en este pueblo. Debe ser cierto que todos los pájaros regresan al nido.

Liza y Jenny habían estado en la misma clase en el colegio, pero nunca habían sido amigas, y era absurdo tratar de parecerlo ahora.

—Sólo estaré aquí un día. Mi hija, Stella, se quedará una temporada.

—Me encanta este lugar —declaró Stella por segunda vez, con mayor convicción—. Me encanta este pueblo. Me encanta esta casa de té. Me encantan estos pasteles. ¿Los has hecho tú? —le preguntó a Liza y mordisqueó de uno de ellos.

—Te prepararé todos los que quieras. —Liza había sido una chica simple, en la que nadie se fijaba. Ahora Jenny descubría que tenía una sonrisa encantadora, y parecía mucho más cómoda consigo misma que antes.

—Veo que tu hija ha heredado el color de Will y sus ojos amarillos. Tiene suerte —dijo Liza sonriente—. A veces Will

pasaba por aquí, cuando su madre estaba enferma. Siempre pedía pastel de manzana.

—¿Ah, sí?

Desde luego, Will nunca había mencionado esas visitas.

—Así es. Will siempre siguió siendo un chico de este pueblo, a pesar de haber estudiado en Harvard y de haberse casado contigo. —Liza se volvió hacia Stella—. Me alegra que vengas a quedarte un tiempo. ¿Quieres ver la cocina?

—Al parecer, Will seguía tonteando incluso mientras su madre agonizaba —dijo Elinor cuando Stella se fue a visitar la cocina—. Te dije que no te traería más que problemas. Siempre fue un mentiroso.

—Mira, madre. Yo no tengo por qué oír tus opiniones. Agradezco que recibas a Stella, pero quiero que sepas que no te lo habría pedido si hubiera tenido otra opción.

—Ya lo sé. Tú preferirías haberla llevado al zoológico a que la cuidaran los leones.

—¿Cómo puedo confiar en que cuidarás bien de ella? Por mí nunca te preocupaste. Tienes razón, no me hace feliz pensar que Stella estará aquí, así como no me hizo feliz saber que la llamabas por teléfono. Quiero que Stella sea más feliz que yo.

—Ya veo. —Elinor puso su taza de té sobre la mesa. Tenía calor. Se sentía febril, algo normal en esa época del año—. ¿Has sido una madre perfecta, entonces?

—No he dicho eso.

—Bien, porque Stella tampoco lo dice.

Siempre pasaba lo mismo: la discusión se escapaba de las manos. Se arrojaban palos y piedras, se clavaban alfileres y agujas. Se decían palabras dolorosas, que se quedaban bajo la piel como astillas, como espinas, como trozos de vidrio.

—Al menos lo he intentado.

—Y, desde luego, eres la única que lo ha intentado.

Liza Hull, siempre tan generosa, le había dado una bolsa de pastas a Stella, que volvió a la mesa y se despidió de la anfitriona agitando la mano. Jenny podía ver que su hija estaba contenta. Unity

la había seducido. Estaba enamorada del canto de los pájaros, de la verde primavera, de la forsitia que empezaba a abrirse, de la luz concentrada que entraba por la ventana. Durante su visita a la cocina le informaron de que la casa de té y Cake House eran las únicas edificaciones que habían sobrevivido al fuego de 1785. El resto del pueblo se había convertido en cenizas. En esa época, Leonie Sparrow trabajaba en la pastelería. Fue una casualidad afortunada, pues trajo agua del lago y la vertió sobre el techo de la casa de té para que la paja no se encendiera. Luego reclutó a unos cuantos clientes, y se dirigió a Cake House, donde siguió combatiendo el fuego después de que todo el mundo se había dado por vencido. Leonie había fundado el departamento de bomberos voluntarios de Unity.

—El coche de bomberos se llama *Leonie* —le dijo Liza a Stella —. Ahora quieren comprar otro coche. Le pondrán *Leonie II*.

—¿Vendrás a casa? —le preguntó Elinor a Jenny cuando pagaba la cuenta.

—No tengo tiempo. —Eran casi las dos, hora de irse. Tenía que salir del pueblo antes de que también a ella la sedujeran la luz verde y la forsitia—. Creo que volveré a la estación. Mamá, quisiera pedirte algo —añadió, y sonó como si estuviera a punto de tomar veneno—: ¿Crees que es posible que dejemos de pelearnos mientras Stella esté en tu casa? Es por su bien.

—Claro que es posible. —Después de todo, era posible caminar sobre vidrios rotos, pasarse la vida sin dormir, detectar a los mentirosos, encontrar objetos perdidos, soñar con cosas que durante la vigilia eran inimaginables.

—Entonces también puedes evitar que Stella se acerque a todo lo que se relacione con Rebecca Sparrow. No quiero que oiga esas historias ridículas.

Jenny se levantó de la mesa. Tenía prisa por marcharse. Si perdía el tren, se sentiría atrapada. Tenía que caminar por la avenida Lockhart hasta Cake House, y rodear el inmenso roble que, según decían, era el árbol más viejo de la Commonwealth. Agarró su gabardina y su bolso. Entonces, el segundo cuchillo cayó al suelo.

Cuando oyó el sonido contra las tablas, Elinor sintió que su corazón daba un vuelco de alegría.

Si cae dos veces, se quedará.

Jenny podía evitar el camino en el que Rebecca Sparrow se había sacado las flechas del costado. Podía despedirse de su hija con un beso y correr a la estación de tren, ignorando el canto de las cigarras y las campanillas del césped. Podía correr por Main Street para alcanzar a tomar el tren de las tres. Podía intentar mantener las distancias. Pero estaba claro que no podría correr lo suficientemente rápido. El destino estaba escrito. Los pájaros vuelven al nido. Antes de que pasara mucho tiempo, Jenny Sparrow volvería a casa.

II

La semana empezó con buen tiempo. Hacía demasiado calor para el jersey de lana que Stella se había puesto para su primer día en la secundaria de Unity. Por primera vez, Stella deseó no haber adelantado un año. Si hubiera tenido que ir a la escuela primaria Hathaway, no habría sufrido esa sensación de pavor que le subía a la boca, esa piedra negra que no podía expulsar y que la atormentaba mientras recorría el mismo camino que había tomado su madre todos los días cuando iba al colegio. Stella se preguntaba si en ese entonces también había arrendajos azules que se lanzaban en picada sobre el lago. Si olía a laurel, al laurel que los colonos habían plantado para protegerse de los rayos y que se había vuelto salvaje.

Había grandes cúmulos en el cielo brumoso, y Stella sentía una humedad bochornosa en el aire. La humedad le rizaba el pelo. En Cake House, todo estaba un poco húmedo: las sábanas, las alfombras. Durante toda la noche, Stella había oído el canto de los grillos y el susurro de los juncos. Recordó que la profesora de ciencias en el colegio Rabbit decía que las nubes eran lagos flotantes.

Era una idea inquietante: esa cantidad de agua encima de los tejados y de los árboles, encima de las cabezas de la gente. Stella se acostó entre las sábanas húmedas, y trató de conciliar el sueño en su nueva habitación. No le dieron la habitación de su madre, sino una alcoba polvorienta de la segunda planta, que había estado cerrada durante años, pero que tenía una bonita vista al lago. Le resultaba imposible dormir con el sonido de los grillos. Un poco después de medianoche, bajó al salón y llamó a Juliet Aronson.

—No puedo creer que estoy aquí —le dijo a su amiga. Estaba arrellanada en un sofá mohoso. El sofá había acumulado tanta humedad que la tela burda de la tapicería se había vuelto verde.

—No puedo creer que te hayas marchado sin decirme nada —Juliet tenía miedo al abandono, y no lo disimulaba—. Me asusté cuando no te vi al día siguiente de lo de tu padre. ¿Por qué te marchaste así, de repente?

—No fue idea mía, sino de mi madre. ¿De qué crees que me está protegiendo?

—De la vida —dijo Juliet en voz baja.

Jenny le había pedido a Elinor Sparrow que no dejara que entrara ningún diario en la casa. Como la pobre Stella no tenía ni idea de lo que había sucedido con respecto al caso de su padre, Juliet le leyó en voz alta los artículos que habían aparecido en el *Boston Herald* y el *Boston Globe*. Los dos se referían a Will Avery como «el sospechoso». Stella se sintió enferma al oír las palabras de los diarios. Pensó que podía pasar cualquier cosa.

Que podía perder a su padre para siempre. Esas tragedias ocurrían incluso en las vidas más estables. Su madre, por ejemplo, tenía tres años menos que ella cuando había perdido a su padre. Quizá había recibido la mala noticia en el mismo lugar donde ella ahora se encontraba. Quizá había mirado por la misma ventana y había oído los grillos, incapaz de conciliar el sueño. Desde el sofá, Stella veía las ramas de la forsitia, que brillaban en la oscuridad. Más allá sólo se veía un agujero negro, de sombras y árboles.

—¿Hablan de mí en el colegio?

—No pienses en eso. Una cosa te digo: he oído muchas palabras

que riman con cárcel. En este colegio no hay más que idiotas, Stella, tú ya lo sabes.

—Sí. —Stella estaba contenta de no tener que lidiar con sus compañeras de clase. Quizá en Unity la gente sería más amable. De hecho, era posible que no supieran nada acerca de la situación en la que se encontraba su padre. Quizá la tratarían como a una niña normal, una niña común y corriente que vivía con su abuela, una estudiante del noveno curso a la que las matemáticas le costaban trabajo pero le encantaban las ciencias, una amiga fiel que sabía escuchar y cuyo rasgo más sobresaliente era su larga cabellera rubia.

—Si no estuviera tan preocupada por mi padre, me sentiría feliz de estar aquí. Lejos de mi madre. Lejos de todas las Hillary Endicott del mundo. Libre.

—¿Libre para qué? —preguntó Juliet, que era una chica urbana —. ¿Para perderte en el bosque?

—Es un pueblo, Juliet. No estoy en medio de la nada. Hay tiendas.

—¿Hay alguna tienda de zapatos?

—No he visto ninguna —reconoció Stella.

—En mi opinión, un lugar que no tiene una tienda de zapatos no es un pueblo. Es el campo. Agh.

Rumbo al colegio, Stella recorría el camino cubierto de lodo. Era un camino tan estrecho que las ramas de los espinos y los tilos de los lados se juntaban y formaban un túnel oscuro. Stella reconocía, una vez más, que Juliet tenía razón. Era el campo: no había ruido, no había tráfico, no había nadie. Era un lugar desolado para una chica acostumbrada a la calle Beacon y a la avenida Commonwealth. Stella hizo sonar la campanita de su pulsera de cumpleaños. Quiso silbar una tonada, pero no se sentía segura. No era fácil entrar a un colegio nuevo. Cuando llegó al final del camino y entró en la avenida Lockhart, sintió un escalofrío. En un poste de madera, en la esquina, había un cartel hecho a mano, en el que estaba escrito, con pintura negra sobre una tabla de madera:

«Camino del Caballo Muerto». Qué bien. Era el campo, y estaba lleno de cadáveres de animales.

—Supuestamente hay un caballo muerto en el fondo del lago —dijo una voz. Era la voz de un chico. Stella se sobresaltó, y luego se volvió. El chico tenía uno o dos años más que ella, y ojos azules, luminosos. Le sonreía como si se conocieran—. No es un dato científico, pero se dice que el lago no tiene fondo. Es uno de esos lagos que se alimentan de manantiales subterráneos. Se dice que en tiempos de nuestros antetatarabuelos, un idiota tomó con su caballo el camino por el que no se debe transitar, el camino en el que nada crece. El caballo se encabritó, y el jinete cayó y se partió el cuello. La gente dice que el caballo se desbocó y que nunca dejó de correr. Corrió tan rápido que no se hundió hasta que llegó al centro del lago. Allí se ahogó. Pero son puras mentiras. No dejes que te asusten.

—¿Asustarme? —Stella y el chico iban lado a lado por la avenida Lockhart—. No me asusto tan fácilmente.

Un coche pasó a toda prisa, demasiado cerca del borde de la carretera, y los obligó a saltar sobre un montón de ortigas.

—Nos vemos, Hap —gritó un adolescente desde el asiento del copiloto.

—Cuenta con ello, imbécil —respondió el nuevo compañero de Stella—. Son Jimmy Elliot y sus amigos —explicó cuando el coche se había perdido por la carretera—. Jimmy es un idiota. Lo sé bien: le doy clases de inglés y de geografía. Hay muchos tontos por aquí.

—También en mi antiguo colegio —dijo Stella—. Pero eran todas niñas.

—¿Fuiste a un colegio de sólo niñas? Eso suena peor que Unity.

Entonces se presentaron. Él se llamaba Hap Stewart, y era el nieto del doctor Stewart, que vivía al otro lado del bosque, después de la casa de los Elliot.

—Yo estoy viviendo con mi abuela —dijo Stella—. En Cake House.

—Sí, ya lo sé —dijo Hap y dejó ver su amplia sonrisa—. Lo sé todo acerca de ti. Bueno, tal vez no todo —corrigió al ver que Stella

se había incomodado. Sin embargo, confesó que su encuentro no había sido casual. Había estado esperándola en la esquina—. Mi abuelo me dijo que quizá necesitarías ayuda para adaptarte.

—Pues no necesito ninguna ayuda. —Lo último que Stella necesitaba era que alguien sintiera lástima por ella.

—En realidad sólo vine porque quería conocerte. Eres mi vecina más cercana. Sólo tienes que tomar el atajo del bosque, evitar la hiedra venenosa, esquivar las garrapatas y caminar ocho kilómetros, y estarás frente a mi puerta.

—Qué suerte —dijo Stella y rió.

—Pensé que podría ayudarte informándote acerca de cómo funcionan las cosas por aquí y dándote algunos consejos. Por ejemplo, es mejor que dejes que la gente te conozca antes de decirles quién eres.

Pasó un autobús escolar, y el rastro que dejó su tubo de escape hizo que Stella volviera a experimentar aquella extraña sensación de efervescencia en la cabeza. ¿Acaso le sugería el chico que ocultara su identidad? ¿Creía que le hacía un favor al anunciarle que la rechazarían?

—Es por mi padre —adivinó Stella. Más allá, en la avenida, vio varios grupos de chicos que se dirigían al colegio. Todos doblaban por Main Street, allí donde estaba el roble más viejo de Massachusetts, que tenía más de trescientos años.

—¿Tu padre? —preguntó Hap.

—Sí, porque está en la cárcel.

—¿En la cárcel? Guau. Imagino que es la primera persona de Unity que ha ido presa.

Stella se sintió aún más tonta. Había sacado a relucir una circunstancia desafortunada de su vida de la que Hap no sabía nada. Estaba demasiado abrigada y muy nerviosa, y se puso a sudar. Se preguntó si debía respirar dentro de una bolsa de papel, como hacía su padre cuando se ponía ansioso. Se quitó el jersey de lana y lo metió en su mochila.

—No es culpable. Pronto le darán libertad bajo fianza.

Caminaron juntos, en silencio. Stella se sentía agradecida por no

tener que llegar sola al colegio. Pasaron frente al viejo roble. Alrededor del árbol, la acera de ladrillos se combaba. Las enormes raíces se extendían por más de una manzana, enredadas entre el ladrillo, el asfalto y la hierba.

—¿De qué lo acusan?

—De asesinato.

Los dos chicos saltaron sobre las retorcidas raíces del roble. Muchas personas mayores se habían tropezado en ese lugar, y maldecían el árbol cada vez que pasaban por allí. Pero los niños de la escuela primaria organizaban paseos especiales para ver el árbol, y bailaban alrededor de él el primer día de la primavera.

—Sólo lo han retenido para interrogarlo —añadió Stella.

—Ya veo —dijo Hap, evidentemente impresionado.

—Pero es inocente —informó Stella.

—Por supuesto.

Las chicas del colegio Rabbit habrían sentido envidia si hubieran visto a Stella en ese momento, junto a un chico alto y guapo, hablando de caballos muertos y de asesinatos como si fueran cosas de todos los días. Stella estaba ansiosa por contárselo a Juliet Aronson. ¿Que cuál era el rasgo más atractivo de Hap? Evidentemente, su estatura.

—Simplemente quería que supieras que en el colegio hay personas que siempre piensan lo peor. Especialmente cuando se trata de Cake House. Algunos imbéciles han ofrecido cien dólares a quien recorra el camino en el que nada crece y sobreviva para contarlo. Jimmy Elliot llegó hasta la mitad. Jura que vio el caballo muerto. Probablemente lo que vio fue el pasto del pantano.

O quizá lo inventó, para presumir. Sería típico de él.

Los dos rieron, y Stella se sintió más tranquila.

—¿Por qué nada crece en el camino que dices?

—Porque allí cayó la sangre de Rebecca Sparrow. Ni siquiera hay hierbajos. Así de fuerte era la sangre de Rebecca.

De modo que la historia que había que ocultar no era la de su padre. Era la de Rebecca Sparrow.

—Por ella no debo decir quién soy.

Hap asintió.

—La bruja del norte —dijo.

—Mentiras podridas —dijo Stella.

Hap la miró y sonrió.

—Sí, pura basura —dijo.

Cuando acabaron de escalar la cuesta de Main Street, vieron el colegio, que se levantaba del otro lado de la pista de atletismo como un espejismo. Los autobuses escolares se acercaban despacio. Una multitud de estudiantes entraba en el edificio.

—Es mucho más grande que mi antiguo colegio —comentó Stella. *Huy*, pensó. *Yo aquí no me quedo. A la hora de comer, me escapo a todo correr por el bosque, y tomo el tren de las tres, de regreso a Boston*.

—Te sentirás bien.

—Prométemelo. —Stella intentó reír, pero no sirvió de nada.

—Simplemente recuerda que todo es mentira —le aconsejó Hap.

Tenía una manera de hablar que hacía que todo lo que decía sonara verdadero. Stella se sintió bien durante toda la mañana. Pero a la hora de comer, cuando hacía cola en la cafetería, que parecía mucho más grande que el colegio Rabbit, unos chicos que estaban detrás de ella empezaron a silbar. Hacían sonidos molestos, como gorjeos. Stella supuso que intentaban imitar el canto de los gorriones[3]. Qué infantil.

—Vamos, señorita Pájaro. A ver cómo sales volando —gritó alguien desde la cola de la comida. Algunas personas rieron, y otras se quedaron mirando. Querían ver cómo reaccionaba Stella. Ésta simplemente deseó con fervor que los chicos que la molestaban cayeran de cabeza al lago Hourglass.

Uno de los listillos se le acercó:

—Qué, ¿has visto algún caballo muerto últimamente?

—Sí, en tus *burritos* —dijo Stella sin ninguna alteración en la voz. No se había servido *burritos* sino sólo ensalada, y sonrió ante el plato del chico, lleno de carne—. Ten cuidado. No vayas a atragantarte —le advirtió.

Luego se acercó otro chico, bastante atractivo y unos años

mayor. Tenía el pelo negro y mal talante. Era Jimmy Elliot.

—¿Lo estás amenazando?

—¿Yo?

La sola idea le daba risa. Había pasado toda la mañana perdida en pasillos interminables. Había procurado tomar notas para ponerse al día. Había pedido hojas y lápices a sus compañeros, sin que éstos le hicieran caso. Afortunadamente, en clase de ciencias le tocó ser pareja de Hap para un trabajo de campo. Stella se alegró, pues era la primera vez que tenía que investigar en el mundo real. Levantó la vista para mirar al chico de pelo oscuro, y vio que era uno de los que habían gritado por la ventana del coche que casi la había atropellado esa mañana, cuando venía caminando con Hap. Afortunadamente, no pudo ver el futuro del chico. No pudo ver su muerte, ni tragedia alguna, sólo sus ojos oscuros.

—Déjame adivinar. Tú eres un subnormal que necesita clases adicionales de inglés y de ciencias, ¿no? Te gusta molestar a la gente y atropellarla con el coche. Debes ser Jimmy Elliot.

En lugar de salir a la defensiva o de responder con un insulto, Jimmy Elliot sonrió. Parecía sorprendido e incluso complacido por la reacción de Stella.

—Has acertado —dijo—. Algo habrás heredado de la vieja Rebecca.

Stella no supo si el comentario era un halago o un insulto.

—Tengo buen ojo —le informó a Jimmy, disgustada por sentirse nerviosa.

—No lo creo —dijo él y cogió un plato de *burritos*—; no estarías hablando conmigo.

Cuando llegó a Cake House aquella tarde, en lugar de ponerse a hacer sus deberes, Stella se propuso investigar unas cuantas cosas. Su abuela estaba ocupada recibiendo un pedido de mantillo, y eso le permitió registrar la casa. Esculcó en la despensa, examinó el contenido de los cajones de los armarios, y revolvió el armario repleto de la entrada, que contenía pilas de impermeables y botas.

Buscó durante varias horas, sin encontrar nada que mereciera la pena. Hasta que llegó al salón. Había mucho polvo, y los haces de luz que se filtraban a través de los cristales verduscos iluminaban pequeños remolinos de motas. Stella se dirigió al rincón de los libros. Había ediciones dignas de ser expuestas en la biblioteca pública, pero en cien años nadie había abierto los volúmenes. Las tapas de cuero estaban agrietadas, las letras doradas se habían borrado, y las páginas, que estaban desmoronándose, despedían un olor a excrementos de escarabajo y a moho.

Stella acarició con el dedo los lomos de los libros, y luego agarró una concha marina. Se la llevó al oído. No oyó nada. No le llegaba el eco de un océano lejano. Dentro sólo encontró una telaraña y unas cuántas moscas muertas. Volvió a poner la concha en su lugar y vio, a la derecha, un objeto cubierto con un trozo de tela. El chal que protegía la urna estaba decorado con un bordado hecho a mano. Las puntadas negras y marrones representaban sauces llorones, nidos y pájaros. El bordado tenía un marco rojo, de punto de cruz. El rojo significaba protección, lealtad y buena suerte. Stella retiró la cubierta y se quedó allí, de pie, en el mismo lugar donde su padre, cuando era un chico travieso, se había quedado helado ante lo que Jenny le enseñaba. Despejó un círculo de polvo y mugre con la palma de la mano. En un trozo de pergamino amarillento leyó una fecha: 1692. En una caligrafía hermosa, ensortijada, decía: *Esto ha sido guardado para que recordemos a Rebecca Sparrow*.

Stella limpió otro pedazo del vidrio. Luego cogió el jersey que se había atado a la cintura y limpió el resto de la urna. No le importaba que el jersey quedara negro. Vio las puntas de flecha, expuestas en hileras, tal como estaban en la casa de juguete que había recibido en su cumpleaños. La única diferencia era que la urna original no contenía diez sino nueve flechas. Pero era obvio que la décima flecha había estado ahí. El tiempo había plasmado su forma en el satén donde descansara durante años.

En el extremo norte de la urna Stella vio un círculo de plata, una brújula vieja. En el sur, una campana lustrosa, parecida a la que llevaba en su pulsera. Le ardían los ojos, quizá debido al polvo que

había levantado. Pero era más probable que el escozor se debiera a la visión del pelo de Rebecca, a la trenza negra atada con un trozo de cinta deshilachada. Al verla, entendió por qué guardaban en una urna acristalada esas reliquias. Comprendió por qué su madre se había marchado de Unity. Jenny no había podido soportar el peso de la verdad. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de mantenerse alejada de la historia de su familia. Pero Stella era distinta. Durante años, Jenny había observado a su madre a través de la ventana de su habitación sin hacer ningún movimiento. Stella, en cambio, se dirigió directamente al jardín, donde su abuela apilaba el mantillo.

—Háblame de Rebecca Sparrow —le pidió.

Elinor ni siquiera levantó la mirada.

—No, olvídalo. No puedo hacerlo.

—¿No puedes, o no quieres?

Elinor estaba cansada por el trabajo con el rastrillo y por las limitaciones que le imponía el hecho de tener un huésped. Todas las responsabilidades domésticas que había esquivado hacía tiempo le habían salido al encuentro. Tenía que ir al mercado a comprar alimentos, tenía que asegurarse de que hubiera toallas y sábanas limpias, se veía obligada a conversar cuando lo que más quería era estar en silencio. En fin, todas esas cosas maravillosas a las que nunca había prestado atención cuando Jenny era una niña. Naturalmente, Jenny no confiaba en Elinor y había enviado por correo la lista de los cuidados que requería Stella: Su abuela no debía darle dulces, no debía permitir que viera la televisión entre semana, ni que leyera los diarios hasta que la situación de Will se aclarara, ni que mantuviera las luces encendidas tarde por la noche. No debía darle comidas fritas y, sobre todo, no debía siquiera mencionar a Rebecca Sparrow.

—No te puedo decir nada porque tu madre me pidió que no lo hiciera.

Elinor aprovechó la oportunidad para sentarse en el banco que Brock Stewart le había regalado a comienzos del mes. Se lo había dado el día de su cumpleaños. Ella ni siquiera sabía que existía

alguien sobre la tierra que supiera la fecha de su cumpleaños. Había sido desagradecida. Le había dicho a Brock que el banco era un lujo innecesario. Una vez que cruzaba el portón del jardín, Elinor no volvía a sentarse a descansar. Pero últimamente el banco le gustaba. Estaba hecho de haya, y tenía el respaldo tallado. Últimamente, Elinor se daba cuenta de que necesitaba descanso.

—Mi madre —dijo Stella displicente— tenía cuatro años más que yo cuando escapó de casa y se casó, pero me trata como si yo fuera un bebé. Quiero conocer la historia de la familia. Puede ser que a ella le dé miedo, pero a mí no.

—¿No te enseñan historia en el colegio? ¿No te basta con eso?

—El período colonial. Hoy hicimos una tabla cronológica y estudiamos el viaje del *Mayflower*. No me refería a eso precisamente. Quiero saber acerca de Rebecca.

Stella se sentó frente a su abuela, en el muro ruinoso, y empezó a balancearse.

—Cuéntame aunque sea un poco. Dime cuál era su don.

Elinor miró el dulce rostro de su nieta. No quería mentirle, a pesar de las instrucciones de Jenny.

—El peor que pueda tenerse —dijo—. No sentía dolor. Y que no se te ocurra decirle a tu madre que te lo dije.

—¿Por qué no es bueno no sentir dolor?

La tarde caía por oleadas. Primero el cielo se puso gris, luego verde, luego azul oscuro. Esa mañana, en clase de ciencias, la profesora había comentado que el cielo empezaba en la superficie de la tierra. Nadie lo sabía. Para la mayoría de las personas, lo que había sobre la tierra era simple aire intermedio. No se daban cuenta de que caminaban por el cielo, así como no se daban cuenta de que sobre sus cabezas había lagos de vapor. En el jardín, el aire era especialmente fragante y húmedo. Los pétalos de rosa que se rociaban tendían a enmohecerse, y las hojas que se regaban directamente se llenaban de hongos. Por eso, Elinor había improvisado un elaborado sistema de riego, que hacía que el agua proveniente del lago goteara lentamente y se filtrara en la tierra. Creía que el agua del lago era el secreto de la prosperidad de su

jardín, pues estaba llena de nutrientes por el estiércol de las ranas, y las larvas de los insectos. El agua turbia del fondo era tan fría que hacía que las rosas se estremecieran en los días más calurosos de agosto y exhalaran nubes de perfume.

—Todos los dones exigen un precio. ¿No lo has notado?

Stella asintió.

—El que me han dado a mí es una carga.

—¿Por qué?

Stella no quería responder. Elinor insistió. Sentía curiosidad, y estaba dispuesta a regatear. Si Stella le pedía que le diera información, tenía que darle a cambio otro tanto.

—Dímelo. No voy a asustarme, sea lo que sea.

—Para empezar, sé que no estás bien de salud. —Stella empezó a hacerse una trenza. Era un hábito nervioso que había adquirido recientemente—. Tienes un órgano que…

—Cáncer de páncreas. —En Unity nadie, salvo Brock Stewart, sabía de la enfermedad de Elinor, y mucho menos del diagnóstico exacto. Elinor Sparrow observó con detenimiento a su nieta. Quería saber cómo había adivinado su secreto, y vio que en el interior de Stella no había una sola mentira—. Puedes decirme cuándo será —dijo.

—Nadie debe saber cuándo va a morir —dijo Stella con voz enlutada—. Si uno supiera qué día va a morir, no haría nada. Simplemente se sentaría a esperar el día fatídico. Incluso podría enloquecer. Cada día sería una tortura. Nadie volvería a leer un libro, nadie construiría un edificio, ni se enamoraría. Uno sólo se metería en problemas. Así pasó cuando le hablé a mi padre de la muerte de alguien y él trató de ayudar.

—Para mí sería diferente. A mí no me vendría mal saberlo. —Desde que había terminado el tratamiento y le habían dicho que no tenía cura, Elinor había estado esperando. Sentía que podía serle útil tener una especie de cronograma, saber cuándo llegaría el final—. Soy vieja. No voy a construir un edificio. No me voy a enamorar. Puedo enterarme de la fecha, y no me va a doler. No tengo nada que perder. Dímelo.

—No será pronto —dijo Stella—. Pasará cuando caiga nieve.

¿Temió Elinor la llegada de la nieve al oír esta profecía? La mayoría de los pacientes que sufrían de un cáncer como el suyo no duraban más que unos pocos meses. Antes, se habría considerado afortunada al saber que tenía un poco más de tiempo. ¿Seguía siendo ése el caso? Cuando se acercara el invierno, ¿intentaría escapar, encontrar un lugar donde nunca nevara, un lugar en el sur donde pudiera vivir para siempre? ¿O saldría a la ventana cuando cayeran los primeros copos, agradecida por el último cielo blanco?

—Lo siento. No lo vi voluntariamente, y probablemente no debí habértelo dicho. Es mucho mejor no saberlo.

Elinor comprendió entonces que cada quién recibía el don que le era más difícil aceptar. Ahora resultaba que, después de toda una vida de buscar la verdad, había dicho una mentira, pues lo cierto era que sí tenía algo que perder: a esa niña a la que quería, a su nieta.

—Puedo enseñarte algo sobre Rebecca Sparrow. No tiene nada de malo que lo conozcas. Con la condición de que no se lo digas a tu madre.

Elinor salió del jardín, y Stella la siguió hacia el lago. El aire veteado, frío, ligero como un pez, tenía la liviandad de marzo. El cielo se venía abajo y hacía que el prado pareciera infinito, profundo, un lago de hierba nueva, oscura, marrón en los bordes. Llegaron al camino que Hap Stewart había mencionado, aquel en el que nada crecía. El bosque estaba cargado de cerezas silvestres, de grosellas y de arándanos. Estaban allí también muchos de los melocotoneros que, según decían, provenían de un naufragio, y que daban los frutos más dulces del país. Pero en el camino mismo no crecía nada, tal como Hap había dicho. Ni las berzas de las ciénagas, ni el algodoncillo, ni la ortiga ni la hierba común.

—¿Aquí fue donde el caballo se encabritó?

—A ese caballo lo picó una mosca y lo montaba un idiota —declaró Elinor—. Además, sucedió después de que Rebecca muriera, así que no pueden culparla por ello.

Habían llegado a la orilla fangosa, donde desovaban las tortugas lagarto. Las ramas de los sauces llorones se bañaban en el fondo.

Sobre el agua flotaban nubes de mosquitos.

—Ponte aquí. Mi abuela, Elisabeth, me enseñó esto. —Elinor señaló un punto en la orilla—. Extiende los brazos. Ahora cierra los ojos y no te muevas.

Stella los oyó antes de verlos: el aleteo, los trinos, el sonido del viento. Parecía como si el cielo se envolviera en torno a ella. Lo sentía en la piel.

—Quédate absolutamente quieta —aconsejó Elinor.

Stella sintió que un pájaro se posaba en el suelo, luego otro. Uno se posó en su hombro izquierdo. Otro en su brazo derecho. Al menos otros diez pájaros hicieron lo mismo. Cuando abrió los ojos, sintió algo que vibraba en el pecho, un ave que palpitaba contra sus costillas. El cielo que empezaba en su cuerpo y ascendía estaba lleno de gorriones. La nueva profesora de ciencias había dicho que el cielo parecía azul debido a la mezcla de la humedad y el polvo. En realidad, sin la luz azul y sin el polvo, el cielo estaba vacío. La gente veía lo que creía, no lo que existía en realidad. Construían la realidad con agua y polvo.

Eso, precisamente, era lo que había ocurrido cuando tres chicos del pueblo habían visto a Rebecca en la orilla, con decenas de pájaros posados en sus brazos extendidos. Los chicos, asustados, decidieron que habían visto un fenómeno que no era de este mundo, algo tan improbable como el hecho de que el cielo no fuera azul en realidad. Rebecca era sólo una niña. Había sido entregada a la lavandera, pues nadie más la quería, y cuando tenía apenas diez años, sus manos ya estaban agrietadas por la lejía y la grasa. A los tenderos no les gustaba que entrara en sus negocios, para que no tocara la seda ni las galletas, pues las manos solían sangrarle. Las niñas de su edad pasaban de largo sin mirarla, como si no tuviera más sustancia que las cenizas con las que fabricaba el jabón. Los hombres la miraban y pensaban que un día podía llegar a ser bonita, si antes no la mataba una fiebre, o el hambre, o la vencían los mil sufrimientos que harían presa de ella antes de que se hiciera mujer. Las mujeres le tenían lástima, pero seguían su camino. Tenían otros problemas, y la misericordia era un lujo.

Pero a los chicos que se habían agazapado entre las grosellas aquel día lejano de marzo les había parecido que Rebecca era algo más que la ayudante de la lavandera. Con la larga cabellera al viento y los ojos cerrados, parecía que soñaba, que estaba a punto de elevarse desde la orilla del lago que no tenía fondo, que era infinito, según algunos, como el cielo que lo cubría. Habían llegado tantos pájaros que los chicos a duras penas podían ver a Rebecca. Ella casi había desaparecido frente a sus ojos. Hasta entonces, sólo se llamaba Rebecca. Los fundadores del pueblo le habían puesto ese nombre cuando había aparecido en el bosque, sin conocer su lengua, con una estrella de plata colgada del cuello. Los niños le pusieron un segundo nombre. *Rebecca Sparrow*[4], susurraron, y así se llamó la niña a partir de entonces.

Verla allí, quieta, sin miedo, provocaba un temor profundo. Las demás niñas del pueblo huían de los gorriones como de los murciélagos y los cuervos. Después de todo, se suponía que tales criaturas traían mala suerte. Se enredaban en el pelo y traían la muerte a las familias. Las niñas de Unity no andaban descalzas como Rebecca, que tenía las plantas de los pies endurecidas por las rocas. Sus manos no sangraban al final del día. Ellas no podían convocar a las criaturas del cielo sin decir una palabra, sin hacer siquiera una señal.

Los chicos empezaron a murmurar. Se preguntaban qué significaba el espectáculo que veían. Primero hablaron entre ellos, luego comentaron con todo el pueblo lo sucedido. El rumor se extendió como la fiebre. Al poco tiempo, todos los niños del pueblo se escondían entre las bayas para ver a Rebecca lavar la ropa, y juraban que mil pájaros se posaban en sus brazos cuando tendía las sábanas a secar. Las mujeres del pueblo adquirieron el hábito de pronunciar una oración cada vez que Rebecca dejaba los cestos de ropa limpia y almidonada frente a sus puertas traseras. La llamaban Rebecca Sparrow, y a ella no parecía importarle, así como no le importaba que sus pies se hubieran endurecido ni que la piel de sus manos fuera tan gruesa que podía agarrar ollas de agua hirviendo.

Rebecca aceptó su nombre de la misma manera como había

aceptado su destino. Nunca se quejó. Esperaba, con el tiempo, poder marcharse de aquel lugar donde los niños la espiaban y le arrojaban piedras, donde todo el mundo se creía superior a ella. Quizá un día podría emprender el vuelo y sorprenderlos a todos. Si tenía suerte, si no abandonaba la esperanza, si sus deseos se hacían realidad, llegaría el día en que realmente no sintiera nada.

III

Matt Avery había vivido solo durante once años, desde la muerte de su madre. Catherine Avery había fallecido prematuramente, decían todos; era un alma generosa que habría merecido un final más fácil. Durante las últimas semanas de su agonía, no pasó un día sin que Catherine recibiera al menos una visita: un vecino, un ángel compasivo de su calle, o del otro lado del pueblo. La gente le llevaba macarrones con queso y pasteles de pollo, junto con sus mejores deseos. Estas buenas personas (Eddie Baldwin y su familia, los hermanos Harmon, Iris Elliot y su medio hermana Marlena Elliot-White) insistían en que Matt descansara un poco mientras alguien más cuidaba de Catherine. Matt, agradecido, se metía entonces en la cama durante unas horas, dormía profundamente y soñaba que comía pan con mantequilla, que se lavaba las manos, que podaba el césped. Sus sueños eran tan reales que a veces despertaba pensando que también la enfermedad de su madre era un sueño. Pero no, allí la encontraba cuando regresaba a la sala de estar, todavía en una cama de hospital, dolorida, intentando a toda costa parecer animada. Le decía a Matt que estaba muy bien, aunque era obvio que se estaba muriendo.

Elinor Sparrow visitaba a Catherine una vez por semana. Luego, cuando la salud de Catherine se deterioró aún más, empezó a visitarla con mayor frecuencia. Le llevaba ramas del laurel que crecía

silvestre en los alrededores de Cake House, y ramos de rosas hadas. Le llevó también un libro de cuentos de hadas, los únicos textos que Catherine quería que le leyeran. Su madre le había leído cuentos así cuando era niña, pero ahora los cuentos cobraban vida. Elinor Sparrow, que nunca le había leído a su hija, tenía un gran talento para imitar voces. Era un zorro verosímil, y también una oveja. Era una princesa perfecta, un pastor maravilloso, y una bruja tan convincente que, después de ciertos cuentos, a Catherine tenían que darle una dosis extra de morfina para que pudiera conciliar el sueño.

Fue una amistad inesperada, considerando la historia de las dos mujeres. Las dos eran abuelas de una niña a la que nunca veían. Las dos habían sido víctimas de Will. Matt se había sorprendido al ver con cuánto anhelo esperaba su madre las visitas de Elinor. Imaginaba que esto podía deberse a las rosas, o a los cuentos, o quizá a la pena que las dos mujeres compartían. Imaginaba que pasaban el tiempo hablando de Will y de sus muchos defectos, o recordando el pueblo en el que habían crecido, un Unity más pequeño y más lento que el actual. Pero un día, se asomó a la sala de estar durante una de las visitas de Elinor, que se habían vuelto cotidianas y constituían los acontecimientos más importantes de la vida de Catherine, y descubrió que no hablaban de nada especial. Elinor sostenía la mano de Catherine, y la acompañaba en su agonía.

Estoy aquí, contigo, decía. *No tienes por qué esconderme tu dolor*.

Desde entonces, Matt le cobraba a Elinor la mitad del precio por recoger las ramas caídas de su terreno, por cortarlas y convertirlas en leña para la chimenea. Elinor Sparrow, por supuesto, nunca se percató de este detalle ni lo agradeció. Pero Catherine le había mostrado algo que ni siquiera podía mostrarle a su hijo: cuán duro le resultaba morir, cuánto deseaba, incluso en el peor de los días, aferrarse a un mundo en el que había rosas y vecinos, y en el que había un niño que al crecer se había convertido en Matt Avery, en alguien que sabía cuándo retroceder y cuándo avanzar. En alguien con quien se podía contar.

Will visitó el pueblo un par de veces aquel año. Sus visitas eran

rápidas y le costaban mucho esfuerzo. Jenny nunca lo acompañó. Cuando le preguntaban por ella, decía que se había quedado en Boston cuidando a Stella, que entonces tenía dos años. Pero la verdad era que nunca le informaba a Jenny de esos viajes a Unity. Ella habría sido un peso adicional, otra persona cuyos sentimientos habría tenido que considerar, otra carga de piedras que soportar.

A nadie le sorprendió que Will se sintiera incómodo frente a la enfermedad. Las visitas que hacía a su madre eran predeciblemente cortas. Will siempre había huido de los problemas, y ese comportamiento no iba a cambiar de repente. Además, no estaba acostumbrado a dar nada de sí, y era incapaz de pensar en las necesidades ajenas. Cuando cruzaba la frontera del pueblo, le daba urticaria. Eso era lo que no quería que Jenny viera: los verdugones rojos que le salían. El pánico que lo atrapaba. Mientras conducía por Main Street, sudaba tanto que las abejas empezaban a gravitar en torno a él, y tenía que subir las ventanillas del coche para que no le picaran. Debido a su alergia a las abejas, las picaduras lo habrían llevado a la tumba.

¿Cómo lo haces?, le había preguntado a su hermano en una de esas visitas. *¿Cómo puedes quedarte aquí y verla morir sin enloquecer?*

En sus viajes al pueblo, Will solía detenerse en la casa de té Hull para fortalecerse con un poco de cafeína y de azúcar y para oír las palabras amables de Liza Hull, que siempre le daba un trozo de pastel de manzana, preparado según una receta ancestral que había sido premiada en la feria rural en dos ocasiones. Pero en el último mes de vida de Catherine, Will no se detuvo en la casa de té. No fue al pueblo. Muchas veces prometió que iría, y nunca cumplió su promesa. La última vez que telefoneó para disculparse, le dio a Matt una excusa tan endeble (le habló de unos exámenes de música y de una supuesta nevada que habían anunciado) que Matt se dio por vencido. ¿Acaso no sentía ni una pizca de compasión por su madre? ¿Era incapaz de mostrar generosidad? Le lanzó a Will todos los insultos que se le ocurrieron, y luego se detuvo. Dentro no le quedaba nada más que decir, y era incapaz de comprender a Will. Matt tenía derecho a enfadarse. Era él quien tenía que decirle a la

madre desilusionada que Will no iría de visita, cuando posiblemente no habría una próxima vez. En casa de los Avery el tiempo pasaba despacio. Se contaban las horas, los minutos, los segundos. De repente, Matt dejó de sentir rabia. Sintió lástima de su hermano. Nadie elegía ser tan egoísta si podía evitarlo.

Al final, le dijo a Will: *Está bien si no puedes venir. Ella lo comprenderá.*

Y quizá ella lo comprendía. Después de todo, era una mujer generosa. Y la generosidad, como Matt había aprendido a lo largo de la enfermedad de su madre, podía adoptar muchas formas. Tras la muerte de Catherine, los vecinos se presentaron para dar sus condolencias. Matt ni siquiera conocía los nombres de algunos de ellos. Llevaron tanta comida, que Matt tuvo con qué alimentarse durante meses. Las solteras del pueblo aún reían al recordar la nevera repleta de la casa de los Avery. Habían pensado que quizá Matt se fijaría en ellas una vez se encontrara solo. Él había salido durante un tiempo con una chica de Monroe, y había tenido una novia en Nueva York a la que visitaba los fines de semana. Pero todo eso terminó cuando su madre enfermó. Tras la muerte de Catherine, no recobró el interés en el amor. No era que no tuviera corazón, sino que su corazón estaba ocupado y no tenía espacio para nadie más. Era alto y fuerte, atractivo, y en el pueblo había al menos cinco mujeres que se lo habrían llevado a casa contentas, aunque fuera por una sola noche. Pero no había manera de conquistar a un hombre como Matt Avery. Ni con un amor de pocas horas, ni con comida casera. A él le gustaban las cosas simples. Sopa enlatada, guisantes, tostadas y fideos tibios cubiertos de queso. Prefería evitar el dolor. Se había convertido en un solterón estudioso, de hábitos fijos. Si bien la soledad no lo hacía feliz, al menos se sentía cómodo con ella. No se dio por vencido, pero aceptó una vida distinta de la que un día había deseado.

No sabía si vivía de acuerdo con su naturaleza. Simplemente, seguía su destino. Comía a solas, pasaba las noches en la biblioteca, viviendo en una casa donde la única voz que oía era la suya, cuando conversaba con los pájaros del otro lado de la ventana. Años atrás

había querido ir a la Universidad de Nueva York, pero entonces su madre enfermó por primera vez y los planes no resultaron. En lugar de eso, se matriculó en la universidad estatal en Hamilton, asistió a las clases nocturnas y se licenció. Pronto obtendría un máster en historia, si conseguía terminar su tesis, un estudio sobre la vida colonial en Unity. Matt sabía bien que la universidad estatal no podía compararse con Harvard, pero podía apostar que sabía mucho más acerca de su pueblo natal que Will, a pesar de la costosa educación de éste. Sabía, por ejemplo, que los melocotoneros que ahora crecían en toda la región descendían de unos árboles que habían sido enviados por barco al granjero Hathaway junto con dos rollos de seda y un espejo de plata. El desafortunado barco que transportaba este cargamento se llamaba *The Good Ducky* y se había hundido rápidamente tras estrellarse contra unas rocas en las marismas, en una época en que todavía las aguas costeras eran profundas y sus muelles sólidos. A bordo había también ciruelos de la China, rosales envueltos en bramante, y fardos de té que luego flotaron a la deriva por entre las malvas y los camalotes. Matt estaba seguro de una cosa: su hermano era incapaz de distinguir entre un melocotonero y un ciruelo, entre el té negro y el té verde, entre la verdad y la mentira autoindulgente.

Una vez Matt había ido a Harvard a visitar a Will y a Jenny. Éstos ya se habían casado y vivían en un piso en Central Square. Él estaba en el penúltimo año de la secundaria. Will y Jenny le parecieron personas mayores, sofisticadas. Se habían distanciado de sus respectivas familias y vivían solos. La mayoría de los estudiantes universitarios vivían en las residencias estudiantiles aunque estuvieran casados. Pero ellos no. Will, que había sido admitido a pesar de su pereza, debido a sus excelentes resultados en los exámenes generales, era un niño mimado, en la opinión de Matt. Will necesitaba tener su espacio. Su estilo de vida requería un domicilio mejor que la residencia estudiantil. Tenía un piano fastuoso que había sacado quién sabe de dónde, y que no cabía en un cuarto de estudiante. Incluso en esa época, los vecinos se quejaban de Will, que practicaba piezas de Brahms o se relajaba tocando

boogie-woogie a las dos de la madrugada.

De esa visita a Cambridge, Matt recordaba especialmente las horas que había pasado en la heladería Bailey's, donde trabajaba Jenny. Volvió años después, pero la heladería había desaparecido, y no podía recordar en qué lugar exacto de la calle Brattle estaba. Lo que sí recordaba era que, aunque sólo era un año y medio mayor que él, Jenny parecía una mujer mientras él seguía siendo un niño. La habían ascendido, era gerente de Bailey's y podía darle copas de helado gratis a Matt todo el día. Él comía helado de desayuno, al mediodía y por la noche. Helado de caramelo, de chocolate, de fresa y de malvavisco. Nunca tenía bastante. Después de dos días de seguir esta dieta, ya le temblaba el pulso por el exceso de azúcar. Pero no podía evitar pasar por Bailey's. Salía de casa dispuesto a visitar el museo Fogg o la Blodgett Pool, pero siempre terminaba en la calle Brattle. En Unity solía seguir a Will y Jenny a todas partes, pero sólo supo el motivo de este comportamiento cuando los visitó en Cambridge.

—Me parece que has desarrollado una adicción —le decía Jenny en broma, y tenía razón. Pero el objeto de su adicción no era el helado. Ahora, Matt era incapaz de comer helado. Ni siquiera aceptaba una bola de helado de vainilla. Liza Hull decía que era el único cliente dela casa de té que prefería pan con mantequilla a pastel con helado. Matt le sonreía y callaba, y seguía pidiendo pan con mantequilla de postre, pues aquel viaje a Cambridge le había quitado para siempre las ganas de comer cosas dulces.

A Matt le gustaba concentrarse en lo que hacía, pero últimamente siempre que hacía trabajos de jardinería se ponía a pensar en la historia. Se preguntaba si el granjero Hathaway o uno de los otros fundadores del pueblo, Morris Hapgood o Simon Elliot, por ejemplo, había pisado el mismo trozo de tierra donde él estaba, o si Rebecca Sparrow se había sentado en el bosque donde él arrancaba las zarzas y la hiedra venenosa, para observar la luz que se filtraba por entre los árboles de la colina de los Elliot y el aire que se volvía verde y luego dorado. Por la noche, de camino a casa, Matt siempre se detenía en la biblioteca de Main Street. Sus visitas eran

tan regulares que Beatrice Gibson y Marlena Elliot-White, las bibliotecarias, probablemente habrían llamado a la policía si hubiera dejado de aparecer una noche. Matt era una persona con la que se podía contar.

Ya había leído todos los diarios personales que estaban guardados en la sala subterránea de investigaciones históricas. Se había acostumbrado a los giros de la caligrafía de los fundadores del pueblo, y podía leer frases que para cualquier otro eran sólo rizos, arañazos y arabescos. Cada vez que caminaba por Main Street, cuando replantaba el césped en el parque del pueblo, cuando podaba la hiedra que amenazaba con asfixiar los tilos del ayuntamiento y cuando trasladaba los panales que las abejas construían en el techo de los juzgados, Matt sentía que viajaba a través del tiempo. Cada vez que salía de su casa y veía el huerto de melocotoneros salvajes que crecía en el lote vacío del otro lado de la calle, pensaba en todos los que habían vivido y muerto en Unity. Para Matt Avery, la historia estaba hecha de pequeños detalles. De las cartas que la gente se enviaba, de las listas que dictaban los agonizantes, de los ingredientes que componían los platos preparados con cariño, de los árboles que se talaban y de los que se multiplicaban.

En el parque del pueblo había monumentos que recordaban a los hombres de Unity caídos en la guerra. Matt siempre se detenía frente a la piedra que honraba a los cuatro chicos que habían muerto en la guerra de Independencia cuando regresaban de la biblioteca a sus casas. Michael Foster, Seth Wright, Miller Elliot y George Hapgood. Ninguno tenía más de veinte años. Todos llevaban abrigos de dotación. Las mujeres de Nueva Inglaterra habían hecho a mano más de diez mil abrigos de éstos, y en los forros habían cosido etiquetas con sus nombres, como señales de esperanza para sus hermanos, sus maridos y sus hijos. En la estela conmemorativa, había un ángel tallado que tenía lágrimas en el rostro. Posiblemente Matt era la única persona en el pueblo que sabía que un tallador llamado Fred Bean, cuyo único hijo había muerto de difteria, había trabajado durante seis meses la piedra negra, un bloque de granito que había sido traído del norte. No pasaba un día sin que Matt

pensara en las lágrimas del ángel. Para él, la historia era eso: la constatación de que la pena era inalterable y siempre estaba presente; la posibilidad de grabar lágrimas en el más duro granito.

A veces, en sus dedos quedaba un rastro de tinta proveniente de aquellos diarios que contenían las experiencias cotidianas de Unity. Cuando estaba allí sentado, con una de esas historias vitales que habían sido escritas hacía tanto tiempo, Matt sentía que tenía entre las manos la vida de un ser humano. Quizá por esto, la tesis que estaba escribiendo había crecido y tenía ya trescientas páginas. La tesis se centraba en las mujeres Sparrow, y era como si tuviera vida propia, como si ella misma hubiera escogido su tema a pesar de que a Matt le habría gustado elegir otro. Cada vez que en los registros antiguos se mencionaba a una Sparrow, el olor del agua del lago ascendía del papel, verde, dulce, e increíblemente penetrante. Quizá ese efluvio lo había guiado hacia ellas. No podía permanecer indiferente ante sus historias. Tenía una personalidad adictiva. Se empezaba a dar cuenta de que no era tan distinto de Will como habría querido. Era fiel y se podía confiar en él, pero había algo más que guiaba sus pasos, una intensidad que él tendía a negar porque le inquietaba. Los deseos se le metían bajo la piel. Y se quedaban allí como guijarros en un zapato, aunque él hiciera todo lo posible por ignorarlos.

Antes, los habitantes del pueblo solían preguntarse cuándo se casaría Matt. Ya se habían dado por vencidos. Ahora se preguntaban cuándo iba a terminar la tesis y a recibir su máster en la universidad estatal, un hecho que parecía igualmente improbable. Algunos habían llegado a hacer apuestas. *Nunca* era la opción favorita. No era que le desearan mal. Sus vecinos lo querían y lo respetaban, tanto como desconfiaban de su todopoderoso hermano. Era bien sabido que Will Avery nunca le había hecho un favor a nadie. Nunca había hecho nada que beneficiara a otro. Pero la sangre era la sangre, y un lunes por la mañana Matt fue a Boston para entrevistarse con Henry Elliot (a quien conocía de toda la vida pero quien, no obstante, le cobraba honorarios exorbitantes) y con Will, a quien no veía desde aquel Año Nuevo en que los dos hermanos habían tratado de

matarse en la calle.

Era difícil encontrar un lugar donde aparcar en el centro de Boston, especialmente con la enorme camioneta de Matt: abollada, oxidada, carcomida por el salitre, demasiado grande para aquellas calles estrechas que antes habían sido caminos de vacas. Sin embargo, Matt llegó a tiempo al juzgado. Saludó a Henry Elliot, para quien trabajaba ocasionalmente, y cuyo hijo, Jimmy, era un reconocido demonio. Jimmy había sido arrestado por posesión de marihuana durante las vacaciones de Navidad. Lo habían obligado a prestar servicio comunitario, a ayudar a Matt con la limpieza del parque del pueblo. Matt comentó con Henry esta situación, y sólo después se percató de que el hombre que estaba al lado de Henry era su hermano.

La última vez que se habían visto, Matt había bebido *whisky*, cerveza y champán, y su furia se había desatado. En medio de la fiesta de Año Nuevo, una fiesta desordenada, con demasiados invitados, había entrado en la cocina y allí había sorprendido a su hermano, que se besaba con una de sus estudiantes, una chica muy hermosa que no podía tener más de veinte años. Will la tenía contra la pared, le estaba bajando los pantalones junto a la silla donde Jenny le daba cada mañana el desayuno a su hija. No parecía importarle que la gente entrara en la cocina en busca de hielo o de cervezas frías, siempre y cuando Jenny no se enterara de lo que ocurría. Y Jenny no se enteraba, no tenía la menor idea. Para colmo, Will le sonrió a Matt cuando lo vio. Siempre había sido un presumido, un mentiroso, siempre había abusado de su posición de hermano mayor, siempre había demostrado una avidez descontrolada por todo cuanto se pudiera tomar, pedir o robar.

Pero Will no parecía ser el mismo de antes. Parecía cansado, tenía el rostro cetrino, y había perdido mucho peso. Le temblaban las manos, claro indicio de que no había bebido nada desde hacía días y necesitaba una copa. Estaba envejeciendo muy mal.

—Hola, Will. —Matt le dedicó un saludo amistoso pero evasivo. Se preguntó si en el funeral de su madre Will también estaba demacrado. No podía recordar bien ese día. Todo lo que

sabía era que después de la misa Will y Jenny no habían ido a la casa. Se habían marchado del cementerio directamente a Boston, a pesar de que los amigos de Catherine se habían reunido y a pesar de la cantidad de comida que habían llevado. Will se había escaqueado, aduciendo que él y Jenny tenían que volver a causa de Stella, ya que la habían dejado con una niñera a la que no conocían bien.

Vete, le había gritado Matt. Los vecinos escuchaban, pero a él no le importaba. *Lárgate, bastardo de mierda*, había gritado mientras Will caminaba hacia su coche, un coche que pronto destruiría como había hecho antes con tantos otros.

Matt traía un cheque a la orden de la Commonwealth de Massachusetts, tal como Henry Elliot le había indicado que hiciera. Lo único que faltaba era escribir la cantidad estipulada para la fianza.

—Hola, hermano —dijo Will, que se divertía al ver cuán fuera de lugar parecía Matt en los juzgados. Pero no podía reírse mucho, dada su propia apariencia. Tenía un horrible corte de pelo y llevaba la misma ropa con la que lo habían arrestado. Sus pantalones y su camisa blanca, que solían estar planchados, estaban arrugados y despedían un olor acre. Su atavío no distaba mucho del uniforme de la cárcel municipal de Boston.

Matt dio un paso a la izquierda para poder respirar un poco mejor. Will era su hermano, pero también era un extraño. Se había ido del pueblo cuando él estaba en la secundaria, y siempre había sido un personaje escurridizo. Alguien que no puede confiar en su hermano se vuelve reservado, precavido e incluso desconfiado. Matt se volvió hacia Henry Elliot, agradecido de que allí hubiera alguien con quien hablar, aparte de Will.

—Aparcar fue una pesadilla —dijo.

—Hay que acostumbrarse —dijo Henry, distraído. Revisaba las notas que tendría que exponer ante el juez—. Es la ciudad.

Así era. En el juzgado, Matt se sintió como un gigante, fuera de lugar, aunque se había acordado de ponerse su mejor traje. Llevaba sus botas de trabajo y una corbata que no usaba desde la secundaria. Era evidente que el juzgado no había sido construido para gente que

midiera más de uno ochenta de estatura. Matt dedujo que había sido construido alrededor de 1790, quizá incluso antes, cuando la mayoría de las personas eran aún bastante bajas. En ese tiempo, el acusado entraba por la puerta lateral, al otro extremo del despacho del juez, sucio y hambriento, encadenado de pies y manos, quizá arrepentido aunque fuera inocente, con la esperanza de obtener una sentencia benévola. Quizá guardaba silencio, como había hecho en su juicio Rebecca Sparrow. Matt conocía las últimas palabras que Rebecca había pronunciado en la cocina de Hathaway, ante un juez que venía de Boston. *No tengo nada más que decir*, había dicho Rebecca. *Me habéis quitado la voz*.

Henry Elliot, pesimista por naturaleza, insistía en que no había suficiente evidencia en contra de Will. Lo único que lo hacía sospechoso era el hecho de que hubiera referido el asesinato varios días antes de que éste se cometiera. Sin embargo, debido a la naturaleza del crimen, se había estipulado una fianza elevada, cuyo precio equivalía a todo lo que Matt había heredado de su madre: a su casa, a sus ahorros. Su nido se había caído del árbol gracias a las chapuzas de su hermano.

—No te preocupes —lo consoló Will—. Soy inocente. Volverás a ver tu dinero.

Cuando soltaron a Will, después de advertirle que debía permanecer en la ciudad en caso de que se le solicitara para otro interrogatorio, los tres fueron a una cafetería cercana. Will creía que una taza de café ayudaría a calmar los temblores de sus manos. Era una dolencia infernal para un músico, y esperaba que un exprés doble la curara.

—Tu casero no se deja convencer tan fácilmente cuando se trata de pagar las deudas —dijo Henry Elliot.

Seguía distraído. Siempre estaba preocupado o inquieto por algo, y aunque este carácter le era útil para la práctica de la abogacía, no le servía a la hora de controlar a su familia. Su esposa a duras penas le hablaba, y su hija, Cynthia, una chica de buen corazón, ocupaba la mitad de su tiempo en pintarse las uñas de negro y nunca estaba en casa. Pero su hijo, Jimmy, era el que más dolores de cabeza

le daba. Le recordaba a Will cuando estaba en la secundaria: siempre tomaba el camino más corto y nunca pensaba en nadie más que en sí mismo. De hecho, Henry había mencionado a Will Avery como ejemplo negativo, para advertirle a Jimmy que alguien que tenía todo podía quedarse sin nada. *Te puede pasarlo que le pasó a él*, le había dicho a su hijo. *Puedes arruinar tu vida*.

—No pagaste el alquiler y te echaron del piso —señaló Henry, que llevaba consigo los papeles del contrato—. ¿Y la academia de música? Llamaron a mi despacho para pedir que no aparecieras por allí hasta que tus asuntos legales estuvieran en regla.

—Que se vayan al diablo —dijo Will y ordenó otra dosis de cafeína. Pero, como él no iba a pagar la cuenta, pidió también un cruasán.

—Siempre ha hecho lo mismo —le dijo Henry Elliot a Matt—. Así era en la secundaria. Copiaba mis deberes y por alguna razón terminaba sacando mejor nota que yo.

El otoño pasado, la esposa de Henry, Annette, había contratado a Matt para que le hiciera un jardín Zen, pues la familia pensaba que a la abuela de Henry, a la horrible anciana llamada Sissy, podía gustarle. En los predios de los Elliot había muchas abejas, señal de buena suerte. A Matt no le preocupaban las picaduras, pues las abejas nunca lo atacaban. Se sentían atraídas, en cambio, por su hermano, que les tenía terror debido a su alergia. A Matt le agradaba la compañía de las abejas. Disfrutaba de su zumbido, y mientras ellas se ocupaban de sus asuntos, él trabajaba con dedicación.

Para el jardín de los Elliot, había usado rocas y arena de las marismas. Pero a la matriarca Elliot le costó trabajo desplazarse por el camino de piedras en su andador. Cuando finalmente llegó al jardín, se burló del bambú.

Es un hierbajo, declaró. *Puede venir de la China, pero sigue siendo un hierbajo*.

Sissy Elliot odiaba el jardín. Henry decía que él era el único que lo usaba. Se sentaba allí para escapar de las preocupaciones del mundo exterior. Probablemente, iría al jardín esa noche cuando

llegara a casa.

—Tal vez sea buena idea contratar un detective —le dijo a los hermanos Avery—. Podríamos descubrir algo que la policía ha pasado por alto. Al menos podríamos averiguar si alguien tenía un motivo para cometer el asesinato. Debes procurar limpiar tu nombre —le dijo a Will, que parecía aburrirse—. Nadie se cree ese rollo acerca de que tu hija te dijo que la mujer iba a morir.

—¿Eso fue lo que Will dijo? —preguntó Matt. Henry Elliot asintió con gravedad—. Vaya cretino.

—Dejad de hablar de mí como si yo no estuviera aquí. Estoy aquí, y estoy oyendo. Stella fue quien les dijo eso, no yo. Pero si queréis contratar un detective, por mí no hay problema…

Henry le echó una mirada a Matt. Will no parecía entender que el detective costaría dinero.

—Sí, no hay problema —dijo Matt, mostrando así que estaba dispuesto a pagar lo que hiciera falta—. Es una buena idea.

—¿Me lleváis? —preguntó Will cuando llegó la hora de irse. Henry tenía una cita, de modo que sería Matt quien tendría que hacerle el favor. Caminaron hacia la camioneta—. ¿Éste es tu coche? —Will rió y señaló las abolladuras y el óxido—. Ay, mi querido Matt. Los BMW no son para ti.

Aludía a la manera como él había gastado la herencia de su madre. Había dejado de trabajar, había viajado con Jenny y la niña a París, donde la pareja se había peleado todo el tiempo, y había comprado ese maldito coche, el BMW, con el que luego volcaría en una playa de Duxbury tras beber demasiados cócteles con una mujer cuyo nombre no recordaba. Empezaba con C. Charlotte, quizá, o Caroline, o ¡ay, Dios! Quizá se llamaba Catherine, como su madre. Al final, Will vendió el coche por nada, y lamentó haber ido a París. Suponía que Matt, en cambio, había invertido juiciosamente la mitad de los ahorros de su madre y vivía cómodamente, aunque su desastrosa camioneta indicara lo contrario. Matt también se había quedado con la casa, que acaso ya costaba el doble que hacía once años. Probablemente tenía miles de dólares en el banco. Era un solterón avaro, que no tenía en quién gastar su dinero.

—¿Adónde vamos? —preguntó Matt. Notaba que a la gente le gustaba dar bocinazos en Boston. En pocos minutos se desharía de su hermano, al menos por un tiempo. Podía controlarse unos minutos más.

—A la calle Marlborough —dijo Will con una sonrisa—. Cuando todo falla, aún queda Jenny.

Continuaron en silencio. Aunque no había vuelto desde aquel fatídico Año Nuevo, Matt recordaba el camino. La verdad era que podría haberlo encontrado dormido, con los ojos vendados, atado de pies y manos. Recordaba con exactitud qué llevaba puesto Jenny aquella noche: un jersey negro decorado con perlas y purpurina, y una falda roja. *¿Demasiado festivo?* Le había preguntado justo antes de la fiesta. *¿No parezco un árbol de Navidad?* Él nunca había visto una mujer tan hermosa. *No, déjatelo*, le dijo, y ella así lo hizo. *Déjatelo*, dijo Matt, aunque en realidad quería desvestirla, allí mismo en el salón, mientras los invitados llamaban a la puerta.

—¿Quieres pasar? Para conmemorar los viejos tiempos —sugirió Will cuando se detuvieron frente al edificio—. Descansa un poco antes de regresar al hogar ancestral.

Matt negó con la cabeza. No entraría, de ninguna manera.

—A propósito —le dijo Will—: No me molestó que mamá te hubiera dejado la casa.

—Imaginó que no la querrías. Por eso te dejó la mayor parte del dinero.

—¿Es cierto eso? —Will estaba sorprendido—. ¿Quieres decir que me dejó más que a ti?

—Yo fui el albacea. Por eso lo sé. Quiso ser justa.

—Justa. —Will seguía sorprendido. Aparentemente, no había conocido a su madre en absoluto: no conocía su manera de pensar, y no podía imaginar cómo había seguido queriéndolo a pesar de su egoísmo.

—Deja que adivine —dijo Matt—. Te gastaste toda tu parte.

—Si quieres pensar lo peor de mí, adelante.

—Dímelo.

De repente, Matt sintió que merecía algo. Si no merecía a Jenny,

si no merecía una vida, al menos merecía una confesión. Pero no la obtuvo. Will no fue capaz de decir, *me dieron más, lo admito. Una y otra vez me dieron el trozo más grande*. Una abeja había entrado en el coche y tropezaba contra la ventanilla.

—¡Jesús! —exclamó Will, aterrado—. ¡Deshazte de ella!

Will tenía razones para temer a las abejas, de modo que Matt expulsó a la intrusa con un diario. Era en él una reacción visceral: siempre tenía que proteger a Will sin importar a qué precio ni con qué consecuencias.

—Ahora estás a salvo. Te haré una pregunta. Y quiero que esta vez me respondas. —Matt combatió el deseo de poner la abeja sobre la piel de su hermano—. ¿Qué te hace pensar que ella te va a recibir?

—¿Jenny?

Will salió de la camioneta, y luego se asomó por la ventanilla abierta.

—Es su naturaleza.

Era la época del año en la que las magnolias empezaban a florecer en Back Bay, en la avenida Commonwealth, en la calle Beacon, y allí, en la calle Marlborough; incluso el jardín más pequeño podía albergar un enorme magnolio. La luz se alteraba cuando las magnolias florecían. Se teñía de rosa y era más brillante, más esperanzadora.

—Agradezco lo que haces por mí —dijo Will. De modo que entendía que los abogados cobraban honorarios, que el dinero para la fianza no había venido de la estratosfera sino de los ahorros ajenos, y que a los detectives había que pagarles en efectivo—. No creas que soy un desagradecido.

Matt miró la calle rosa. Ahora era un hombre mucho más pobre. Podía haber dicho muchas cosas, pero mantuvo la boca cerrada. No levantó la vista hacia la ventana de la tercera planta aunque sabía que era la del piso de Jenny. Estaba acostumbrado a guardarse sus sentimientos. Si la autopista no estaba congestionada, llegaría a casa en poco más de una hora. Algunas historias debían olvidarse, mientras que otras estaban condenadas a nunca empezar. Se quedaban en el lugar al que pertenecían, en el universo nebuloso de

las posibilidades, en el mundo de lo que nunca será.

—Hermano, de verdad —gritó Will cuando Matt se iba—. Te lo pagaré.

Matt rió al alejarse.

—Cuánto apuestas a que no —dijo para sí.

IV

Como proyecto para la clase de ciencias, Stella y Hap Stewart habían decidido examinar las reservas acuáticas locales para estudiar sus niveles de toxicidad. Recorrieron los bosques que rodeaban el pueblo en busca de estanques y ensenadas, observaron todas las aguas estancadas, cada charco pululante de larvas. Marcharon sobre la ortiga y la hiedra venenosa, por entre las moras silvestres y el pasto. Vieron tantos melocotoneros a punto de florecer que pronto sintieron ganas de comer galletas de melocotón, compota de melocotón y pastel de melocotón.

Embotellaron las muestras de agua, las etiquetaron y las llevaron a Cake House. Hap sabía que su abuelo visitaba la casa con frecuencia, pero él nunca había pasado del camino. A diferencia de Jimmy Elliot, no había nadado en el lago Hourglass; no había visto la niebla que, según la gente, era un caballo muerto que se levantaba de los carrizos, y nunca había batallado con las feroces tortugas lagarto. A Jimmy Elliot, una de esas tortugas le había arrancado la punta de un dedo. Al menos eso decía la gente. La historia había aterrorizado a tal punto a sus compañeros que ninguno se atrevía a pasar frente a la vieja tortuga que vivía en un tanque de agua en la parte de atrás de la sala de ciencias.

—Ven —dijo Stella al ver que Hap se detenía vacilante en la escalinata del porche de Cake House. Le dolía la espalda de cargar la mochila llena de botellas—. Mi abuela no muerde. Comeremos

algo. Me muero de hambre.

Estaban cubiertos de picaduras de mosquito y tenían el pelo lleno de cardos. Habían pasado una tarde maravillosa, y Stella había aprendido a orientarse en el pueblo. Debido a una reunión de profesores, habían salido del colegio temprano, y desde el mediodía habían estado recogiendo muestras de agua. No habían comido nada, y Hap tenía que confesar que él también se moría de hambre.

Tan pronto como entraron en la casa, *Argus* se acercó y soltó un ladrido ronco.

—Alto, alto, amigo… —Hap retrocedió hasta la pared y levantó los brazos como si lo estuvieran atracando.

—*Argus* no hace nada. Es muy viejo —dijo Stella—. Es como un gatito.

—Ajá. —Hap acarició con cautela la cabeza de *Argus*. El perro era tan grande como un león, aunque tenía los ojos nublados y sus colmillos estaban tan gastados que eran casi inexistentes.

En la entrada de Cake House, Stella y Hap se quitaron las botas cubiertas de lodo y los calcetines mojados. Hap contempló el suelo de madera y las alfombras raídas que se sentían como seda bajo los pies.

—He oído que a tu abuela no le gustan las visitas —dijo cuando Stella sugirió que fueran a buscar algo de comer en la cocina. De hecho, había oído que quienes pisaban la propiedad sin permiso encontraban luego frente a sus puertas cebollas llenas de alfileres. Se trataba de una maldición que los condenaba para el presente y para el futuro.

—Ay, no seas tonto. Vamos.

Stella se dirigió a la cocina, y a Hap no le quedó más remedio que seguirla. No podía apartar los ojos del pelo rubio de la chica. Le recordaba las campanillas que aparecían en el bosque tan pronto en la primavera que no era difícil confundirlas con copos de nieve.

Argus los siguió con paso suave, y luego se sentó junto a la mesa, donde aguardó pacientemente que le arrojaran alguna miga de los sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada de melocotón que preparaban. Después de comer, buscaron dónde dejar las

muestras de agua y encontraron un lugar apropiado, la despensa donde la abuela guardaba las cebollas y las patatas. Mientras colocaban las botellas, sus manos se rozaron accidentalmente. Desde luego, hicieron como si nada hubiera ocurrido, pero luego Stella se preguntó si Hap podría llegar a ser algo más que su amigo. ¿Debía haber sentido que su mano se abrasaba cuando él la había tocado? ¿Debía sentir que el corazón se le salía del pecho cuando estaba con él? ¿No debía acaso saberlo con certeza?

La noche anterior había bajado sigilosa al salón después de medianoche para llamar a Juliet Aronson. No se dio cuenta de que estaba hablando de Hap sin parar hasta que Juliet le preguntó si Hap estaba enamorado de ella.

—Yo qué sé —dijo Stella, y rió avergonzada.

—Pregúntale con quién le gustaría estar en una isla desierta.

—No creo que su respuesta sea una prueba concluyente.

—Hazlo. —Juliet sonaba sabia y triste. Como si ya hubiera hecho todo lo que había por hacer en este mundo y nada le hubiera gustado.

Allí, en la cocina, Stella se preguntó qué diría Juliet sobre Hap Stewart. El chico le estaba dando a *Argus* mantequilla de cacahuete con una cuchara.

—Míralo —dijo Hap alegre—. Le encanta. Está llena de proteínas. No puede hacerle daño.

Al hablar con el desagradable Jimmy Elliot en la cafetería del colegio, sí que había sentido que el corazón se le salía del pecho. Pero eso no podía ser el amor, ¿o sí? No podía ser el destino. Imposible. Jamás. Una reacción como ésa tenía que deberse a algún tipo de enfermedad. Quizá había sido un gas, o una alergia, pues la primavera estaba por doquier. Los arroyos estaban llenos de sábalos, como siempre en esa época del año, y los sapos habían empezado a cantar su canción melancólica y profunda que hablaba del agua, de las noches estrelladas y del fango. Fuera, en el jardín, Elinor trabajaba en la limpieza primaveral. Las manos le sangraban. Estaba podando, cortando las ramas viejas. No era una tarea agradable, pues los rosales tenían espinas traicioneras. Algunas eran tan pequeñas

que las veía sólo cuando ya se le habían clavado en los dedos. Pero Elinor había oído que la sangre del jardinero adelantaba el florecimiento. La sangre de una mujer asesinada, en cambio, dejaba el suelo estéril, como había pasado con el camino que Rebecca había recorrido hacia el lago, donde la habían ahogado. En el camino no habían quedado más que terrones y piedras negras, grandes como corazones humanos.

Abril se acercaba raudo. Elinor lo olía en el perfume del jengibre salvaje que venía del bosque y lo sentía en la frecuencia de la lluvia que empezaba a caer al final de la tarde. Pronto llegaría la lluvia verde, con sus consistencias diversas: la lluvia de los peces, la lluvia de las rosas, la lluvia de los narcisos, la lluvia gloriosa, la lluvia de los tréboles rojos, la lluvia del betún para botas, la lluvia del pantano, la temible lluvia de las piedras. El agua lavaría el bosque y alimentaría los arroyos y los estanques. Era la época del año en la que Elinor empezaba a injertar las floribundas con las rosas de la China y las de Damasco, en busca de su rosa azul. Sabía que era una tarea de tontos, una empresa imposible, pero aun así perseveraba. Por algo se hablaba de ella en los clubes de jardinería de todo Massachusetts, de North Arthur a Stockbridge. Elinor Sparrow sabía que sólo jugando con la genética se podría conseguir algo nuevo, que sólo ajustando el código hereditario podría hacer que naciera una rosa azul. No ignoraba que, durante siglos, otros tontos como ella habían intentado inventar una rosa azul y habían fracasado.

A pesar de todo, estaba convencida de que aquella planta espigada del rincón norte de su jardín podía sorprender al mundo. Nadie habría esperado que un jardín pudiera contener una de las rosas de pantano que sólo se encontraban en Unity, esas cepas viejas que estaban allí antes de la llegada de los primeros colonos. La gente las llamaba Invisibles, pues se decía que se marchitaban cuando en ellas se posaba la mirada humana. Pero en el jardín de Elinor una de estas rosas había florecido. Si eso había ocurrido, quizá Elinor podría obtener algún día su rosa azul. Quizá todos los tontos que lo habían intentado y habían fracasado antes que ella viajarían a Unity y se sentirían sobrecogidos al ver una planta que había sobrevivido

pese a todos los pronósticos, caerían de rodillas y besarían la tierra.

Elinor saboreaba la posibilidad del triunfo como un hueso de cereza, real, sólido y verdadero. Durante los últimos meses había tenido la sensación de que el tiempo se apresuraba, de estar caminando a través de un túnel de viento. Los años pasaban por su lado, los días y las noches desaparecían dentro de un borrón blanco. Si se lo preguntaba, ¿qué era lo que recordaba de su vida con mayor claridad? El bosque de su infancia, que parecía respirar como una criatura verde con un corazón y una mente. A su madre, Amelia, que aliviaba el dolor con las manos y cosía colchas en invierno: *El amor desaparecido. El honor perdido. Tórtola en la ventana*. La primera vez que había visto a Saul, en la biblioteca de la universidad estatal donde ella estudiaba y donde él había sido contratado como profesor. En ese instante, el mundo había dejado de girar. O cuando su hija, Jenny, había visto la nieve por vez primera. La sonrisa de su nieta que la saludaba de lejos, en la estación de tren. La rosa con la que había soñado, siempre azul, inalcanzable.

Cuando empezó a llover, Elinor entró en la casa. Pensaba en lo que le había dicho su nieta: no moriría antes de que empezara a caer nieve. No sabía si eso la tranquilizaba o la aterrorizaba. No sabía si estaba satisfecha por conocer cuándo llegaría su final o si debía arrepentirse de haberlo preguntado. Quizá la chica tenía razón, y era mejor despertarse cada mañana sin saber qué traería el nuevo día, cómo acabaría la historia, a qué hora caería la noche. Elinor estaba tan ocupada con estos pensamientos que no se dio cuenta de que tenía sangre en la ropa hasta que entró en la cocina y vio cómo la miraba el chico que, por razones que le eran desconocidas, estaba sentado a su mesa.

—Estás sangrando, abuelita —dijo Stella con voz calmada. La sangre manaba de una herida en su brazo. El chico parecía estar a punto de desmayarse. A Stella, en cambio, no le asustaba la sangre. Le interesaba, le parecía un elixir misterioso. Llevó a su abuela al lavabo y dejó correr el agua fría sobre los lugares donde las espinas habían levantado la piel. Luego fue a la despensa en busca de vendas.

—No es nada —dijo Elinor. Tendría que acordarse de decirle a Brock Stewart que Stella había permanecido serena al ver la sangre, y que había reaccionado inmediatamente. Había sentido, de manera natural, el impulso de curar. En ese aspecto, estaba claro que no había heredado nada de su padre.

—¿Qué hace aquí este chico? ¿No deberías estar en el colegio?

—Nos dejaron salir al mediodía. Y de todas maneras, ya son las cuatro. Él es Hap Stewart, el nieto del médico. Estoy segura de que lo conoces, abuela.

—Estamos trabajando con un equipo de toxicologia que encargué al Departamento de Caza y Pesca para examinar las aguas del pueblo.

Hap empezó a hablar, y no paró. No podía creer que estaba en la cocina de las Sparrow, en una casa que, según decía la gente, levitaba sobre sus cimientos de piedra en los días de viento.

—Hemos encontrado ciertos microorganismos bastante interesantes y un montón de caca de peces —dijo.

Elinor aguzó la vista. El chico no le resultaba familiar. Le gustó comprobar que en su interior Hap no albergaba una sola mentira. Era una condición excepcional, sobre todo en un macho de la especie. En eso se parecía a su abuelo. Brock Stewart le había mentido a Elinor una vez, a propósito de las circunstancias de la muerte de Saul. Elinor podía ver dentro de un hombre honesto como si su alma fuera el cristal de una ventana. Cuando Hathaway aún ejercía y ella era apenas una niña, el anciano juez la llamaba para que diera su opinión en el juzgado, especialmente en los casos de disputas domésticas. *La niña sabe quién miente*, decía Hathaway. *Intente contarle un embuste y verá lo que pasa*.

Efectivamente, Elinor había sabido que Brock Stewartmentía cuando le dijo que Saul iba solo en su coche el día del accidente. En ese tiempo, la gente escuchaba a los médicos y tenía en alta estima sus opiniones en todos los campos, no sólo en el de la salud. El doctor Stewart seguramente había convencido a Chip White, entonces jefe de la policía, y a varios miembros de la Patrulla de Autopistas de Boston para que secundaran su historia. Todos

habían conspirado para dejar por fuera un dato: una colega de Saul, una profesora nueva de su departamento, había muerto con él en el accidente. Una vez que Elinor detectó la mentira del médico, llamó a la universidad, donde no le dieron ninguna información. Sin embargo, comprendió por qué Saul había llegado tarde a casa últimamente, y por qué a veces, cuando ella contestaba el teléfono, colgaban enseguida al otro lado de la línea. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de la infidelidad de su marido? En realidad, Saul nunca había mentido. Ahí estaba la clave. Simplemente no le había dicho la verdad, y ni siquiera Elinor Sparrow sabía descifrar el vacío y la evasión.

Elinor se preguntaba si la mentira de Brock Stewart la había unido al médico para siempre, si la mentira había unido sus vidas y había hilado sus destinos en una sola hebra de hilo invisible. Recordaba con exactitud que aquel día hacía frío, y que mientras el doctor mentía, su aliento se trasformaba en escarcha. Ella se daba cuenta de que a él le dolía mentir, y sin embargo, seguía haciéndolo. Caía nieve, esa nieve que se arremolina y nunca acaba de llegar al suelo. Entre la nieve, Elinor caminó hacia el jardín, donde sintió el peso de la mentira del doctor y del engaño en el que había vivido, convencida de que era la única persona del pueblo capaz de adivinar la verdad. Dejó que el médico le diera la noticia a Jenny, aunque sabía que era ella quien debía hacerlo. Sentía tanto dolor que no podía pensar con claridad. Sangraba por dentro, y, a diferencia de Stella, nunca había soportado ver sangre, especialmente la propia.

Incluso ahora, no podía mirar las marcas rojas que le había dejado el rosal. Si Stella no hubiera estado allí para sanar sus heridas, con toda seguridad las habría ignorado. Así era ella, aunque sabía que cuando uno ignoraba lo que más le dolía, podía acabar en un grave problema. Si uno ignoraba el amor, sangraba para siempre sin que nadie se diera cuenta.

Elinor se preguntaba por qué aquel chico, el nieto del médico, andaba por allí, sonriendo y comiendo mantequilla de cacahuete. Podía deberse a las muestras de agua y el excremento de los peces, pero también podía haber algo más. A menudo el amor era invisible.

Sólo podían verlo dos personas. Las mujeres de la familia Sparrow no pensaban antes de lanzarse. El deseo las atrapaba y no las volvía a soltar. A menos que Elinor no estuviera viendo bien, Stella llevaba pintalabios y se había untado una porquería negra alrededor de los ojos. En fin, la chica estaba creciendo. Y aunque ella no veía que Stella y Hap estuvieran hechos precisamente el uno para el otro, nadie podía saber adónde los llevaría esa amistad. En todo caso, era cierto que cuando el gato estaba lejos, los ratones hacían fiesta. Jenny telefoneaba todas las noches, pero su atención estaba concentrada en Will Avery. Él había salido de la cárcel y tenía que quedarse en Boston por orden del juez. No tenía dónde vivir, y a Jenny le habían faltado agallas para cerrarle la puerta. En todo caso, Jenny estaba demasiado lejos como para oír el tintineo de la campanita de la pulsera de Stella, que se alejaba en la lluvia con Hap Stewart. Seguía pensando que su hija era una niña, pero se equivocaba. Stella había cumplido trece años.

Mientras caminaba con Hap por la calzada, Stella deseó tener el don de predecir el estado del tiempo. Deseó ser capaz de permanecer bajo el agua, como Constance Sparrow. En ese caso, habría tomado muestras del fondo del lago Hourglass. Deseó ser capaz de aliviar el dolor ajeno, de encontrar los objetos perdidos, de detectar las mentiras y la verdad. En cambio, sólo podía ver que Hap Stewart caería de un caballo y se partiría el cuello. Lo había vislumbrado, entre sombras, el día que lo había conocido, y había esperado que la imagen desapareciera. Sin embargo, ahora que caminaba a su lado, temblorosa bajo la lluvia, lo miró y la muerte seguía acompañándolo.

Stella ya había visto que Cynthia Elliot, que trabajaba en la casa de té e iba dos cursos por delante en el colegio, moriría de neumonía a los ochenta y dos años, y que *Mademoiselle* Marcus, que enseñaba francés I y francés II, moriría de un ataque cardíaco. Había visto que el listillo que se había escondido detrás de Jimmy Elliot y la había molestado en la cafetería iba a sufrir un accidente de coche en su primer año de universidad. El futuro se le presentaba de una manera tan real como las demás imágenes del mundo: como un sinsonte,

como una mesa, una silla, como la sonrisa en los labios de Hap, bajo la lluvia.

Stella no iba a permitir, de ninguna manera, que un caballo matara a Hap Stewart. Él era su único amigo en el pueblo.

—¿Te gustan los caballos? —le preguntó. Se habían vuelto a poner las botas cubiertas de lodo y los calcetines húmedos, y no tenían por qué esquivar los charcos del camino.

—¿Me lo preguntas por el caballo muerto del lago? —inquirió Hap—. Ya sabes que no creo en esas cosas.

—No, me preguntaba si te gusta montar a caballo, es todo.

—No —dijo Hap con una sonrisa—. No soy precisamente un vaquero. ¿Hay algo más que quieras saber sobre mí?

Llovía a raudales, pero a ninguno de los dos parecía molestarle.

—Tal vez. Déjame pensar. —Quizá debía probar con la pregunta que había sugerido Juliet. Quizá debía enamorarse de Hap. Después de todo, el chico era perfecto para ella. Cualquiera podía verlo—. ¿Con quién te gustaría estar si naufragaras en una isla desierta?

—¿Vivo o muerto? —preguntó Hap pensativo.

—Vivo o muerto.

—¿Hombre o mujer?

—No importa. —Stella se sintió tonta. El pelo le chorreaba y tenía la ropa empapada. En el lago, las gotas de lluvia caían como piedras sobre la superficie quieta. Se detuvieron en la orilla para ver flotar los nenúfares.

—Contigo, supongo.

Por un momento, Stella pensó que no había oído bien. Quizá los latidos de su corazón habían ahogado las palabras de Hap. Pero no, lo había oído correctamente. Él era tan bueno, tan cuidadoso y considerado. Se arrodilló junto a un bajo para coger una muestra de agua del lago y no derramó una sola gota. Sabía que debía sentir lo mismo que él, pero cuando Hap cerró el frasco lleno de agua verdosa y fría, de huevos de rana y de algas, descubrió que pensaba en otro, en el chico más horrible, en el más desgraciado del pueblo, y no podía dejar de pensar en él por más que lo intentaba.

Jenny no estaba dispuesta a volver con Will, a pesar de lo que pudieran pensar su casera y los demás inquilinos de su edificio. Naturalmente, los vecinos se opondrían a una reconciliación, pues todos, desde la primera planta hasta la quinta, despreciaban a Will Avery. No les importaba que fuera guapo, que sus ojos estuvieran veteados de oro. Les traía sin cuidado que se supiera todas las canciones de Frank Sinatra y que pudiera tocar al piano el *rag* de Scott Joplin con los ojos vendados. Habían tenido que oír a Will al piano a todas horas cuando vivía en el edificio. Las canciones de Dylan en medio de la noche, *Idiot Wind* y *Tangled Up in Blue*. Por las tardes, cuando la gente que trabajaba tenía cosas que hacer, tocaba canciones de Louis Armstrong. Y cuando quería que sus vecinos enloquecieran, practicaba obsesivamente escalas de cuatro octavas a la hora de la cena, con furia, sin compasión.

Todos sabían que Will era el perezoso que no tiraba las bolsas de basura al incinerador, que leía las revistas que el cartero dejaba en la entrada para los otros, que cantaba en la ducha y daba portazos. La mayoría de los vecinos sabían que Will había tenido una aventura con Lauren Baker, la inquilina del 2E, y que ella había llorado durante semanas cuando él la había dejado, y luego se había trasladado a Providence para empezar una nueva vida. Jenny había oído las recriminaciones y los llantos que resonaban en los conductos de ventilación del 3E y el 4E. Todo había sucedido en sus narices. Y ahora, parecía recibir a su ex marido de vuelta, por más que lo negara. Nadie creía a Jenny. Ahí estaba otra vez Will Avery, afortunadamente sin su piano, pero fastidioso en todo caso. Dejaba la basura en el pasillo, se robaba los diarios de los vecinos, hacía atronar el televisor cuando su mujer estaba en el trabajo, e intentaba seducir a Maureen Weber, del 2D, a quien se le había advertido que no lo invitara a entrar a menos que quisiera meterse en un buen lío.

Jenny cocinaba para Will, pero porque estaba acostumbrada a cocinar para dos. Le lavaba la ropa, pero sólo cuando lavaba la suya: no le costaba nada meter las camisas y los calzoncillos de Will en la lavadora. Había algo que le habría gustado compartir con sus

vecinos entrometidos, que la miraban con desaprobación: su divorcio era oficial, tenía los documentos. Por un momento pensó en pegar los papeles en la pared del vestíbulo del edificio. Sintió ganas de gritar, por el hueco de la escalera, que Will dormía en el sofá. No había reconciliación. No había perdón, ni besos desesperados en la cocina mientras Jenny preparaba macarrones o estofado de buey. Jenny incluso había llegado a invitar a su casera, la señora Ehrland, a tomar té y a comer tarta de limón sólo para que viera que el sofá estaba tendido, con sábanas y mantas. Unos meses atrás, había acompañado a la señora Ehrland al Hospital General de Massachusetts y había esperado mientras a su casera le operaban las cataratas. Pero la señora Ehrland no era fácil de convencer, y no creía que la estancia de Will fuera provisional. Cuando vio la ropa de Will amontonada sobre una silla, y un cenicero repleto en el suelo, chasqueó la lengua en señal de reprobación.

—Estás cometiendo un grave error —le dijo a Jenny—. Ahora no podrás librarte de él.

Habría sido agradable que Will hubiera prestado alguna ayuda, que hubiera salido a hacer la compra, que hubiera pasado la aspiradora o hubiera tenido el detalle de guardar la espantosa réplica de Cake House, que todavía estaba en la mesa de la entrada. Pero él tenía otros planes. Constantemente estaba en contacto con Fred Morrison, el detective que Henry Elliot había contratado, aunque Jenny le había advertido que el detective le cobraría a Matt cada una de esas llamadas. Jenny había intentado llamar a Matt varias veces para agradecerle y establecer contacto con él, ya que, al parecer, ahora eran compañeros de catástrofe. Pero en casa de Matt nadie contestaba el teléfono.

—Probablemente está en la biblioteca —decía Will—. Trabajando duramente en la tesis que nunca terminará.

—¿Está escribiendo una tesis? —Jenny lamentaba no haber ido a la universidad. Pensaba en ello todos los días, al realizar el trabajo que odiaba. Del empleo en el banco había aprendido que el olor del dinero era una mezcla de naftalina y sudor, y su textura, un punto medio entre la seda y el papel matamoscas. Se había vuelto alérgica

al dinero, y las manos se le cubrían de ronchas. Solía decirles a los taxistas y a los camareros que se quedaran con el cambio, y cuando llegaba a casa después del trabajo, se lavaba las manos tres veces.

—Pensé que sabías de los estudios eternos de Matt. Estudió historia. En la universidad estatal. Le tomó unos diez años obtener la licenciatura. El máster le llevará veinte años, más o menos.

—¿De verdad? Bueno, es el único de la familia que ha obtenido un título. —Jenny pensó que la carrera de historia le iba bien a Matt, al menos al Matt que ella conocía, a ese ser cauteloso y serio. A menos que le fallara la memoria, Matt era un gran aficionado a los helados de caramelo—. No veo qué tiene de despreciable una licenciatura en historia.

Will sentía envidia, pues no había acabado su carrera. Ni siquiera había empezado su tesina en Harvard.

—Conociendo a Matt, seguramente es la típica historia del podador de césped. Sigue podando árboles y cuidando los jardines de los vecinos, así que por lo pronto no le des el premio Nobel.

Con el paso de los días, Jenny se fue sintiendo cada vez más descontenta por la manera como Will se había instalado en su casa. Will dejaba pegotes de dentífrico en el lavabo, compraba alcohol en la tienda de licores y lo cargaba a su cuenta, veía la televisión desnudo, con una toalla en la cintura. Un día, Jenny volvió del trabajo y olió perfume. Era Jazmín, indudablemente. En la despensa faltaba una botella de vino. En el equipo de sonido había un disco de Coltrane. Lo más indicado para la seducción.

—¿Ha estado alguien aquí?

Will había adquirido la costumbre de ver *Oprah* a las cuatro de la tarde y por tanto siempre estaba ocupado cuando Jenny volvía a casa.

—¿Aquí? —preguntó extrañado.

A Jenny le dolían los pies. Había pasado por la *delicatessen* y había comprado los ingredientes para hacer un *risotto* de setas. Definitivamente, era tonta.

—Hijo de puta —dijo—. Lo has hecho.

—¿Tengo prohibido invitar amigos al piso? —Will la siguió a la

cocina. Jenny empezó a guardar los alimentos en el frigorífico—. No me lo habías dicho. No veo el jodido reglamento por ninguna parte.

—Amigos, vale. Pero un polvo mientras yo estoy trabajando, en mi piso y probablemente en mi cama, ¡no!

Que se vaya a la mierda, pensó Jenny. Estaba loco si imaginaba que iba a hacerle la comida. Que comiera queso y galletas como la rata que era. O que se muriera de hambre.

—No lo volveré a hacer —dijo Will un rato más tarde, cuando regresó de la calle trayéndole un sándwich de salchicha ahumada y encurtidos. No era gran cosa, pero lo que contaba era la intención —. Estoy en deuda contigo —admitió.

Habían estado juntos durante tanto tiempo, que eran una familia. Por eso Jenny permitió que se quedara, como habría hecho con un primo en el que no confiara pero a quien estuviera obligada a ayudar. Llamaban juntos a Stella todas las noches, y sonaban contentos. Pero, más que nunca, Jenny se sentía separada de él. Y aunque Will se pasaba durmiendo buena parte del día, era la misma criatura carente de sueños de siempre. ¿Acaso siempre ocurría así? ¿El rasgo que más lo atraía a uno de otra persona era el primero en desaparecer? Sólo una vez Jenny había podido captar un fragmento de un sueño de Will: Un hombre estaba de pie en el césped, desnudo. Lloraba, perdido y olvidado. Sólo lo acompañaba el sonido de su llanto. Tras este sueño, Jenny supo que tenía que dejar que Will se quedara cuanto quisiera, a pesar de sus dudas y de las notas que los vecinos metían por debajo de la puerta.

Iban juntos a ver a Henry Elliot al despacho de la calle Milk, y se reunían con Fred Morrison, el detective, que había descubierto muchas cosas acerca de la vida de la víctima. La mujer había nacido en New Hampshire y era relativamente nueva en Boston. Desde septiembre había trabajado en una escuela pública, dando clases a los niños del tercer curso. Había tenido muchos novios, pero sólo un puñado de amigas en la ciudad. Era tranquila, atractiva, y no tenía problemas con la ley. Su casero decía que cerraba la ventana por las noches. El asesino seguramente había entrado por la puerta. Por fortuna, las huellas que habían encontrado no eran las de Will. La

policía examinaba el ADN, pero aún no había sospechosos. A Will le convenía rezar.

Pero Will no solía hacer exactamente lo que le convenía. Más que rezar, hizo precisamente lo que Henry Elliot le advirtió que no hiciera: habló con un reportero. No le mencionó el encuentro a Jenny, así como no le había explicado la procedencia del olor a perfume en el apartamento, el perfume favorito de Ellen Paxton, una colega de la academia de música que resultó ser muy buena en la cama. Jenny se enteró de la entrevista con el reportero gracias a una de sus compañeras de trabajo, Mary Lou Harrington, una cajera que siempre la había envidiado por su ascenso a un cargo de ejecutiva. Mary Lou enseñó feliz el artículo del *Boston Globe* por todo el banco. Finalmente, el artículo aterrizó en el escritorio de Jenny. Allí, en la primera página de la sección metropolitana, estaba la foto de Will Avery. Era una buena foto. Él salía guapo, de perfil, en la escalinata de Jenny. Desafortunadamente, en la foto también salía, diáfano, el número del edificio.

Los vecinos ya habían empezado a llamar a Jenny al trabajo, y habían dejado mensajes llenos de indignación. ¿Cómo se atrevía Will a meterlos a todos en su lío al permitir que saliera la dirección de la casa? ¿Estaba loco?

Debido a la entrevista que Will había concedido, Bill Hampton, el gerente del banco, llamó a Jenny a su despacho. El caso había obtenido demasiada publicidad, y los miembros del consejo de administración eran muy aprensivos. Teniendo esto en cuenta, era mejor que Jenny dejara su cargo. Tendría, desde luego, dos semanas más de salario, y otras dos semanas pagadas que contarían como vacaciones.

—Me han echado —anunció Jenny al volver a casa—. Así no más. Después de doce años.

Will tenía puesta la tele, y estaba concentrado en *Oprah*. Ya se había tomado la segunda copa del día. Había adquirido el hábito de llevar la cuenta de su consumo de alcohol, al menos antes de la quinta copa. Al oír la noticia, se enfureció.

—Los demandaremos —dijo—. No pueden despedirte sin

motivo.

—¿Sin motivo? —preguntó Jenny, y estalló en una risa crispada —. Tú eres el motivo. ¿Cómo te atreves a dejar que te tomen una foto frente al portal?

—Tenía que asumir una posición más fuerte para defenderme de las acusaciones falsas que han caído sobre mí, ¿no? Cualquier hombre inocente que se respete haría lo mismo.

—No, Will. Cualquier otro imbécil lo haría. ¿No se te ha ocurrido pensar que ahora quien mató a la mujer sabrá dónde vivimos?

—Mierda. —De repente, Will sintió que algo lo aplastaba. Se le había olvidado que en el mundo existían otras personas además de él. Su hija, por ejemplo. Su ex mujer—. No lo había pensado.

—Bueno, pues es demasiado tarde.

Jenny se sentó junto a él en el sofá. Estaba exhausta.

—Mira. Unas señoras se están cambiando de *look* —dijo Will acerca del *Show de Oprah*—. Te ayudará a olvidar el artículo del *Globe*.

Así era como actuaba la psique de Will. Bastaba con encubrir los hechos, y todo iría bien. Era preciso ignorar lo que se tenía delante, ser optimista, disfrutar, y no perder ni un instante preocupándose por lo que podía suceder. Pero Jenny no dejaba de pensar. Ahora que su dirección había salido en el diario, estaban a merced de los buscadores de emociones fuertes, de los aficionados a los asesinatos, y del autor de aquel despiadado crimen. Incluso si Jenny encontraba un colegio dispuesto a recibir a Stella, no podía llevarla a vivir en su piso. No, Stella tenía que permanecer en Cake House. Lo menos que Jenny podía hacer era estar a su lado.

Hizo la maleta esa misma noche, sólo con lo necesario. Will tuvo la decencia de ayudarle a bajar el equipaje y a meterlo en el maletero del taxi.

—No te preocupes por mí —le dijo.

—Me preocupa el apartamento. No te olvides de apagar el horno. Apaga los cigarrillos. Y no metas mujeres en mi cama.

—No cocinaré y pienso dejar de fumar, así que no tienes de qué

preocuparte. —Jenny notó que no decía nada acerca de las mujeres —. Me parece bien que te vayas, así contrarrestarás la influencia de la vieja bruja. Cuida de Stell.

—Mi madre siempre dijo que no eras el hombre adecuado para mí. Por eso la odias.

—Probablemente tenía razón —admitió Will—. Soy un desastre.

El magnolio de la acera de enfrente estaba a punto de florecer. La foto del *Boston Globe* era en blanco y negro. No mostraba los capullos rosa, ni el aire, que parecía teñido. Jenny se subió al taxi y se dirigió a la Estación del Sur. Quería coger el tren del mediodía. A lo largo de la calle, observó la luz arrebolada que se colaba por entre las rejas de hierro forjado, se pegaba al cristal de la ventanilla, y no dejaba ver bien.

Se adormeció en el tren, y el viaje le resultó muy corto. Siempre le había parecido que su pueblo estaba a un millón de kilómetros de distancia, y allí estaba, tan cerca. Las personas acostumbradas a la vida urbana comentaban el silencio de Unity, especialmente cuando el tren de mediodía salía de la estación envuelto en el ruido y el humo. Lloviznaba, y los pájaros se lanzaban sobre los cientos de lombrices que habían salido a la superficie y se retorcían sobre el césped nuevo. Jenny recordaba que su madre había inventado decenas de nombres distintos para la lluvia que caía en esa época del año. El aire estaba lleno de cantos de pájaros y había niebla. ¿Qué lluvia era ésa? Jenny no podía recordar. Había olvidado cómo se llamaba, así como había olvidado que en la estación no había taxis. Si uno necesitaba ir al aeropuerto tenía que llamar a un servicio de coches en Hamilton. En el pueblo existía sólo el taxi de Eli Hathaway. Jenny vio una camioneta aparcada junto a la acera, pero recordó que Eli ya era viejo y gruñón cuando ella era niña. Puestos a elegir entre subirse a su coche, famosamente contaminante, o tragarse su orgullo y llamar a su madre para que fuera a buscarla como si se tratase de una niña, decidió caminar, a pesar de la lluvia.

Tenía una maleta grande, con ruedas, un bolso lleno a rebosar, y un neceser. La lluvia era leve, soportable. Era la lluvia de los

narcisos. Así la llamaba Elinor. Era distinta de la lluvia de las rosas, que caía de repente, un aguacero en medio de la estación seca, y de la lluvia de los peces, un chubasco verdoso que hacía que todos los cuerdos buscaran refugio. Jenny acortó camino por el parque público, donde estaban los monumentos. Cuando era niña, iba allí a menudo. Esperaba a Will, a la sombra de los plátanos, acostada sobre el césped, mirando las grandes hojas planas. Nunca le había prestado mucha atención a las cosas del pueblo, sólo a Will. Ahora, en cambio, caminaba despacio. En realidad no podía hacer otra cosa, pues llevaba equipaje, y la maleta y el neceser le golpeaban los costados.

En el centro del parque estaba el monumento ecuestre a los caídos en la Guerra Civil. Se decía que el modelo había sido Anton Hathaway, hijo del entonces alcalde de Unity, que había muerto en un campo de batalla en Pennsylvania. Al otro lado del parque estaba el monumento de granito negro dedicado a los que habían dejado sus vidas en la guerra de Independencia. Jenny estaba cansada, de modo que no se detuvo a contemplarlo. Paró y dejó que la lluvia de los narcisos la mojara. Era extraño cómo se podía crecer en un lugar y pasar inadvertidas muchas cosas. Por ejemplo, no había notado que los plátanos estuvieran plantados en hileras, ni que el campanario del ayuntamiento estuviera adornado con dos pájaros dorados, ni que la lluvia tuviera un olor tan fresco, a narcisos recién nacidos.

Jenny estaba dispuesta a seguir, a caminar a través del parque y a enfilar luego por la calle Shepherd, cuando oyó la bocina de un coche. Era un bonito monovolumen como el que ella había querido comprar después de que Will estrellara el BMW, y después de que les robaran, del aparcamiento de la parte de atrás del restaurante The Hornets' Nest, el coche siguiente, un viejo Ford. Nunca habían reunido el dinero suficiente para la cuota inicial de un monovolumen, ni siquiera para uno de segunda mano.

El coche se detuvo y su conductora bajó la ventanilla. Era Liza Hull, la de la casa de té.

—Sube. Te llevo.

Jenny puso su equipaje en el maletero y se sentó en el asiento del copiloto.

—Gracias. Se me olvida que uno necesita un coche aquí.

—¿Dónde está el tuyo? ¿Averiado?

—No tengo. —Jenny estaba empapada, y sentía frío en los huesos. Abril era así, escurridizo e incierto. Parecía suave, hasta que uno empezaba a tiritar—. Ni tengo trabajo. No tengo nada.

—No es verdad. Tienes a tu hija. —A Liza no le iba la autocompasión. Contó que se había casado, se había divorciado y ahora vivía sola, sin hijos y sin mascotas. «Sin cargas» fue la expresión que empleó para describir su situación.

—Tienes razón —dijo Jenny. En la secundaria nunca se había tomado la molestia de conocer a Liza—. Tengo a mi hija. Aunque no habla conmigo muy a menudo.

—Stella viene a la casa de té con bastante frecuencia. Creo que ha probado todos los postres de la carta.

Jenny rió.

—Le conté que una de sus antepasadas había trabajado para una de las mías. Leonie Sparrow, la que salvó la casa de té y fundó la brigada contra incendios. De hecho, creo que a mí me llamaron Liza en honor a ella y a otra Sparrow, famosa por sus dotes culinarias. Se trataba de tu bisabuela, Elisabeth. Mi nombre completo es Elisabeth Leonie Hull. Si vas a quedarte aquí por un tiempo, quizá te gustaría trabajar para mí. Para seguir con la tradición.

—¿Yo? No sé hacer pasteles.

—No tienes que hacer pasteles. Necesito alguien que administre el negocio. Que atienda a los clientes y lleve las cuentas. Cynthia Elliot viene por las tardes y los fines de semana, pero necesito a alguien más.

—No te prometo nada…

—Bien —dijo Liza—. Veremos cómo nos va. A menos que pienses que es degradante tomar las órdenes de las mesas y lavar unos cuantos platos.

—No, nada es degradante para mí. Me casé con Will Avery.

Jenny había esperado que Liza riera, pero en cambio vio que tenía una expresión soñadora.

—Will Avery. Ay, ay. Siempre estuve enamorada de él.

Habían tomado la avenida Lockhart, donde estaba el gran roble. Jenny se había encontrado con Will al menos cien veces en esa misma esquina, pues era exactamente el punto medio entre su casa y la de ella. El viejo árbol aparecía en los libros de récords, si a Jenny no le fallaba la memoria. Tenía más de trescientos años, y formaba parte de los bosques antiguos, talados por los colonos. Los bosques se habían convertido en granjas y en campos, sólo ese árbol se había mantenido en pie.

La lluvia amainó y dejó el aire vidrioso. El aire estaba cargado de humedad y olía a menta como el día en que Jenny había cumplido trece años. Oyó un sonido reverberante, como el zumbido de mil abejas. Era uno de esos ruidos que podían despertar al más adormilado y hacer que le hirviera la sangre. Cuando adelantaron a través de la avenida Lockhart, Jenny se dio cuenta de que el ruido provenía de una sierra eléctrica. Unos conos naranja indicaban el desvío alrededor del viejo roble que había estado enfermo durante años y ahora parecía haber muerto finalmente. El consejo municipal había decidido cortar el árbol antes de que una tormenta partiera el tronco en mil pedazos y éstos salieran despedidos a golpearse contra los cables de la electricidad y las señales de tráfico.

—¡Oye, tú! —Liza abrió la ventanilla para gritarle al hombre de la escalera. Había una camioneta vieja y cubierta de óxido aparcada a lo ancho de la calle—. ¿Puedes guardarme un poco de leña de ese tronco, para la chimenea? Es que adoro ese árbol. Me muero de pena al pensar que lo están talando.

El hombre saludó y asintió. Era alto, rubio y ancho de espalda. Llevaba orejeras para protegerse del ruido de la sierra. Al verlo, Jenny sintió que algo se movía en su interior. Quizá se debía a que lo había visto en lo alto de la escalera, pues ella sufría de vértigo. O quizá se debía a la manera como él la miraba, como si ya se hubiera caído de la escalera. En todo caso, el hombre se apoyó en una de las ramas moribundas y las vio alejarse.

—¿Quién era ése? —preguntó Jenny cuando entraban en el camino de tierra que todos en el pueblo llamaban el Camino del Caballo Muerto.

Liza rió.

—Cómo, ¿no lo sabes?

—¿Debería saberlo?

Quizá se sentía mareada por las grietas del camino, y por la manera como el monovolumen daba bandazos sobre los baches, mientras dejaba atrás las berzas de las ciénagas y los melocotoneros salvajes. O quizá el mareo se debía a que ya podía ver Cake House a través de los árboles, con sus numerosos detalles arquitectónicos que se unían para formar un pastel de boda cubierto de azúcar blanco, inclinado sobre los cimientos y cubierto de enredaderas.

—Es Matt Avery. —Algunas personas no podían ver lo que tenían delante de las narices, por más que tuvieran una visión perfecta. A algunas personas había que llevarlas de la mano para que no se perdieran los acontecimientos más importantes de sus vidas. Liza sacudió la cabeza cuando tomaron el camino que conducía a la casa—. Es el hombre que está enamorado de ti —le informó a Jenny Sparrow.

SEGUNDA PARTE

EL DON

I

Que tres mujeres de la misma familia se encontraran en la cocina sólo podía traer problemas. Incluso a la hora del desayuno. Inevitablemente, una prefería huevos duros y la otra los quería fritos. Inevitablemente, alguna se sentía herida por un comentario que rozaba la crítica. Podía esperarse que alguien diera un portazo y dijera que ya no tenía hambre, y que, de todas maneras, desde hacía años no desayunaba. En la casa Sparrow reinaba cierta cortesía que era mucho peor que los gritos y las peleas. Era una fría cortina de desconfianza. Cuando las personas unidas por lazos de sangre se vuelven demasiado cuidadosas unas con las otras, cuando se muestran extremadamente educadas, pronto se quedan sin nada que decirse. Sólo pronuncian frases convencionales que significan tan poco que lo mismo daría si se dirigiesen a un extraño. *Pásame la mantequilla, abre la puerta, nos vemos por la tarde, empezó a llover de nuevo, hace sol, hace frío. ¿El perro ha comido? ¿Has cerrado la ventana? ¿Adónde vas? ¿Por qué no te reconozco?*

Aunque este tipo de comunicación no contribuía a afianzar los lazos familiares, Elinor no perdía las esperanzas. Era cierto que ella y su hija no habían cruzado más que unas cuantas palabras desde la llegada de Jenny. Se habían sentado a comer juntas sólo en una ocasión, y únicamente porque Stella las había obligado. Se habían sentado las tres ante el silencio y una *quiche* de espárragos tibia, y el

intento no se había repetido. Pero nunca se podía decir la última palabra, especialmente en asuntos de familia. Justo cuando uno pensaba que no vería a alguien nunca más, ese alguien reaparecía. ¿Quién habría imaginado que Jenny Sparrow volvería a vivir en Cake House? Ciertamente, ninguno de los habitantes de Unity. Elinor apostaba a que nadie en todo Massachusetts. Sin embargo había vuelto, y dormía entre las mejores sábanas de la casa, esas sábanas bordadas a mano que Margaret Hathaway le había regalado a Amelia Sparrow ochenta años atrás, en señal de gratitud por haberla ayudado a dar a luz sin dolor a su bebé, Eli, que ahora era tan viejo que sus clientes tenían que decirle dos veces adonde iban siempre que se subían a su taxi, y aun así, corrían el riesgo de terminar en el lugar equivocado.

Elinor había escogido lo mejor de la casa para la habitación de Jenny. Había barrido el suelo para que no hubiera telarañas ni excrementos de ratón. Había abierto las ventanas, para que corriera el aire fresco. Sobre el escritorio, había puesto un jarrón con las ramas de uno de los melocotoneros de la colina, pues sabía que a Jenny no le habría gustado tener cerca ninguna flor del jardín de su madre. Fue una buena elección. Cuando las flores se abrieron, la habitación se llenó de olor a melocotón y en ella entró el denso calor del verano.

La suerte venía en tríos, como solía decir la abuela de Elinor. Primero, había sido la llegada de Stella. Luego, la de Jenny. ¿Era insensato esperar que ocurriera otro acontecimiento igual de improbable? Desde luego, Elinor no esperaba que su enfermedad remitiera. Se encontraba más débil cada día. Cada día necesitaba más sueño y menos comida. Pero quizá la rosa del rincón del jardín sería azul. La flor azul no era más inimaginable que el regreso de su hija. Y allí estaba Jenny, en carne y hueso. Se lavaba la cara por las mañanas, con agua fría, pues los grifos del agua caliente nunca habían funcionado en los lavabos de Cake House. Se preparaba una taza de café cargado, tras moler a mano los granos, pues el molino eléctrico se había estropeado, y luego se perdía por el camino, en dirección a la casa de té, donde había empezado a trabajar.

La rosa azul no era más quimérica que el hecho de que Stella, a quien Elinor no había visto durante sus primeros trece años, ayudara a su abuela en el jardín por las tardes, mientras reía con los pájaros que la seguían de cerca cuando rastrillaba, y espantaba divertida a las abejas que flotaban en el aire húmedo de abril. Si las flores resultaban ser azules, Elinor sentiría que había logrado algo en la vida, que había dejado una marca. Era eso lo que quería. Alguien menos paciente habría hecho un corte en uno de los capullos del híbrido, para ver su color, pero Elinor sabía que un capullo que no se había abierto no probaba nada. Las trepadoras amarillas eran anaranjadas en los capullos, y las floribundas blancas tenían vetas rosadas que desaparecían tan pronto como los pétalos se abrían a la luz del día.

Sabemos lo que necesitamos cuando lo recibimos, había dicho una vez Brock Stewart. Elinor lo comprobaba cada vez que oía a Jenny en la entrada de la casa, cada vez que interrumpía su trabajo de jardinería y levantaba la cabeza para ver que en la cocina había un fogón encendido. Lo sabía cuando oía el silbido de la olla en el fogón, cuando la puerta trasera se abría y se cerraba, cuando se daba cuenta de que su casa no estaba vacía. No había comprendido cuán sola estaba hasta que había dejado de estar sola. Se había aislado, como las rosas invisibles que no soportaban la intensidad de la mirada humana.

Elinor había empezado a dudar seriamente de todas sus decisiones, y esta incertidumbre la había llevado a hacer algo necio: acceder a que el doctor Stewart la acompañara al Hospital de Hamilton para una revisión. Con una condición: Brock no discutiría su caso con su oncóloga, la doctora Meyer. Una vez cruzaran la frontera de Unity, dejaría de tratar a Elinor como a una paciente.

Me conoces lo suficientemente bien como para saber que si me pides que no me meta en tu vida, no lo haré, dijo el doctor Stewart.

Pero cuando Elinor salió a la sala de espera después de la visita, allí estaba él, hablando con la doctora Meyer. *No hay esperanza*, oyó que uno de los dos decía. ¿O acaso fue *desesperanza*? ¿O *hay esperanza*? ¿O algo en una lengua que no podía aspirar a entender?

Me prometiste que no me tratarías como a una paciente, le dijo a Brock Stewart cuando salieron del hospital. Estaba tan enfadada y tan desilusionada por su comportamiento, que se ahogaba al hablar. *Desalmado. ¿Cómo fuiste capaz de mentirme?*

Quizá era eso lo que había oído en la sala de espera. *Desalmada*.

Yo no miento, dijo, herido, el doctor Stewart.

Lo que más sorprendió a Elinor fue no haber visto el engaño. Juzgar la mentira solía ser fácil para ella, como respirar. Pero ahora incluso respirar le dolía, y se daba cuenta de que había estado ciega con Brock, igual que con Saul. Podía haber tomado el tren a casa, podía haber decidido no hablar nunca más con el médico, si no hubiera estado tan cansada. Para mantener intacta al menos una parte de su orgullo, apretó el paso y se adelantó hacia el Lincoln, se subió y se negó a volver a mirar a su amigo.

Nunca dije que no hablaría con la doctora, le recordó él cuando se subió al viejo coche. Encendió el motor, pero se quedó aparcado. *Me conoces lo suficientemente bien como para saber que nunca te haría daño. Eres lo que más me importa en la vida, Elly*.

Tan pronto como lo oyó, Elinor supo que era verdad. Había sido verdad desde hacía un buen tiempo, pero se lo había negado a sí misma. Se conocían perfectamente, pero nunca antes habían reconocido cuánto significaba el uno para el otro. Elinor no miró al doctor durante el viaje. Cuando llegaron a Cake House, se volvió hacia él.

¿Te atreves a darme esperanzas a estas alturas?

Desde entonces, su optimismo salía a la superficie inesperadamente, inoportuno, en momentos en que con seguridad habría sido más sabio darse por vencida. Todos la habrían comprendido si hubiera decidido meterse en la cama y no volver a salir, o si se hubiera tomado una dosis doble de morfina. Debía haber quemado la esperanza en una hoguera inmensa, y debía haber barrido las cenizas. Pero en lugar de hacer esto, dejó que la esperanza creciera en su interior. Dejó que la despertara por las mañanas y que la ayudara a conciliar el sueño por las noches. Dejó que la esperanza cayera con la lluvia y que corriera a través del

césped hacia los charcos de lodo donde desovaban las tortugas lagarto. Estaba llena de esperanza, ansiosa ante la llegada de lo que más le importaba en el mundo.

A Jenny, por otra parte, la bombardeaban constantemente dos conjuntos de imágenes simultáneas desde que había llegado a Unity. Lo que hacía se solapaba con lo que había hecho años atrás. Cuando lavaba los platos en el viejo fregadero de esteatita, recordaba que había trepado sobre ese mismo fregadero para escaparse con Will, o que había discutido con su madre en ese mismo lugar, o recordaba a su padre, que recogía hojas secas con el rastrillo cerca del muro de piedra, en una luminosa tarde de otoño.

Cada mañana, cuando el reloj de la entrada daba la hora, Jenny se levantaba de la cama para despertar a Stella y al mismo tiempo se disponía a ir al colegio. Cuando se ponía sus pantalones negros, sentía sobre su piel los vaqueros de antaño. Sentía que la cabellera le caía hasta la cintura cuando se peinaba el pelo, que no le llegaba a los hombros. En el espejo parecía más segura de sí. Era como si aún estuviera convencida de que el amor tendría la última palabra, como si aún creyera que el camino que había elegido era el que debía seguir.

A la sombra de los laureles, en los rincones oscuros y en las habitaciones vacías, podía ver a la niña cuyo rastro había seguido. Sacudía su larga cabellera negra y esperaba que el tiempo pasara para ser adulta. Había tenido tanta prisa que no se había tomado nunca un minuto para pensar. Había cerrado los ojos, se había precipitado y había perdido el tiempo en sueños insignificantes, que además no le pertenecían. De hecho, Jenny tenía una razón para no lamentar tener tan pocos sueños propios: siempre que soñaba, veía imágenes de laberintos, con setos pero de cemento o de piedra. En el sueño, hacía lo posible por encontrar el camino, pero a la noche siguiente nuevamente se perdía, se internaba más en el laberinto. Cada vez era más patético su intento de fuga.

Entendía lo que le decía su ser a través de estos sueños: su vida

había salido mal, sus elecciones la habían llevado a caminos sin salida. Le agradaba su trabajo. La hacía salir de Cake House, le daba una razón para poner el despertador, para vestirse y caminar a través del césped mientras los pájaros se despertaban y desplegaban una cinta de cantos interminables. Cada mañana salía de la casa antes que Stella, y eso también le gustaba. Ahora que vivían bajo el mismo techo, estaba bien que pudieran tener tiempo a solas. Era mejor no desayunar juntas, esquivar los temas que pudieran causar tensiones, es decir, prácticamente todos los temas salvo el estado del tiempo. Incluso cuando hablaban del clima, surgían discusiones acerca de lo que el día podía traer.

El primer día de trabajo en la casa de té fue increíblemente largo. Jenny no había imaginado cuánta gente se detenía allí de camino hacia el trabajo o paraba al mediodía para comer. Todos tenían manías con respecto a la comida, querían la mayonesa encima de tal cosa, la mostaza junto a tal otra, el té con limón, el café con crema. Al final de la tarde, sentía que la cabeza le iba a estallar, pero al menos no había pensado una sola vez en Will Avery, a quien había abandonado a su suerte en su piso, para que invitara a sus amantes, sin duda, para que ensuciara todos los platos y dejara el fogón encendido mientras dormía la siesta. Tampoco pensaba en Matt Avery, o al menos no con demasiada frecuencia. En aquella imagen de Matt, que cortaba el árbol y saludaba desde lo alto de la escalera. Era una imagen tonta, incluso ridícula, con aquella sierra encendida y las abejas que lo rodeaban. Debería haber sido fácil sacarse a Matt de la cabeza como a su hermano mayor, con todo el trabajo que había que hacer y todos los detalles de la casa de té a los que había que prestar atención (agua con gas o sin gas, cuchillo o tenedor). Pero allí estaba Matt, como una raya de calor en la piel, como una abeja que no dejaba de zumbar, atrapada tras el cristal.

—Hay mujeres que han tirado el delantal al suelo, han salido por esa puerta y no han vuelto después de su primer día de trabajo —dijo Liza Hull cuando los clientes de la hora del té se habían marchado y se aproximaba el final de la jornada.

Le dio a Jenny una tartaleta de limón y una taza de café caliente.

Jenny nunca comía pastel, pero la tartaleta de Liza era una mezcla tan acertada de sabores ácidos y dulces que resultaba imposible rechazarla. Dicen que cuando una persona te alimenta bien, te ves obligado a sincerarte con ella. Jenny no era la excepción a la regla. Por eso hizo una pregunta que le habría mortificado hacer en otro momento.

—¿Hablabas en serio cuando me dijiste lo de Matt?

—Vamos, Jenny. ¿Nunca te diste cuenta de la manera como os seguía a Will y a ti a todas partes? Os seguía como un perro. No os dejaba solos un minuto.

—Idolatraba a Will.

Liza Hull resopló.

—Pensaba que Will era un cretino. Me lo dijo. Decía que Will tenía todo lo que un hombre podía desear, y que no lo apreciaba.

—Pero lo habrá dicho hace veinte años —dijo Jenny desdeñosa.

—No, Jenny. Lo dijo hace una semana. Matt vino a tomar el té. Y a comer pan con mantequilla, que, por alguna razón, le encanta. Como a ti. —Liza sonrió y Jenny la encontró atractiva.

Le habían dicho que había clientes que llegaban justo a la hora de cerrar, y, efectivamente, cuando faltaban diez para las cuatro, Sissy Elliot entró en la casa de té con la ayuda de su hija Iris. Caía una lluvia leve y dejaron charcos de lodo en el suelo. Desde la cocina, Cynthia oyó el sonido rasposo del andador sobre el suelo y se llevó una mano a la cabeza como si sintiera dolor.

—No puede ser. Mi abuela y mi bisabuela. ¿Por qué no irán a la cafetería de la autopista?

Inmediatamente, empezó a soltarse las trenzas del pelo, que se había teñido con henna color semáforo. Se puso una bata de panadero para ocultar la extrema brevedad de su minifalda, pero no pudo cubrirse las medias de mil colores ni las botas negras de suela gruesa e incrustaciones de metal. Se limpió el pintalabios negro y el lápiz de ojos.

—Yo las atenderé —dijo Jenny—. Tranquila.

—Gracias. No sabes cuánto te lo agradezco. Mi bisabuela me odia. Para ella soy el eslabón perdido, un cruce entre un bicho y un

ser humano.

—No puede ser tan mala —dijo Jenny mientras cogía las cartas de postres. Liza y Cynthia la miraron fijamente—. ¿O sí?

Iris Elliot, la madre de Henry y la abuela de Cynthia y de Jimmy, era una mujer agradable. Parecía avergonzada cuando Jenny le entregó la carta.

—Hola, querida —dijo—. Perdona que vengamos tan tarde. No te retendremos más que un minuto. Mi madre quería un poco de té.

—Jenny Sparrow —dijo Sissy pensativa. Era muy, muy vieja, tenía rasgos afilados y ojos azules, nublados—. ¿Tú no eres la que tiene al marido en la cárcel por asesinato?

—La misma —dijo Jenny, y le recomendó la tartaleta de limón y las galletas caseras de mantequilla, aunque en realidad tenía ganas de servirle un plato de clavos.

—No te preocupes —continuó Sissy—. El chico de Iris, Henry, lo sacará de la cárcel aunque haya hecho cosas terribles. Debe de ser un horror tener un marido como Will Avery. Antes de cometer ese asesinato, seguramente ya había arruinado tu vida. Se te nota. Estás acabada.

—Ex —corrigió Jenny—. Estamos divorciados. Y no cometió ningún asesinato.

—¿Y tu pobre madre? —quizá Sissy estaba sorda. Ciertamente, era incapaz de escuchar—. ¿Cómo se encuentra? ¿Sigue tan amargada?

—Mi madre no podría estar mejor —dijo Jenny para su sorpresa —. Me aseguraré de darle recuerdos de su parte. —Y fue a coger el azúcar y la crema—. Teníais razón —les dijo a Liza y a Cynthia cuando entró en la cocina—. Es mala. Hizo que defendiera a mi madre. Nunca pensé que eso pudiera llegar a pasar.

—Escupe en su té —susurró Cynthia—. Se lo merece.

Jenny salió con la tetera llena de té *english breakfast* y dos trozos de pastel. Sissy seguía, arma en ristre:

—Tanta gente se divorcia hoy en día, que he perdido la cuenta. No siempre es un fallo moral, claro, es más bien como una epidemia de desaciertos. Cualquiera habría podido decirte que echarías a

perder tu vida si te casabas con Will. Y aquí estás, de camarera. A propósito, ¿dónde está mi bisnieta? Va por el mismo camino que tú, va cayendo en picado. ¡Cynthia! —gritó.

Cynthia Elliot asomó la cabeza desde la cocina.

—Hola, abuelitas. Estoy lavando los platos.

Iris Elliot saludó con la mano.

—Sigue trabajando —le dijo a su nieta—. No queremos interrumpirte.

—¿Qué se ha hecho en el pelo? —preguntó la bisabuela—. Es una monstruosidad. ¿Y cómo está lavando los platos? En casa no mueve un dedo.

—Le pagan, madre —dijo Iris—. Es su trabajo.

Cynthia, enfadada, echó más jabón en el fregadero.

—Es una perra —dijo cuando Jenny regresó. Por lo general tenía buen carácter, pero se había enfurecido. El pelo se le había puesto de punta; parecía un puerco espín—. ¿Uno puede decir algo así sobre alguien de su familia? ¿No me partirá un rayo por hacerlo?

—No, no pasa nada —dijo Jenny—. Nadie te va a castigar. Y, además, *es* una perra.

Sissy Elliot hacía que, en comparación, Elinor pareciera una dulzura. Esto a Jenny le resultaba desconcertante.

—Hay que ser más compasivo, no juzgar —dijo Liza Hull—. Cuando hay ceniza, es porque algo se ha quemado.

—¿Qué quieres decir? —preguntaron Cynthia y Jenny, y las dos rieron al imaginar a Sissy arrastrando su andador sobre una montaña de ceniza.

—Significa que cuando alguien es cruel, seguramente es porque ha caminado a través del fuego. Los comentarios que hace le salen como chispas, y ni siquiera se da cuenta de que se ha quemado por dentro.

—Creo que Liza está diciendo que las brujas *somos nosotras* —susurró Cynthia al oído de Jenny.

La puerta trasera se abrió y se asomó Stella.

—¿La que está ahí es tu bisabuela? —le preguntó a Cynthia. Cuando ésta asintió, Stella añadió—: Creo que debemos evitarla.

Me han dicho que cocina bebés y se los come de almuerzo.

—Sólo los martes —dijo Cynthia con una sonrisa—. El resto del tiempo come tartaletas de limón.

—Huy, pastel —dijo Stella, y se sirvió un trozo—. Jimmy se parece a ella, ¿no? A su bisabuela.

—Ella no se sienta a la mesa con él. Ni siquiera el día de Acción de Gracias. Lo llama «el delincuente», y se lo dice a la cara.

Cynthia aventajaba dos años a Stella en el colegio, y la había tomado bajo su protección. A menudo comían juntas. Alguna vez su hermano había tratado de sentarse con ellas, pero había entendido de manera inequívoca que su presencia no era bienvenida. Stella estaba inmensamente agradecida por ese gesto de Cynthia, pues cuando el muchacho estaba cerca, sentía algo extraño, y se odiaba por ello. Durante una de esas comidas con Cynthia, mientras Jimmy las miraba desde el otro extremo de la cafetería, Stella había oído mencionar a Sissy Elliot por primera vez. La anciana mantenía un montón de piedras junto a la puerta de su casa para tirárselas a quien se atreviera a pisar su césped.

—¿Dónde está tu cómplice? —bromeó Cynthia—. Pensaba que Hap y tú estabais siempre juntos.

Stella abrió la puerta y allí estaba Hap Stewart, esperándola en el porche. Hap inclinó la cabeza, se asomó y pidió un trozo de pastel para llevar, si no era mucha molestia. Se sentía incómodo delante de Jenny, pero dejó ver su sonrisa, esa sonrisa a la que era inevitable corresponder, en la que resplandecía la bondad.

Stella se acercó a su madre mientras ésta envolvía el pastel.

—Así que sobreviviste a tu primer día de trabajo.

—Con dificultad —admitió Jenny—. Nunca en mi vida había trabajado tanto.

Stella llevaba al hombro una pesada mochila. Siempre se cuidaba el brazo que se había roto al nacer. Llevaba vaqueros y botas, y una vieja gabardina que Jenny reconoció como suya. O al menos le había pertenecido años atrás. El pelo le caía sobre la espalda, claro y mojado. Desde que se había mudado a Unity, parecía más madura.

—Pero lo lograste —dijo Stella, y para no sonar demasiado

halagüeña, añadió—: Ahora puedo decir que mi madre es una servidora de pastel profesional. Llegaré tarde a casa. Seguimos trabajando en el proyecto para la clase de ciencias. ¿Me das otro trozo de pastel, por si me encuentro con mi tío?

—¿Con tu tío? —Jenny se sintió mareada. Seguramente se debía a que había estado de pie todo el día.

—Está cortando ese árbol inmenso de la esquina de Lockhart. Lo conocí el otro día. Es muy simpático. Pero es raro, no se parece en nada a papá.

—No —dijo Jenny—. En nada.

—Llámame más tarde —le dijo Cynthia a su nueva amiga. Stella y Hap salieron, y Cynthia y Jenny se quedaron limpiando la cocina, mientras Liza, más compasiva, les cobraba a las abuelas. Que recibiera ella las chispas de los comentarios de la vieja Sissy, pensó Cynthia. Que apagara el fuego.

—Me parece que voy a escupir en el té de tu abuela la próxima vez que venga —le dijo Jenny a Cynthia, y deseó poder sentirse tan cómoda con Stella como se sentía con esta chica de pelo escarlata.

Cynthia rió.

—Me gustaría que mi madre fuera como tú. —Annette Elliot era abogada como su esposo, Henry, y Cynthia no había hablado con ella en un mes—. Nada de lo que hago le parece bien.

—Todo el mundo quisiera que su madre fuera distinta.

—Sí, especialmente mi abuela —dijo Cynthia.

Jenny había pensado decir: *Especialmente yo*, pero considerando el espantoso comportamiento de Sissy Elliot, se dio cuenta de que su caso no merecía en realidad tanta consideración. Estaba exhausta. Con todo, pensó que ir caminando a casa le haría bien. El aire fresco podía revitalizarla. La lluvia había amainado, no era más que llovizna, de modo que rechazó la oferta de Liza, que quería llevarla a casa.

—Cómprate una bicicleta, como yo —dijo Cynthia al pasar como un bólido frente al porche de la casa de té, salpicando a Jenny con el agua de la carretera—. Te llevará adonde quieras.

¿Pero adónde quería ir? Jenny estaba muy vieja para dejarse

llevar por la luz verde de la primavera o por la manera como se respiraba en el aire húmedo. Estaba segura de que Liza Hull se había equivocado. Ella y Mattya no eran los mismos. Ella ni siquiera lo habría reconocido si Liza no le hubiera dicho quién era. Para ella, habría sido simplemente un hombre guapo contratado para talar el árbol más viejo del pueblo, un hombre que había saludado amablemente.

Debido a la lluvia, el roble de la esquina de la avenida Lockhart pudo quedarse en su sitio un día más. Matt había estado talándolo despacio, poco a poco, primero las ramas más altas, ya que no quería que el tronco se partiera en dos, pues era un blanco seguro para los rayos. Permaneció en la biblioteca desde el mediodía, y en la sala de las colecciones de historia pudo disfrutar del sándwich que había comprado en el mercado, gracias al permiso especial que le había concedido la señora Gibson, quien normalmente no dejaba que nadie comiera en la biblioteca pero hacía una excepción con uno de sus lectores favoritos.

A Matt le gustaba especialmente esa sala cuando estaba lloviendo. Sentía que se encontraba en una pecera, que nadaba hacia el conocimiento, que buceaba entre los diarios de los Hathaway, los Elliot y los Hapgood. Ese día investigó sobre su tema favorito: los efectos de las mujeres Sparrow en la vida de Unity. Debido a que su marido era navegante y casi siempre estaba en alta mar, Constance Sparrow fundó el servicio de socorristas en el cabo de las marismas, donde luego se construyó el faro. Coral Sparrow, que pronosticaba el tiempo con asombrosa exactitud y tocaba la campana del templo para anunciar las tormentas, evacuó a la mitad de la población de Unity durante el huracán de 1911. Ese incidente dio inicio a la estación meteorológica, que se instaló al final de la avenida Lockhart. La estación seguía funcionando, y sus pronósticos eran más acertados que los de la televisión. En el pueblo, todos sabían que Leonie Sparrow había reunido una brigada que más tarde se convertiría en el Departamento de Bomberos Voluntarios. Pero

pocos sabían que Amelia Sparrow había sido la primera comadrona de Unity, y que si no hubiera sido por su habilidad para atender a las parturientas, no habría vivido ningún Hathaway, ni siquiera el viejo Eli, pues Margaret Hathaway habría muerto durante el parto antes de dar a luz a su heredero.

—¿Sigues tonteando con las Sparrow? —preguntó la señora Gibson cuando Matt fue a entregarle la llave de la sala al final de la tarde, e intercambió una mirada con Marlena Elliot-White. Las bibliotecarias no entendían por qué ninguna de las chicas del pueblo había logrado echarle el guante a Matt. La hija de la señora Gibson, Susan, que se había cambiado el nombre y se había puesto Solange, salía en Boston con un hombre casado, un supuesto artista que la trataba con crueldad, cuando allí estaba Matt, solo todos los días en la biblioteca, libre como un pájaro.

—Con suerte, terminaré a fines de mayo. Es entonces cuando debo entregar la tesis.

La señora Gibson bajó la voz.

—He oído lo de tu hermano —dijo y miró por encima del hombro para asegurarse de que Marlena, que siempre le contaba todo a su madre, Sissy, y a su medio hermana, Iris, no estuviera oyendo—. Dicen que mató a una mujer en Boston.

—¡Si fui yo quien te lo dijo! —exclamó Marlena, que había oído perfectamente los susurros—. Y, además, no es ningún secreto. Salió con pelos y señales en el *Boston Globe* y en el *Unity Tribune*.

Matt sentía cariño por la señora Gibson, aunque, cuando niños, todos le temían. *¡Silencio!*, gritaban cuando veían a la señora Gibson en Main Street o en el mercado. Pero a Matt nunca le había parecido mal que la bibliotecaria insistiera en que tenían que guardar silencio en la biblioteca y tratar los libros con cuidado.

—Mi hermano no ha hecho nada. Asesinar a alguien, a menos que sea por accidente, requiere cierto esfuerzo. Por eso, podemos descartar a Will. Ya sabe usted cómo es de perezoso. Esta vez, me temo que es inocente.

—Me alegro —dijo la señora Gibson y se dirigió hacia la sala de los archivos, donde guardaban los diarios de los fundadores del

pueblo en una vitrina de metal con un mecanismo especial para controlar la humedad—. Me alegra que no haya sido Will. Yo siempre deseé que encontrara su camino. Sobre todo por tu madre.

Mientras conducía hacia su casa, Matt pensó en cuán fácil había sido todo para su hermano. Will siempre había tenido buena suerte. Sin ningún esfuerzo, salía siempre victorioso. Aquella noche en que habían dormido a orillas del lago Hourglass, decidieron que el que se asustara tendría que ser el sirviente del otro durante un día. A pesar de las bravuconadas de su hermano, Matt se preguntaba si había podido conciliar el sueño esa noche. Él se despertó, con los huesos doloridos por la humedad, y vio que Will lo observaba con el saco de dormir sobre los hombros y los ojos empañados. Los dos niños se miraron en el aire frío, lacustre.

—Te he estado observando —dijo entonces Will—. He estado esperando que te levantes y salgas corriendo.

¿Por qué no corres? Puedo oír al caballo debajo del agua. Viene a cogerte.

Habían pasado la noche tan cerca del agua que olían a algas. Obviamente, el caballo muerto no había emergido. Los niños del pueblo aseguraban que aquel demonio aparecía, perseguía a las personas hasta el lago y las obligaba a correr hasta que bajo sus pies no había tierra sino nenúfares. Eso no había pasado, y Matt había dormido muy bien.

Una abeja zumbó, y Matt la espantó, consciente de la alergia de su hermano.

—Pues sigue esperando, porque no voy a correr —dijo.

El aire era verde, estaba lleno de polen. Era el primer día cálido de la estación, y las efímeras habían empezado a salir de los huevos. Matt olía a caballo muerto, pero no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. El hedor podía provenir de la berza de las ciénagas que abundaba en las zanjas.

Por lo general, Matt le concedía la razón a su hermano. A Will le dio risa el desafío inesperado.

—Vale, hermanito. Ya veremos quién sale ganando.

Al final, ¿quién ganaba siempre? ¿Quién se llevaba siempre los

premios? Con todo, al recordar ese día, Matt confirmaba que Will había sentido terror junto al lago. Will nunca iba a admitirlo; mentiría hasta su último aliento, pero Matt había visto el miedo en sus ojos. Había visto a su hermano acurrucado dentro del saco de dormir como una rata en un agujero del campo.

Matt sabía que la valentía era una compañera infiel. Sólo tenía que repasar su vida para darse cuenta de lo que pasaba si uno no se arriesgaba. Le había dado tanto miedo llegar de segundo y ser rechazado, que ni siquiera había intentado competir. Simplemente se dejó llevar. Flotó a la deriva hasta que se hizo un hombre. Y allí estaba: era un adulto que no tenía nada. Mientras conducía por Main Street, con sus papeles y sus libros apilados en el asiento trasero, se preguntaba si sería capaz de demostrar al menos la mitad del coraje de los hombres de antaño, de esos héroes cuyos diarios leía cada tarde, de esos hombres que se adentraron en una tierra ignota, y de sus mujeres, que sufrieron mil pérdidas.

En el diario de Simon Hathaway había leído que el modelo del jinete del monumento a los muertos de la Guerra Civil había sido el hijo de Simon, Anton. Pero fue en el diario de Morris Hapgood donde se enteró de que la madre de Anton, Emily, visitaba el monumento todos los días. Ni la nieve ni el granizo le impedían hacerlo. Ni siquiera levantaba la vista. Nunca volvió a mirar al cielo desde la muerte de su hijo. Lo único que le importaba en la vida estaba bajo tierra. Algunos habitantes del pueblo, entre ellos Elise, la esposa de Morris Hapgood, creían que el lirio que había crecido en la base del monumento había nacido de las lágrimas de Emily.

Aunque la tesis de Matt se centraba en la historia de las Sparrow, no había encontrado una sola palabra escrita por ninguna de ellas, aparte de unos cuantos recibos de Elisabeth. De todo se había enterado a través de los diarios y de las cartas de los hombres de Unity, donde los hechos se mezclaban con las posibilidades y los rumores. Por su parte, las mujeres de Unity habían dejado en sus cuadernos listas de la compra y recortes del diario, anuncios de nacimientos y obituarios, que de no haber sido escritos se habrían perdido en el tiempo. Pero en cuanto a Rebecca Sparrow, la mayoría

de los acontecimientos de su vida permanecían ocultos. Algunas historias no se ocultaban simplemente; se enterraban, se encerraban para proteger a los inocentes y también para abrigar al culpable, para que los descendientes de ambos pudieran liberarse de la carga del pasado.

Matt siempre disminuía la velocidad cuando pasaba por el parque del pueblo, como señal de respeto hacia los ciudadanos que lo habían precedido. Lo había hecho incluso en su niñez, cuando pasaba en bicicleta repartiendo el periódico. Pero esta vez se detuvo. Puso el freno de mano y encendió el limpiaparabrisas. Veía bastante bien, de modo que dio por cierto que sus ojos no lo engañaban. Sintió un escalofrío cuando bajó la ventanilla.

—¿Jenny?

Ella estaba de pie junto al Monumento en Honor a los Caídos de la Revolución, el monumento favorito de Matt. Aunque lo prohibía la ley, Matt había ido allí una noche con varias hojas grandes de papel y carboncillos, para calcar las inscripciones. Había enmarcado uno de los papeles y lo había colgado encima de su cama: era un ángel que lo vigilaba mientras dormía.

Matt se bajó de su camioneta. Sí, era ella.

—Jenny Sparrow.

Jenny se volvió al oír su nombre. En aquel momento, tenía la cabeza llena de pasteles de melocotón, de platos sucios y de cuentas en las que los números no cuadraban. Eran minucias, pero le resultaban útiles pues impedían que pensara obsesivamente en Will, en su madre, o en Stella. Entrecerró los ojos para ver mejor al hombre que se le acercaba moviendo los brazos como si la conociera. Era aquel hombre alto y guapo en el que se había convertido Matt Avery. Era la persona a la que había sacado de su mente a la fuerza.

—Hola, qué tal —dijo Jenny vacilante—. ¿Matt?

Matt no pudo evitar sonreír y abrazarla. Pero enseguida se dio cuenta de su torpeza y dio un paso atrás.

—No has cambiado en nada —dijo.

—Todos hemos cambiado, Matt, ha pasado mucho tiempo —dijo ella.

Pero se sintió halagada. ¿Cómo era posible que nunca se hubiera fijado en la manera como él la miraba? ¿Cómo no se había dado cuenta de que siempre la había seguido a ella y no a su hermano? No era que creyera todo lo que Liza Hull decía. Eso no podía ser el amor, ¿o sí? El amor había estado guardado en un cajón todos esos años, como una camisa que nunca había querido probarse pero que seguía ahí, doblada, planchada, lista para estrenar en cualquier momento. En todo caso, no era posible que a él le pareciera que ella no había cambiado. ¿No había visto acaso que llevaba el pelo mucho más corto, que tenía arrugas alrededor de los ojos y en la frente, que era una mujer y no la niña terca que había sido?

—Me enteré de que estabas en el pueblo. Me encontré con Stella, e iba a llamarte a casa de tu madre, pero no sabía si querías hablar conmigo. Pensé que quizá me colgarías el teléfono.

Jenny rió. Era gracioso ver a Matt, completamente cambiado pero tan familiar. Siempre había sido prudente, cauteloso, considerado.

—¿Por qué? ¿Por esa pelea de Año Nuevo hace tiempo? No sé lo que pasó, pero estoy segura de que Will se merecía los golpes.

—Sí, sí que se los merecía.

Con la simple mención de Will, a Matt se le ensombreció el semblante. Stella tenía razón, no se parecía en nada a su hermano. Era reflexivo y cuidadoso hasta la exageración, y era como si llevara sobre los hombros todo su remordimiento, cada error que había cometido en la vida.

—Bueno, eso pasó hace años —recordó Jenny. Matt parecía tan desamparado que sintió deseos de extender la mano y tocarlo, pero en lugar de hacerlo dio un paso atrás y estuvo a punto de caer sobre el granito negro del monumento.

Matt extendió el brazo para retenerla. Había pensado en Jenny Sparrow todos los días desde aquel remoto Año Nuevo cuando la viera por última vez. Se dio cuenta de que la miraba con demasiada fijeza. Así la había mirado desde la escalera el otro día, cuando quiso verificar si en realidad era ella.

—He tratado de llamarte —le dijo Jenny, sólo por decir algo,

para ver si así dejaba de mirarla con tanta insistencia—. Pero tú nunca estás en casa. Quería agradecerte por haber pagado los honorarios de Henry Elliot y la fianza.

—Y no te olvides del detective. También lo estoy pagando. Ay, el bueno de Will —dijo Matt con tristeza—. Puede dejar a cualquiera en la ruina.

—Sí, ya lo sé. Hagas lo que hagas, no le prestes tu camioneta. Nunca. Ni siquiera si te dice que hay una montaña de oro en la frontera con New Hampshire y que va a ir a recogerla para que os hagáis ricos. Aunque, pensándolo bien, dudo que Will pudiera hacerle más daño a la pobre.

Jenny señaló la ruinosa camioneta de Matt, y los dos rieron. *Aquí pasa algo muy raro*, se dijo Jenny. Sintió la raya de calor en la piel. Llovía otra vez, pero ninguno de los dos se movía.

—El bueno de Will —repitió Matt.

—Y no mató a nadie.

Jenny respiraba con dificultad, seguramente debido a la humedad. Era el aire del campo, el polen, la presión atmosférica. Deseó tener una bolsa de papel para respirar dentro. Deseó que su sistema nervioso estuviera más equilibrado.

—El detective dice que han encontrado huellas en el piso de la víctima. —¿Por qué seguía hablando de su hermano? Dios, ¿era acaso el guardián de su hermano, su apologista, su segundo?—. Pero no eran de Will. —Matt no había hablado tanto de un tirón desde hacía años, excepto con la señora Gibson. Finalmente, se detuvo y tomó aire—. Hueles a azúcar —dijo, e inmediatamente pensó: *Idiota*.

—Hoy ha sido mi primer día de trabajo en la casa de té de Liza Hull.

—Liza es una mujer estupenda. —En ese momento, Matt no podía recordar quién era Liza Hull. ¿Acaso siempre había sido tan tonto en presencia de Jenny, siempre se había atolondrado a tal punto?—. Debes estar cansada. ¿Te llevo a casa?

—No, no. —Nuevamente, Jenny dio un paso atrás. Volvió a tropezar con el granito, pero esta vez ocultó su torpeza sentándose

en el borde del monumento. Sintió el frío de la piedra, que le traspasaba la ropa, pero no le importó. Por alguna razón, sentía que se quemaba—. Iré andando. Me vendrá bien un poco de ejercicio después de estar encerrada todo el día.

Matt percibió otro aroma, además del azúcar. Jenny Sparrow olía como el agua del lago, tenía el mismo olor seductor que había envuelto a Matt la noche en que había acampado con su hermano en la propiedad de las Sparrow bajo un coro de cigarras.

—Me pondré en contacto contigo cuando sepa algo más sobre el caso de Will —dijo.

Otra vez el condenado Will. ¿No podía dejar a su hermano fuera de la conversación por un minuto? En realidad lo que quería era besar a Jenny Sparrow, allí mismo en el parque. Era eso lo que imaginaba cada vez que pasaba por allí, sólo que ahora ella estaba sentada en el borde del monumento, y lo miraba.

—Porque Henry Elliot me informa sobre Will casi todos los días —continuó Matt.

A esas alturas, ya sentía deseos de matar a Will. Se prometió que de su vocabulario quedaría borrada esa palabra irritante, el nombre más vil de todos, a partir de ese momento.

—Sí, Henry. Trabajo con su hija Cynthia —dijo Jenny—. Es dulce, pero está confundida. Qué suerte tengo de no ser adolescente.

Matt, en cambio, habría deseado fervientemente que lo fuera, que el tiempo retrocediera y haber sido él, y no Will, quien entrara en Cake House. Que Will se hubiera quedado en el patio, agachado tras la forsitia. Le habría gustado poder volver al momento en que Jenny salió descalza al césped, con el pelo enredado por el sueño.

—Rosemary Sparrow podía correr más rápido que todos los hombres del pueblo —dijo Matt, e inmediatamente se sintió avergonzado por su exabrupto. Le solía pasar. Solía usar su reserva de información histórica para salir de cualquier situación que lo llevara a expresar sus emociones o delatara su vergüenza. Era un pésimo conversador, pero se volvía un poco mejor cuando citaba datos.

—¿Perdón? —La lluvia había arreciado, pero Jenny aún sentía

calor. Era el efecto de la lluvia de los narcisos. Volvía la piel del revés. Jenny se desabotonó la chaqueta y empezó a abanicarse—. ¿Corría, has dicho?

—Era parienta tuya. Tu antetatarabuela. Vivió durante la guerra de la Independencia. La gente decía que les ganaba a los ciervos. Cuando los ingleses empezaron a arrasar todo a su paso, corrió hasta North Arthur y llegó a tiempo para salvar a cien chicos que estaban a punto de caer en una emboscada. Los chicos se escondieron en el bosque y tendieron la emboscada para sus enemigos.

—Guau —dijo Jenny risueña—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Lo he aprendido en la biblioteca. Con la ayuda de la señora Gibson.

—¡La señora Gibson! Creo que todavía le debo dinero por un libro que devolví tarde. En ese tiempo se me olvidaba todo. Vivía distraída. Seguramente tendrá mi nombre en su lista de los «más buscados».

—No, es una mujer muy dulce. No tiene ninguna lista.

El reloj de la torre del ayuntamiento dio la hora, y los dos se volvieron, sobresaltados. Eran las seis. La tarde caía, con la lluvia, por entre las hojas de los plátanos. Era una lluvia amarilla, ligera, la lluvia de los narcisos que hacía que la gente hiciera tonterías.

—Deberías venir a cenar un día a casa.

Por la cara que puso Matt, Jenny temió haber dicho una imprudencia. Parecía que el pánico se había adueñado de él, que iba a salir corriendo, que iba a correr más rápido que Rosemary Sparrow.

—No tienes que venir. No me ofenderé si no lo haces —dijo Jenny, por educación—. Sé que a mucha gente no le cae bien mi madre. Puedo entenderlo. Créeme.

—A mí me cae bien. Me cae muy bien.

—¿Sí? ¿Entonces qué te parece la semana próxima?

Matt asintió y se alejó caminando por el césped.

—La semana próxima —dijo. Finalmente había conseguido omitir en una frase el nombre de Will.

Caminaba por entre los charcos, sin darse cuenta. Tenía las

botas empapadas, pero no le importaba. Había dejado la ventanilla abierta, y con toda seguridad sus papeles se habían mojado. Pero no le preocupaba en lo más mínimo. Ya los secaría luego, junto a la estufa.

Jenny agitó la mano para despedirse. El atardecer en Boston era lento, iba envolviendo las calles poco a poco. En Unity, la noche caía como un telón. Era de día, y el minuto siguiente todo estaba oscuro.

—Mira el monumento que tienes detrás —gritó Will desde su camioneta—. Es mi favorito.

Al alejarse hizo sonar la bocina. El eco regresó a través del parque, y Jenny sintió que se ahogaba. Qué lugar más extraño y lluvioso. Cuán verde, cuán oscuro y silencioso. Se volvió para examinar el monumento que había utilizado de asiento. Nunca se había tomado la molestia de mirarlo, ni una sola vez en todos los años de su vida en Unity. Pensaba que el pasado estaba muerto, y quería huir de él. Sólo se interesaba en el futuro, por eso nunca antes había visto el ángel tallado en el granito negro, ni sabía que el ángel que había visto años atrás, el día de su cumpleaños, estaba siempre allí. Tenía ante sí el gemelo sólido de la imagen de su antiguo sueño.

II

La clínica de North Arthur estaba en la calle Hopewell, en el borde del pueblo, donde el paisaje urbano se desdibujaba entre los campos inútiles, fangosos, que habían sido arados demasiadas veces y se habían echado a perder. El único edificio que había por allí, además del hospital, era una construcción que parecía un inmenso granero y que se usaba para guardar los autobuses escolares de los pueblos vecinos. El doctor Stewart se preguntaba si las autoridades de North Arthur habían elegido ese lugar para mantener a raya la

enfermedad, o si querían ocultar el hecho de que muchos de los pacientes eran jornaleros que llegaban a la región para cosechar las fresas en junio y las manzanas en octubre. Con todo, la clínica tenía un personal de primera y un buen aparcamiento, atributo que el doctor Stewart apreciaba especialmente, pues necesitaba mucho espacio para su viejo Lincoln Town.

Hap a veces acompañaba a su abuelo a la clínica, y en esta ocasión arrastró a Stella consigo. Había varios médicos del Hospital de Hamilton, que habían ido como voluntarios, una enfermera interna, dos enfermeras registradas, un interno que atendía el pequeño pabellón de urgencias, y una secretaria llamada Ruth Holworthy, que en realidad era la jefa del lugar.

—Hola, doctor. Veo que hoy trae un par de gorrones.

—Así es, Ruth —dijo el doctor, alegre—. Son mi séquito. Podéis sentaros allí y ayudar a Ruth —les dijo a los niños—. Haced todo lo que os mande.

—Bien. No tendremos que hacer nada con los enfermos —dijo Hap. En la sala de espera un viejo tosía, y una niña aullaba como si le estuvieran clavando alfileres—. No puedo creer que quisieras venir. Este lugar no es precisamente la feria de la risa.

Ruth les entregó unas fichas de asistencia sanitaria para ancianos, y ellos empezaron a ponerlas en orden alfabético. Se sentaron con las piernas cruzadas sobre la alfombra de la parte de atrás del consultorio, entre los archivadores. La luz fluorescente titilaba, y los aullidos de la sala de espera se prolongaban, convirtiéndose en sirenas.

—No me asustan los enfermos —dijo Stella—. En eso somos distintos tú y yo.

—No he dicho que me asusten. Sólo que es imposible curarlos. —Todos esperaban que Hap fuera doctor, pero él no tenía el temple necesario para lidiar con la fragilidad humana—. Un médico es como un mecánico que trata de reparar una máquina que vive estropeándose. El cuerpo es como una tostadora que siempre quema el pan, aunque la repares mil veces, o como un coche que no arranca aunque se le cambie la batería todos los días. Es una batalla que no

tiene sentido, pues uno nunca puede ganar.

Estaba claro que Hap pensaba en su madre, que había muerto cuando él tenía poco más de cinco años. Le había dicho a Stella que recordaba las ocasiones en que salía a buscar violetas con ella, esas violetas aromáticas que crecían bajo los pinos en el terreno que separaba la propiedad de las Sparrow y la casa de su abuelo. Esa imagen era todo lo que le había quedado de ella. *Estrellas moradas*, le había dicho a Stella un día que habían ido a inspeccionar la lavandería de Rebecca Sparrow. Habían visto un macizo de violetas desde una ventana que nunca había tenido vidrio. *Eso parecían*.

—Algunas personas se pueden curar —dijo Stella—. Además, son más interesantes que las tostadoras.

La discusión le trajo la imagen de su abuela cubierta de nieve, inmóvil en el jardín. Stella tembló al pensar en ella. La gente moría, como decía Hap, y no se podía hacer nada al respecto. A veces, simplemente había que abandonar la esperanza. Pero no en el caso de Hap. Stella no iba a permitir que le pasara nada. Si no podía enamorarse de él, entonces al menos lo protegería. Se acordó de la manera como él había confiado en ella cuando estaban sentados juntos en la cabaña de Rebecca, la cara que había puesto al hablar de las violetas. Recordó que la había esperado en su primer día de colegio, que había sonreído al verla doblar la esquina. Hap decía que le hubiera gustado tener su cámara en ese momento para captar la expresión de Stella, la expresión de un pájaro al que habían atrapado y que sólo podía pensar en cómo escapar.

Hap estaba interesado en la fotografía. Había montado un cuarto oscuro en el sótano de la casa de su abuelo, y siempre llevaba una cámara dentro de su mochila. Allí la tenía. Era una vieja Leica, y la sacó para tomarle una foto a Ruth Holworthy.

—Para —dijo Ruth—. Estoy trabajando.

—Te gustará ver la foto —respondió Hap.

—Deberías ir diciéndole a tu abuelo que no quieres ser médico —le aconsejó Stella—. Para que deje de traerte.

Hap la miró indefenso.

—No quiero herirlo —dijo.

—Simplemente, díselo. No va a morirse.

Había alboroto en la sala de espera, y eso no era una buena señal.

—Mierda —exclamó Hap—. Huelo a tragedia.

—Quietos aquí, chicos —dijo Ruth Holworthy con la firmeza de quien está acostumbrado a que le obedezcan.

Pero Stella no tenía intención alguna de obedecer, y la siguió a pesar de que Hap se le había colgado del brazo y le decía:

—¿No has oído a Ruth?

En el aparcamiento había una ambulancia y varias patrullas de policía. En la línea 95 había tenido lugar un grave accidente, y la clínica Hopewell era la más cercana. Los paramédicos cruzaron corriendo la sala de espera, y Stella tuvo que pegar un salto para darles paso. Sin embargo, pudo ver que en una camilla llevaban a un joven cubierto de sangre, con las extremidades magulladas. Moriría, pero no debido a esas heridas, sino porque tenía el hígado lacerado. Además de esto, Stella vio otra cosa: cuando la camilla pasó junto a ella, miró a los ojos al muchacho, y éste le devolvió la mirada. Por un instante, los ojos del accidentado se enfocaron y se posaron en los suyos.

Sin pensarlo, Stella siguió a los paramédicos y entró tras ellos en la sala de análisis. Ruth Holworthy le puso una mano en el hombro.

—Ahí no vas a entrar, chiquilla, olvídalo. De ninguna manera.

Pero Stella se soltó de un tirón y entró en la sala, pisándoles los talones a los paramédicos. La cabeza le zumbaba, y a duras penas pudo oír lo que Ruth le decía. Pero si hubiera oído bien a Ruth, que ahora la llamaba a gritos, tampoco habría hecho caso.

Cuando entró en la sala de análisis, vio que uno de los residentes examinaba al paciente en busca de signos vitales. Todos estaban demasiado ocupados para reparar en Stella, hasta que entró el doctor Stewart.

—Dios Santo —exclamó al verla. Ella estaba junto a la puerta, observando mientras uno de los internos del Hospital de Hamilton examinaba al joven, ya inconsciente—. Stella, vuelve al consultorio.

Pero Stella permaneció allí. Sentía que aquel hombre se hundía

como un barco en el mar.

—Ese médico no puede hacer nada por él —dijo—. Tiene el hígado lacerado.

—¿Qué has oído? ¿Alguien hizo el diagnóstico?

El joven convulsionaba descontrolado sobre la mesa, como solían hacer los pacientes que tenían lesiones internas. Tenía la piel color ceniza y no reaccionó cuando la enfermera le conectó el catéter.

—Eso es lo que tiene —dijo Stella en tono grave. Sonaba tan segura que al doctor Stewart se le olvidó que tenía que sacarla de allí —. ¿Se puede remediar? —preguntó.

—Depende.

—Creo que lo tengo bajo control —dijo el residente cuando el doctor Stewart se le acercó.

El doctor examinó el abdomen del muchacho. Estaba hinchado y se veía que estaba lleno de fluidos. El paciente tenía el pulso muy lento; era una situación grave. El interno seguía los pasos correctamente, pero a veces eso no bastaba. A veces había que arriesgarse. Brock Stewart había visto en alguna ocasión que un médico o una enfermera adivinaba lo que estaba mal antes de examinar al paciente. A él mismo le había sucedido. Había seguido su intuición, se había arriesgado en ocasiones en que esperar habría significado la muerte.

Le pidió a la enfermera que llamara al equipo de evacuación médica y pidiera un helicóptero, y llamó a Boston para que tuvieran preparados los rayos X y el quirófano.

En menos de veinte minutos, el helicóptero se llevó al paciente. La clínica quedó sumida en un silencio perplejo. Había un rastro de sangre desde la entrada hasta la sala de análisis, pasando por la sala de espera. Para limpiar esas manchas, Ruth siempre usaba una mezcla de lejía, vinagre y agua de seltz.

—Soy mejor que una limpiadora de alfombras profesional —declaró y se volvió hacia Stella—. La próxima vez que te diga que te quedes quieta, ¿me harás caso?

—Probablemente no —confesó Stella.

—Eres como el viejo médico —dijo Ruth y sacudió la cabeza. Había personas tan tercas que no merecía la pena razonar con ellas —. Haz lo que te parezca.

Hap y Stella guardaron silencio durante el camino de vuelta. Hap iba delante con su abuelo, y Stella en el asiento trasero, estudiando la forma de la cabeza de Hap. Su pelo era castaño, fino, pero cuando se miraba con los ojos entrecerrados parecía como si una luz extraña pasara a través de los mechones, dividida en haces brillantes. *Dilo*, pensó Stella. *Dile quién eres*.

—He estado pensando que no quiero ser médico. —Resultaba ridículo ver cuán duro era para Hap decir esto en voz alta. La frase se llevó toda su fuerza, y, cuando terminó de pronunciarla, apoyó la cabeza en la ventanilla del coche, agotado.

El día era soleado, tibio. En la clínica no se habían enterado. Habían estado encerrados con las persianas a medio cerrar, bajo las luces de neón titilantes. A la declaración de Hap siguió un silencio. El viejo Lincoln salió de la vía secundaria y se encaminó hacia el pueblo.

La luz se filtraba a través de las hojas de los plátanos. Verde y amarilla. Sombra y sol.

—¿Te sientes mal por ello? —inquirió Brock Stewart tras un silencio.

—No, señor.

—Stella, ¿tú qué piensas? ¿Lo descuartizo? ¿Lo mando al exilio por no continuar con la tradición familiar? ¿Dejo de hablarle para siempre?

Hap parpadeó confundido. Se había sentido tan nervioso ante la posibilidad de comunicar su decisión a su abuelo, que pensó que no estaba oyendo bien. Pero Stella reía alto y claro. Hap se había preocupado tanto que le costaba creer que su abuelo se tomara la noticia con tal ligereza. Stella se inclinó hacia delante, y puso los codos en el espaldar de su asiento.

—Tu abuelo bromea —susurró, y se volvió hacia el médico—. No, decapítalo. ¿Pero por qué no pedimos antes una *pizza*? Me muero de hambre.

—*Pizza*, entonces —dijo el doctor.

Fueron hacia la casa que el doctor había ayudado a diseñar y a construir cincuenta años atrás, cuando Adele y él estaban recién casados. Había querido hacerse una vivienda completamente distinta de la casa en que nació. Era ésta una casa pequeña, la primera construida en Unity después del incendio. El doctor la había donado al municipio. En ella funcionaba una tienda de regalos, oscura y polvorienta, donde se vendían baratijas de recuerdo de la guerra de la Independencia a los turistas que se dejaban caer por el pueblo en verano y en otoño, en busca de un tramo del Camino de la Libertad. La casa donde vivía el doctor tenía muchos ventanales y daba a un paisaje de rododendros y azaleas rosas, blancas y moradas. Había una empalizada entre el camino y la falda dela colina. Después de aparcar, entraron en tropel a la cocina, exhaustos, con los zapatos sucios de barro. Hap llamó a la pizzeria del pueblo y pidió una *pizza* grande con todo, mientras el doctor se lavaba.

David Stewart, el padre de Hap, era un hombre alto y arrugado. Acababa de volver del trabajo. Estaba en el cuarto de estar, sintonizando en el televisor el partido de los Red Sox, cuando Hap entró para presentarle a Stella.

—Así que tú eres Stella —dijo David Stewart—. No te pareces en nada a tu madre.

Ya que ser diferente de su madre era una de las metas principales en la vida de Stella, el comentario del señor Stewart debía haberla complacido. En cambio, la irritó. Se sentía ofendida.

—Tu madre tenía un pelo precioso. Tenía esa abundante cabellera negra por la que se conoce a las Sparrow. En el colegio los chicos la perseguían. Todos estaban locos por ella, pero a ella no le interesaba nadie más que Will Avery.

Si Juliet Aronson hubiera estado allí, probablemente habría dicho: *¿Ah, sí? Pues seguramente usted era el chico que menos le interesaba de todos. Señor Stewart, es usted un gamberro y un borracho, y, antes como ahora, un completo idiota*. Pero Stella se limitó a sonreír, educada, paralizada, desconcertada por la comparación con su

madre. De modo que ella no era nada, que era invisible, una mera imitación del original.

—Mi padre es un poco imbécil —se disculpó Hap cuando salieron a esperar la furgoneta de la pizzeria—. Me parece que ha sido una decepción para mi abuelo. Vende productos farmacéuticos y le va bien, pero se suponía que debía haber sido médico. Como yo.

—No te pareces en nada a tu padre —dijo Stella, y los dos rieron ante la imitación del veredicto de David Stewart. Pero el comentario del señor Stewart había calado. Stella era menos que su madre, eso había dicho él. Era el tipo de chica en la que nadie normal se fijaría.

—Mi padre es un poco imbécil también. Pero es simpático. Me escucha. O al menos lo intenta.

El rostro del accidentado volvía a la mente de Stella, ahora incluso, horas después del acontecimiento. Mientras miraba los rododendros, mientras se quitaba un mechón de pelo de la cara y mientras mencionaba a su padre, veía el rostro del muchacho. La manera como él la había mirado. Entre los dos había pasado algo innegable. Quizá eso era lo único verdadero que había en el mundo: el acto de ver a alguien, aunque fuera por un instante, y de recibir su mirada, en el centro, en lo más profundo.

Se había levantado la brisa y el aire olía a arcilla, a heno y a fertilizante, a hierba dulce y a jengibre silvestre. A abril. Stella empezaba a relajarse, después de aquel día intenso, cuando vio algo que se movía en el prado. Una extraña criatura comía hojas de un avellano. Parecía un camello al revés. Era como esos seres que sólo existen en sueños, hechos de fragmentos y partes de varios animales. Stella vio un casco, una cabeza, una cola.

—¿Qué es eso? ¿Hay un animal ahí?

—Es *Temprano*. El caballo de mi abuelo.

Stella sintió que la invadía el frío, aunque el día era aún tibio y el sol no se había puesto. El día en que se habían conocido, había visto a Hap cayendo de un caballo. Estaba en el aire y caía rápidamente, y no había nadie que lo ayudara.

—Supuestamente se odian, pero están unidos de por vida.

Mírale el lomo. ¿Habías visto un lomo tan hundido?

—No me habías dicho que tuvieras un caballo. Jesús, Hap. Debiste habérmelo dicho. Se supone que somos buenos amigos, y me sales con esto. ¿Qué más me escondes?

—No tengo ningún caballo. —Hap no comprendía el disgusto de Stella—. Te lo dije. Es el caballo de mi abuelo.

El doctor Stewart se había hecho cargo del caballo por hacerle el favor a un granjero de North Arthur que había sido paciente suyo durante décadas y que muchas veces no había podido pagarle los honorarios. El viejo granjero estaba a punto de morir, y no tenía a nadie en el mundo, sólo aquel caballo enorme, viejísimo, pardo con manchas blancas en la cara, en forma de lágrimas.

No vivirá mucho tiempo, había dicho el granjero. *Morirá enseguida, se lo prometo. Deje que pase sus últimos días en ese prado que usted tiene. Comerá pasto y se cuidará solo. Usted únicamente tendrá que echarle una paca de heno cuando llegue el invierno. Se dejará morir y se enterrará a sí mismo, se lo juro. No tendrá que hacer nada por él*.

Cuando el granjero murió, el doctor Stewart fue a su tierra yerma. Había olvidado preguntar si el caballo tenía nombre. *Si vas a morir tarde o temprano, más vale que sea temprano*, dijo el doctor en voz alta desde la cerca, y tan pronto como lo dijo, el caballo empinó las orejas. Era una fría tarde de enero. El doctor venía del funeral del granjero. Se frotó las manos y se preguntó qué diablos se había comprometido a hacer. Al caballo se le podían contar las costillas. Tenía sarna. Pero cuando se le acercó, descubrió que su aliento era dulce; olía a manzana.

Me han asegurado que esta bestia morirá muy pronto, le dijo Brock Stewart a Matt Avery, que había alquilado un remolcador donde los hermanos Harmon para engancharlo a su camioneta y llevar el caballo a Unity. El doctor Stewart había contratado a Matt para construir un corral y un cobertizo adosado a la casa donde el animal podría guarecerse durante las tormentas.

No estoy tan seguro, dijo Matt con una sonrisa. *Algo me dice que va a durar*.

Habían pasado dieciséis años y el caballo seguía igual. No estaba

más viejo ni más cercano a la muerte. El veterinario, Tim Early, calculaba que *Temprano* tenía treinta y cinco años, o más, por el desgaste de sus dientes. Todo lo que el doctor sabía era que el caballo le había costado cerca de diez mil dólares contando el cercado, la pesebrera y el forraje. Así pues, Elinor Sparrow y el doctor Stewart tenían las dos mascotas más viejas del pueblo, aunque cuando alguien se atrevía a llamar mascota a *Temprano*, el doctor estallaba. *Es un engendro. Es un saco de pulgas. No es ninguna mascota. Es el precio que aún pago por un momento de piedad estúpida*.

—Debió haberlo llamado *Tarde* —dijo Hap risueño—. O *Eterno. O Diez Mil Dólares*.

Stella se sentía mareada. La furgoneta de la pizzería se acercaba por el camino.

—Quizá tu abuelo debería matarlo —dijo, y miró a Hap de soslayo para ver su reacción. Hap frunció el ceño, como hacía siempre que algo le preocupaba—. Sería un acto generoso, en verdad, evitarle más padecimientos. Probablemente sufre mucho, con esa espalda tan hundida, y todo…

—*Temprano* no podría ser más feliz. Se pasa el día comiendo y cagando y viendo cómo limpiamos.

El de la *pizza* hizo sonar la bocina, y Hap fue a pagar y a recibir el pedido. Del tubo de escape de la furgoneta salió una bocanada de humo y el aire quedó azul, empañado. Desde donde estaba sentada Stella, en el porche, el caballo parecía una criatura de sueños. Se movió lentamente, buscando hierba tierna. Luego desapareció tras las hojas del avellano.

—Nadie lo monta, ¿no? —preguntó Stella cuando entraron con la *pizza*.

—Se derrumbaría, Stella. Ya viste cómo tiene el lomo.

—Prométeme que no lo montarás tú.

—¿Por qué? —Hap abrió la tapa de la caja de la *pizza*, y entre Stella y él ascendió una nube de vapor. En Unity, *pizza* con todo significaba con salchicha, pimientos y champiñones.

—Porque suelo tener buenas ideas —dijo Stella, queriendo sonar despreocupada—. Por ellas se me conoce.

Stella había sacado unos platos del aparador, pero no sabía si sería capaz de comer.

—¿Ah, sí? —exclamó Hap sonriente—. ¿Qué me dices de la cebolla?

Stella no pudo evitar reírse. Cynthia Elliot le había contado que su hermano, Jimmy, le decía a la gente que más valía evitar a Stella porque procedía de una estirpe que traía mala suerte y era el resultado de una larga serie de errores genéticos. Como si Jimmy Elliot supiera algo de genética. Había suspendido ciencias dos veces y había tenido que repetir la asignatura. Además, era un mentiroso. Juraba que una tortuga le había comido la punta del dedo, pero Cynthia le contó a Stella que se la había cortado una podadora de césped por no encenderla correctamente. Por alguna razón, todas las chicas se derretían por Jimmy. Él no cesaba de perseguir a Stella, y a la hora de la comida la miraba fijamente desde el otro extremo de la cafetería.

Una tarde, Cynthia y Stella abrieron el casillero de Jimmy y dejaron una cebolla con un alfiler clavado, encima de los libros que él nunca había abierto. Jimmy le había dicho a todo el mundo que Stella le había lanzado una maldición porque estaba enamorada de él. No pasaría mucho tiempo, había dicho, antes de que empezara a rogarle que saliera con ella.

—Ay, por favor. Jimmy Elliot es un tarado mental. ¿Quién le teme a una cebolla?

Stella se sintió más contenta después de que saliera a relucir ese tema, y acabó comiéndose tres porciones de *pizza* después de apartar la salchicha. El padre de Hap cenó en la sala de estar delante de la tele. El abuelo hablaba por teléfono, y llegó a la cocina cuando Hap y Stella ya estaban lavando los platos.

—Hap, ve y pregúntale a tu padre si quiere café —sugirió el doctor Stewart. Cuando Hap fue, el doctor se sentó al lado de Stella junto al fregadero. Se daba cuenta de que aquella chica podía mirar a la muerte a los ojos, y la admiraba por eso. Era un buen ejercicio, contemplar el abismo en lugar de dar la espalda y huir, como hacía tanta gente.

Brock Stewart había visto morir a muchas personas. Había perdido la cuenta, pero siempre lo asombraba la singularidad, la individualidad del proceso. Algunos hombres duros, de los que podía pensarse que se dejarían llevar fácilmente, lloraban en la hora final y llamaban a sus madres. Había personas respetables que decían susurrando que estaban dispuestas a vender su alma al diablo a cambio de un día más, de una hora más en la vida que les era tan preciada. Pero había otras muertes, temidas, penosas, a destiempo, que terminaban siendo ligeras, como una piedra que cae al agua quieta, como un suspiro. Por ejemplo, la muerte de aquel bebé que Liza Hull había dado a luz quince años atrás. La niña nació con un defecto cardíaco irreversible, y en la unidad de neonatos del Hospital de Hamilton le dieron pocos meses de vida. Liza estaba divorciada de uno de los primos Hathaway de Boston que se había enrolado en la Marina Mercante, de modo que el doctor Stewart adquirió el hábito de pasar por su casa para ver a la niña.

Cuando pareció que se acercaba el final, Liza lo llamó. Quería que su hija estuviera en casa cuando llegara la muerte, y así fue. Estaban los tres en la habitación de Liza, en el pequeño piso encima de la casa de té, y la tarde caía sobre los árboles. El doctor Stewart había tratado de prepararse mientras conducía hacia allá. Había imaginado que sería una muerte muy dura, pues se llevaría una vida que ni siquiera había empezado, y dejaría desolada a una joven madre. Pero fue distinto de como había imaginado. Brock Stewart pensaba que lo había visto todo, pero lo cierto era que nunca antes había experimentado un silencio ni una belleza como los que conoció en aquella casa. Liza abrazaba a la niña contra su seno y al mismo tiempo la dejaba ir. Las dos respiraban al unísono. El doctor Stewart supo que la niña se había ido cuando percibió un leve cambio en el aire y oyó un ligero sollozo.

Había visto que por lo general el momento de la muerte llegaba como una exhalación que no se parecía a ninguna otra. Era como si el espíritu se levantara del cuerpo para integrarse al aire, como si la esencia de la persona ya no cupiera en un marco de carne y sangre. En el momento de la muerte, Liza inclinó la cabeza y besó los labios

de su niña, y fue como si el espíritu de la pequeña entrara en ella. Por un instante, pareció que las dos eran un solo ser.

El doctor se quedó allí sentado con Liza toda la noche. Sentía que la pobre mujer merecía eso, como mínimo: una noche sin sirenas ni ambulancias, sin certificados de defunción. Merecía esas pocas horas de paz, mientras el mundo estaba quieto. En la mañana, cuando empezaba a clarear, el doctor llamó al Hospital de Hamilton. Dijo que la niña había muerto a las cinco y treinta de la mañana. Liza envolvió a su hija en una sábana, y cuando la ambulancia llegó, estaba lista.

Gracias, dijo antes de irse, y bajó la escalera con el cadáver en brazos. *Usted estuvo conmigo cuando lo necesité*.

Brock Stewart había ejercido la medicina durante muchos años. Lo había visto todo: el cáncer, los fallos cardíacos, el lento avance de la enfermedad, la sorpresa extrema de las muertes accidentales, como la de los dos niños que se habían caído por entre el hielo del pantano y habían muerto congelados, tomados de la mano. Pero la noche en que murió el bebé de Liza Hull, se metió en su viejo Lincoln, ese coche que lo aguantaba todo (el barro, la nieve, las inundaciones) y lloró. En la habitación de Liza había tenido lugar algo extraordinario: la aceptación plena. Durante toda su vida, el doctor Stewart había luchado contra la muerte, su enemiga, su dragón invencible. En ese momento, se dio cuenta de que había estado equivocado: veía sólo la roca, mientras pasaba por alto el río que fluía alrededor de ella. Comprendió entonces que la muerte era su compañera constante, que lo seguía y entraba de su brazo a las casas de sus pacientes, que caminaba con él por la calle, que formaba parte de él de la misma manera como las vidas que había salvado, los niños que había traído al mundo y las fiebres que había disipado.

Gracias, le dijo a Liza Hull cuando desde su coche vio que la ambulancia se alejaba camino a la morgue del Hospital de Hamilton.

Por eso había deseado que Hap, a quien tanto quería, fuera médico. Deseaba que un día su nieto sintiera lo mismo que él había sentido en ese momento, cuando la luz se abría paso a través de las

tinieblas y el cielo brillaba como la plata. Deseaba que tuviera la oportunidad de acompañar a alguien en el momento más importante de su vida. Pero, en fin, el chico no tenía madera de médico. En cambio la chica, Stella, sí.

—El paciente llegó a tiempo al Hospital General de Massachusetts —le dijo a Stella, que secaba los platos—. Tenías razón. Tenía el hígado lacerado. Perdió una gran cantidad de sangre, pero los pronósticos son excelentes. Los médicos tienen muchas esperanzas. Has hecho bien.

Stella trató de controlar su emoción. Si había visto una muerte que luego no había sucedido, ¿no sería entonces que lo que veía era la posibilidad de la muerte, en lugar de un destino invariable? ¿Acaso las muertes que veía eran inciertas y podían evitarse si se tomaban las medidas correctas?

—He hojeado libros de anatomía en la biblioteca —le dijo al médico—. Simplemente, observé los síntomas. Fue un acierto casual.

—No, no fue casual. Fue inteligente.

Stella estaba encantada con el cumplido, y no se sentía capaz de hablar.

—Todos los sábados voy a la clínica —dijo el doctor en tono fortuito, para no ejercer ninguna presión. Ya lo había intentado con Hap y con su hijo, y no había funcionado—. Y también paso por la residencia de ancianos que está en la autopista. Lo digo por si alguna vez te interesa acompañarme. Veo que te gusta la medicina.

—Claro. —Stella se había sentido bien en la clínica. Se había sentido como en casa. Ni siquiera había notado que tenía gotas de sangre en las botas—. Gracias. —Estaba tan contenta por cómo había salido todo, por el hecho de que el muchacho se estuviera recuperando, y por la comprobación de que el destino de una persona podía cambiar en el último momento, que le dio un abrazo al doctor antes de irse—. Tengo que irme a casa. Dígale a Hap, por favor, que lo veré mañana en el colegio.

Se alejó por el camino, y se detuvo cuando llegó al prado. Sentía dentro una alegría rara. De repente, se sentía importante. Agitó los

brazos para llamar a *Temprano*, pero el caballo se limitó a mirarla y siguió comiendo hierba bajo la luz de abril, que gradualmente se apagaba. Algunos caballos se asustaban cuando los pájaros alzaban el vuelo o al ver las nubes pasar. No era el caso de *Temprano*, que ya había visto demasiadas cosas en la vida para sobresaltarse. Había vivido lo suficiente como para alarmarse.

—Ojalá mueras —le dijo Stella—. Vamos —lo conminó. Levantó los brazos hacia el cielo, como para conjurar la imagen de la muerte de Hap, que caía de un caballo sin que nadie lo ayudara—. Muere —le ordenó al viejo caballo de lomo hundido.

Temprano permaneció donde estaba, y siguió rumiando. Pero no estaban solos. Jimmy Elliot se acercaba por el camino, y lo había oído todo. Llevaba unos vaqueros y una camisa negra que le permitía confundirse con las sombras del final de la tarde. Llegó al prado y se detuvo junto a Stella.

—Lo podríamos negociar —dijo.

—Por favor —dijo Stella y rió. Extrañamente, no se había sorprendido al verlo—. ¿Qué, le vas a pegar un tiro? ¿Por qué no le arrojas una cebolla? Eso asusta mucho.

—Ja. Muy graciosa. —Jimmy había guardado aquella cebolla. La tenía en el fondo de su armario, dentro de una bolsa de plástico transparente.

—¿Qué te pasa con este caballo? ¿Por qué quieres que muera? Se ve que no le haría daño a nadie. Es más bien patético. Como tu amiguito Hap.

En realidad, Jimmy no sabía qué estaba haciendo allí. Había visto a Stella y a Hap en el coche del doctor Stewart, y luego, sin saber por qué, había recorrido el camino de los Stewart y allí estaba contra la cerca, mirando una mula vieja.

—Es un peligro —dijo Stella. Pensaba en lo que había dicho el padre de Hap: su madre volvía locos a los chicos, y ella no se le parecía en nada. Miró a Jimmy y vio su expresión de desconcierto. Al parecer, el señor Stewart se había equivocado—. Igual que tú.

—¿Me lo ves en la cara, o qué? —preguntó Jimmy, y rió, y su risa le sonó ajena. Sentía que el corazón se le iba a salir.

—Ya te lo dije. Tengo buen ojo. —Stella bajó de la cerca de un salto y salió a correr—. Te apuesto una carrera hasta la carretera.

Pero Jimmy se quedó donde estaba, y siguió mirándola. No iba a dejar de hacerlo, aun si eso implicaba dejar que ella ganara.

—No creo que tengas buen ojo —gritó. Luego sonrió, cuando ella llegó a la carretera. Stella se había vuelto y se había despedido de él agitando la mano, justo como él había deseado—. Todavía hablas conmigo.

III

No había nadie que le dijera a Will que debía levantarse de la cama. No tenía que ir a trabajar, ni tenía una esposa que Se quejara de su pereza y de su descuido. Por tanto, se despertaba al mediodía. Como no había nadie que le pidiera que lavara los platos, dejó que se acumularan en el fregadero hasta que casi alcanzaron el techo. Los tenedores, las cucharas y los cuencos untados de chile con carne y de espaguetis descongelados formaban una torre que hacía equilibrio sobre las tazas de té favoritas de Jenny, agrietadas bajo el peso de las ollas y las cacerolas. Los vecinos se habían resignado. Ya no esperaban que sus quejas convencieran a Will de que había tocado fondo. Will no se tomaba la molestia de tirar las bolsas de basura al incinerador, y ya ni siquiera las bajaba a la calle, sino que dejaba que se acumularan frente a su puerta. La señora Ehrland había preguntado a su sobrino, fiscal del Departamento de Vivienda, si había alguna manera de deshacerse de Will Avery. Pero aparentemente no había ninguna, a pesar de que los vecinos habían empezado a quejarse de la presencia de ratones en los pasillos.

Los fines de semana, gracias a Dios, los vecinos disfrutaban de una tregua, pues Will solía pasar las noches del viernes y el sábado en la casa de Ellen Paxton, que usaba perfume de jazmín, el aroma

que Jenny había percibido en su piso. Ellen era profesora de canto en la academia de música, y aunque no era ninguna belleza, alimentaba a Will bastante bien y después de la cena le daba buen sexo. Esto es, cuando Will no bebía demasiado y se tiraba a dormir en el sofá, donde le servía de almohada a la mascota de Ellen, un gato birmano que perdía mucho pelo y que él detestaba.

Ahora que Jenny se había marchado, Ellen esperaba que su relación con Will se afianzara. Por su parte, Will no quería desanimarla hasta no tener un poco más de dinero. No había ninguna necesidad de renunciar a las cenas de Ellen ni a los préstamos que le hacía cuando se quedaba sin blanca. Tampoco era necesario que Ellen supiera que Will se acostaba además con Kelly Butler, una de las camareras de The Hornets' Nest, que a los veintitrés años era aún lo suficientemente joven para no sentirse molesta entre el desorden del piso de Will y para no enfadarse porque él nunca la invitara a ninguna parte.

Por encima de todo, Will echaba en falta a Stella. La confianza que le tenía, su fe en él. Stella dejaba muchos mensajes en el contestador, pues él siempre estaba fuera o dormido cuando le telefoneaba. Lo echaba de menos. Le pedía que fuera a Unity a visitarla, pero él no podía, pues la libertad bajo fianza exigía que no se moviera de Boston, de esa ciudad que era su cárcel, de esa ciudad que tan cruel se mostraba con aquellos que carecían de dinero y de sueños. ¿Para qué quería las tiendas y los cafés de la calle Newbury, la acústica casi perfecta de la sala de conciertos, la vista magnífica del Ritz un hombre que no poseía nada ni tenía futuro? Will estaba arruinado y la desilusión lo había debilitado. Por las noches no podía dormir sin antes tomar varias copas que lo ayudaran a relajarse. El sueño no le traía el descanso, era un abismo del que no podía escapar. A menudo se despertaba tembloroso, como si hubiera naufragado en agua helada y hubiera tenido que nadar hasta la costa. Se tomaba varias tazas de café, y seguía temblando.

Ahora, cada vez que caminaba por el Common mantenía la mirada al frente para no ver a los hombres acostados en los bancos, a los indigentes que se tendían sobre las tablas como si lo hicieran en

sus camas. Jenny le había contado que casi siempre soñaban con trozos de pastel de manzana y sábanas limpias. Soñaban que alguien los quería, que alguien los esperaba en la puerta de su casa. Soñaban con todas las pequeñas cosas que Will estaba perdiendo. Como su piano se había quedado de rehén en su antiguo piso, por las deudas que había dejado, y de todas maneras las manos le temblaban demasiado para tocar, pasaba la mayor parte del tiempo frente al televisor. Empezaba a tomar *whisky* con la segunda taza de café, para despejarse, y ya estaba un poco borracho la tarde en que un reportero entró en el edificio y localizó, sin que nadie se lo impidiera, su puerta. Los nombres de los inquilinos estaban registrados en el vestíbulo, de modo que no le fue difícil dar con Will. Junto a su nombre, los vecinos habían escrito insultos con rotulador indeleble: *Consíguete un jodido trabajo. ¿Sabes que existen las ratas? ¡Tira tu puta basura!*

—Tendrá que marcharse —dijo Will cuando le abrió la puerta al extraño, que enseguida se presentó como reportero. Will todavía llevaba la ropa del día anterior, y se había puesto una chaqueta deportiva para estar presentable—. No doy entrevistas desde la última debacle. Tiendo a hablar demasiado.

—Ya lo sé —dijo el reportero—. Por eso lo encontré. Posó frente a su edificio, y en la foto se veía el número del portal. Vaya idea.

Will rió.

—Sí, tengo muchas como ésa —dijo, y de repente sintió simpatía por aquel individuo que lo había encontrado.

El reportero lo miró de arriba abajo, como estudiando su situación.

—Mire. No publicaré nada que usted no quiera. Y eso no es todo —añadió y tosió, incómodo. Echó un vistazo y miró la entrada, llena de basura, con ojos de lástima—. Le pagaré por la entrevista.

A Will le sonaba el estómago. Se sentía mareado por el *whisky* y la cafeína. Había media *pizza* fría en la nevera, y poco más. Estaba a punto de tener que llamar a Jen para pedirle dinero. O quizá Matt volvería a manifestarse. Henry Elliot le había advertido, de manera

tajante, que no hablara con ningún reportero, ni con nadie, acerca del caso. Pero Henry siempre había sido un asno inflexible, un moralista, y Will nunca había hecho mucho caso de los consejos, en general.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Doscientos dólares.

—No lo sé. —Will hizo lo posible por parecer pensativo. Después de todo, de algo tenía que vivir—. ¿Qué tal mil?

—Quinientos. No puedo darle más. —El reportero sacó una cartera y contó cinco billetes de cien dólares—. Nadie le ofrecerá más.

—No vamos a discutir —dijo Will y se metió el dinero en el bolsillo de la chaqueta. Sonrió y abrió la puerta de par en par. El visitante entró, justo a tiempo, pues la señora Ehrland subía por la escalera con la intención de quejarse nuevamente de la basura y de la televisión que atronaba a altas horas de la noche. Cuando la casera llamó a la puerta, el reportero ya había pasado a la sala del apartamento. Will ignoró los golpes de la casera. Se quitó la chaqueta y la arrojó sobre el escritorio, cubierto de facturas sin pagar. Quizá eso era lo que tenía molesta a la señora Ehrland: el alquiler atrasado.

—¿Para qué diario ha dicho que trabaja?

—Para el *Boston Herald*. Soy Ted Scott. No le tomaré mucho tiempo. Sé que todo el mundo dice eso, pero esta vez es verdad.

Will recogió los periódicos y las revistas que estaban sobre el sofá y la poltrona. En el fondo, era un alivio poder hablar con alguien. Agradecía la oportunidad de sacarlo todo, en lugar de guardárselo como sugería Henry Elliot, que ya en el colegio era un cuadriculado. Además, lo que dijera de Stella durante la entrevista no se publicaría: el hecho de que había sido ella quien le había pedido que fuera a la policía, pues había visto lo que iba a pasarle a la mujer en Brighton.

—¿Podría hablar con ella? ¿Un minuto?

—Por Dios, claro que no. Está en casa de su abuela. En una vieja casa en el bosque, a muchos kilómetros de aquí.

Completamente segura.

—¿Qué más vio? —preguntó el reportero—. ¿Vio los detalles del asesinato? ¿Pudo ver cómo era el asesino?

Will se había servido otro *whisky*. Le gustaba la manera como le quemaba la garganta y lo hacía sentir vivo.

—No lo publicará, ¿no? —Will quería cerciorarse—. Iodo lo que vio fue que a la mujer la degollaban. —Pensaba en los quinientos dólares y en cómo iba a gastarlos. Podía ir todas las noches a The Hornets' Nest, una vez que pagara lo que debía allí, e incluso podía invitar a cenar a Kelly Butler. Ya casi se le había olvidado qué se sentía al comer bien. Casi se le había olvidado cuán hambriento estaba.

—Voy a traer algo de comer —dijo y se dirigió hacia la cocina —. ¿Quiere algo? ¿Una cerveza?

—No, no bebo a estas horas —dijo el reportero—. Gracias, estoy bien así.

Will sacó un trozo de *pizza* de la caja de cartón magullada. Como no había ningún plato limpio cogió una servilleta de papel. Luego destapó una cerveza. Era la última que quedaba, pero pronto habría más.

—Tardaré un instante —dijo desde la cocina—. Estoy buscando el picante. La *pizza* no vale nada sin picante, en mi humilde opinión.

Tuvo que abrir la puerta del salón con la cadera, porque tenía las manos ocupadas con el desayuno.

—¿Seguro que no quiere nada? —preguntó.

Pero estaba hablando solo. La silla donde se había sentado el reportero estaba vacía. Por la ventana entró una brisa súbita y levantó los diarios que Will había puesto en el suelo. Ted Scott había desaparecido.

—Mierda —balbuceó Will. Puso la *pizza* y la cerveza en la mesa de la sala. Se quedó allí un momento, paralizado, y luego se dirigió hacia el escritorio y cogió su chaqueta. Buscó en el bolsillo. El dinero no estaba.

La puerta del piso estaba abierta y en el corredor no había nadie.

Allí estaban las bolsas de basura que había dejado esa mañana. Alguien las había volcado al pasar. Por el suelo rodaban las botellas de cerveza vacías. Will no reciclaba la basura, pues eso implicaba un esfuerzo excesivo de planificación. Su madre le había advertido que ese descuido con el que vivía acabaría por pasarle factura. La última vez que él la visitó, ella le tomó la mano y le pidió perdón.

—¿Por qué? —preguntó Will.

—Debí hacerte las cosas más difíciles. No debí haber celebrado todo lo que hacías.

Así era ella. Dispuesta a echarse la culpa de todo, incluso de la vida desastrosa de su hijo.

—Mamá —dijo Will y se inclinó sobre ella, aunque ya olía a muerta y a él siempre le habían chocado esas cosas. Respiraba con dificultad, y Will se dio cuenta de que nunca le había preguntado nada acerca de su vida. No sabía por quién había votado en las últimas elecciones, ni qué películas le gustaban, si leía novelas por la noche, cuando se quedaba despierta preocupada por él—. Lo has hecho todo muy bien. Todo el daño me lo he hecho yo mismo.

—Ay —dijo Catherine, con su último aliento, y tomó la mano de su hijo con tanta fuerza que él la soltó, asustado—. Te he querido mucho.

De no haber sido por su estúpida codicia, habría tenido el radar encendido para detectar la calaña del tal Ted Scott. Se suponía que las personas similares se reconocían entre sí. Pero esta vez no había funcionado. Esta vez un puñado de dólares lo había cegado. Llamó al *Boston Herald* y no se sorprendió cuando el editor de la sección metropolitana le comunicó que allí nunca había trabajado nadie con el nombre de Ted Scott. También llamó a los tabloides, donde nadie sabía de ningún Scott.

Todos los timadores terminaban timados, y Will no podía creer que había descuidado esos quinientos dólares. Debía de estar perdiendo el contacto con la realidad. Se miró en el espejo que Jenny había comprado en una tienda de antigüedades de la calle Charles cuando acababan de mudarse al piso. Además, estaba perdiendo su atractivo. Podía verlo claramente. Los demás quizá no

lo notaran, pero porque no lo observaban con el detenimiento con que se observaba él. Tenía la cara abotargada, y círculos oscuros alrededor de los ojos. Tenía el cutis cetrino y ya no podía decir que su palidez se debía a la mala iluminación de la cárcel.

—Idiota —le dijo a su reflejo.

¿Había pensado que la vida sería siempre fácil? ¿Había pensado que nunca pagaría por tomar siempre el camino más corto? Pensó en los hombres que dormían en los bancos del Common, y en sus sueños, donde aparecía cuanto les había sido arrebatado y cuanto habían desechado. Últimamente, en sus sueños fragmentarios, fugaces y turbios, aparecían esas mismas cosas: sábanas limpias, amor, una mujer a la que no le importara que fuera guapo ni cuánto dinero llevara en la cartera.

Por primera vez en mucho tiempo, Will miró más allá de su reflejo. Allí en el espejo, en su línea de visión, estaba la mesa de caballetes donde Jenny ponía el correo, donde solía poner la bolsa con la comida que Stella llevaba al colegio, donde dejaba notas para Will en las que le recordaba sus responsabilidades domésticas, los recados y las tareas que él eludía sin falta. Entonces se dio cuenta de que la réplica de Cake House, que había estado ahí acumulando polvo, no estaba. Lo supo con certeza porque la superficie que la casa había ocupado estaba limpia, como otro espejo, mientras que el resto de la mesa estaba cubierta por una película de mugre. Una vieja casa en el bosque. Había dado la información de regalo, totalmente gratis. Era allí donde estaba su hija, que había visto el crimen antes de que se cometiera.

El teléfono sonó, pero Will no contestó. Sentía que tenía el infierno entero en el estómago. Podía ser Henry Elliot, o peor aún, su hermano. No era capaz de hablar con nadie. Necesitaba un momento a solas antes de aceptar la magnitud del error que había cometido. Ahora, quien buscaba a Stella tenía algo mucho mejor que un mapa. Tenía una copia de la casa donde vivía, y no le tomaría mucho tiempo encontrar el original, el lugar donde la forsitia, a punto de florecer, no estaba hecha de fieltro. Pronto llegaría a la puerta de tamaño real. Pronto vería el seto, que en

aquella estación estaba tan alto que en él un hombre se podía esconder sin que nadie lo viera, entre el aroma del laurel y el zumbido de las abejas.

IV

En más de treinta años, nadie había sido invitado a cenar en Cake House. El último invitado había sido una colega de Saul que había llegado tarde. Antes de que llegara, la cena ya había fracasado. Era una mujer atractiva, de pelo castaño y cejas arqueadas, negras como alas de cuervo. *Es imposible dar con estas aldeas*, dijo, bromista, y no tuvo la cortesía de disculparse por la tardanza. Se había vestido con demasiada elegancia y se había perdido por no llevar un mapa. Cuando Saul fue a la sala a servir las copas, la invitada se quedó observando a Elinor, que preparaba la ensalada. Le hizo muchas preguntas acerca de su marido: cuál era su comida favorita, si los domingos trabajaba en el jardín, regabalas almácigas y se ponía un sombrero de paja. Si leía el periódico en la cama, y si miraba primero la página deportiva o las noticias. La bonita invitada no mentía, no exactamente, y por eso Elinor no había podido sacar conclusiones claras acerca de ella. Simplemente deseaba conocer mejor a su marido. Lo quería para sí, eso era todo.

En treinta años no había habido ningún visitante. Sólo el doctor Stewart, que ocasionalmente se quedaba a tomar un plato de sopa de verduras o un poco de pan de jengibre cuando se acercaba la Navidad. Los cubiertos de plata habían perdido el lustre dentro de su caja de terciopelo y necesitaban una limpieza. La vajilla buena había acumulado polvo y tenían que lavarla. Había que recoger la ceniza de la chimenea. Encendieron el fuego. Aunque ya era abril y el campo estaba lleno de trillium y de azucenas, aunque los narcisos florecían junto a los caminos, el comedor estaba frío como una

tumba.

—Tú no tienes que hacer nada —le dijo Jenny a su madre. Elinor merodeaba por la cocina, sin saber qué hacer, mientras Jenny cortaba cebollas y puerros para preparar un estofado de pollo. Se había decidido por esa receta, que no era ni muy elaborada ni demasiado sencilla, y que no revelaría que su artífice había trabajado duramente en la cocina por el simple hecho de que Matt iba a cenar con ella. Jenny se había levantado a las seis para preparar el menú y luego había ido a North Arthur, al mercado campesino, donde siempre tenían verduras frescas.

—Sí tiene que hacer algo. Me tiene que ayudar —dijo Stella desde la despensa. Había encontrado, detrás de las botellas de agua sucia de los estanques, el libro de cocina más viejo de la casa, un libro que había pertenecido a Elisabeth Sparrow. Pasaba con el pulgar las gruesas páginas manchadas de sudor y mermelada.

—La abuela y yo haremos el postre. ¡Ya lo encontré! —declaró al regresar a la cocina—. Nidos de pudín. Perfecto, ¿no?

—Perfectamente horrible —dijo Elinor.

—Me temo que estoy de acuerdo con tu abuela. —Era una sorpresa para las dos. Posiblemente, era la primera vez que estaban de acuerdo en algo. De todas maneras, Jenny estaba contenta al ver que Stella se interesaba en la cena. Cualquier cosa que no fuera salir dando un portazo era un paso adelante. Allí estaban, en la cocina, tres mujeres de la misma familia, y por el momento no se había presentado ningún problema.

—Manzanas rellenas de natillas. —Stella se recogió el pelo y se puso a trabajar en el vaciado de las manzanas—. Podemos hacer el relleno de vainilla o de caramelo con mantequilla. A Elisabeth le gustaba más la vainilla —le informó a la abuela, a la que había puesto a batir huevos—. Quisiera que Juliet me viera ahora. No se creería que sé cocinar.

—¿Juliet? —preguntó Jenny. El radar se le había encendido.

—Es mi mejor amiga —le recordó Stella—. ¿Te suena de algo?

—Bueno, bueno —dijo Elinor. Se sentía molesta por la discusión que había empezado, pero le alegraba descubrir una mella

en la supuesta perfección de Jenny, y sentía gratitud hacia la fragilidad de la naturaleza humana—. De modo que no conoces a su mejor amiga.

—La conozco. Sólo que no me parece que sea el tipo de persona con la que Stella debiera andar.

—Al menos la madre de Juliet fue a la universidad.

Estudió en Smith. No dejó de lado su futuro para financiar la educación de un hombre.

—Ese hombre es tu padre. Y, además, ¿me estás comparando con la mujer que envenenó a su marido? No hay que estudiar en Smith para hacer eso.

Elinor se daba cuenta de que las natillas se estaban cociendo demasiado rápido. Estaban hirviendo y se iban a derramar. Un minuto más, y el relleno de los nidos quedaría chamuscado. En los bordes de la olla se había formado una película gomosa.

—Bueno, ahora también uno de mis padres ha estado en la cárcel. ¿Eso hace que mi amistad con Juliet sea apropiada, mamá? ¿Ahora Juliet está a mi altura?

—Coges todo lo que digo y le das la vuelta.

—¡No, no necesito hacerlo! ¡Tú misma le das la vuelta! ¡Siempre piensas que tienes razón, maldita sea!

—Pues tengo razón en ciertas cosas, pero, claro, tú no eres capaz de reconocerlo.

Se miraron fijamente a través de la mesa, por encima de las manzanas, que se estaban volviendo marrón, de los puerros cortados y de las natillas, que se derramaban de la olla.

—Todo estaba bien hasta que llegaste —dijo Stella—. Todo estaba perfectamente bien.

—Perdón por meterme en lo que no es asunto mío, pero las natillas se están chamuscando —anunció Elinor.

Stella agarró un trapo y corrió a retirar del fuego la pesada olla. En el viejo libro de cocina, Elisabeth Sparrow decía que después de cocer la mezcla había que revolverla durante quince minutos, pero esas natillas se habían echado a perder. Estaban totalmente arruinadas.

Stella lanzó los brazos hacia arriba y salió corriendo de la cocina, de modo que Elinor tuvo que poner la olla en el fregadero bajo el chorro del agua fría. Una nube de humo empañó la ventana de la cocina. En el reflejo del viejo cristal verde, grueso como vidrio de botella, Elinor vio que Jenny se había hundido en una silla y se agarraba la cabeza con las manos. El puerro y la cebolla, ya picados, hacían que la habitación oliera a primavera. Era un olor dulce, de lluvia. Elinor permaneció donde estaba, junto al fregadero de esteatita. Tiempo atrás, sabía cómo consolar a las personas. Había mecido a su hija entre sus brazos, cuando era un bebé, pero luego había perdido el don del consuelo, y no tenía ni idea de qué podía hacer.

—No te preocupes por el postre —dijo, con tono de eficiencia, mientras fregaba la olla quemada—. Todo el mundo sabe que Matt no come dulce. Es de los de pan con mantequilla.

—Antes le encantaban los helados. Supongo que los dejó —dijo Jenny y se sonó la nariz con una toalla de papel—. Matt es tan sencillo.

—Al menos habrá una persona sencilla en la cena.

Elinor se sorprendió ante la súbita risa de su hija y, al ver que Jenny reanudaba su tarea culinaria, sintió una punzada de orgullo por haberla alegrado. Su hija tenía la capacidad de seguir adelante, de recoger los pedazos y ocuparse de lo que había por hacer. Cuando Matt llegó en su camioneta, el estofado estaba en el horno, el arroz estaba listo, y la ensalada estaba sobre la mesa.

Matt traía una botella de vino y unas tortas de alcaravea, de las que su madre solía encargar de la casa de té Hull. En el porche, *Argus* le gruñó y se acercó sin prisa, arrastrando sus patas artríticas.

—Hola, viejo. —Matt le acarició la cabeza, abrió la bolsa blanca de las tortas, y sacó una, recién hecha—. No se lo digas a nadie —le dijo al perro, que engulló la torta agradecido.

Stella, aún enfadada, había visto el encuentro desde el jardín. Sonrió cuando vio que su tío limpiaba las migas de las barbas del perro.

—Has venido —dijo, y se acercó a través del césped húmedo.

Unas ranas pequeñas se apartaron a su paso, y saltaron hacia los arbustos.

—He venido, pero no sé si seré bienvenido.

—Es posible que mi abuela te lance una maldición y que mi madre te envenene con el estofado de pollo, pero si no les tienes miedo y si te gustan las verduras, pasa.

—¿Estofado de pollo?

—Sí, ha estado cocinando todo el día.

—¿De verdad? —A Matt le agradó que Jenny hubiera puesto tanto empeño en la cena, pero recordó la época en que las mujeres del pueblo habían llenado su nevera de lasañas de pavo y pasteles de lima—. ¿Dijiste estofado?

—¿Entras o qué? —preguntó Stella al ver que él vacilaba.

Matt se había detenido para tomarse su tiempo y mirar alrededor. Era posible que nunca más lo invitaran, y quería disfrutar de Cake House. La única otra vez que había entrado había sido aquel día espantoso en que había defendido a Will de Elinor.

—Yo te vi recién nacida —le dijo a Stella. *Argus*, que por lo general era distante y digno, los siguió, empinando la nariz, con la esperanza de que le cayera otra torta de alcaravea—. En realidad, te conocí cuando tenías sólo tres días. Mi madre, tu abuela Catherine, fue conmigo. A los dos nos pareció que eras el bebé más bonito del mundo.

Stella sonrió. Su tío era una de esas personas con las que era fácil sentirse bien.

—Te había preparado nidos de pudín, pero los quemé.

—Qué pena, seguro que me he perdido algo bueno. Aunque, en realidad, suena espantoso. ¿Tenían picos y plumas?

Stella rió.

—No, natillas y manzana.

—Pues lo mismo. Odio el dulce.

Elinor había salido al vestíbulo. Aunque parecía molesta por el hecho de tener en casa un invitado, aceptó la bolsa de tortas, la abrió y miró dentro.

—Las preferidas de tu madre —dijo.

A Matt le impactó que se acordara. Aunque había trabajado para Elinor durante años, no podía decir que la conociera, y cuando la gente del pueblo le preguntaba cómo era, se quedaba mudo. Todo lo que sabía era que ella se negaba a pavimentar el camino, algo que él le había sugerido que hiciera en numerosas ocasiones, y que no quería nivelar el Camino del Caballo Muerto.

Allí, en la entrada, Matt se dio cuenta de que, aunque sólo había estado una vez en la casa, había soñado con ella en muchas ocasiones. En sus sueños, siempre aparecía la casa original, antes de que se le añadieran trozos como a un pastel de boda. Era una casa hecha de madera, de tierra y de paja. En sus sueños, olía a humo y a nenúfar. Por un instante le pareció que volvía a percibir ese olor, pero enseguida lo reemplazó el aroma que salía de la bandeja de panecillos que Jenny traía de la cocina. Los había comprado en el supermercado, pero Liza Hull había dicho que si se les ponía mantequilla y unas hojas de romero, podían pasar por panecillos caseros.

—Hola, has llegado —dijo Jenny, animada, y se abanicó con el trapo, acalorada por la bandeja recién salida del horno. El olor del romero la embriagaba—. Eres el primer invitado que tenemos en años.

Matt había leído recientemente en el diario doméstico de Emily Hathaway que algunos tontos enamorados creían que el número de botones de una camisa podía revelarles si eran o no correspondidos por su amada. Los números pares e impares determinaban el resultado del romance. Lo mismo ocurría con los huesos de ciruela que el enamorado encontraba en una tarta. Si encontraba un número impar, significaba que tendría penas. Si el número era par, vendría el amor.

—Puedes guardarte el vino. Nosotros no bebemos —dijo Elinor Sparrow.

—No hables en plural —dijo Jenny, y recibió la botella de Chardonnay que le ofrecía Matt—. Desde luego, si Will estuviera aquí, preferiría el *whisky*. Y de la mejor calidad. Bebe Johnnie Walker, ¿no?

Una vez pronunciado, el nombre de Will quedó allí sobre la alfombra, como un sapo.

—El bueno de Will —dijo Matt Avery.

Al estudiar a su tío, Stella se dio cuenta de que era todo lo contrario de su padre. Si hubiera puesto a los hermanos cara a cara, habría parecido que uno era la sustancia y el otro la sombra. ¿Pero cuál era cuál?

—La genética es fascinante, ¿no? —dijo Stella cuando se sentaron a la mesa. Llevaba la pulsera de plata que su padre le había regalado, y la campanita tañó suavemente cuando extendió el brazo para coger la ensalada y pasársela a Matt—. Las variaciones. Las mutaciones. Por eso voy a estudiar medicina —le informó a su tío —. En la medicina todo es posible.

Matt sintió admiración por ella. Cuando él estaba en el noveno curso, soñaba demasiado como para tener tiempo de pensar en el futuro. Lo más remoto que podía planear era ir a North Arthur a ver una película el domingo siguiente.

—¿Tú qué haces? —preguntó Stella.

—Ya lo has visto. Corto árboles. Podo céspedes. En invierno, quito la nieve de la carretera. Trata de convencer a tu abuela de que pavimente el camino y pode un poco el seto de laureles.

—Nunca —dijo Elinor.

—Y estudia historia —añadió Jenny—. Es un experto sobre Unity.

—¿Es cierto eso? —Elinor puso su tenedor sobre la mesa—. Dime algo que yo no sepa.

Podía decirle que su nieta no se parecía en nada a las demás mujeres del linaje Sparrow, con esos ojos dorados y ese pelo, casi del color de la nieve. Era como las mujeres Avery, en todo caso como Catherine, como sus hermanas y sus tías, aunque las Avery no olían a nenúfar. Pero, en cambio, le dijo a Elinor que se decía que su abuela, Elisabeth Sparrow, era incapaz de percibir los sabores. Había sido una suerte durante los años de la Depresión, ya que podía comer cualquier cosa. Y además, parecía que ese rasgo era la base de su exquisitez culinaria.

Elisabeth Sparrow, continuó Matt, inventó una sopa de hojas de nenúfar sumamente alimenticia. Algunas mujeres del pueblo, entre ellas Lois Hathaway, describieron cómo Elisabeth cocinaba con ingredientes locales.

Un día preparó un plato con nabos acuáticos, perejil y ciertos toques secretos. Lo llamó estofado de nueve ranas. Poco tiempo después, los habitantes de Unity que se habían quedado sin trabajo se presentaron en la puerta de Cake House para que les dieran algo de comer. Estaban demasiado hambrientos para pensar en su orgullo. Elisabeth terminó montando un comedor que habría de convertirse en el Centro Cívico. Se decía que había llegado a servir más de veinte mil comidas para los necesitados. Entre ellos se contaban los trabajadores que habían sido contratados para construir la estación de tren. La abuela de Liza Hull había comido allí casi todos los días de su niñez.

—Por eso Liza heredó la receta de la tartaleta de limón —dijo Matt.

Stella corrió a la cocina para traer el libro de Elisabeth.

—Éste es el original —le dijo a su tío, que lo miró encantado. Stella pasó las páginas hasta la última, donde estaba la receta del estofado de nueve ranas.

—Huy. Dice que hay que filtrar el agua para sacarle el barro y los mosquitos. Qué delicia. Pero no entiendo qué son estos dos ingredientes.

Matt tomó el libro y leyó.

—No sé cuál es el primero. —La caligrafía era muy inclinada, y la tinta, de un naranja pálido, parecía haber sido extraída de los nenúfares—. El otro, creo que es salvia.

Jenny celebró los conocimientos de Matt.

—Os lo dije. Lo sabe todo.

Matt la miró a través de la mesa de una manera que la hizo sentir incómoda.

—No lo sé todo —dijo—. No estoy ni cerca.

—Quizá sepas por qué mantienen la urna de cristal en la sala —le dijo Stella—. Tal vez puedas decirme por qué a nadie de esta

familia se le ha ocurrido tirar esas cosas horribles.

—¿Voy a vigilar el estofado, o vas tú? —le preguntó Elinor a Jenny.

—Voy yo —dijo Jenny, agradecida con su madre por haber intentado cambiar de tema—. Ya debe de estar listo.

Stella se volvió hacia Matt.

—¿Ves lo que hacen? —le preguntó. Bajo la luz tenue, él pudo ver que en su frente se había formado una arruga. Supo qué lugar ocupaba Stella en su familia, pues era el mismo que él había ocupado en la suya: el lugar del que se preocupa, del que ve lo que otros niegan, del responsable de limpiar el desorden que dejan los demás.

—¿Me mostrarías la urna? —Matt siempre había sentido curiosidad por aquel objeto. No había pasado un día en que no lamentara haberse quedado atrás en aquella ocasión, esperando a su hermano, respirando el aire húmedo, denso y verde, lleno de polen.

Stella echó su silla hacia atrás.

—Estamos cenando —dijo Jenny—. ¡Por favor, Stella!

Pero Stella la ignoró y condujo a su tío hacia el salón, que quedaba en el centro del pastel de boda. La habitación tenía un gran ventanal, pero el cristal era viejo y la luz entraba turbia. *Argus* estaba acostado en el umbral, y Matt tuvo que pasarle por encima. Había esperado años para volver a ese lugar. Cuando había entrado a rescatar a su hermano no había tenido la oportunidad de echar un vistazo. Esta vez, lo que vio no lo decepcionó. Reconoció las vigas del techo: eran de cerezo, y despedían un aroma dulce, frutal. Vio que las estanterías estaban hechas de nogal. Stella lo llevó al rincón y quitó la tela que, como sabía Matt, había sido bordada por la hija de Rebecca, Sarah Sparrow, y por la hija de ésta, Rosemary. Habían bordado un corazón partido y un sauce que lloraba con lágrimas negras. El suelo de la escena estaba cubierto de campanillas, y el cielo lleno de pájaros. Las mujeres habían puesto toda su dedicación en cada puntada. El bordado les había llevado tres inviernos, y habían tenido que servirse de una lupa para enhebrar el finísimo hilo de seda. Matt contuvo la respiración mientras observaba los

contenidos de la urna. La sociedad histórica habría dado cualquier cosa por exponer esos artefactos al menos durante una tarde. La señora Gibson habría hecho una fiesta si alguien hubiera metido de contrabando una de las reliquias en la biblioteca. La brújula de plata la habría emocionado. La trenza, en cambio, era demasiado.

Matt podía ver que su sobrina era valiente. Esto era inusual entre los Avery, pero común entre las Sparrow.

—Éstas son las puntas de las flechas que le dispararon a Rebecca Sparrow los niños del pueblo. Los niños Frost confesaron haberlo hecho, y creo que también había un Hapgood y un White. La gente decía que Rebecca era incapaz de sentir dolor, y los niños quisieron comprobarlo. Parece que las heridas produjeron una peritonitis. Rebecca no se quejó, pero después de recibirlas, se alejó cojeando.

Jenny los había seguido, pero se quedó del otro lado del umbral. Siempre había pensado que la urna de cristal era el museo familiar del dolor, y que sus reliquias estaban allí para recordarles que no debían confiar en nadie, que nunca debían perdonar. Pero ya no estaba tan segura de eso.

—Los niños no entendían que la ausencia de dolor no implicaba que la víctima fuera inmune a las consecuencias de las heridas.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó la décima punta de flecha. La había llevado consigo durante más de treinta años. Debía haberla devuelto inmediatamente, pero había temido causarle problemas a Will, de modo que durante todo ese tiempo la usó como amuleto. No le trajo buena suerte, pero lo hizo pensar en Jenny todos los días. Sin la flecha se sentiría perdido durante un tiempo, pero, en todo caso, así se había sentido siempre.

—¡No lo puedo creer! —dijo Stella y soltó una risa. Había notado que faltaba una de las flechas, y se había preguntado dónde estaría—. ¿De dónde la sacaste?

—Se había perdido —dijo Matt, que la había encontrado en uno de los cajones del armario de su hermano, años atrás—. Pero ya ha vuelto a su lugar.

Desde el umbral, Jenny recordó que había dejado a Will solo, en esa habitación, el día de su cumpleaños número trece. Sólo fue un

momento, mientras discutía con su madre, pero bastó para que él robara la punta de flecha. Si ella hubiera sido más atenta, habría notado que ese día Will se frotaba los dedos como si le picaran, el síntoma inequívoco de un ladrón.

—Quien más escribió sobre Rebecca fue un hombre llamado Charles Hathaway. Un tipo patético. Consiguió la primera adjudicación de tierras de parte de la corona, luego lo perdió casi todo, y mereció el desprecio de su hijo.

—¿Ese pelo es de ella? —preguntó Stella y señaló la trenza oscura. *Rebecca*, pensó. *Dame una señal*.

Matt asintió con la cabeza.

—Creo que sí —dijo—. Este pueblo trató mal a Rebecca, Stella. Si quieres conocer los detalles, ve a la biblioteca.

—Lo siento por esta cena tan terrible —dijo Jenny cuando Matt salió de la sala para que Stella pudiera quedarse sola un momento. La niña puso la flecha en su lugar, delicadamente.

—No ha sido horrible. No para mí. —No le habría molestado que Jenny le hubiera servido sopa de hoja de nenúfar y estofado de nueve ranas. Habría comido corteza de árbol, cuero, campanillas salteadas con arroz. No era comida lo que quería.

—Apuesto a que odias los estofados, en todo caso.

—No, yo no diría eso. —Matt estaba tan cerca de ella que se sintió mareado por el olor a agua del lago. *¿Está en su piel?*, se preguntó. *¿Todas las Sparrow huelen así? ¿Está en la sangre?*

—¿Qué dirías, entonces?

Jenny estaba demasiado cerca de Matt Avery. Se había vuelto imprudente. Había caído en ese abandono verde propio de la primavera, aunque ya no era marzo. Quizá la había enloquecido toda esa lluvia, la lluvia de los narcisos, la lluvia de las rosas, la lluvia de los peces que caía en esa zona de Massachusetts.

—Diría que habría deseado que todo saliera de otra manera.

—Bueno, uno casi siempre puede decir eso, ¿no? —Jenny sintió un escozor debajo de la piel. Probablemente se debía al romero que había puesto sobre los panecillos—. En vista de los malos pasos que todos damos, ¿no podríamos decir eso siempre?

Elinor se acercó para pedirles que volvieran a la mesa a terminar de comer, pero vio que algo se movía fuera. Miró por la ventana junto a la puerta del frente, y llamó la atención de Jenny golpeando el suelo de madera con su bastón.

—Hay alguien ahí fuera. Alguien viene por el camino.

Jenny se acercó a mirar. El vidrio tenía desniveles y burbujas de aire, y no se veía bien a través de él. Sólo vio las sombras y el seto de laurel.

—No hay nadie.

—¿Te das cuenta de que nunca estás de acuerdo conmigo? —dijo Elinor—. Si yo digo que es mediodía, y el sol está en el centro del cielo, tú dices que es medianoche. Sólo quieres llevar la contraria. Está ahí, ¡mira!

Jenny volvió a mirar. Forzó la vista, y se acercó tanto que tocó el vidrio con la nariz. Sí, un hombre salía del Camino del Caballo Muerto y enfilaba por el camino. Andaba a tropezones. El cielo seguía azul, pero el camino ya estaba a oscuras. Del laurel llegaba el zumbido de las abejas.

Matt se acercó y abrió la puerta para ver mejor. Aunque la presencia de Jenny lo aturdía, se concentró en mirar al hombre. Habría reconocido en cualquier lugar esa manera de caminar.

—Es Will. —Por el tono con que lo dijo, cualquiera habría pensado que se refería a un demonio o a un perro y no a su hermano —. Ha violado la libertad condicional.

—Bueno, espero que le guste la comida fría —dijo Elinor—. Es lo que hay.

Podían ver que Will traía una bolsa grande de deportes, y era obvio que estaba llena de ropa. Tal vez tenía la intención de quedarse. Will pisó los charcos, y, cuando llegó a la casa, tenía los zapatos cubiertos de barro y los pantalones mojados hasta las rodillas.

—¡Por Dios, hay que ver ese camino! Está peor que nunca.

—No quisiera que entraras en mi casa, pero si insistes, tienes que quitarte los zapatos —ordenó Elinor.

Will se apoyó en la baranda del porche y se quitó los zapatos.

—Alguien podría saludarme, ¿no?

Matt y Jenny se miraron.

—¿Pasa algo? —preguntó Will, extrañado.

—Eso te pregunto —dijo Jenny—. ¿No tenías que permanecer en Boston? Y ya que estamos, ¿por qué no has telefoneado a Stella? Te llama todos los días, y nunca estás en casa. ¿Alguna vez vas a dejar de pensar solamente en ti?

—¿Y tú? —dijo Will mirando a Matt—. ¿Me quieres reprender por algo?

—Todavía estás lleno de barro —dijo Matt.

—He metido la pata —confesó Will.

En el horizonte el cielo estaba rosa y azul, del tono más puro de azul, ese tono que Elinor buscaba, que creía por fin haber encontrado. El aire que los rodeaba estaba hecho de sombras, de tinta que manaba de las tinieblas.

—Perdimos la casa —dijo Will.

—Le envié a la señora Ehrland el arrendamiento de este mes. No puede echarte —dijo Jenny—. Aunque no me cabe duda de que le gustaría.

—No, no. No el piso. La casa de juguete. Alguien se la llevó.

Will estaba andrajoso. Allí de pie en el umbral, sin zapatos, con las perneras sucias de lodo, parecía un mendigo que hubiera llegado a pedir comida, un limosnero deseoso de que su suerte cambiara pero convencido de que no sería así. Por la manera como su hermano balbuceaba, Matt se preguntó si no estaría sufriendo de *delirium tremens*. O quizá tenía síndrome de abstinencia. Pero no, podía oler el *whisky*. Matt se había tomado una copa hacía poco, seguramente en el tren. El tren nocturno procedente de Boston ya era conocido por su bar cuando ellos eran adolescentes. En ese tiempo, en el bar atendía un hombre que no pedía el carné de identidad. En ocasiones, Will se pasaba allí el día entero: iba a Boston y volvía una y otra vez, y entretanto bebía una copa tras otra de *whisky sour*, ginebra y cerveza, hasta que no podía gatear en línea recta, por no hablar de caminar.

Stella, que había oído la voz de su padre, corrió hacia la sala y se

echó en brazos de Will.

—¡No me dijeron que vendrías!

—Mejor haz como si no hubiera venido. Ésta no es una visita. Hay problemas.

Matt conocía ese tono. Era la voz del desastre, del fracaso, la voz que Will ponía para pedir dinero prestado, para pelearse en la calle, para decir que lo habían despedido del trabajo, que había dejado los estudios, que se había follado a la vecina, que se había apartado del lecho de muerte de una mujer porque era demasiado duro verla, demasiado deprimente, demasiado real.

—Claro que hay problemas, mira: no tienes zapatos. —Stella miró a su madre como si ella tuviera la culpa de que Will estuviera allí con los calcetines mojados, embarrados, agujereados.

—¿Tenemos pantuflas?

—En el armario —dijo Elinor—. Las hay con pompones y sin pompones.

La noche caía veloz, y las flores rosa del laurel brillaban en la oscuridad que se extendía. Se oía el zumbido letárgico de las abejas, que terminaban su jornada, habían acabado de libar y estaban satisfechas. La puerta seguía abierta, y un gran abejorro confundió la casa con el campo abierto. Voló hacia dentro y se posó en la mano de Matt. Cuando éste sacudió la mano, el abejorro despegó perezoso, como si no quisiera irse de allí. Jenny se quedó mirando cómo volaba en círculos, atraído por Matt. Hacía frío. Era otro de los trucos de abril: días cálidos y noches frías. Pero el aire aún estaba denso, seguía cargado de fiebre primaveral. Era la estación de las decisiones precipitadas, de la bravura, de la clarividencia, de la aparición del calor abrasador en medio del frío. La prueba del amor podía encontrarse en una brizna de hierba, en algo que se había guardado, en algo que se había desechado. Jenny pensó en la abeja que no había picado y en el ángel tallado del parque municipal. Se dio cuenta de que aquella mañana, el día de su cumpleaños número trece, había dos chicos en el césped y sólo un sueño.

Jenny sintió un leve rumor dentro de la cabeza, como el día en que había cumplido trece años. Había sabido con certeza a quién iba

a amar. Pero había visto lo que había querido, y no lo que tenía delante. No se había detenido a mirar a su alrededor. Paciencia: ése era el ingrediente ilegible del estofado de nueve ranas, y el que Jenny no había tenido en cuenta.

—¿Alguien la robó? —le preguntó Matt a su hermano. De repente, se había percatado de la trascendencia del robo.

Will sabía lo que su hermano pensaba de él. Lo tenía claro desde aquella fiesta de Año Nuevo, en que se emborrachó, perdió el sentido y terminó metiéndose con una de sus alumnas. Matt tenía todo el derecho de despreciarlo, pero Will aún temía defraudar a Jenny. Todo había terminado entre los dos, él lo sabía, pero ella se merecía alguna consideración por haberlo soportado durante tantos años. Esperaba que montara en cólera. Estaba en su derecho. Él había dejado que un extraño entrara en su casa, había dado prioridad a sus necesidades, había vendido la seguridad de su hija por quinientos dólares que sólo fueron suyos durante un instante. La paga se había evaporado de sus manos codiciosas como el humo, dejando atrás sólo cenizas.

Will miró a Jenny, y, por primera vez en su vida, no le ocultó nada. Habían estado juntos durante tanto tiempo, que le debía al menos un instante de honestidad.

—Cariño —dijo, y sintió todo el peso de su fracaso. Estaba bajo el laurel, sin zapatos, con los calcetines empapados. Vio su reflejo en los paneles de vidrio junto a la puerta de Cake House: parecía que estuviera bajo el agua, que estuviera ahogándose y no tuviera nada de qué agarrarse, salvo la verdad—. Cometí un error.

—Lo entiendo perfectamente —le dijo Jenny—. Yo también cometí un error.

LA CURA

I

Stella, que antes de mudarse a Cake House había vivido en el mismo lugar durante trece años, se vio obligada a trasladarse nuevamente. Todos estaban de acuerdo en que era lo mejor. Tenían miedo debido al robo de la casa de juguete, y resolvieron que la niña debía abandonar Cake House. Pero, ¿adónde podía ir? Los Avery tenían un primo en Nueva York. También podía ir a un internado en Rhode Island o en Connecticut. Pero Stella se negaba a salir de Massachusetts. No quería entrar en un tercer colegio en un mismo año. A toda costa, quería terminar el noveno curso en el colegio de Unity. Estaba empeñada en quedarse en el pueblo, aunque hubiera derramamientos de sangre, hambrunas, aunque sus padres fueran presa del pánico y su vida corriera peligro. Por primera vez, sacaba sobresalientes en todas las asignaturas. Disfrutaba de los viajes a la clínica y de las conversaciones con el doctor Stewart. Además, tenía una vida social. ¿Qué iba a hacer Hap sin ella? ¿A quién iba a perseguir Jimmy Elliot si ella se iba del pueblo, a qué ventana iba a arrojar guijarros en la noche, cuando todo estaba oscuro y las currucas lanzaban sus últimos gritos?

—No molestaré a nadie —decía Stella—. Lo prometo.

Había pocas personas en el pueblo a quienes las Sparrow pudieran pedir ayuda. Aquellos que creen que los mejores vecinos son los que no se hablan no encuentran a quién recurrir en los

tiempos difíciles. Pero Liza Hull era famosa por su gran corazón. Cuando Jenny telefoneó para preguntarle si Stella podía quedarse en su casa, Liza no lo dudó un instante. En cuestión de horas, Stella quedó instalada en la habitación de huéspedes, encima de la casa de té. Estaba encantada. La casa olía a vainilla, a espuma de jabón, a té Assam. Tenía una habitación que podía cerrarse con llave y daba a los plátanos de la calle. Si eso era la caridad, Stella no tenía ningún problema con ser su beneficiaria.

Liza no hizo preguntas. Se limitó a poner en la cama sábanas limpias, y le enseñó a Stella cómo regular el agua de la bañera, que tendía a salir demasiado caliente o demasiado fría. Stella había reducido sus posesiones a unos cuantos bienes preciados, que cabían en su mochila y en una bolsa. Sin embargo, Liza le dio un viejo armario de roble que había pertenecido a su abuela, quien, cuando niña, había transcrito las mejores recetas de Elisabeth Sparrow.

—Me encanta tenerte como huésped —le anunció, y le dio un abrazo. Aunque Stella no era muy dada a esas muestras de afecto, nada que viniera de Liza podía molestarle. La casa de té era un lugar perfecto para vivir, excepto por las mañanas, pues a las siete empezaban a entrar los clientes, y seguían entrando sin parar, de modo que Stella no podía volver a dormirse por más que metía la cabeza bajo la colcha. No podía ignorar el ruido de los platos, ni el del agua que corría por las tuberías cada vez que se encendía el lavaplatos. En cualquier caso, probablemente le habría sido imposible dormir hasta tarde, debido a las latosas currucas, que charlaban sobre las liliáceas frente a su ventana. Las más atrevidas se paraban en el alféizar y golpeaban el cristal con el pico. Se acercaban a la casa de té con la esperanza de recibir migas y cortezas de pan.

Stella esperaba ansiosa el fin de semana. Había hecho planes con Juliet Aronson, y no le había dicho nada a su madre, a quien no le gustaba Juliet. Lo cierto es que Juliet era extraña e impredecible. No era como las demás personas, y no tenía ninguna intención de formar parte de la masa. La última vez que habían hablado, Stella le había confiado que se sentía confundida acerca de cuál chico del pueblo era el que le gustaba en realidad. ¿Debía hacer caso a lo que

le decía la razón, o a lo que le decía el corazón? ¿Debía observar cuándo se le aceleraba el pulso?

—Clava un alfiler en una vela y enciéndela —le aconsejó Juliet —. Cuando la vela se haya quemado hasta el alfiler, tu amor verdadero entrará por la puerta.

Stella se rió.

—Suena muy científico. —Le parecía absurdo. Sin embargo, no perdería nada con intentarlo, al menos una vez—. ¿Qué tipo de vela?

—Una vela común y corriente, y un alfiler común y corriente. Siempre funciona.

Stella encontró una vela y un viejo candelabro de bronce en la cocina, y los dejó en el comedor de la casa de té, para usarlos cuando sintiera ganas de ensayar el tonto truco de Juliet. Pero ¿qué pasaría si aparecía Jimmy Elliot? ¿Significaría eso que estaba enamorada de él? Y si entraba Hap, ¿sufriría una desilusión?

Finalmente, llegó el viernes. Juliet faltaría a clases por la tarde, para llegar en el tren de las tres. Afortunadamente, Jenny no trabajaría en la casa de té el fin de semana, y estaría ocupada con todo lo que había que hacer en Cake House ahora que a Elinor le fallaban las fuerzas. ¿Quién habría imaginado que madre e hija se quedarían solas en la casa junto al lago? ¿Quién habría imaginado cuánto trabajo había que hacer allí? Jenny hacía la compra en el mercado de Hamilton, ponía a lavar la ropa en la espantosa lavadora del sótano, y preparaba arroz con pollo para *Argus*, que tenía la digestión cada vez más delicada.

Cuando llegó la mañana del viernes, Jenny estaba exhausta. Los pies le dolían, porque pasaba de pie la mayor parte del día. Las manos le ardían por el detergente de lavar los platos, y sentía un escalofrío cuando el viento entraba por la ventana que estaba junto a la caja registradora. Era una mañana oscura y lluviosa. Eso significaba que la casa de té estaría abarrotada. Los clientes se rezagarían con otra taza de té o de café, querrían tomar algo caliente que los guardara del viento y el frío, de los charcos y del inicio de la jornada. *La lluvia de las piedras*, decía Elinor. Era una lluvia

explosiva, que no tenía consideración alguna con los seres humanos. Llovía a cántaros, llovía tan fuerte que dolía, caía tanta agua que se inundaban las carreteras, se rebosaban las alcantarillas y se desbordaban los lagos. Jenny no había podido dormir a causa de los goterones que caían sobre el viejo techo de pizarra. Todo el tiempo pensaba en Matt Avery, incluso cuando no quería hacerlo. Pasaba las noches en vela pensando en él. Se sentía atrapada por un anhelo sordo, del que no podía escapar. Cuando salió el sol, hubo sólo una leve alteración en el cielo plomizo. La luz de la mañana llegó con Stella, que se detuvo en la barra para comer algo antes de ir al colegio.

—Este *brioche* está buenísimo —dijo mientras comía con voracidad.

Recientemente había empezado a tomar té. También era nueva su afición a los *brioches*. Antes le gustaban más los bollos de canela. Jenny tenía la sensación de que, cuanto más se alejaba de ella, más feliz parecía su hija. La chica brillaba en el salón oscuro, más luminosa que las velas que Jenny había puesto sobre la repisa.

—¡Tu *brioche* es la cosa más deliciosa del mundo! —gritó Stella cuando Liza se presentó en el comedor con dos tartas de mora para poner en la vitrina. Antes de volver a la cocina, Liza se acercó y le dejó un platito con mantequilla y mermelada de sidra hecha en casa.

—¿Ya le hablaste a tu madre acerca de tus planes para el fin de semana? —preguntó.

—Ya le hablaré —dijo Stella, y cruzó los dedos tras la espalda.

—¿De qué tienes que hablarme?

Jenny había regresado después de tomarle el pedido del desayuno al malhumorado Eli Hathaway.

—No vayas a darme nada sano —dijo Eli. En la luz opalina, del color de las palomas, el taxista parecía un anciano de cien años—. Un café fuerte y dos berlinas de mermelada. Eso es lo que quiero. Y no intentes convencerme de que coma otra cosa.

No había berlinas de mermelada, y Jenny esperaba que Eli se contentara con el *strudel* de frambuesa. La vista le fallaba, y probablemente no notaría la diferencia.

—De la posibilidad de que yo trabaje aquí los fines de semana —dijo Stella.

Por fortuna, Liza se había ido a la cocina y Stella no tuvo que hablar sobre la inminente visita de Juliet. Pero era inexperta en el arte de mentir, y empezó a toser tan pronto terminó de hablar, como si las palabras se le hubieran atragantado. Jenny le dio unas palmadas en la espalda y le sirvió un vaso de agua.

—No creo que sea necesario —dijo—. El colegio es más importante.

—Pero Cynthia trabaja.

Stella y Jenny intercambiaron una mirada cargada de sobreentendidos.

—Deja que adivine. —La expresión de Stella se había agriado, y su tez había adquirido un tono verdoso—. Está bien que Cynthia trabaje aquí, pero no que yo lo haga. Nunca te gustan mis amigas, ¿no? —Stella agarró su mochila y se dirigió hacia la puerta.

—Cynthia me cae bien. Sólo me parece un poco conflictiva.

—Todos somos un poco conflictivos —le informó Stella—. También tú.

La discusión había empezado, y amenazaba con volverse más fuerte que el aguacero, que la lluvia de las piedras. Podía causar más dolor que la lluvia, y dejar heridas temporales o permanentes. Pero justo cuando iba a convertirse en una pelea airada, pasó algo extraño, y con ello la discrepancia desapareció, como una sombra. En la repisa más alta, junto a los botes de azúcar, la llama de una de las velas osciló en el aire oscuro. Brilló una luz de plata. Fuera, la lluvia de piedras arreció. Dentro, voló una chispa brillante. El alfiler que Stella había clavado en la cera.

—¿De dónde sacaste esas velas? —Stella sintió pánico, sintió que el truco le había salido al revés.

—De un cajón. Estaban detrás de las servilletas. Estaba oscuro cuando llegué. Habrá por lo menos diez tortugas en el camino cuando regrese a casa.

Jenny había dejado de limpiar la barra al ver la chispa. La lluvia caía como una carga de piedras, con mil gotas transparentes como la

primera capa de hielo que cubría el lago Hourglass en invierno. Stella agarró su mochila, su paraguas y el chubasquero amarillo que Liza le había prestado. La lluvia golpeó la puerta mosquitera, y la salpicó con unas gotas frías, dulces e imperdonables.

Cuando la luz toque el alfiler, tu amado ha de aparecer. Luego la puerta has de cerrar, pues ya no necesitas pensar.

—Así se sabe si es tu verdadero amor —le había dicho Juliet Aronson—. Así se sabe a ciencia cierta.

El fuego había tocado el alfiler, pero no había pasado nada. Nadie había aparecido, y quizá era lo mejor. Stella no podía imaginar quién entraría por la puerta. No podía decidir de quién enamorarse. Pero ahora al menos le podría decir a Juliet que había ensayado el truco.

—Más vale que me vaya —dijo.

—Puedo llevarte en el coche. —Jenny preparaba la cuenta de Eli Hathaway. Había tenido razón. Él no se había quejado del *strudel*.

—No, estás trabajando. No te preocupes. Me sé cuidar sola. No me ahogaré.

La calle seguía oscura, como si aún fuera de noche, y las únicas luces que la iluminaban provenían de una camioneta que acababa de aparcar. Matt Avery se acercó corriendo bajo la lluvia, con su vieja chaqueta impermeable y sus botas de trabajo agujereadas. Al parecer, el roble disfrutaría de una nueva tregua. No era un día apropiado para talar árboles. Matt cruzó el umbral, y se secó la cara.

—Hola —le dijo a su sobrina, que había estado a punto de tropezar con él.

Stella se detuvo, boquiabierta como un pez. La llama seguía quemando el alfiler. Matt miraba a su madre de una manera particular.

—Hasta luego —dijo Stella. Se sentía avergonzada. Le vendrían bien el frío y el viento. Abrió la puerta mosquitera y dejó que la lluvia salpicara el interior de la casa de té.

—¿Quieres que te lleve al colegio? —le preguntó Matt.

—Tienes cosas más importantes que hacer —le respondió ella.

Él rió.

—¿Como qué?

—No lo sé. Que tengas buena suerte, la necesitarás.

—Adolescentes —dijo Matt y fue a sentarse en el extremo de la barra.

—Están locos —dijo Jenny, y le sirvió una taza de café. No se atrevía a mirarlo a los ojos. Ella también se sentía un poco loca, en la penumbra de la casa de té, bajo la insistente mirada de Matt y los gritos de Eli Hathaway, que golpeaba su vaso con una cuchara para indicar que quería otro trozo de *strudel* de frambuesa.

—Niña —llamaba—. Me muero de hambre. Dame otra berlina de mermelada.

Niña, pensó Jenny, y rió.

—Creía que era usted diabético —le dijo a Eli desde la barra. Tarde o temprano iba a tener que mirar a Matt, así que lo hizo de una vez. Un coro de ranas cantaba en un charco junto a los escalones de la entrada. Además de las ranas, el único sonido que se oía era el de la lluvia. Era una lluvia como la que cae en sueños, interminable, invisible, como el pulso del universo.

—¿Cómo está tu hermano? —preguntó Jenny mientras cortaba el último trozo de *strudel* para Eli y le entregaba a Matt la carta.

—Ah, Will —dijo Matt, al tiempo que ponía crema en su café —. Siempre Will. ¿No podemos evitar hablar de él?

La pregunta flotó en el aire mientras Jenny llevaba el pedido de Eli Hathaway. Cuando regresó, Matt le contó que su hermano se había mudado a su casa. Will y Henry Elliot habían ido a ver al juez para informarle sobre el robo de la casa de juguete. Will colaboró, describió al individuo que se había hecho pasar por reportero y que podía ser el asesino. El dibujante del juzgado hizo un retrato. El juez decidió que Will podía vivir en Unity, pero que tenía que permanecer bajo la custodia de su hermano mientras el caso siguiera abierto.

—De modo que eres el guardián de tu hermano.

—No tiene ningún otro lugar donde vivir.

Esa lluvia mareaba. Matt recordaba que Anton Hathaway, que había enviado su diario a su madre antes de caer en la batalla, había

escrito que lo que más odiaban los hombres de su batallón era la lluvia. Cuando llovía, los invadía la nostalgia. Había soldados que se enfrentaban con coraje a la sangre y a las balas, pero llamaban a gritos a sus madres cuando el agua empezaba a caer y empezaban a oír los truenos.

—Pero si yo pagué el alquiler. —Jenny estaba lívida. Envió a la cocina el pedido de Matt, pan de centeno tostado y huevos fritos, con el muchacho que Liza había contratado para que lavara los platos y sacara la basura—. No lo comprendo. Envié un cheque mucho antes del primer día del mes.

—Tú lo enviaste, y Will lo cobró. Aparentemente, la casa de juguete no es lo único que Will ha perdido. Ha estado viviendo del dinero del alquiler. Fui a Boston a sacar algunas cosas del piso. La señora Ehrland te manda saludos.

—Ah, genial. Qué bien.

Jenny se sirvió una taza de café. Joe y Dennis, los hermanos Harmon, entraron pisando fuerte para sacarse el barro de las botas. Joe Harmon había sido compañero de clase de Jenny en la escuela primaria. Jenny se sorprendió al darse cuenta de que llevaba trabajando en la casa de té el tiempo suficiente como para saber lo que los dos hombres solían desayunar: un *bagel* una tostada de pan de centeno y dos tortillas de queso muy hechas.

—¿No te pareció que Stella estaba un poco rara? —preguntó Jenny mientras anotaba el pedido de los Harmon.

—Quizá tenga un examen. La escuela secundaria tiene sus presiones.

Siempre que se encontraba en presencia de Jenny, Matt tenía la sensación de estar soñando. Sentía que seguía en su cama, lejos del vacío de la vida cotidiana. Por su parte, Jenny, acostumbrada a soñar sueños ajenos, había empezado a soñar los propios. La noche anterior había soñado con un laberinto de setos verdes, infinito. Corría, a punto de caer a cada paso que daba, hasta quedar sin aliento.

Matt se puso a hablar sobre lo que tenía que hacer.

Iría a Boston a recoger algunas de las pertenencias de Will, que

la señora Ehrland había guardado en el sótano. Esperaba poder volver a trabajar en el roble el fin de semana. Cuando no era la lluvia, se lo impedían sus otros trabajos. Además, las abejas, ebrias del polen que recogían en el campo de tréboles rojos detrás de la avenida Lockhart, habían construido dentro del tronco un panal. Jenny lo miraba. Los setos del sueño estaban llenos de abejas. Había una abeja en cada hoja.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Matt al ver su expresión.

—¿Eh? Sí. —Jenny le llevó el desayuno y lo miró comer. La comida desaparecía rápidamente. Él casi había terminado y Jenny estaba inquieta—. La otra noche —dijo finalmente—, cuando llegó Will y estábamos en el porche, se te posó una abeja en la mano. Tú la espantaste, pero no estabas asustado.

—Las abejas no pican si uno es amable con ellas. Pero si las maldices, atacan. Lo he visto.

Jenny rió.

—Yo les lancé una vez una maldición, para que no volvieran al jardín de mi madre. Funcionó, pero ella descubrió lo que había hecho. Les ofreció un poco de bizcocho con *brandy*, y volvieron, muchas más que las que yo había espantado.

A Matt le encantaba el sonido de su risa. Le recordaba aquel día en la hierba, cuando todo estaba verde y se había enamorado de ella. Quería darle algo, pero lo único que tenía eran sus conocimientos acerca del pueblo. En busca de algún detalle que a Jenny pudiera gustarle, recurrió a la historia local.

—Se supone que también en las bodas hay que ofrecerles un poco de pastel a las abejas, para la buena suerte. Elisabeth Sparrow lo hizo, y estuvo casada durante sesenta años.

—Y vienes a decírmelo ahora, cuando ha terminado mi matrimonio.

Los dos se miraron. La vela se había quemado más allá del alfiler. Ya nada podría ser como había sido hasta entonces.

—Quizá tuviste buena suerte.

Se estaba convirtiendo en un hablador compulsivo, como el granjero Hathaway, aquel necio que se sentía culpable de lo que le

había ocurrido a Rebecca. Charles Hathaway no podía parar de hablar de los errores que había cometido, y todos los habitantes del pueblo que llevaban un diario habían descrito cómo se las arreglaban para evitarlo. Matt bebió el último sorbo de café y se puso la chaqueta. Lo último que quería hacer en ese día lluvioso de abril era llevar a su hermano a Boston y traerlo de vuelta por las carreteras inundadas.

—Me imagino que he trabajado en tantos jardines que las abejas ya me conocen —le dijo a Jenny mientras se preparaba para irse—. Por eso nunca me han picado.

Era Will quien temía a las abejas y tenía alergia a sus picaduras. Will, el hombre que había obtenido cuanto había querido en la vida. Pero, esta vez, el afortunado era Matt. Desde la barra, Jenny lo vio internarse en la lluvia y se preguntó por qué no había visto que siempre había sido así.

II

El tren llegó a tiempo. Stella había salido tarde del colegio, porque había tenido que quedarse limpiando el laboratorio de ciencias. Fue corriendo a la estación, a través de los charcos, y llegó jadeante. La lluvia había amainado y no era más que llovizna, pero el cielo estaba aún encapotado. Juliet Aronson estaba sentada en uno de los bancos verdes de la plataforma. Fumaba un cigarrillo y sorbía una taza de café que había comprado en la máquina de la estación. Llevaba el pelo recogido y el pintalabios se le había borrado. Salir de la ciudad hacia parajes desconocidos la ponía nerviosa. Había estado mordiéndose los labios. Llevaba un vestido negro que había sacado del armario de su tía, y una chaqueta de seda demasiado liviana para el frío y la humedad del día.

—¡Finalmente! —exclamó cuando vio a Stella—. Se me estaba

helando el culo.

Juliet tiró el cigarrillo y abrazó a su amiga. Luego la apartó con el brazo para examinarla.

—¡Ay, Dios! ¡Estás hecha una palurda!

Stella se miró el chubasquero amarillo, las pesadas botas de cordones, los vaqueros empapados. El pelo se le había rizado con la humedad y en la cara pálida no se había puesto ni una gota de maquillaje. Al hombro llevaba la mochila, llena de libros y de tubos de ensayo para recoger muestras de agua.

—¿Una palurda? Eso suena fatal.

Juliet rió.

—No te preocupes —dijo—. Ya te arreglaré. Pero, en serio, no me puedo creer que vivas aquí. —Juliet agarró su neceser Gucci, robado de Saks—. Jesús, hay árboles y todo.

Los árboles se habían llenado de hojas tras una semana de aguaceros. Las chicas miraron hacia arriba, y vieron que el cielo estaba verde. Por lo general Stella pisaba los charcos, pero Juliet Aronson llevaba botas buenas de cuero, de modo que evitaron el parque y caminaron por el pueblo. Stella tenía deberes que hacer, pero le traía sin cuidado. Sentía que en su interior se había encendido una luz. Era viernes, Juliet había llegado y estaba escampando.

Juliet se puso a olfatear, con la nariz arrugada.

—¿A qué huele?

—¿A barro? —preguntó Stella sonriente.

—Ah, sí. A barro. El perfume de los palurdos. Habría que hacerle algunos cambios a este pueblo.

Fueron a la pizzería. Pidieron cuatro porciones de *pizza* y se sentaron en un sofá curvo de vinilo rojo. Juliet apoyó los codos sobre la mesa. Stella nunca antes había notado que su amiga tuviera un tic nervioso en el párpado.

—¿Hiciste la prueba del amor que te dije?

—No funcionó. —Stella recordó la cara que había puesto su madre cuando Matt había entrado en la casa de té. *Luego la puerta has de cerrar, pues ya no necesitas pensar*—. Al menos no funcionó

conmigo. Creo que no lo hice bien.

—Eso sólo significa que no has decidido quién quieres que se enamore de ti. ¿Cuándo voy a conocer al famoso Hap, tan listo y fascinante? Para poder compararlo con el infame Jimmy, que suena como un tarado mental.

Stella no había previsto que Juliet fuera a conocer a nadie en el pueblo. Había imaginado que su amiga se quedaría en su burbuja, y que a bordo de la burbuja se elevaría sobre los tejados y los árboles para evitar todo contacto con los residentes de Unity y toda oportunidad de criticar la vida de su amiga.

—Ése no nos quita los ojos de encima, ¿lo ves? —dijo Juliet en un susurro.

Se refería al repartidor de *pizzas*. Stella lo reconoció. Era el mismo que había llevado la *pizza* la otra noche a casa del doctor Stewart. Debía de ser nuevo en el trabajo, pues Jessica Harmon, administradora del restaurante y esposa de Joe, el mayor de los hermanos Harmon, le enseñaba un mapa y le daba indicaciones.

—De verdad, nos estaba mirando fijamente. Qué asco. Debe de tener por lo menos treinta años. No lo mires —dijo Juliet entre dientes cuando Stella se volvió para mirarlo—. Tenemos otras cosas en que pensar. Esta noche pasaremos revista a tu guardarropa y tiraremos todo lo que no sirva. Vamos a despalurdizarte.

—No tengo ningún guardarropa, Juliet. Tengo tres vaqueros, cuatro camisetas y cuatro jerseys. Ah, y unos cuantos calcetines.

Juliet sonrió. Metió la mano en su neceser y sacó varios paquetes de tintura para ropa.

—Negro —dijo—. Nunca salgas de casa sin él. Esta noche, tendrás un guardarropa.

Fueron a la farmacia, donde Juliet robó un tubo de rímel alargador de pestañas y un par de pendientes de aro.

—Siempre están de moda —dijo al embolsárselos.

—Aquí es diferente —le informó Stella cuando enfilaron por Main Street—. Todo el mundo se conoce. No se puede robar.

—Pero si acabo de hacerlo —dijo Juliet y puso una cara larga—, doña Honesta.

—¡Eh, esperad! —gritó Hap, que venía a trote por el parque.

Stella sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

Dos universos estaban a punto de colisionar, y ya podía ver cuál iba a salir vencedor.

—Hap Stewart —dijo Juliet, y lo miró de arriba abajo.

Stella vio que también Hap parecía un palurdo. Llevaba una chaqueta marrón demasiado grande, y botas de trabajo cubiertas de barro. Tenía el pelo rizado, y su sonrisa era demasiado amplia. Inexplicablemente, recordó la expresión del rostro de Jimmy Elliot el día en que habían mirado juntos el caballo del doctor. Jimmy parecía desconcertado, y a Stella le habían dado ganas de reír.

—Acabas de cumplir quince años —prosiguió Juliet— e irás a la Universidad de Columbia. Esto es, si te aceptan; pero tampoco te preocupa, porque de todas maneras puedes ir a la universidad estatal. Te interesa la biología, pero en realidad sueñas con ser fotógrafo. Mides uno ochenta y tres, tienes pelo castaño, pero con el sol parece rubio. No te gusta ver sangre, y tienes una sonrisa magnífica. El apellido de tu madre era Hapgood. —Juliet desplegó en una retahila toda la información que Stella le había transmitido a lo largo de semanas de conversaciones telefónicas. Se volvió a mirar a su amiga, que estaba boquiabierta—. ¿Se me olvidó algo?

—No, nada. —Stella no se atrevía a mirar a Hap, que acababa de enterarse de cuántas cosas podía ella contarle a Juliet. ¿Se sentiría traicionado? No, la retahila de Juliet había tenido un efecto positivo, y Hap seguía sonriendo.

—Juliet Aronson —dijo Hap. Habían empezado a caminar por el parque. Ahora que tenía compañía, a Juliet no parecía importarle que se le mojaran las botas en el césped—. Cumplirás quince años el veintisiete de julio. Tu madre está en la Cárcel para Mujeres de Framingham, y tú no estás segura de qué es exactamente un crimen pasional. Te gustan la ropa negra, los cigarrillos, los pendientes de oro y los hombres mayores. Eres mucho más lista de lo que cree la gente. Eres hermosa.

Stella levantó la vista: la última parte era de la cosecha de Hap.

—Con respecto a los hombres mayores —dijo Juliet sonriente

—: no siempre.

Stella notó que mientras estaban con Hap, Juliet no decía nada de los palurdos. Miró a Hap. Tenía una brizna de hierba en la boca. ¡Más palurdo, imposible!

Juliet se detuvo junto a una camioneta aparcada para mirarse en el espejo lateral y probarse el rímel nuevo.

—Me gusta tu amiga —comentó Hap, aprovechando que Juliet no podía oírlo.

—¿Sí? —dijo Stella con frialdad—. Me parece muy bien.

Cuando Hap se despidió, las dos chicas se dirigieron hacia la casa de té.

—Qué persona más particular —dijo Juliet refiriéndose a Hap —. Me gusta. —Entonces, debió advertir la expresión de indiferencia en el rostro de Juliet, pues añadió—: Para ti, claro. No para mí, ni pensarlo.

Doblaron la esquina de East Main. Liza había encendido el fuego, y una columna de humo ascendía por el aire húmedo. Había neblina. Quizá por eso Juliet no vio a Jimmy Elliot, que estaba agazapado en un rincón. Había acompañado a su hermana en bicicleta, y se había quedado después de que Cynthia empezara a trabajar. Casi todos los días hacía lo mismo. Miraba fijamente, como si estuviera viendo algo muy interesante, cuando delante no tenía más que niebla.

Stella lo había pensado. Si veía a Jimmy, no mencionaría su presencia. No diría *Ves ese chico de ahí, ¿el de los ojos negros? Se pasa el día mirándome. No entiendo por qué, pero yo le devuelvo la mirada*. Por primera vez, no quería oír la opinión de nadie. Abrió la puerta y esperó a que Juliet entrara, antes de volverse rápidamente para saludar a Jimmy con un gesto de la mano. Cuando él se percató de que lo había visto, salió a correr calle abajo, por entre los grandes charcos de East Main.

—Parece de *Hansel y Gretel* —dijo Juliet cuando colgaron las chaquetas. En el aire flotaba el aroma penetrante de las empanadillas de manzana que Liza acababa de hornear—. Apuesto a que quien entra en este lugar nunca más vuelve a salir. Se queda

hechizado para el resto de su vida.

Afortunadamente, la madre de Stella ya se había ido a casa. Stella había estado atenta al reloj para asegurarse de no llegar antes de las cuatro y media. Su madre no tenía por qué enterarse de todos sus movimientos y deseos, ni tenía por qué conocer a todos sus amigos. De hecho, no tenía por qué saber nada de nada.

En la cocina sólo estaba Liza para darles la bienvenida. Tenía puesta una chaqueta de cocinero, unos vaqueros y un jersey de franela. Se había recogido el pelo, y llevaba un pañuelo en la cabeza.

—Mala suerte, tu madre acaba de marcharse.

Stella y Juliet se miraron e intentaron no reírse.

—¡Qué pena! —Juliet tenía un gran talento para disimular—. Y yo que tenía tantas ganas de verla.

—Me tienes a mí —dijo Liza, sonriente, y las invitó a que se sentaran y comieran algo—. Vais a ser mis conejillos de Indias. He preparado una nueva receta. En realidad es una vieja receta. De Elisabeth Sparrow.

—Mi tatarabuela —explicó Stella.

Era cuajada con crema y salsa de frambuesas. A las chicas les pareció deliciosa, pero sugirieron que, si Liza pensaba incluir el nuevo postre en la carta, debía cambiarle el nombre. Hoy en día, a nadie le gustaba la noción de la cuajada. Había que ponerle pudín, o mejor, *mousse*.

—¿Sabes algo de tu padre? —preguntó Liza—. Va a vivir con Matt. —Se quitó el pañuelo y se pasó los dedos por el pelo, que antes había sido caoba pero ahora era castaño y opaco—. Probablemente ya está en su casa. Va a instalarse en su antigua habitación.

—Hurra —dijo Stella—. Estoy contenta de que se quede. Es fantástico —le dijo a Juliet—. Tienes que conocerlo.

—Vamos esta noche. Diles que nos inviten a cenar. Nunca pude conocerlo en Boston. Nunca estaba.

Empezaron a planear qué harían esa noche, y olvidaron que Liza estaba ahí. De repente, Juliet le dio un codazo a Stella.

—*Mírala* —balbuceó—. *Enamorada*.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —le preguntó Stella a Liza. Así tendremos quién nos lleve. Yo nunca he estado en casa de mi tío.

—No, no. —Liza se sonrojó, y se limpió los ojos como si en el rabillo se le hubiera quedado un poco de cuajada y la hubiera hecho llorar—. No podría.

—Sí, ven. ¿Pero sabes qué haremos antes? —Juliet Aronson sabía reconocer la vulnerabilidad, y sabía que las personas revelaban sus emociones aun cuando creían que las ocultaban completamente —. Vamos a teñirte el pelo. Apuesto a que eras pelirroja.

—Pero eso fue hace mucho tiempo —dijo Liza, reacia.

Juliet metió la mano en su neceser. Junto con la tintura negra para ropa, había traído varias cajas de henna egipcia. Uno nunca sabía cuándo alguien iba a necesitar un cambio de *look*, y ése era exactamente el caso de Liza Hull, que hasta tenía harina en el pelo. Probablemente hacía años que no se ponía pintalabios. Cualquier cosa que se le hiciera la mejoraría.

—Ay, por favor, Liza —rogó Stella—. Si no te gusta, te la quitas.

En realidad, para quitarse el color de la henna harían falta tres meses de lavado constante. Juliet, naturalmente, secundó la mentira.

—Es la ocasión perfecta —dijo—. Sólo estaremos nosotras, el padre de Stella y su tío. ¿Qué nos importa lo que piensen?

Era una trampa bastante burda, pero Liza cayó de narices. Juliet sonrió al ver que se sonrojaba. Definitivamente, algo había. Cuando finalmente convencieron a Liza de que se dejara poner la henna, y subieron la escalera para coger champú y toallas, Juliet Aronson rompió a reír de satisfacción. Le encantaba salirse con la suya.

—Te apuesto diez a uno a que Liza está enamorada de tu tío. Ay, el amor —canturreó—. Nadie es inmune al amor.

Stella se detuvo en el tramo más angosto de la escalera y dejó que Juliet subiera. Allí, de pie en la escalera oscura, comprendió por qué Liza había permitido que le tiñeran el pelo con henna y le cambiaran el *look*. Por amor, por un amor duradero, sincero y no correspondido. Algunas personas creían que un amor así no tenía

esperanzas. Otras personas pensaban que la balanza podía inclinarse de un momento a otro. Eso explicaba por qué Stella se asomaba a la ventana cada noche y se enfadaba si veía a Jimmy Elliot tras los plátanos, pero se enfadaba mucho más si no lo veía.

III

En esa época del año, lluviosa y verde, las tortugas lagarto ya habían dejado racimos de huevos en el césped y en cada uno de los baches del camino. Jenny había encontrado huevos incluso junto a la puerta de la cocina. Los había cubierto de hierba con la esperanza de que las comadrejas y los mapaches no se los comieran. En el camino de tierra de Rebecca Sparrow, había detectado restos de otros huevos. Un depredador había dado con una nidada y había dejado sólo las cáscaras gomosas, partidas en dos, vacías y brillantes como perlas. Pobre mamá tortuga. Jenny se preguntaba si la tortuga sería consciente de su pérdida. ¿Regresaría junto a sus huevos, llena de esperanza, o seguiría adelante hacia el lago y volvería a los nenúfares, a las algas y a los juncos?

Cada noche, Jenny iba a la habitación donde Stella había dormido antes de mudarse al piso de Liza. No había cambiado las sábanas, porque la cabeza de Stella había quedado impresa en los pliegues de la almohada, y la funda había guardado su olor, una mezcla de resentimiento y nenúfar. La gente decía que si uno dejaba ir a su hija, ésta regresaba algún día, como los gorriones que se posaban en el alféizar pidiendo migas y gestos de bondad. Pero Stella ni siquiera se ponía al teléfono cuando Jenny la llamaba a la casa de té. Liza se apresuraba a decir que Stella estaba ocupada, pero Jenny alcanzaba a oír el murmullo de la chica, que decía *Dile que no estoy*.

Había querido que la relación con su hija fuera distinta de la que

había tenido con su madre, pero, por alguna razón, había resultado igual: las mismas omisiones, el mismo dolor incesante. La ternura era invisible, como tinta que se hubiera borrado dejando una página en blanco. La noche anterior, Jenny había salido a caminar. La soledad la hacía dar paseos, y la soledad la llevó a casa de los Avery, aunque también es posible que siguiera ese camino mecánicamente, pues de niña lo había emprendido muchas veces. Pasó por la avenida Lockhart. La parte más podrida del viejo roble estaba atada con cables, y el árbol parecía un gigante que, de ser liberado, saldría a rondar las calles.

Cuando niña, cada vez que se dirigía a la casa de los Avery, Jenny se llenaba de emoción. Lo mismo sucedió esta vez. Cruzó el parque, donde vio el ángel negro que tanto le gustaba a Matt. Pensar en Matt le cortaba la respiración. La situación era tan absurda que para remediarla empleó un método que usaba en la infancia para protegerse: contó hasta cien. Intentó no pensar en Matt Avery. Inexplicablemente, a la cabeza le vino la imagen de un alfiler plateado que brillaba. Imaginó que caía a través de la oscuridad y una vela alumbraba su caída. Pero, en realidad, sólo estaba caminando a través del parque. Había una brisa leve, y el aroma de los plátanos ascendía, acre y húmedo.

En el pueblo, todos los negocios estaban cerrados excepto el *Pizza* Palace, cuyo letrero de neón formaba sobre la acera charcos de luz amarilla y azul. Cuando era niña, en ese mismo lugar había una heladería: Grandpa's, de la familia Harmon. Vendían tubos de cartón con helado de vainilla y nuez de pecana. Jenny había trabajado allí tres veranos. La experiencia le había sido útil para el trabajo de gerente en la heladería Bailey's, en Cambridge. Nuevamente, se puso a pensar en Matt. Lo recordó en la barra de Bailey's. La miraba trabajar y pedía un helado tras otro, cuando probablemente habría preferido comer pan con mantequilla. Pensó en la expresión de su rostro, aquella mañana en que había entrado en la casa de té y caía la lluvia de las piedras, la lluvia que desbordaba las alcantarillas y hacía de las calles arroyos.

Durante veinte años, no había vuelto a la casa de los Avery. La

recordaba más grande. Pero allí estaba el viejo camino de pizarra, la cerca blanca, el parterre de flores perennes que tanto había enorgullecido a Catherine y que Elinor desestimaba diciendo que era el típico batiburrillo del jardinero poco sofisticado, una mezcolanza de phlox, margaritas y bocas de dragón. Jenny se detuvo junto a un acebo que Catherine había plantado para asegurarse de que su jardín tuviera hojas verdes todo el año. Por la ventana, podía ver el interior de la casa. Allí estaban los mismos muebles de antes, el sofá donde ella y Will se habían besado hasta el ardor, hasta que no hubo otra opción que ir más allá. Más allá habían ido un día que Catherine estaba ausente, en el club de *bridge*. Allí estaba la mesa bajo la que habían hecho el amor en una noche de tormenta. En esa ocasión, Catherine y Matt estaban en casa, dormidos, y Jenny había sentido tanto miedo de que los pillaran que le había dado urticaria.

Hoy los Avery tenían invitados. Jenny se acercó más a la ventana, pasando por encima de la planta de phlox sin podar. Matt y Will estaban cenando, en compañía de una pelirroja y dos chicas jóvenes. Jenny tuvo que apoyar la nariz contra el cristal para darse cuenta de que las chicas eran Stella y esa horrible amiga suya, Juliet Aronson. Will proponía un brindis. Se había cortado el pelo y afeitado, pero aún parecía cansado y estaba demasiado flaco. En nada se asemejaba al chico que ella había esperado tantas veces en ese mismo lugar. Jenny solía esperar allí, escondida, hasta que al final él aparecía e iban juntos a la cabaña de Rebecca Sparrow, o, cuando hacía buen tiempo, a la formación rocosa, fresca y plana, que la gente llamaba La Mesa y las Sillas, donde se acostaban a mirar las estrellas y a besarse hasta que la piedra se calentaba tanto que los mosquitos que se posaban en ella se quemaban.

La pelirroja que estaba en el comedor de los Avery era Liza Hull, aunque parecía muy cambiada. Se veía bonita a la luz de las velas, y se vio más bonita aún cuando echó la cabeza hacia atrás y rió. Quizá el punto de vista cambiaba las cosas, o quizá era el aire de la noche, la oscuridad, el perfume de las phlox, el olor de las cosas nuevas que se mezclaba con los recuerdos. En la mesa había un pastel que había llevado Liza, y una botella de vino blanco. Hasta las

niñas tenían un poco de vino en sus copas. Probablemente estaban brindando por Will y por su regreso. De hecho, estaban aplaudiéndolo. Pero Matt permanecía ajeno a la celebración, apoyado en el aparador que había pertenecido a su abuela. Allí Catherine había puesto su preciada cerámica de Minton. Había un plato que parecía un atado de espárragos, otro que parecía hecho de estrellas de mar y moluscos, y una jarra que parecía hecha de hojas de nenúfar, y que tenía una rana por asa. Matt levantó la vista y miró más allá de la mesa, de la celebración, hacia el jardín, donde estaba Jenny junto al acebo. Quizá una rama se movió, o hubo otro cambio que llamó su atención. En todo caso, pareció que la había descubierto.

Jenny se marchó a todo correr. Escapaba de los errores que había cometido, porque había sido necia de niña y se había equivocado de mayor, porque no había sabido distinguir entre un sueño y otro, porque finalmente se había enamorado. Corrió hasta que tuvo que detenerse. Entonces, se inclinó para recobrar el aliento, y siguió trotando hasta su casa, a través del parque, que estaba totalmente a oscuras, un trayecto de sombras retorcidas que los plátanos proyectaban en el suelo. Todo el tiempo pensaba: *Lo he perdido todo. Ahora no tengo nada*.

El domingo, cuando Stella fue a acompañar a su amiga a la estación y Cynthia Elliot se marchó en su bicicleta porque tenía que escribir un trabajo sobre Sylvia Plath para la clase de inglés, Liza Hull cerró con llave la casa de té. Afortunadamente, su nuevo empleado no trabajaba los domingos, y Jenny tampoco. Liza se sentía avergonzada por lo que estaba a punto de hacer, pero no tanto como para no hacerlo. Cerró las cortinas, se sentó en la barra, y sacó la cámara Polaroid que había comprado en la farmacia.

Respiró pausadamente mientras la foto se revelaba ante sus ojos y la hacía aparecer. ¿En realidad era esa mujer de pelo rojo, de ojos brillantes? ¿Era suya esa sonrisa que le transformaba el rostro? ¿Dónde estaban su chaqueta de panadero, su pañuelo, su ropa

manchada, sus sacrificios, su dolor? Nada de eso había salido en el cuadrado de papel fotográfico. La foto mostraba simplemente a una mujer que sonreía en el primer día de mayo. Era Liza, la Liza de verdad, la enamorada.

La abuela de Liza Hull había administrado la casa de té hasta cumplir noventa y dos años. Conoció a Elisabeth Sparrow cuando era apenas una niña y Elisabeth ya tenía el pelo blanco. Una vez, la abuelita Hull le contó a Liza que antes hacer pan se consideraba un «misterio». Y lo era, un misterio como transformar la paja en oro. La harina, el agua y la levadura se transformaban en el sustento del hombre. Una cosa se convertía en otra, se transmutaba, y Liza Hull ahora comprendía que lo mismo le había sucedido a ella. Era alquimia, nada menos: las partes se convertían en el todo, la paja en oro, la harina en pan, y la mujer común se transformaba en una bella mujer, de la noche a la mañana.

Liza subió a su habitación y abrió el armario. En la parte trasera de la puerta había un espejo de cuerpo entero. Siempre evitaba mirarse en él. Hábilmente, había colgado bufandas y chales sobre el cristal. Quitó todos los velos. Se desnudó y se miró, y presenció el milagro de la metamorfosis.

Buscó un vestido verde que siempre la hacía pensar en la primavera, y se lo puso. Se había resignado a su mala suerte, pero su suerte estaba a punto de cambiar. Lo sabía desde el viernes por la noche, cuando Will las había acompañado, a ella y a las chicas, de regreso de la casa de su hermano. Las chicas se habían adelantado unos pasos, reían y corrían hacia el parque. Liza le dijo a Will que volviera a casa, que no necesitaban que las escoltara, que en Unity no corrían ningún peligro. Pero Will insistió: le hacía bien caminar, y, además, bromeó, de esa manera su hermano tendría que lavar los platos.

Will no intentó seducir a Liza. Estaba muy cansado para eso, y se sentía muy cómodo con ella. La conocía desde siempre, desde la guardería. Sin embargo, nunca le había prestado la menor atención. Ella simplemente había estado allí. Y él ni siquiera se había dado cuenta de que tenía el pelo rojo, hasta esa noche.

—He hecho de mi vida un desastre, lo he echado todo a perder —dijo Will.

Caminaban hacia el viejo roble, que tendría que esperar, pues Matt había empezado la limpieza primaveral de los jardines privados del pueblo. Se detuvieron a mirar las enormes ramas. Las que Matt había atado al tronco para evitar que cayeran en caso de tormenta parecían especialmente tristes.

—Los llaman árboles de la misericordia —dijo Liza.

—¿De verdad? —Will miró a Liza, listo para hacer un chiste. Pero ella hablaba en serio.

—Quizá si le pides perdón al árbol te sentirás mejor.

—¿Perdón?

Liza sonrió y asintió con la cabeza. Había acudido al roble con frecuencia, y sabía qué se sentía al pensar que uno se había equivocado en todo.

Will se acercó al árbol. No iba a cometer esa ridiculez. Simplemente, no correspondía a su naturaleza. Pero, de repente, se volvió a mirar a Liza, e inmediatamente flexionó una rodilla.

—Perdóname —dijo—. Perdóname por haber sido un necio, por sentir que estaba por encima de todos; perdóname por todas mis mentiras.

Se dio cuenta de que Liza se había arrodillado a su lado. Estaban sobre la acera, en la esquina de Lockhart y Easl Maine, pero estaba oscuro, igual que en el bosque. La luna era una pestaña luminosa. Oían a las chicas, que corrían por el césped y daban gritos de alegría. La noche estaba estrellada. Will, que nunca se percataba de estas cosas, miró las estrellas.

—Estás perdonado —dijo Liza—. Al menos por mí.

No existía un mapa que pudiera orientar a un hombre tan perdido como él. Will necesitaba tener fe en algo, en alguien. Necesitaba paz mental y alguien que creyera en él, y eso no era fácil de encontrar.

—¿Estoy perdonado? —repitió las palabras para saborearlas. Nunca había mirado a Liza Hull, y ahora no se cansaba de mirarla, y creía en cada palabra que ella le decía.

En el parque, Juliet fumaba un cigarrillo a escondidas. La brasa anaranjada se extendía en cada calada, y brillaba como una libélula.

—Bueno, pues parece que me equivoqué. Liza no está loca por tu tío, sino por tu padre.

Las chicas se habían sentado en el monumento de la Guerra Civil.

—¿Crees que Liza está enamorada de mi padre? —Stella soltó una carcajada—. Ay, ¿Liza? ¿Qué te pasa? Si son polos opuestos.

—Eso no prueba nada. Los opuestos se atraen, cariño. ¿No lo sabías? Es un hecho científico. Los imanes, ¿te suenan?

—Polos opuestos. —Stella sentía la superficie fría del monumento a través de los vaqueros, que esa tarde había teñido de negro en la bañera de Liza, junto con el resto de su guardarropa. Incluso su ropa interior era negra, así como sus calcetines, sus camisetas y su albornoz de franela.

—Exactamente. Por eso se sienten atraídos. Cada uno tiene lo que al otro le falta. —Juliet había apagado el cigarrillo en el borde del monumento, y Stella tuvo que limpiar la ceniza con la palma de la mano.

El domingo, mientras Liza examinaba su reflejo y Juliet fumaba el último cigarrillo del paquete que había sacado del bolso de su tía, Stella seguía pensando en la atracción de los opuestos. Se dirigía con Juliet a la estación de tren, y, por primera vez, las amigas no tenían nada que decirse.

Polos opuestos. Una fuerza magnética incontrolable. Stella sabía que los campos magnéticos podían afectar el comportamiento humano; había personas que demostraban una fuerza descomunal durante las tormentas, mujeres que levantaban coches que habían atropellado a sus bebés, y hombres que alzaban ponis para salvarlos de las crecidas del río. ¿Pero cómo operaba el poder de los imanes en el amor? ¿Se trataba de otra teoría absurda, como la de la vela y el alfiler, para medir fenómenos incomprensibles?

Stella recordó un artículo de una revista científica que Hap le había enseñado. Relataba el caso de un hombre que podía quemar cosas con su aliento. Le habían hecho muchas pruebas. Cada vez

que le acercaban un pedazo de tela a la boca, la tela se incendiaba. ¿Era verdad que unas personas estaban hechas de fuego, otras de agua, otras de tierra y otras de aire? ¿Era cierto que uno se sentía atraído hacia ciertas personas, aunque intentara por todos los medios abolir esta atracción, y rechazaba a otras que procuraban agradarle por todos los medios?

—De verdad, éste es uno de los lugares más palurdos en los que he estado —decretó Juliet. Miraba la calle, a lo lejos. Hap Stewart había dicho que trataría de reunirse con ellas para despedirse, pero no aparecía—. Gana el premio a la mayor cantidad de catetos por kilómetro cuadrado.

Antes de llegar a la estación, oyeron el silbato del tren. Juliet rebuscó en su bolsa y sacó su billete de regreso. Hap no llegaba. Finalmente había salido el sol. El aire estaba tan limpio que casi dolía respirar.

—Apuesto a que Hap pensó que yo era un bicho raro.

—No. Le gustaste. Me lo dijo.

—Sí, claro. —La gente había empezado a congregarse en el andén. Del taxi de Eli Hathaway salieron Sissy Elliot y sus hijas, Iris y Marlena, que iban a Boston a ver el *ballet*—. Y *soy* un bicho raro —añadió Juliet en voz baja.

—¿Y qué? A Hap le gustan los bichos raros. Una vez me enseñó un artículo que hablaba de un hombre que quemaba cosas con el aliento —dijo Stella—. ¿No te parece una locura?

—Me parece un caso grave de indigestión.

Juliet y Stella rieron.

—La peor indigestión de la historia —dijo Stella, ahogada de la risa.

Reían tan alto que la gente podía oírlas desde dentro de la estación. Stella pudo parar, pero Juliet no, y la risa se le convirtió en llanto. Stella dio un paso atrás. No sabía que Juliet fuera capaz de llorar, y allí estaba, sollozando.

—No lloro por tener que irme, no te creas —dijo Juliet y se secó los ojos. El lápiz de ojos y el rímel se le habían corrido. Arrancaba trochos de los bordes de su billete de tren—. Ni siquiera me gusta

este lugar. Soy una chica de ciudad.

—Lo sé. Totalmente.

—Estoy contenta de irme de aquí. Me volvería loca en un lugar como éste.

Desde que se conocían, Stella sólo había ido una vez al piso de Juliet. Era un piso de una habitación, y Juliet tenía que dormir en el sofá. En Unity, Liza le había tendido la cama, le había puesto sábanas frescas perfumadas de lavanda. El sábado había dormido hasta el mediodía, y luego había dicho que nunca antes había descansado tanto.

Stella abrazó a su amiga.

—Quizá la próxima vez puedas quedarte más tiempo.

—No me olvides —susurró Juliet, tan cerca que Stella sintió el calor de su aliento.

Desde el tren, probablemente Juliet no podía ver a su amiga, que agitaba la mano en señal de despedida. Stella permaneció en el andén hasta que el tren se marchó y hasta que su silbato se oyó a lo lejos e hizo eco en la esquina de East Main y Lockhart. Juliet le había contado que se había ido del piso de su tía sin dejar siquiera una nota. Sospechaba que cuando regresara a Boston su tía no habría notado su ausencia.

El peor destino era el de los olvidados. De un lado, estaban las personas que pasaban a formar parte de la historia. Sus cumpleaños se celebraban, sus vidas eran recordadas; del otro lado estaban los que habían sido borrados. Durante la cena de la otra noche, Matt le había hablado a Liza acerca de su tesis. Stella le oyó decir que las Sparrow habían escrito la historia del pueblo con tinta invisible. Todo lo que él hacía en la biblioteca era leer las páginas bajo una luz especial.

Hap corría hacia la estación y a su espalda volaba su poncho impermeable. Había cortado camino por el parque. Parecía preocupado. Parecía como si hubiera corrido durante kilómetros y kilómetros.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Stella, enfadada en nombre de Juliet—. ¿Dónde demonios te habías metido?

—El caballo se enfermó. Tuve que esperar con mi abuelo al doctor Early. Mientras tanto, teníamos que hacer que *Temprano* caminara en círculos. Tengo que regresar para que siga caminando. He venido a despedirme.

—Pues llegas demasiado tarde.

—Mierda. —Hap miró las vías del tren.

Stella tendría que haberse sentido celosa. En cambio, se sintió aliviada.

—¿Eso significa que estás enamorado de Juliet?

—No seas tan burra. —Hap se volvió y empezó a caminar de regreso. No quería hablar de esas cosas. No quería hablar de nada—. Tengo que hacer que el caballo camine para que el estómago no se le engarrote.

—Quizá le ha llegado la hora.

—De verdad que es morboso tu odio hacia los equinos.

Stella rió y se despidió de Hap agitando la mano.

—No lo montes —le gritó.

Había empezado a llover con fuerza. Era la lluvia de los peces. Ya empezaba a desbordar los tejados, e hizo que Stella cruzara el parque a todo correr y se refugiara en la biblioteca. Cuando alcanzó el vestíbulo, tenía los zapatos empapados, de modo que se los quitó y los dejó en la parte baja del guardarropa. Fuera, el mundo entero estaba mojado, y ráfagas de viento azotaban el pueblo.

Stella vacilaba en el umbral, cuando la señora Gibson, la bibliotecaria, la invitó a pasar.

—¿Buscas a tu tío?

Le resultaba extraño vivir en un pueblo en el que todo el mundo conocía la historia de su familia mejor que ella. Habría dado cualquier cosa por saber más acerca de sus antepasados. Fue adonde le indicaron, más allá de los anaqueles, al salón de lectura. La puerta de cristal tenía un letrero que ponía: sociedad histórica de Unity. Allí era donde se guardaban todos los documentos, los periódicos, los boletines, los diarios personales, los anuncios, las medallas y los trofeos. Allí estaba también el uniforme de Antón Hathaway, hecho de una tela sencilla, azul, que había sido teñida con el extracto de los

juncos de índigo que antes crecían a orillas del lago Hourglass.

Matt Avery estaba sentado frente a una mesa. Escribía a máquina la última página del último capítulo de su tesis. Como era el mimado de la señora Gibson, le estaba permitido comer en la biblioteca. A su lado tenía una naranja en gajos y una taza de té negro, sin azúcar, con una rodaja de limón, que le había servido la misma señora Gibson. El roble tendría que esperar un día más. También tendrían que esperar los jardines de los Elliot, los Quimby, los Stewart y los Frost. Matt estaba tan concentrado en su tesis que ni siquiera había empezado a sembrar las nuevas plantas del parque municipal. Por lo general, a esa altura de la primavera ya había sembrado todas las flores del año: decenas de macizos de caléndulas, cinias y petunias. Pero ahora estaba pensando en el pasado, y el pasado le ocupaba una gran cantidad de espacio mental. Llevaba puestos los auriculares. Escuchaba a Coltrane y a Dylan mientras trabajaba. El gusto musical era lo único que tenía en común con su hermano. Estaba tan deseoso de terminar su tesis que no había probado la naranja ni el té. Si no hubiera estado inmerso en la reconstrucción de los últimos instantes de la vida de Rebecca Sparrow, habría oído a Stella, que acababa de abrir la puerta.

Stella sentía un frío extraño. Se parecía a la sensación que la asaltaba cuando ella y Juliet robaban maquillaje y bisutería en Saks. ¿Era así como se formaba la maldad? ¿Cómo un guijarro frío que empezaba siendo una mancha diminuta? ¿Cómo un impulso irresistible? ¿Cómo un deseo innegable? Stella no pensó. No tenía ningún plan. Fue como coger los pendientes brillantes detrás del mostrador, como aguantar la respiración bajo el agua. Vio a su tío que escribía, y al instante siguiente dobló la tesis y la metió en su mochila.

Salió de puntillas y cerró la puerta con cuidado. Se despidió de la señora Gibson, y se apresuró a ponerse los zapatos empapados que había dejado en el guardarropa. Los actos malvados daban calor: sentía un carbón ardiente en la palma de la mano. Una flecha en llamas. Durante toda su vida, la gente le había escondido cosas. Ya no volvería a ser así. La lluvia amainaba. Era la lluvia de los peces,

que a nadie le servía, sólo a los viejos bagres del lago Hourglass, pues dejaba atrás nubes de mosquitos y de efímeras. Mientras corría por entre los charcos, Stella pensaba en el tumor cancerígeno que había visto en el pulmón de la señora Gibson. Si se lo decía al doctor Stewart y el tumor se trataba a tiempo, quizá la señora Gibson podría morir de vieja y no de cáncer. Podría morir en su cama, dormida, o en la biblioteca, rodeada de libros.

Desde que el muchacho del accidente había sobrevivido a las lesiones del hígado, Stella se había llenado de esperanza, aunque el doctor Stewart le había recordado que algunas enfermedades no tenían cura. La esperanza era útil en la mayoría de los casos, pero en el de Elinor Sparrow no cabía tenerla. Esperar que Elinor se recuperara era como esperar que cayera nieve en mayo. A Stella le alegraba el hecho de que en mayo no nevara, ya que había visto que su abuela moriría bajo un manto de nieve, en una ventisca blanca. Las últimas gotas de lluvia restallaban sobre el pavimento. Stella entró corriendo en la casa de té, colgó su chaqueta y se quitó los zapatos, que estaban llenos de agua. La melena rubia, empapada, la sentía como aguanieve sobre su espalda.

—Has tardado mucho —dijo Liza—. ¿Se fue Juliet?

—El tren se retrasó. —Stella mentía. Quizá, después de todo, se asemejaba a su padre. Parecía tener facilidad para mentir. Le había mentido todo el fin de semana al nuevo ayudante de Liza. A Stella y a Juliet, el hombre les había producido escalofríos. Vivía en North Arthur y el sábado había ofrecido llevarlas al centro comercial de su pueblo.

—Sí, cómo no —había dicho Juliet después de que Stella rechazara la invitación con una mentira educada, diciéndole al hombre que tenían muchas cosas que hacer en el pueblo, actividades tales como teñir toda la ropa de negro y preparar nidos de pudín en la cocina de Liza a las tres de la madrugada—. Como si en North Arthur hubiera algo que pudiera interesarnos. ¿No se da cuenta de que somos chicas Saks? Vaya colgado.

—Juliet me cayó bien —le dijo Liza a Stella cuando ésta, de regreso de la biblioteca, se preparaba un té—. Dile que venga

cuando quiera.

Stella cargaba la mochila sobre el hombro izquierdo, el que se había partido al nacer y le dolía cuando hacía mal tiempo. Cuando era niña, su padre solía contarle un cuento antes de dormir, sobre una niña que había nacido con un ala. Los médicos la habían reparado, y el único síntoma que le había quedado, para recordarle que había sido diferente de las demás niñas, era un dolor en el hombro. Cualquiera habría pensado que Stella recordaba las múltiples ocasiones en que su padre la había defraudado. No era así. Él siempre decía, *Shhh. Hoy no saldremos a volar* cuando la historia terminaba. Incluso ahora, pensaba Stella, nada de lo que había sucedido era culpa de su padre. Ella no debía haberle dicho lo que había visto en el restaurante el día de su cumpleaños. Debía habérselo guardado. Si Will Avery estaba en problemas, era por culpa de ella.

—¿Te ha dicho mi padre algo acerca del proceso legal? ¿Hay alguna noticia?

Will le había contado a Liza que Henry Elliot había presentado una solicitud para que se retiraran los cargos debido a que no había pruebas. Pero a Will no le preocupaban los cargos. Si no podía dormir, era a causa de la casa de juguete que se habían llevado. Cuando cerraba los ojos, veía sus gabletes blancos, su forma de pastel de boda, sus flores de satén, su puerta tallada. Lo que más le preocupaba en el mundo era la seguridad de su hija.

—Nada. Pero no te preocupes —dijo Liza con tono protector—. En el fondo, tu padre es un buen hombre.

Nunca nadie había dicho algo así acerca de su padre, al menos no delante de ella. Antes de irse a dormir, Stella se preguntó si Juliet Aronson no estaría en lo cierto. Era posible que Liza estuviera enamorada de su padre.

Se quitó los vaqueros negros y la camiseta negra. Estaban tan mojados que desteñían, y tuvo que escurrirlos en la bañera. Se puso su albornoz negro de franela y se fue a la cama. Estaba exhausta. Sin embargo, extendió el brazo y agarró su mochila. No encendió la lámpara ni sacó la linterna que guardaba en el cajón de la mesilla de

noche. Para leer le bastaba la luz verdosa que se reflejaba en las últimas gotas de la lluvia de los peces. Sacó la tesis de Matt Avery, toda menos la última página, que Matt había escrito esa tarde. Se dio cuenta enseguida de que las páginas tenían un olor que evocaba el agua y los nenúfares.

Tinta invisible. Un relato sobre la vida y la muerte de Rebecca Sparrow.

La lluvia caía perezosa, gota a gota, y Liza, que seguía en la cocina, escuchaba a Sam Cooke, cuya voz ahuyentaba las penas. *Darling you send me* era la frase que subía las escaleras. *Honest you do*.

La tesis de Matt empezaba con las primeras líneas del diario de Sam Hathaway.

Me equivoqué, y mi culpa ha estado oculta hasta la escritura de estas palabras. Pero, ¿quién leerá estas páginas y sabrá que dicen la verdad?

La habitación estaba fría. Stella cogió una manta y se la echó sobre los hombros. Inconscientemente, empezó a chuparse un mechón de pelo. Tenía esa mala costumbre, así como su madre tenía la costumbre de morderse las uñas. Ya no podía oír la lluvia, ni a Sam Cooke, ni el ruido de los coches que pasaban por la calle. Se saltó la introducción de Matt, que hablaba de la fundación del pueblo y de sus artífices, los Hathaway, los Hapgood y los Elliot, de los encuentros con los nativos, del oso que habían matado junto al viejo roble, de los caballos, las vacas y las ovejas que la gente tenía, y de los cargamentos de té, de especias, de espejos, de tinta, y, ocasionalmente, de sedas rojas y azules, que provenían de Inglaterra.

Desde hacía mucho tiempo, Stella quería saberlo todo. Ahora, con la información entre manos, sentía mariposas en el estómago. Tomó una bocanada de aire, como un buzo, para sumergirse en las páginas y las letras, como si éstas estuvieran bajo el agua, en aguas profundas como las del lago Hourglass, profundas como el tiempo.

El invierno de 1682 fue tan frío que el puerto de Boston se congeló y permaneció congelado hasta mediados de marzo. En la mañana en que el hielo finalmente se derritió, un día azul intenso,

cuando el viento derribó los nidos de los árboles, una criatura de siete u ocho años salió del bosque, en la colina que daba al lago Hourglass, más allá de las formaciones rocosas que los colonos llamaban La Mesa y las Sillas. En ese lugar, la gente decía que crecían rosas que desaparecían en un abrir y cerrar de ojos. A nadie le sorprendió que una persona apareciera de repente, una persona que hablaba una lengua que nadie entendía.

Llegó el día en que brotaron las primeras campanillas. Esas flores crecían a través del hielo que empezaba a derretirse, para que la gente recordara los favores del Ángel de las Penas. Se ignoraba quién había sido el primero en verla, pero al poco tiempo todo el pueblo sabía que una niña había salido del bosque, proveniente del norte, donde había más hielo que campanillas. Antes de que todos la vieran, ya se decía que en su presencia se abrían las rosas que se marchitaban si las miraban los demás. Es posible que Charles Hathaway fuera el primero en decir que la niña silbaba para llamar a los gorriones. La gente aseguraba que estos pájaros le traían bayas y meliloto, y que ése había sido su sustento en el bosque. Hablaba en una lengua desconocida y no sabía rezar. Tenía el pelo enredado, lleno de cardos. Había traído tres cosas de la tierra del norte, de donde venía: una brújula de plata, una campana de oro, y una estrella que colgaba de una cadena. La gente miraba esos objetos y murmuraba. Le miraban las plantas de los pies, que de tanto caminar se le habían vuelto verdes y duras como el cuero, y se preguntaban quién podría ser.

¿Quién sería el vecino generoso que acogería a esa criatura de no más de ocho años? Unity había sido construido en la gracia del Señor, ¿pero dónde estaba la caridad que predicaba el pastor cuando venía de Boston por caminos sinuosos? Ninguna familia la quería. Ni siquiera los Lockhart, que criaban cerdos y ovejas en los extramuros del pueblo. La niña era bonita y tenía buen talante, pero cuando la llevaron a una reunión en el parque del pueblo, que había sido convocada para pedir a Dios su guía y para dar gracias al Salvador, notaron que ni siquiera sabía arrodillarse. Miraba al cielo, orgullosa, curiosa, y eso resultaba inquietante.

John Elliot fue el primero en darle posada, y no de buen grado. Su mujer le sugirió que practicaran la compasión, pero la primera noche que la niña durmió en su casa, la campana sonó. No pudieron dormir, de modo que la llevaron de regreso al pueblo. Los Hapgood se hicieron cargo entonces, pero la niña se negó a quitarse la estrella que llevaba colgada del cuello. No era piadosa ni obediente, de modo que también ellos la devolvieron. Entonces, Charles Hathaway tuvo que acogerla. Era el hombre más rico del pueblo, el rey le había concedido muchas tierras, y creía que su deber era hacerse sentir cuando los demás fracasaban.

Hathaway tenía un hijo, Samuel, de aproximadamente la misma edad que la recién llegada. Era rubio, y ella morena. Hathaway era estricto con su hijo, y se propuso educar a la niña que había venido de las espesuras del norte, y convertirla en una persona civilizada. Cuando la campana sonaba y despertaba a los demás habitantes de la casa, Hathaway golpeaba a Rebecca con una vara de avellano. Cuando la niña cogía su brújula y salía a pasear por el pueblo, iba a buscarla y la golpeaba otra vez, con una vara de espino. Cuando se negaba a quitarse la estrella, se la arrancaba del cuello y la golpeaba con una vara de roble.

La niña y Samuel se volvieron inseparables. Los unía, quizá, el odio que los dos sentían hacia Hathaway. Una noche, los niños desaparecieron. Guiados por la brújula de plata, encontraron el lugar donde la pequeña había aparecido, más allá de La Mesa y las Sillas. Hathaway los descubrió en medio de la noche, dormidos sobre la roca más grande, abrazados. Al día siguiente, se deshizo de la niña. Se la entregó a la lavandera, que vivía a la orilla del lago, y era una vieja que sabía sacar provecho de las situaciones.

Se decía que la lavandera podía distinguir una tela de algodón de una de seda a unos noventa metros de distancia. No se sabe cuál era su nombre. El nombre que oía quien pasaba cerca del lago, a cualquier hora del día, era el de la niña: *Rebecca, ¡ven aquí! ¿Dónde estás, Rebecca?*

Había mucho trabajo a orillas del lago. La niña tendría que ser lista para no quemarse al mezclar la grasa caliente con las cenizas

durante la fabricación del jabón. Debía hacerse fuerte para escurrir los pesados paños de lana. Debía ser dulce y no llorar cuando le sangraran los dedos por la tóxica lejía. Debía ser silenciosa, y no quejarse cuando las manos le dolieran por la aspereza del almidón de patata. Debía aprender a ser paciente.

Algo sonó contra el cristal de la ventana. Stella pensó que era la lluvia, y siguió leyendo, inmersa en la historia de Rebecca Sparrow. Pero el ruido se repitió, y luego otra vez. Alguien tiraba guijarros contra el cristal. Era como la lluvia de las piedras. Había atardecido hacía poco, y era esa hora turbia en que todo se volvía azul. Fuera, los totíes surcaban el cielo y desaparecían entre las sombras. Stella abrió su ventana y miró hacia abajo, más allá de las lilas, más allá de los plátanos, más allá de las aves que emprendían el vuelo.

Allí estaba Jimmy Elliot.

No podía ver su rostro con claridad, pero sabía que era él por la manera como estaba allí. Era como si hubiera llegado por casualidad. Como si, de repente, se hubiera sorprendido a sí mismo tirando piedras a una ventana sin motivo, y ni siquiera supiera que era la ventana de ella.

Últimamente, Stella lo veía en todas partes. Él llegaba en los momentos más inesperados. Aparecía cuando Cynthia y ella estaban en la pizzería, y aguardaba junto al casillero de Stella en el colegio, con cara de perdido, como si necesitara un mapa para orientarse en el pueblo en el que había nacido. Esta noche, quería hacer sentir su presencia, y estaba desafiando a Stella.

Ella nunca rechazaba un desafío. Sacó la llave de su mochila y la arrojó por la ventana a la acera. Jimmy, que quizá no esperaba esta reacción, cogió la llave de inmediato. Se acercó a la puerta de la casa de té, y un instante después Stella lo oyó en la escalera. Esperaba que Liza no se diera cuenta, que siguiera en la cocina, ocupada con la lista de la compra semanal. Sentía un nudo en el estómago cada vez que veía a Jimmy, y se preguntó qué sentiría cuando lo viera aparecer en la puerta de su habitación. ¿Quería que él estuviera allí,

o no? Se dio cuenta de que sólo llevaba ropa interior y una camiseta bajo el albornoz, y rápidamente se metió bajo la colcha.

Él entró en la habitación y cerró la puerta. A Stella la habitación le pareció irreal. Jimmy Elliot estaba a los pies de la cama. Podía sentirlo; era como si las partículas de su esencia volaran por el aire hacia ella. Olía a lluvia y a otra cosa que Stella no lograba reconocer.

—¿Te ha oído? —preguntó Stella en un susurro.

—¿Liza? Está en la cocina escuchando música y cantando.

Stella podía oír la voz de Liza, que llegaba apagada. Los dos intentaron no reír. Liza cantaba *Natural Woman*. Aretha. Will ponía a menudo ese CD. La Reina del Soul.

—¿Y esa manta? Pareces una de esas viejas que nunca salen de la cama.

—No te burles. —Stella empezaba a tener dolor de estómago. Allí estaba el nudo otra vez. Deseó que Jimmy Elliot no fuera tan guapo. Deseó que no pareciera tan confundido.

—Abuelita, ¿y esos ojos tan grandes?

—De verdad. Cállate.

Jimmy la miró a los ojos. Estaba oscureciendo.

—Vale —dijo. Se echó a su lado, y se metió bajo la colcha. La única cosa que los separaba era la tesis de Matt—. ¿Qué es esto?

Stella agarró el manuscrito y lo metió rápidamente bajo la almohada. Llevaba la pulsera que su padre le había dado, y la campanita sonó suavemente.

—Nada.

—Es algo.

Entonces, la besó. Los labios de Stella empezaron a arder. Stella pensó en la vela y en el alfiler, y en la manera como el amor entraba en la vida de las personas, sin que nadie lo invitara. Sentía la cadera de Jimmy contra la suya, y también allí, sentía que ardía. En todos los lugares donde él la tocaba, en todos los lugares donde él estaba, ella se abrasaba. Así que eso era el amor: ese incendio, ese anhelo por obtener algo que uno sabía que no debía tener.

—No sé si debamos hacer esto —dijo Stella después de un rato. Los labios le dolían, pero no quería parar. Tenía miedo.

—¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Leer?

Stella rió a pesar de sí misma, y luego ahogó su risa, pues oyó los pasos de Liza en la escalera. *You make me feel*, cantaba Liza, desafinada pero con sentimiento. *You make me feel*. Stella tapó la boca de Jimmy con la mano para que Liza no lo oyera reír. Hasta su aliento la quemaba, en la palma de la mano. Pensó en el hombre del que le había hablado Hap, en el hombre que exhalaba fuego. Cuando apoyó la cabeza en el pecho de Jimmy, se dio cuenta de que él tenía un corazón fuerte. ¿Qué le atraía de él? ¿Qué había visto que moriría de viejo y que podía estar con él sin preocuparse por las fatalidades que el destino pudiera depararle en cada vuelta del camino?

—No mires —dijo Stella cuando pareció que había llegado el momento de que el chico se fuera.

Se levantó de la cama, se quitó el albornoz, y se puso unos vaqueros. Cuando volvió a mirar, vio que él no había apartado los ojos.

—No se puede confiar en ti —dijo ella, aún susurrando.

—¿Y tú qué? —Jimmy sacó el manuscrito de debajo de la almohada. ¿Se puede confiar en ti? ¿Ésta es la tesis de tu tío?

Stella dio un salto para agarrar la pila de papeles.

—No se lo diré a nadie —dijo Jimmy—. Lo juro.

Él también se había levantado. Había ensuciado la cama con el barro de sus botas, y se detuvo a limpiar la colcha. Extrañamente, Stella sintió que podía confiar en él. Jimmy sabía guardar un secreto. No se lo diría a nadie. Bajaron juntos la escalera, y Stella lo acompañó hasta la puerta. Había llovido con fuerza y el aire estaba limpio. Ahora era ella quien lo miraba, y no pudo quitarle los ojos de encima hasta que él desapareció por el camino, más allá de las lilas, más allá de los árboles donde los totíes dormían en fila.

IV

Los días se hacían más largos, y Elinor tenía más tiempo para trabajar en su jardín. Se sentía ávida de luz durante el atardecer que se prolongaba. Estaba ávida de todo, pero sobre todo, quería más tiempo. Las rodillas le fallaban por la edad, pero cuando se arrodillaba en el jardín, sentía las raíces que se entretejían bajo la tierra, las cigarras entre la hierba, el resplandeciente corazón del mundo. Al renacer, la naturaleza le aceleraba la sangre y la hacía sentir joven. Una vez, se quedó dormida contra el muro de piedra, en pleno día, como *Argus*, y así la encontró Brock Stewart, acurrucada como un pájaro que hubiera caído del cielo, como una estrella en llamas, como una ristra de rosas sin espinas que la protegieran.

Elinor y su viejo perro no habían oído el Lincoln del doctor Stewart que venía salpicando barro por el camino, así como no habían oído las currucas que gritaban en los árboles. Brock Stewart se acercó y se apoyó en la cancela. Pensaba en todo lo que había aprendido de Elinor Sparrow. Ahora sabía que las rosas salvajes de Unity eran invisibles, que se marchitaban y morían ante los ojos de quien las miraba, si alguien tenía la suerte de llegar a verlas. Esas rosas se resistían a crecer en los jardines, en los patios y en los invernaderos, y, sin embargo, Elinor había logrado que un ejemplar echara raíces y lo había cruzado con su rosal favorito. Incluso ahora que el verano era inminente, el híbrido seguía cubierto por un cono de arpillera que dejaba pasar la luz del sol pero protegía la planta del viento y de las inclemencias del tiempo. La había protegido, por ejemplo, de la lluvia de las piedras que había caído la semana anterior y había partido otros rosales.

El doctor entró en el jardín y se sentó en el banco que le había regalado a Elinor. Cuando una persona aceptaba un regalo de otra, aceptaba los sentimientos del que daba el regalo. Todo el mundo lo sabía. ¿Qué significaba entonces que Elinor estuviera dormida en el suelo, y no en el banco que él le había dado? Elinor respiraba lentamente. Cada bocanada de aire era preciosa. *Un día más*, pensó el doctor, más ávido que cualquiera, más ávido que la misma Elinor. *Quizá dos*.

—Hola, chica —dijo cuando Elinor por fin abrió los ojos.

Elinor había soñado que caminaba por el camino, bajo una verde enramada. Luego abrió los ojos y vio al doctor Stewart muy guapo. Estaba igual que cuando había vuelto al pueblo después de la academia de medicina. Se preguntó si se había despertado o seguía soñando.

—De chica nada. —Estaba lo suficientemente despierta como para recordárselo.

Elinor tenía los ojos velados. Le fallaba la vista y sentía las piernas débiles. Pensó en las muchas maneras como las flores se marchitaban. Algunas morían pétalo a pétalo, otras de golpe, desgarradas por el viento o simplemente por el tiempo.

—¿Cómo va nuestra rosa azul? —preguntó el médico.

—Nada de nuestra. Mi rosa. Lo único tuyo es la arpillera.

Brock Stewart rió.

—Para serte sincera, me da lástima la pobre criatura —dijo Elinor—. Toda envuelta. No sirve de nada ser un rosal si tienes que estar atado y cubierto de arpillera.

Si no hubiera sido médico, si no lo hubiera visto muchas veces, ¿habría notado Brock Stewart los círculos oscuros que rodeaban los ojos de Elinor, esa pigmentación del color de las ciruelas? Tenía el resto del cutis cetrino. Brock Stewart sabía que a esta altura, el dolor de espalda de Elinor debía ser insoportable. Le había preguntado al farmacéutico con cuánta frecuencia compraba morfina. Quizá era por eso que se había quedado dormida en el suelo, rodeada de vainas de algodoncillo, soñando con caminos que llevaban a casa.

—Pero querías una rosa azul, ¿no?

—¿No queremos todos lo que no podemos tener?

—Lo importante es la búsqueda, en mi humilde opinión.

Elinor rió.

—Tú no tienes nada de humilde. Eres un sabelotodo.

—¿Yo? Soy un sabenada. No sé nada de rosas, así que no me preguntes.

Elinor miraba Cake House. A esa hora del día, la madera pintada de blanco adquiría un matiz azul, bajo el cielo que se

oscurecía.

—En algún momento, di un paso equivocado —dijo Elinor.

Pensó en su sueño, en el largo camino verde, en la determinación que había tenido todos esos años. Ahora podía hacer que nacieran mil rosas azules a la fuerza, pero no era eso lo que quería.

En cuanto a Brock Stewart, no podía recordar desde hacía cuánto tiempo se sentía así con respecto a ella. ¿Desde el día en el que recorriera el camino cubierto de hielo para darle la noticia de la muerte de Saul? ¿O desde el día siguiente, cuando la encontró en el jardín, descalza y helada? La había llevado dentro, la había sentado frente al fuego, y el hielo que llevaba en la ropa se había derretido formando charcos en el suelo. ¿Había sido ayer, o veinte años atrás?

—Sin ti estaría perdido.

—Bueno —dijo Elinor, brusca—, más vale que te vayas acostumbrando.

Parecía como si hubiera empezado a llover, pero la lluvia no sonaba como las lluvias que ella sabía identificar. No era la lluvia de las rosas, ni la lluvia de los peces, ni la lluvia de las piedras, ni la lluvia de los narcisos. Sólo se percibía el sonido del agua. Era el doctor, que lloraba. Todo terminaría pronto, pues ella ya sabía lo que quería.

—Tengamos un secreto. —Elinor sentía el calor de la piedra contra su espalda. Sentía las pequeñas lombrices en la tierra, y las raíces del jardín debajo de su cuerpo, un amasijo tan intrincado que habría sido necesaria un hacha para deshacer el enredo—. Tengamos los dos un secreto que nadie más en el mundo conozca.

El doctor Stewart se secó los ojos con el dorso de la mano. Desde la muerte del bebé de Liza Hull, había dejado de contener las lágrimas. En una o dos ocasiones había llorado delante de los internos de la clínica. Todos se habían vuelto, avergonzados, pensando que se trataba de un signo de debilidad, propio de un viejo. Él no había dicho nada, pero a esos nuevos médicos, tan ciegamente seguros de sí mismos, tan convencidos de que la única manera de curar era negar su propia fragilidad, querría decirles: *Esto*

es. Miradme. Esto es lo que significa ser un hombre.

—Trasplantaremos el rosal —dijo Elinor con tono decidido.

Brock rió.

—¿Por qué tus ideas siempre implican trabajo físico y una carretilla?

No les fue difícil desenterrar el pequeño rosal. Levantaron la vara, aún envuelta en arpillera, la pusieron en la carretilla, y al doctor le tocó empujar. Los lirios y el trillium florecían, y el bosque que atravesaban estaba oscuro, salvo en los pocos lugares donde entraba un rayo de sol, tan fuerte como un reflector, e iluminaba las efímeras que se arremolinaban y las plateadas motas de polvo. El aire olía a barro. Había muchas capas de barro: barro rojo, arcilla gris, lodo del lago. Las brezas de las ciénagas crecían por doquier, y en un claro había una orquídea, una pantufla de dama. El doctor Stewart se detuvo a mirar la hermosa planta. La orquídea tenía la forma del corazón humano, pero era más pálida, y, como el corazón, resultaba asombrosamente fuerte cuando uno se detenía a contemplar su aparente fragilidad, las muchas maneras en que podía quebrarse.

Siguieron adelante hasta que llegaron al lugar donde la gente decía que Rebecca Sparrow había aparecido. Había salido del bosque una noche, como si saliera de un sueño, más allá de las rocas a las que llamaban La Mesa y las Sillas. Tras la muerte de Saul, Brock había acompañado a Elinor a ese lugar varias veces. Se sentaban allí, y él sentía ganas de besarla. Pero entonces ahuyentaba de su mente la idea: estaba casado y, en realidad, felizmente casado. Sin embargo, el sentimiento que lo unía a Elinor era diferente, más profundo. Le ocupaba todo el cuerpo, era todo lo que sentía en su interior.

Argus los había seguido, lentamente. Estiró el cuello para observar al doctor Stewart, que apartaba las lianas en un lugar que le había parecido a Elinor lo suficientemente luminoso. Tras el esfuerzo, el doctor se sentó a descansar en una de las «sillas» de La Mesa y las Sillas. Pero el granito era demasiado frío e incómodo, y Elinor había empezado a cortar sola las lianas. Tras recobrar el aliento, Brock se puso a cavar en el claro con la pala que habían

llevado. Vio los helechos de canela que crecían silvestres, y los irises amarillos que habían escapado de los jardines coloniales, y, tras saltar los vallados y esconderse bajo los setos, habían llegado al bosque. Vio los nabos de la India y las brezas de las ciénagas, que despedían un fétido olor a azufre si se las frotaba. En el bosque había un silencio como de otro mundo. Pero para el que escuchara atentamente, había un sonido interminable: el zumbido de las moscas y de los mosquitos, el murmullo de las abejas que rondaban los cornejos, la conversación de los zorzales, el llamado de la curruca, los trinos de los gorriones que se habían posado en todas las ramas.

Cuando el doctor hubo cavado un hoyo lo suficientemente profundo, Elinor retiró la arpillera del rosal, la plegó y la arrojó a la carretilla. Mientras trabajaba, tenía cuidado de no mirar con demasiado detenimiento la pequeña planta, para no asustarla y que no se volviera invisible. Seguramente era una leyenda tonta, pero quizá tenía algo de cierto. Todo se marchitaba, todo perecía. Pero algunas cosas seguían existiendo, incluso cuando nadie las miraba: desconocidas y sin ser vistas, crecían.

—¿Marcaremos el camino con piedras para volver a encontrar este sitio? —preguntó Brock Stewart.

—Nunca volveremos a encontrarlo. —Elinor entrelazó su brazo con el del doctor, y posó la mano sobre la carretilla—. Por eso hemos traído aquí el rosal.

El camino de vuelta fue difícil. Pasaron a través de los matorrales y las brezas de las ciénagas. Tras caminar unos cuantos metros, el médico se sintió perdido. Quizá habrían debido marcar el camino.

—¡Caramba! —dijo. Todos los cornejos eran iguales, y todos los irises amarillos parecían el mismo.

El doctor sudaba, estaba cansado por el trabajo de jardinería, y tenía ampollas en las manos. *Mira hacia arriba*, le había dicho a su hijo David cuando éste era un niño, mucho tiempo atrás. *Si te pierdes, recuerda: el sol siempre se pone por el oeste. Así encontrarás tu camino*. Pero, a través de la bóveda verde, no se veía el sol.

—No sé dónde estamos —confesó.

—Mejor —dijo Elinor. Estaba tan cerca que él podía sentir su calor, su certeza, su respiración—. Si no podemos encontrarlo, nadie más podrá. Y eso es justamente lo que queremos, Brock.

Podían haberse quedado juntos para siempre, perdidos en el bosque, cerca de la colina donde Rebecca Sparrow había aparecido proveniente del norte, según decía la gente. Con suerte, el perro sabría volver a casa. Tenían que confiar en *Argus* y seguir adelante. Había niebla y había empezado a caer una llovizna ligera, que enseguida se convertía en bruma. Era la última lluvia de los narcisos. Era esa lluvia que caía sin motivo, cuando el césped y los setos ya estaban verdes pero el cielo no podía contenerse y seguía enviando agua.

En el borde de un claro, el doctor se detuvo y recogió un ramo de irises amarillos. Los dedos se le mancharon de verde con la savia, y los sentidos se le nublaron con la fragancia embriagadora, dorada. Podía seguir caminando hasta siempre, sin cansarse, sin sentir sed. En aquel camino lleno de hojas, volvió a experimentar la sensación que lo había llevado a estudiar anatomía. Era consciente de la abundancia de la vida, de su calor, de la interconexión entre los seres. Sentía las raíces bajo la tierra, similares a la sangre y a los huesos. Veía las enredaderas de la patata silvestre, que se extendían como arterias, y los panales, que parecían corazones. Si pudiera llevarse algo al más allá, escogería la emoción que lo embargaba en ese momento. Tenía los pies mojados y el camino era difícil. Era ridículo que dos viejos erraran de esa manera, pero el doctor no quería que el paseo terminara. Elinor tenía fiebre; lo notaba. Quizá tuviera la gripe. No le habría sido difícil contagiarse, dada su debilidad. El doctor veía claramente que nunca más volverían a recorrer el mismo camino.

Vamos más despacio, susurró. Las flores que llevaba iluminaban el camino como globos de luz. *No quiero que te vayas*.

Esa noche, Elinor soñó con la rosa que habían llevado al bosque. Los pétalos no eran azules, sino plateados como trozos de un espejo roto, y reflejaban el cielo. Se arrodilló para coger una flor, pero la

flor se deshizo entre sus manos. Se partió en dos, luego en cuatro, luego en mil pedazos. Arrodillada, aterrada, ella trataba de reunir los pedazos. Entonces, oyó que alguien decía: *Ahora la tienes*, y pensó: *Qué absurdo. No tengo nada. Lo he perdido todo*.

Las manos le sangraban por haber tocado los bordes del cristal. Podía verse en los espejos, pero lo que veía era su rostro cuando era niña. Seguía siendo esa niña, la niña del pelo largo, negro, perdida en el bosque donde crecía la zarzamora, cuando levantó la mirada hacia el cielo. Las estrellas se movían demasiado rápido, como si fueran juguetes de cuerda. Reconoció algunas constelaciones: la del León, que siempre acompañaba a la primavera. Los Pastores en busca de la oveja. Lira y su estrella más brillante, Vega, azul y blanca. Parecían copos de nieve atrapados dentro de un globo. Si lo agitaba, se rompería. Si lo agitaba, le caerían encima las estrellas.

Jenny se levantó cuando aún estaba oscuro. La despertó el sueño de su madre, y se incorporó con un grito ahogado. La niña de la larga cabellera había caminado sobre vidrios rotos y no había llorado. Jenny sentía el rostro caliente y sudoroso. El coro de los tordos viajaba a través de la oscuridad. En el alféizar había una fila de gorriones. Jenny emitió un sollozo, y el sollozo salió volando por la ventana y espantó a los gorriones. Pero los pájaros no fueron muy lejos: se posaron en las ramas del laurel y lanzaron su canto hacia el césped húmedo.

Jenny se levantó de la cama y fue hacia la ventana. Esperaba ver a la niña de pelo negro en el césped, vestida con una bata blanca como la que llevaba Rebecca cuando surgió del bosque. La noche se levantaba de la tierra como el vapor de un espejo. Jenny se puso su bata y salió al pasillo. Sentía el suelo frío bajo los pies. La luz entraba a través de los paneles de vidrio del corredor, pegados con plomo, y las motas de polvo giraban en pequeños remolinos, como seres vivos.

Era tan temprano que las avispas apenas se estaban despertando, y las abejas comenzaban a llegar al jardín. Las estrellas se desvanecieron, una por una, hasta que sólo quedó Venus. Jenny encontró la puerta de la habitación de su madre entornada. Si se

hubiera interesado por saberlo, se habría enterado de que a su madre le daba miedo dormir sola; había sentido miedo desde la noche en que el doctor le había dicho que Saul estaba muerto. Podía detectar las mentiras, excepto las de aquellos a quienes amaba. Ése había sido su error. El amor la había cegado, pues en su momento, el amor había sido la verdad.

Argus dormía siempre junto a la cama de Elinor. Cuando Jenny entró en la habitación, levantó la cabeza. La miró, y Jenny pudo ver por la película blanca que cubría sus ojos, que el perro estaba casi ciego. ¿Cómo no se había percatado de lo fría que estaba la habitación de su madre? Hacía mucho tiempo que las paredes no recibían una capa de pintura, y con el paso de los años se habían amarilleado hasta volverse color crema. ¿Por qué no se había dado cuenta de cuán enferma estaba su madre hasta ese momento, hasta ese instante en que los pájaros estaban despertando, en que el cielo clareaba con una luz lechosa, y, de repente, sentía que podía perderlo todo?

Sobre la mesilla de noche estaba el ramo de irises amarillos que el doctor había cortado en el bosque. Olían a almizcle, y estaban en un jarrón que a Jenny le era familiar. Era uno de los primeros trabajos artísticos que había hecho en el colegio, durante el tercer curso. Estaba compuesto de pequeñas cintas de cerámica, pintadas de azul y marrón. Recordaba haberlo traído a casa una tarde, bajo una lluvia torrencial que distaba mucho de ser la lluvia de los peces. Era una lluvia huracanada. Jenny había metido el jarrón dentro de su abrigo. A cada paso expresaba un único deseo: *Que no se rompa*. Le asombró que su madre lo hubiera conservado, y que lo tuviera junto a la cama.

Sentía los pies helados. Pasó por encima del perro, levantó la colcha y se metió en la cama al lado de su madre. Elinor se había despertado al oír que alguien entraba en la habitación. Siempre había tenido el sueño ligero, pero la vista le fallaba, y pensó que si *Argus* no ladraba, quizá lo mejor era que ella también guardara silencio. Sintió que la cama se movía. Junto a ella había una mujer de pelo negro que parecía ser su hija. ¿Era real? ¿No era algo

imposible, como el hecho de que a un plato le salieran piernas y corriera hasta la luna, o que un montón de paja se convirtiera en oro?

—Estoy soñando —dijo Elinor. Sus palabras se evaporaron, como se evaporan en los sueños, y dejaron en el aire sólo un rastro de lenguaje, la semilla de algo imposible de entender.

—Yo también —dijo Jenny.

Oyeron el llamado del tordo desde el jardín. Fuera, la mañana se abría paso con sus rayos verdes y amarillos. ¿Qué otra cosa eran los sueños sino oportunidades para saber lo que uno tenía dentro? Después de tanto tiempo, madre e hija se perdonaron en esa mañana de mayo, cuando el mundo estaba vestido de verde, cuando las abejas rondaban el laurel, cuando no hacían falta palabras y lo que se había perdido retornaba.

Más tarde, esa misma mañana, Stella se despidió de Liza, cogió su mochila y salió como si fuera un día cualquiera. Pero en lugar de doblar por Lockhart, tomó el camino contrario.

—Hoy no iré al colegio —dijo cuando Hap le dio alcance—. Toma apuntes en ciencias, para que luego me los prestes.

—Voy contigo —dijo Hap, contento de tener una disculpa para faltar a clases en un día tan bonito.

—No —dijo Stella, de manera tan abrupta que Hap se sintió herido. ¿Pero acaso no se daba cuenta de que ella se había besado con otro la noche anterior? ¿No resultaba evidente? ¿No adivinaba Hap que ella no era tan de fiar como parecía?—. Perdona, pero es un asunto familiar.

—Sí, tranquila. —Hap miraba a Stella como si se hubiera dado cuenta de algo. Quizá no la conocía tan bien como creía—. Como quieras.

Stella tomó el Camino del Caballo Muerto y luego continuó por el camino de Rebecca. El día era tibio, y en el fondo las efímeras volaban describiendo círculos. Antes solía haber allí tantas tortugas que era imposible contarlas. La gente recogía sus huevos para hacer

sopa.

Había pavos salvajes en los matorrales y los arroyos estaban llenos de sábalos, unos peces espinosos que nadaban de las marismas saladas hacia el interior en primavera. Cuando Rebecca cumplió trece años (su cumpleaños se celebraba en la fecha de su aparición, en la mitad exacta de marzo), Unity tenía el doble de habitantes que cuando había llegado. Nadie que la hubiera conocido a los trece años habría imaginado que cinco años antes no hablaba una sola palabra de inglés. En cambio, cualquiera podía adivinar que era lavandera, pues tenía las manos agrietadas y en carne viva. Las yemas de sus dedos eran del color de las ciruelas, y tenía las uñas partidas. La vieja lavandera había muerto de una enfermedad eruptiva, y le había dejado a Rebecca su casa, su tetera y su receta para fabricar jabón de cebada.

Cuando Charles Hathaway vio a Rebecca Sparrow caminar sobre las astillas de un espejo en la mañana en que cumplía trece años, supo que había hecho bien al apartarla de su hijo Samuel. Pero el poder paterno tenía límites. Cuando los niños del pueblo le lanzaban a Rebecca flechas para divertirse, Samuel era quien los ahuyentaba. Visitaba a Rebecca por las noches, y no prestaba atención a los mosquitos que sobrevolaban la orilla del lago formando una cortina negra, ni a las tortugas lagarto que se escondían en los agujeros, en el barro, listas para morder incluso a través de las botas. Siguió viéndola cuando su padre se empeñó en que se casara con una de las Hapgood, Mary. Después de tener un hijo, siguió siendo fiel a Rebecca; era de ella de quien no soportaba separarse. Iba al lago a pesar de las inclemencias del tiempo. Espantaba a los mosquitos con un ungüento de berza de las ciénagas, y encontraba el camino en la oscuridad, entre las piedras y las tortugas, más allá del viejo roble donde las abejas fabricaban una miel tan dulce que los osos iban a comerla a pesar de los cazadores y de sus mosquetes.

El primero de marzo, antes de cumplir diecisiete años, Rebecca dio a luz a una niña, Sarah Sparrow, un bebé tranquilo que aparentemente no necesitaba dormir. Ese año, los mosquitos

formaban nubes inmensas, oscuras, y todo el que se acercaba al agua estancada enfermaba de fiebre. Samuel fue el primero en morir, y tras su muerte la enfermedad se propagó de familia en familia. Pero, junto al lago, Rebecca, que lloró a Samuel durante semanas, estaba rebosante de salud. La gente advirtió que su niña crecía sana y fuerte, y Mary Hathaway, la viuda de Samuel, vio a madre e hija con los brazos extendidos, cubiertos de pájaros, como si estuvieran hechas de plumas y no de carne, como si no fueran del todo humanas.

Parecía razonable interrogar a Rebecca acerca de la enfermedad. La llevaron al templo, donde la examinaron en busca de signos que pudieran indicar si el pueblo entero había sido puesto a prueba. Los caminos de Dios eran misteriosos, y también lo eran los del diablo. ¿No era ésa la razón por la que los hombres rectos a veces deseaban cosas de las que más les valía alejarse? ¿Por qué las mujeres a menudo se dejaban vencer por la vanidad y los niños necesitaban que se les guiara para evitar que tropezaran y cayeran? Los patriarcas fundadores del pueblo le quitaron a Rebecca la brújula de plata que llevaba en el bolsillo y la estrella que llevaba al cuello. Se quedaron también con la campana de oro, con la que distraía a su niña, y oyeron indiferentes el llanto de la criatura.

Mary y otros ciudadanos recelaban de Rebecca desde hacía tiempo. Ahora, los patriarcas fundadores del pueblo estaban de acuerdo en que se la sometiera a una prueba. Todo el mundo sabía que las brujas no sentían dolor, de modo que ése fue el método que emplearon. Dentro de su bota, pusieron un carbón al rojo vivo. Confirmaron sus sospechas, pues Rebecca no gritó aunque el pie se le quemó. Le clavaron alfileres debajo de las uñas, y Rebecca no dijo una palabra, aunque los dedos se le pusieron morados y varias uñas se le cayeron. Agregaron bellotas enteras a un estofado que le sirvieron de cena. No las escupió. Al final, las buenas señoras del pueblo cumplieron el encargo de coser piedras a su dobladillo y a su capa, y de llenar también de piedras sus botas. Luego, la condujeron al lago.

Ya había pasado el mediodía cuando Stella llegó a la parte más

terrible de la historia, al acto que había tenido lugar a pocos metros de donde ella se encontraba, bajo un cielo nublado que ahora estaba azul. Arrastraron a Rebecca Sparrow por aquel camino, que antes estaba lleno de zarzas. Las piedras desgarraron sus pies, y la sangre brotaba a través del cuero de sus botas. Era enero, demasiado pronto para las campanillas, y, sin embargo, dondequiera que caía la sangre de Rebecca, nacía una campanilla. Luego el camino quedó yermo. En él no volvió a crecer la hierba, ni siquiera brotaron los cardos, ni el algodoncillo ni los manzanos espinos. El aliento de los hombres ascendía en nubes de humo.

El mundo no parecía tener color: el cielo era de plomo, los juncos eran pardos, el heno de los campos estaba pálido y salpicado de escarcha.

Habían aplazado el acto, a la espera de que el hielo se derritiera, pero cada día era más frío que el anterior. Cuando uno de los Hapgood enfermó y dos primos White murieron, decidieron que no podían esperar más. Enviaron a unos niños para que hicieran un agujero en el hielo. Pasaron horas discutiendo qué cuerda emplear. Stella se preguntó si Rebecca habría escapado, de haber podido. En una nota de pie de página, Matt explicaba que el vuelo nocturno de las brujas probablemente tenía que ver con el uso de alucinógenos. Los ungüentos para volar habían circulado desde siempre, decía Matt. Incluso Francis Bacon hablaba de una preparación que incluía cicuta, hierba mora, azafrán y hojas de álamo.

Muchos de estos ingredientes venenosos podían encontrarse en los alrededores de Unity. Pero, ¿qué podía ver alguien que se elevara sobre Unity? ¿No se perdería todas las cosas importantes al distanciarse tanto del mundo? Rebecca estaba atada a la tierra, atada al pueblo por su hija, que había quedado al cuidado de los Hathaway. No intentó alzar el vuelo, ni siquiera correr. La ataba la devoción. Todas sus posesiones cabían en una cesta: la campana, la brújula, dos vestidos, y unas cuantas barras de jabón de cebada, capaz de quitar cualquier mancha, ya fuera de salsa o de sangre. Las mujeres recibieron cizallas y la orden de cortarle la oscura cabellera. Aunque era invierno, los gorriones cantaban como si hubiera llegado

la primavera. Las tortugas se movían lentamente bajo el hielo, como troncos.

Muchos de los presentes se preguntaron por qué Rebecca no había dicho nada, y comentaron en sus diarios su silencio. Por lo que Charles Hathaway había escrito en el suyo, Matt supo que Rebecca ya había dicho sus últimas palabras en la cocina de los Hathaway, donde la viuda de Samuel sostenía a su hija, aunque sentía una obvia preferencia por su propio niño.

Os perdono.

Los enemigos de Rebecca habían escuchado atentos, pero nunca estuvieron plenamente seguros de haber oído estas palabras. Tan pronto como las hubo pronunciado, Rebecca enmudeció. Ellos no lo lamentaron, pues se decían que no necesitaban oír promesas ni mentiras. De haber sido declarada inocente, Rebecca habría tenido que incorporarse a la sociedad de las buenas mujeres que habían cosido piedras a su ropa. Pero quien sobrevivía a un ahogamiento nunca era declarado inocente, y menos si se habían empleado piedras para la inmersión. La habían quemado y la habían pinchado, había caminado sobre vidrios rotos, le habían clavado flechas y no había sentido nada. Sus botas contenían tanta sangre que cuando se las quitaron, la orilla nevada se tiñó toda de rojo. Cuando la sumergieron en el hielo, la primera vez, oyeron sonidos estertóreos que ascendían desde el fondo del lago. Los gorriones trinaron y el hielo gruñó. La subieron con la cuerda que habían elegido, la más resistente de todas, y le exigieron que confesara. Como no lo hizo, volvieron a sumergirla. Quizá los labios se le habían congelado, quizá había perdido la voz por el frío. La hundieron dos veces más, y a la tercera vez, cuando tiraron de la cuerda, ésta subió con demasiada facilidad. No sujetaba nada más que algas.

Charles Hathaway metió la campana, la brújula y la estrella en un cajón de su escritorio y cerró el cajón con llave. Pero incluso así, podía oírlos en la noche. Cuando se sentía a salvo, en su cama, los objetos empezaban a hablarle. Al poco tiempo, dejó de oír todas las voces salvo la de Rebecca. No oía a su esposa, que lo llamaba, ni oía el trueno en los días de tormenta. Varias veces se le vio deambular

como un loco por el pueblo. Se había vuelto tan temeroso del agua que no se lavaba las manos ni la cara. Vivía sucio, apestaba, y hasta su caballo lo rehuía. Ni su esposa ni su cuñada ni su nieto se sentaban a comer con él.

Sarah Sparrow creció en casa de los Hathaway, y cuando cumplió trece años abrió el cajón que guardaba los objetos que habían pertenecido a su madre. Al igual que su abuelo, había oído la llamada de Rebecca. Miró a su alrededor, el hogar de los Hathaway, y recordó que su lugar no estaba allí. Hathaway la buscó cuando se escapó, porque era su nieta carnal, pero cuando se acercó al lago, oyó nuevamente la voz de Rebecca. Nunca había dejado de oírla, pero desde hacía un tiempo la oía más bajo. Allí, junto al lago, la voz resonó con toda su potencia. Espantó al caballo, que salió galopando desbocado desde el lugar donde Stella leía, donde no crecía la hierba, donde a esta hora aparecían nubes de mosquitos y la tarde caía en olas azules. Stella apartó la mirada de la tesis de Matt. Estaba demasiado oscuro para leer, y casi había terminado. Ahora que sabía lo que había ocurrido, sintió la necesidad de quedarse con el texto. ¿Por qué iba a compartirlo con el pueblo que había torturado a Rebecca? Guardó la tesis en su mochila y se dirigió hacia el Camino del Caballo Muerto. Oía las candelillas que se movían con el viento, y los juncos huecos que sonaban como campanas. El camino estaba lleno de sombras, y aunque su madre y su abuela estaban en la vieja casa, a menos de quinientos metros de distancia, se sentía sola. Pensó en Rebecca, en sus botas ensangrentadas. Pensó en Sarah, que había sido criada por una mujer que la odiaba. Pensó en el caballo que se había encabritado y había corrido sobre el agua hasta hundirse en el centro del lago que supuestamente no tenía fondo.

Se sintió aliviada al pisar el pavimento de la avenida Lockhart. De repente, oyó un eco. Detrás venía una furgoneta que iluminaba el camino con sus faros. Dio un salto hacia el lado, y estuvo a punto de caer en un matorral de ortiga que habría traspasado los vaqueros que Juliet había teñido de negro y le habría hecho escocer las piernas de manera insoportable. Se apartó tan rápido que la sangre le

empezó a latir con fuerza en la cabeza. Oía el bordón de su pulso, cuando la furgoneta se detuvo a su lado.

—Hola, ¿te llevo?

Stella parpadeó. Vio una sombra tras el volante. Pensó en la mujer que había visto en el restaurante, en Boston, y en la manera como había muerto, y el pulso se le aceleró tanto que le dolió todo el cuerpo. Debía tener cuidado. Tenía que fijarse en las personas que se topaba en el camino.

—No muerdo —dijo el conductor.

Stella reconoció la furgoneta: era la de la pizzeria. Reconoció también al conductor.

—Casi me atropella —dijo, y se tranquilizó cuando supo quién era el que se había detenido.

También vio el destino del conductor: un accidente de tráfico en una carretera de Maine, en un día brumoso de verano. No iba a subir a su coche por ningún motivo.

—Tengo que llevar las *pizzas*, o se enfriarán. ¿Te llevo, o no?

—No, gracias. Me gusta caminar.

Stella seguía respirando fuerte. El repartidor de *pizzas* se despidió de ella y se marchó.

—Vaya más despacio —gritó Stella.

La luna, un arco blanco y plano, había aparecido en el cielo. Los manzanos silvestres habían florecido, y, mientras caminaba, Stella contó sus numerosas variedades: los que tenían flores color crema, los que tenían flores de bordes rosa, los que tenían flores rojo oscuro, del color del corazón. Esa noche, parecía como si el mundo entero respirara: el jején en el aire, los grillos en las zanjas, las hojas de los álamos y los fresnos que crujían como si inhalaran y exhalaran.

No pudo evitar preguntarse si ése era el camino que habían tomado los hombres del pueblo aquel día frío en que la sangre de Rebecca había manchado el hielo. ¿Era por eso que se sentía nerviosa y sentía la necesidad de salir corriendo? Hizo una promesa a la noche oscura: si llegaba a salvo a casa de Liza Hull, haría un sacrificio en honor a Rebecca. Todo lo que necesitaba era una señal.

Pasó otro coche, y redujo la marcha, pero Stella siguió mirando al frente. Cynthia Elliot le había contado que cuatro años atrás un coche había atropellado a una chica en la avenida Lockhart, y que nunca había aparecido el conductor. Habían encontrado el cuerpo de la chica en la esquina de East Main y Lockhart, con una manta encima; parecía que la chica se hubiera quedado dormida junto a la cuneta.

Stella contó sus pasos hasta el roble, y luego empezó a correr. Juliet Aronson había dicho una vez que si uno contaba los pasos a la luz de la luna, cuando llegaba a casa obtenía la primera letra del nombre de su amor. Pero Stella no tenía una casa propiamente, de momento, y sabía quién era su amor, a pesar de lo que lo indicaba el sentido común, de modo que contó por contar. Cuando llegó a la casa de té, subió corriendo las escaleras. Liza salió al vestíbulo, pero sólo tuvo tiempo de saludar de lejos el rayo de luz que volaba hacia la segunda planta.

—Se supone que debo darte tres comidas al día. ¿No quieres cenar? Hay estofado de ternera. Tu padre vendrá.

Todos los días comprobaba el acierto de Juliet Aronson. Will Avery rondaba la casa de té como las currucas que esperaban migas de pan en las ventanas.

—No tengo hambre —gritó Stella desde arriba—. Gracias. Estoy muy cansada. Creo que me iré a la cama.

—Espero que no sea la gripe —dijo Liza—. Hay una epidemia.

En su cama angosta, con las sábanas recién cambiadas, Stella se sintió por fin segura. Pero siguió pensando en cuán fácilmente podían desaparecer las personas. Pensó en los gorriones, en las rosas, en la tinta invisible y en las chicas atropelladas. Puso la tesis de Matt Avery bajo la almohada y toda la noche las páginas crujieron, como las hojas de los árboles. Recibimos algunas cosas y perdemos otras. Pero hay cosas que permanecen con nosotros para siempre. Stella soñó con lagos y piedras, con niñas de pelo negro. Soñó el mismo sueño de su madre y su abuela, el sueño que todas las mujeres de su familia habían soñado antes que ella. Cuando se levantó, en la mañana, había decidido cuál sería su sacrificio.

Mucho antes de que Liza bajara a la cocina para empezar a hornear los pasteles del día, antes de que su madre llegara a trabajar, antes de que su abuela saliera al jardín, Stella se encerró en el cuarto de baño. Se sacudió la cabellera y se miró en el espejo. Su pelo era tan claro como las estrellas. Era invisible, a menos que lo mirara contra un fondo oscuro. Por suerte, Juliet había dejado en una bolsa todo lo que había robado durante su visita a Unity, y su botín incluía varios paquetes de tintura para pelo. Stella se inclinó sobre el lavabo y dejó correr el agua. Pensaba en aquel día remoto en que el hielo cubría el lago y el agua estaba tan fría que podía petrificar a una mujer, en aquel día en que los cuervos oscurecían los campos y mil gorriones habían acudido a la orilla y se habían negado a volar aunque los habían perseguido con palos.

En menos de una hora, el rasgo más atractivo de Stella, la larga cabellera rubia que Juliet Aronson recomendaba llevar suelta para que cayera como una lluvia de estrellas, se volvió negra. Con unas tijeras para cortar las uñas, Stella se cortó el pelo por encima de las orejas, como se lo habían cortado a Rebecca en la mañana de su ahogamiento. Charles Hathaway había guardado la trenza junto con la brújula, la estrella y la campana, y las diez cabezas de flecha manchadas de sangre que había encontrado entre las pertenencias de su hijo. En el cajón permanecieron los objetos hasta que la hija de Rebecca los puso en el lugar donde debían estar. Lo primero que hizo Sarah Sparrow tras abandonar el hogar de los Hathaway fue construir la urna que aún conservaba las reliquias. Sarah quería recordar. La caja fue hecha de roble, espino y fresno. El cristal sólo se añadió más tarde. Como Sarah no necesitaba dormir, trabajó toda la noche hasta que la caja estuvo lista. Entonces, les dio unas hebras del pelo de su madre a los gorriones que habían esperado pacientemente. Ellos entretejieron las hebras en los nidos que construían entre los juncos del lago, y en los días de viento las hebras hablaban, espantaban a los caballos, asustaban a los niños del pueblo, susurraban cada vez que alguien osaba tomar el camino en el que nada crecía pero donde hacía mucho tiempo, un día, las campanillas habían brotado antes de tiempo, a través del hielo más

sólido, enviadas por el Ángel de las Penas.

EL ENCANTAMIENTO

I

En esa época del año, los habitantes de Unity plantaban sus jardines, seleccionaban los arces que había derribado el invierno, y los cortaban para tener leña con qué encender el fuego más adelante. Los melocotoneros florecían y la fiebre primaveral tocaba su fase más álgida. Por lo general, en esta época, Matt Avery trabajaba sin descanso. Pero este año había dejado de contestar el teléfono. Hasta el roble seguía allí en pie, aunque ya no tenía hojas, y la gente decía que aullaba cuando soplaba el viento. A Matt el árbol le traía sin cuidado. Siempre se había despertado a las cinco y media de la mañana sin despertador, pero ahora no conseguía salir de la cama. Oía que su hermano iba a la cocina, preparaba café y hablaba por teléfono con Liza, y seguía en la cama, con la cabeza bajo la colcha. Vestirse, cepillarse los dientes e incluso respirar eran tareas que le exigían demasiado esfuerzo.

Matt había contraído la gripe, una gripe primaveral especialmente fuerte, que le hervía la sangre y le causaba mareos. Le dolían los huesos y tenía una tos que le hacía traquetear las costillas. Quizá se había enfermado porque tenía las defensas bajas: con su tesis, sentía que lo había perdido todo. El mundo no le interesaba. Nada de lo que había intentado hacer en la vida había funcionado. Ahora Will era el madrugador; el que antes se levantaba al mediodía ahora desayunaba con batidos proteínicos al amanecer. El que antes

bebía *whisky* y ginebra bebía ahora agua mineral. Había ocurrido lo impensable: Will corría todas las mañanas. Salía de la casa a las seis, y no regresaba antes de las ocho, cuando Matt lo oía silbar en la ducha un preludio de Chopin que le hacía castañetear los dientes a cualquiera que deseara estar tranquilo.

Will había empezado a impartir lecciones de piano en el viejo Steinway de la familia, en el que él y Matt habían aprendido. Matt no tenía oído y Will tenía facilidad para la música. La profesora le había dicho a Catherine que Will tenía talento, en tanto que Matt… era una causa perdida. Y había resultado ser cierto. Ahora, para añadir otro a sus muchos fracasos, había perdido su tesis. Nada quedaba del proyecto en el que había trabajado durante tantos años y que se suponía que debía entregar el fin de semana. Tenía sus apuntes y los borradores de los primeros seis capítulos, y también la última página, la que había estado reescribiendo cuando el resto del condenado texto había desaparecido. ¿Pero a qué imbécil no se le ocurría tener una copia del texto final? A un imbécil como Matt, según parecía, a un hombre que había tardado veinte años en terminar su carrera y que ni siquiera entonces podría graduarse.

Todo lo que Matt quería se le escapaba entre los dedos como el agua. Había pensado que si no podía tener amor, si no tenía esperanzas, al menos podía enseñar. Brian Lewis, el decano del departamento de historia de la universidad estatal, le había propuesto que enseñara una clase nocturna en el otoño. Sin duda se retractaría cuando se enterara de que la tesis de Matt no existía. Al pensar en su suerte, Matt no podía evitar acordarse de los últimos días de Charles Hathaway. El viejo se había retirado a su cama después de que su nieta se marchara a vivir a la casa junto al lago. Padeció fiebres y delirios, que su mujer intentó curar con té de camomila y cataplasmas de hojas de chopo. Charles Hathaway escribió en su diario que soñaba con Rebecca Sparrow con tanta frecuencia que sentía que ella lo acompañaba también durante la vigilia, que se sentaba a los pies de su cama, chorreando agua verde, y se le escapaba cada vez que intentaba tocarla.

Cuando Matt lograba salir de la cama, para servirse un vaso de

agua o coger una tableta de Tylenol, no se molestaba en mirar si alguien le había dejado un mensaje. Había abandonado toda esperanza. La señora Gibson había puesto anuncios en la biblioteca, pero un manuscrito perdido no era como un perro extraviado. No venía cuando se le llamaba; ningún vecino generoso iba a acogerlo y alimentarlo; y, ciertamente, no esperaría en una jaula de la perrera, moviendo la cola. Además, cuando sonaba el teléfono siempre era para Will, que parecía haberse adueñado de la casa. Matt se preguntaba qué dirían las madres de sus alumnos si supieran que Will Avery había pasado toda su vida adulta entre el alcohol y las mentiras. Pero el hecho era que Will había dejado el alcohol por completo. Hasta donde Matt sabía, también había dejado de mentir.

—¡Levántate y brilla como el sol, hermano! —gritaba Will desde el otro lado de la puerta antes de salir a correr. Tenía razones para sentirse feliz. Habían retirado los cargos que pendían sobre él, pues la mujer que había ido a cenar aquella noche con la víctima informó que su amiga había pensado en denunciar a un ex novio que no la dejaba en paz. El ex novio no aparecía por ninguna parte, y Will lo había identificado en una foto: era el supuesto periodista, el que había ido a entrevistarlo y había robado la réplica de Cake House. *Inside Edition* envió a un reportero para que entrevistara a Will en el parque municipal, y se rumoreaba que el programa *Today* enviaría un equipo de rodaje en Memorial Day[5]. A Will le habían pedido que encabezara el desfile. Sí, Will Avery, que no había visitado a su madre en el lecho de muerte, que había mentido por afición y había engañado a su mujer, que había desperdiciado su talento y como padre sólo había estado disponible en los cumpleaños y ocasiones especiales, desfilaría junto al Cadillac descapotable del alcalde. Lo seguirían sus estudiantes de música, que lanzarían caramelos y pirulíes a la multitud.

Will no le había dicho a nadie (excepto a Liza, a quien últimamente le contaba todo) la razón por la que se había aficionado a correr por las mañanas. La idea había surgido como consecuencia del miedo que sintió al reconocer en la estación de policía de Boston la fotografía del ladrón de la casa de juguete. Will volvió a Unity tan

preocupado que fue directamente a hablar con el jefe de la policía, Robbie Hendrix, que había sido su compañero de colegio. Robbie le aseguró que Stella no corría peligro, pero Will sabía que el trabajo más difícil que la policía de Unity había realizado hasta el momento, había consistido en la búsqueda y captura de una pandilla de mapaches rabiosos a los que al final habían tendido una trampa en el ático de los Elliot.

Will no acababa de confiar en el departamento de policía de Unity, aunque creía en sus buenas intenciones. Por eso salía a correr todas las mañanas. Se había convertido en el vigilante del pueblo, y ya conocía bastante bien las costumbres de muchos de sus habitantes. Henry Elliot, por ejemplo, partía hacia Boston a las seis y cuarto todos los días. Eli Hathaway era por lo general el primer cliente de la estación de servicio de la esquina de Main. Enid Frost abría las puertas de la estación de tren a las seis y media. Si hacía buen tiempo, barría la plataforma. Cuando llovía, fregaba el suelo e intentaba secar los charcos.

Will había descubierto que podía cubrir todo el pueblo en dos horas. En su recorrido circundaba el parque, bajaba por la avenida Lockhart, y pasaba frente a la biblioteca, la escuela primaria y las tiendas de Main Street. Todo el tiempo ansiaba que llegara el momento de pasar frente al porche de la casa de té, donde por lo general Liza Hull lo esperaba para darle ánimos. Últimamente, Will sentía como si alguien le hubiera extraído el veneno. Sin el alcohol, sin el peso de las mentiras, sentía la cabeza y los pies ligeros, se sentía más veloz que nunca. En su rutina se había topado con otra corredora, Solange Gibson, la hija de la bibliotecaria, que le había enseñado unos ejercicios de estiramiento para que no se le acalambraran las piernas. A veces, cuando hacía su ronda, se encontraba con alguno de sus alumnos de piano y con los familiares de éstos, y todos parecían tan contentos de verle que al principio Will pensaba que lo confundían con su hermano, alguien completamente diferente de él, un hombre respetable cuyas ocupaciones no se limitaban a la investigación sobre cómo conseguir cuanto quería con el menor esfuerzo posible.

Cuando oyó que Jenny estaba en cama con gripe, Will, empeñado como estaba en expiar sus pecados, cortó del jardín de su madre unas phlox, que florecían con una súbita explosión blanca en medio del verdor de mayo. Una mañana, corrió hacia Cake House mientras Matt estaba en cama lamentándose por el pasado y el futuro. La glicina había florecido y su olor dulce había invadido el pueblo. Incluso el famoso lago, conocido sobre todo por sus ahogados, despedía un olor penetrante que se parecía más al de la canela que al habitual, de lodo.

—Sé que usted me odia —dijo Will cuando Elinor abrió la puerta. Elinor quedó atónita al verlo en su porche—. Sólo he venido para visitar a Jenny. No vengo a robarle.

—No estarás planeando volver con ella. —Elinor quería saberlo antes de decidir si lo dejaría entrar o no. Miró las flores, unas phlox patéticas, a medio abrir. Catherine se habría avergonzado de haber sabido que el mísero ramo procedía de su jardín.

—Oh, no —dijo Will para tranquilizarla—. Hemos terminado para siempre.

Elinor pensó que su habilidad para detectar las mentiras estaba fallando. A menos que Will estuviera diciendo la verdad.

—Liza me dijo que Jenny tenía la gripe. Pensé que debía visitarla, por cortesía.

—De modo que ahora es Liza. —Elinor abrió la puerta completamente, aliviada al saber que Will había pasado a otra víctima—. Haberlo dicho.

Will subió los escalones de dos en dos y siguió por el corredor hasta la habitación de donde, en las noches de su juventud, Jenny salía a escondidas para encontrarse con él. Jenny bajaba a través del retorcido tallo de la glicina, y cuando llegaba abajo emanaba un olor floral que le hacía estornudar. Él le tenía alergia a todo. Liza le había aconsejado que llevara un antihistamínico en el bolsillo cuando salía a correr, por si se topaba con una abeja. Solía acelerar el paso cuando pasaba frente al viejo roble, pues dentro, donde la madera estaba muerta, había un panal gigantesco. Oía las abejas al pasar y corría tan rápidamente que quienes pasaban a su lado, de

camino al trabajo en Boston o en North Arthur, no lo reconocían. Veían un borrón, en lugar de un hombre que escapaba a toda prisa de cuanto había sido.

—Te ves fatal —dijo al ver a Jenny en la cama. Ella tenía fiebre, tenía la nariz roja y llevaba un pijama de franela a pesar de que el día era bastante cálido.

—Gracias. —Jenny intentó desenredarse el pelo con los dedos. Había estado pintando una acuarela, y la tenía apoyada en las rodillas. Había vuelto a aficionarse a la pintura.

—Qué paisaje más bonito —dijo Will.

Jenny rió y se sonó la nariz.

—¿No has visto el tigre en la falda de la colina? ¿Por qué opinas antes de mirar?

—«¡Tigre! ¡Tigre!, luz llameante…». Me temo que no hay tigres en las colinas de Unity. No sabía que pintaras.

—¿Qué sabes de mí? —Jenny no pudo resistir lanzarle una pulla, mientras Will ponía en el vaso de agua de las acuarelas las flores que había traído.

—No mucho. Tampoco sé mucho sobre mi madre. Por ejemplo, no tenía ni idea de que le gustara la jardinería. Por todas partes sembró flores de éstas.

—Se llaman phlox —dijo Jenny, que nunca había intentado siquiera plantar una semilla de aguacate. Sin querer, había adquirido ciertos conocimientos de jardinería gracias a su madre—. Son fáciles de cultivar, y se dan incluso mejor si nadie las cuida.

Entrecerró los ojos, escéptica, cuando Will empezó a ordenar su mesilla de noche. Will agarró la campana que Elinor había dejado allí para que su hija la llamara si necesitaba algo. Era una idea ridícula. Elinor no estaba bien, y difícilmente podía hacer de enfermera. De todas maneras, nunca había desempeñado ese papel. Ni siquiera cuando Jenny era niña, ni siquiera el día en que Jenny había llamado al doctor Stewart porque la fiebre le había subido a cuarenta grados, sentía la garganta como papel de lija, y su madre estaba fuera en él jardín, indiferente a todo cuanto ocurría al otro lado de la cancela.

—¿Esto no estaba en la urna de cristal? —preguntó Will, al tiempo que levantaba la campana y la hacía sonar. ¿No era de Rebecca?

Jenny le quitó la campana y la puso junto al vaso de agua lleno de flores. Se estaba poniendo nerviosa por la intromisión de Will, que no podía dejar las manos quietas.

—¿Por qué has venido? ¿Qué quieres? Me extraña que mi madre te haya dejado entrar, especialmente desde que descubrimos que fuiste tú quien robó aquella punta de flecha el primer día que viniste a esta casa.

—Eso estuvo muy mal —dijo Will, triste.

—Sí. Muy mal. Y ahora que has vuelto a la escena del crimen, ¿qué quieres?

—Tu perdón.

Jenny rió, a pesar de que le dolía la garganta. Luego miró a Will a los ojos. No estaba bromeando.

—¿Y por qué debo perdonarte?

—Porque seremos mejores padres si lo intentamos juntos.

Jenny lo miró fijamente, aterrada.

—Y dime, ¿cuándo, exactamente, tuviste esa revelación?

—De hecho, no fue idea mía —confesó Will—. Alguien me ayudó.

—Una influencia femenina —adivinó Jenny—. ¿Marian Quimby?

Marian siempre le había tenido celos, pues quería a Will. Durante toda la secundaria había llamado a Jenny la chica del caballo muerto y la puta de Cake House. Había perseguido a Will incesantemente, pero de nada le había servido. Luego había estudiado derecho, y tenía un bufete en North Arthur.

—¿Marian? —De hecho, Marian había sido la primera mujer con la que Will se había acostado. Había ocurrido en un sofá en el sótano de los padres de ella, el verano anterior al inicio de noveno grado—. Por Dios, no. —De repente, un pensamiento horrible cruzó su mente—. Oye, ¿tú crees que Stella está tonteando con el nieto del doctor Stewart? ¿No estará acostándose con él?

—Claro que no. Y además, estamos hablando de ti, así que no cambies de tema. ¿Quién es?

—Liza.

—¿Liza Hull? ¿Mi Liza?

Jenny apartó las acuarelas. Will la miraba de hito en hito, cuando por lo general no podía mirar a nadie a los ojos. Parecía más atlético. Había perdido peso, y tenía mejor color. Traía consigo una botella de agua mineral y llevaba zapatillas deportivas. No era su estilo. ¿Cuándo se había tomado el último *whisky*, cuándo había mentido por última vez, cuál había sido la última vida que había arruinado? Sin duda había tenido lugar un cambio, y Jenny no se había dado cuenta.

—Es Liza, sí —dijo Will.

La chica más simple de la clase, la jefa de Jenny, una mujer que se preocupaba más por los ingredientes de un pastel que por su apariencia. Al menos, hasta hacía poco tiempo. Últimamente, en varias ocasiones Liza le había pedido a Jenny su opinión sobre un determinado traje, un traje pantalón pasado de moda o un vestido aburrido y cómodo, y la semana anterior Jenny la había sorprendido mirándose al espejo del escaparate. Liza estudiaba su reflejo y fruncía la boca, como si, de repente, su imagen hubiera adquirido un nuevo significado.

—¿Y ese…? —Jenny tuvo que buscar la palabra apropiada— ¿… ese sentimiento es recíproco?

—Liza es una mujer increíble. Sabía que yo era inocente mucho antes de que se retiraran los cargos. ¿La viste en *Inside Edition*? Apareció a mi lado.

—Vaya. Y ahora quieres que yo te perdone.

—Sí. Hemos pasado por muchas cosas juntos, Jen. Hemos vivido juntos toda nuestra vida adulta. Para mí es muy importante que me perdones.

¿Qué le había hecho Liza Hull? ¿Lo había embrujado? ¿Lo había ayudado a encontrar su ser interior? ¿O simplemente había creído en él?

—Si quieres que te perdone, dime una cosa. Ese día en que tú y

tu hermano vinisteis, el día de mi cumpleaños, tú me dijiste que habías soñado el sueño que yo describí.

Will asintió.

—Sí, el sueño del ángel negro, la abeja que no picaba y la mujer que no tenía miedo.

—Sí. Ése mismo.

—Quise haberlo soñado, pero esa noche no dormí. Tenía demasiado miedo. Ya me conoces, si duermo rara vez sueño, y esa noche sentía pánico de que apareciera el caballo muerto. Me mordí las uñas toda la noche. Mi hermano me había contado que el caballo pertenecía a Charles Hathaway, y que se había encabritado cuando su jinete lo había obligado a recorrer el camino de Rebecca Sparrow. Ya entonces, Matt conocía la historia del pueblo. Pero quién iba a pensar que tenía adentro semejante sueño.

Todo el mundo cometía errores, y a veces merecía la pena perdonar, incluso a Will, incluso ahora que confesaba que las primeras palabras que le había dicho eran falsas.

—¿No adivinas que fue Matt? Hasta tienen la gripe al mismo tiempo —dijo Will y se levantó para irse—. Eso debería darte una pista.

¿Acaso el amor era contagioso, como el resfriado? ¿O era un virus que atacaba gradualmente hasta invadir y consumir a su víctima? Cuando Will se fue, Jenny tenía la sangre tan caliente que la sentía como azúcar quemado en las venas. ¿Acaso el mareo que sentía se debía más al recuerdo de Matt que a la fiebre? ¿Por qué reconocer el deseo de su corazón le era tan difícil como ensartar cuentas en un hilo de humo, prender un fuego con madera verde, o encontrar el camino en la oscuridad sin una lámpara, sin una linterna, sin un rayo de luna?

Alguien llamó a la puerta. Era Elinor. Aunque tenía que andar con bastón, venía trayendo una bandeja. Había oído la campana que había tocado Will, y allí estaba, con la taza de té que no le había servido a su hija casi treinta años atrás, con ese té que le había dejado un sabor tan amargo.

—¿Qué es esto? —preguntó Jenny sorprendida.

—El té rompefiebres de Elisabeth Sparrow. Menta, limón y miel de lavanda. También te traje un poco de esta cosa horrible que preparé. Nido de pudín. Se supone que es muy alimenticio.

Era una manzana horneada rellena de mazacote. La última cosa que Jenny quería en el mundo era comer, pero se obligó a probar el pudín, para complacer a su madre. *Qué raro*, pensó. *Estamos tratando de hacernos felices una a la otra. Qué improbable. Cuán ajeno a nuestras costumbres*.

—Está cremoso —dijo—. ¿Lo hiciste tú?

El amor no era nunca un error, ni siquiera cuando no era correspondido. No era distinto de las phlox del jardín de Catherine Avery, que crecían aunque nadie las cuidara, aun si todos las ignoraban.

—Debe estar horrible —dijo Elinor—. No tienes que mentirme.

—Pensaba que siempre sabías cuando alguien decía la verdad.

—Detecto la mentira. Eso es distinto de detectar la verdad. Es gracioso. Hasta donde puedo ver, Will ha dejado de mentir.

—Está enamorado de Liza Hull.

—¿Debemos alegrarnos por Liza, o darle el pésame?

—Alegrémonos —dijo Jenny—. Sí, alegrémonos.

Elinor extendió la mano para coger la pequeña acuarela del tigre en la colina.

—Qué bonito —dijo—. Anoche soñé con esa imagen. Ésa es la colina que está detrás del lago.

—Pero no hay tigres en Unity.

—Ya lo sé. Soñé con un lirio tigre.

Las dos rieron del error de Jenny. Había visto un tigre en lugar de una flor, un mentiroso en lugar de un hombre sincero.

—Otra vez me equivoqué —dijo Jenny.

Elinor se sacó del bolsillo la brújula de Rebecca.

—Tal vez esto te sea de utilidad.

—¿La sacaste de la urna del salón?

—¿De qué sirve una brújula guardada en una urna de cristal? Pensé que podrías darle algún uso.

Todo el día, a medida que le subía la fiebre, Jenny pensó en lo

que su madre le había dicho. Pensó en lirios tigre, en tazas de té, y en el extraño acontecer del amor. Por la noche, Elinor le llevó caldo de verduras y le puso una compresa fría en la frente. Poco después, la fiebre bajó. De repente, después de sentir que ardía, Jenny se sintió fresca. Quizá era el efecto del té rompefiebres de Elisabeth. Rompefiebres, rompecorazones. Jenny se sentía lista para romper todas las reglas, si era preciso.

Se quitó el pijama de franela y se vistió deprisa. Sentía un deseo loco de respirar aire fresco, y de algo más. Cuando salió vio el Arquero, en el horizonte, hacia el oeste. Vio a Pegaso, alto en el este. En la oscuridad, la casa en verdad parecía un pastel de boda, con sus múltiples capas de pintura blanca. Pasó por delante del laurel y de las lilas, y continuó hasta doblar la esquina del viejo roble. Una mitad había perdido las hojas y la otra estaba seca, como la leña. No supo realmente hacia dónde se dirigía, hasta que llegó. Sintió el peso de la brújula en el bolsillo, y poco después vio las phlox, que brillaban como una ristra de estrellas.

Golpeó la puerta trasera de los Avery. Como nadie abría, buscó la llave debajo de la esterilla de la entrada, donde siempre la escondían. La cocina estaba a oscuras. Seguramente Will se encontraba donde Liza, pero había alguien en casa, de eso Jenny estaba segura, pues podía sentir que alguien soñaba. En el sueño, un hombre caminaba, perdido, por una larga carretera. La carretera no terminaba nunca, pues se duplicaba cada vez que el caminante pensaba que había llegado al final. La noche caía para el durmiente, y el tiempo se aceleraba. Las estrellas corrían por él firmamento, y era imposible reconocer las constelaciones. Incluso la Estrella Polar, el punto más fijo del cielo, cambiaba de posición.

Jenny percibió que Matt se sentía perdido. Llegó a la puerta de su habitación, y lo encontró dormido, con las cortinas cerradas. Dormía tan profundamente que no abrió los ojos hasta que sintió que ella se tendía a su lado. Jenny recordó la primera vez que lo había visto, cuando ella era demasiado joven para poder discernir. Él seguía a su hermano, se rezagaba, como siempre. Pero, a través del césped, la había mirado. Era el día de su cumpleaños número trece.

Cuando Matt se despertó, Jenny le puso la brújula en la mano. Podía sentir el calor de su cuerpo, la fiebre que lo quemaba desde hacía treinta años. Se desvistió; no quería que nada se interpusiera entre los dos. Se sentía fría, como una piedra del lago. Se sentía como una ola que rompía contra el cuerpo de Matt. Él, por su parte, se había convencido de que estaba satisfecho con su vida. Había dejado de pensar en lo que podría haber tenido, en lo que podría haber sido. Con Jenny allí, en la cama, sintió que el deseo lo ahogaba.

—¿Estoy soñando? —preguntó—. ¿He perdido mi tesis? ¿De verdad estás aquí?

Tiempo atrás, las mujeres de Unity solían llevar al cuello sartas de semillas de melocotón para invocar el amor. Había quien decía que esta costumbre, y no los retoños náufragos, había ocasionado que en los patios y en los bosques de Unity hubiera tantos melocotoneros. Cada vez que se construía una casa, se encontraba un cubo lleno de semillas de melocotón. Los niños creían que encontrar una semilla de melocotón traía buena suerte. Ésta podía manifestarse bajo formas diversas: como la pérdida del amor, el fracaso del amor, el amor que vence todos los obstáculos, el amor eterno, el amor después de mucho tiempo.

II

Era un sábado por la tarde, y Jenny estaba trabajando en la casa de té. Nadie que la viera podría adivinar que había sido una niña malhumorada que soñaba con escapar de casa, que se sentía infeliz la mayor parte del tiempo y siempre temía que pasara lo peor. Jenny cortaba un pastel de ciruela mientras pensaba en los besos de Matt. Estaba en medio de su labor, tarareando una canción de amor, cuando una chica de aspecto extraño entró perezosamente por la

puerta, seguida por Hap Stewart, que tenía una expresión de desconcierto. Jenny no podía dejar de pensar en Matt. Las dos noches anteriores había salido después de que Elinor se fuera a dormir, y había llamado a su puerta, suavemente, para que Will no se despertara. Había avanzado de puntillas por la sala, como en su adolescencia, cuando los besos eran cruciales y un beso podía someterla.

Desde que se había enamorado de Matt, se sentía tan irresponsable como una adolescente. Llegaba tarde al trabajo y no veía a su hija. Estaba tan distraída que no prestó atención a la chica que se había acercado al mostrador. Se limitó a saludar a Hap con un gesto y fue a coger un par de cartas. Cuando las ponía sobre la barra, Liza salió llevando una bandeja de tartas de frambuesa.

—Hola, Jen. ¿No saludas a tu hija?

Fue como si Liza hubiera golpeado a Jenny en la cabeza con un mazo, como si hubiera arrojado un puñado de avispas en el pastel que Jenny cortaba. ¿Era posible que esa estrafalaria fuera su niña maravillosa, su niña del equinoccio, su bebé, su mundo entero? De todos los cambios que veía en su hija, ¿cuál le resultaba más apabullante? ¿El pelo negro mal cortado? ¿El lápiz de ojos barato que usaba? ¿La estatura? Stella había crecido últimamente y medía más de uno setenta. ¿O era su palidez, que resultaba impactante en contraste con el pelo negro? ¿O la manera como miraba a su madre, como si fuera una extraña que no supiera nada de ella? Era exactamente la misma mirada que Jenny había dirigido a su madre el día que había salido corriendo por el camino para meterse en el coche de Will, rumbo a Cambridge y al resto de su vida.

Últimamente, Will frecuentaba la casa de té por las tardes. Mientras esperaba a Liza tomaba un café con Jenny y hablaba con ella de Stella, del problema que aún los unía, del único tema en el que podían ponerse de acuerdo. ¿Seguía teniendo visiones?, se preguntaban. ¿Salía con Hap? (Will creía que tal vez y Jenny que no). ¿No pasaba demasiado tiempo con el doctor Stewart, visitando a los pobres y a los desamparados? ¿Qué clase de actividad era ésa para una chica de trece años? ¿Cuándo habían oído a Stella reírse

por última vez? ¿No era peligroso que fuera a ayudar a su abuela en el jardín, cuando se suponía que debía mantener su paradero en secreto?

—¿Es algo permanente? —preguntó Jenny.

La chica de pelo negro que se parecía a su hija se sentó en la barra, enfadada, lista para pelear. Tinta: ésa era la palabra que evocaba el color del pelo de Stella. Y no tinta invisible. Stella hizo un gesto desdeñoso y no respondió.

—Señora Avery, ese pastel tiene muy buena pinta —dijo Hap con una sonrisa nerviosa. La tensión entre madre e hija era tanta que podía cortarse con el cuchillo que Jenny tenía en la mano. Hap tamborileó con los dedos sobre el mostrador. En una de sus conversaciones nocturnas con Juliet Aronson, Juliet le había dicho que la mayoría de las personas tenían sólo un rasgo sobresaliente, pero que él tenía dos, su estatura y su integridad—. Tendré que probar un poco.

—Sparrow, no Avery —corrigió Jenny—. Estoy divorciada.

—¿Por eso te acuestas con mi tío? —Stella cogió un trozo de pastel entre los dedos y se lo metió entero en la boca. Sobre el mostrador cayó una gota de almíbar de ciruela. Parecía una mancha de tinta, media ala de mariposa, una mentira dicha dos veces. Jimmy Elliot le había contado a Stella que había visto a su madre saliendo de casa de los Avery a las dos de la madrugada, cuando él volvía de la casa de té. Ciertamente, Jenny no habría ido a ver a Will.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jenny, y se sonrojó.

Ahí estaba. La mentira.

—No me estoy acostando con nadie.

Otra vez.

—Sí, claro. —Stella limpió el mostrador con el dedo, y luego se llevó el dedo a la boca—. Ni yo.

Jenny miró a su hija y por su cabeza pasó un pensamiento singular y terrible: *Jimmy Elliot*.

Stella le devolvió la mirada y se trazó una cruz sobre el pecho.

—Lo juro —dijo.

La mentira podía formar parte de la naturaleza de una persona, y

también podía generarse por la necesidad y las circunstancias. Pero había personas que simplemente tropezaban con la mentira, personas honestas que caían sin darse cuenta y luego se ahogaban en un charco de palabras. Le había ocurrido a Stella. Quizá la visión de la muerte podía volver mentiroso a cualquiera. El día anterior Stella le había dicho a su profesor de ciencias, el señor Grillo, que el lunes siguiente le entregaría los deberes atrasados, cuando lo que en realidad quería decirle era: *Deje de beber. Se está machacando el hígado, y morirá de cirrosis si no se cuida*.

Estaba claro que no podía simplemente acercarse a las personas y describirles el destino que probablemente les esperaba. La honestidad era como una piedra que se arrojaba y ya no podía recogerse. El engaño nunca se quedaba quieto. Se esparcía en círculos ceñidos, formaba una espiral de mentiras. Había mentiras simples, mentiras retorcidas y mentiras por omisión. Allí estaban la mentira callada del robo de la tesis de Matt, y la mentira velada, pues aunque Jimmy Elliot arrojaba piedras a su ventana y subía a su cuarto, técnicamente Stella no se acostaba con él.

Cuando Jimmy le contó que había visto a su madre en la calle en medio de la noche, Stella le preguntó si su madre parecía contenta o triste.

—No lo sé. —Estaban bajo la colcha y Jimmy se encontraba muy excitado. Lo último que quería hacer era hablar de la madre de Stella, pero él mismo había sacado el tema—. Parecía confundida.

Confundida, igual que Jimmy cada noche, cuando esperaba fuera, en la oscuridad, a que Stella le arrojara la llave. Se sentía confundido cuando ella lo besaba, cuando le decía que se fuera, cuando le decía que no quería verlo nunca más, que no volviera. Stella sabía qué significaba esa confusión. Por eso, salió sin despedirse de su madre. Una enamorada por familia le parecía más que suficiente.

—¿Has visto su pelo? —le preguntó más tarde Jenny a Will—. Me tiene enferma. —Liza estaba limpiando la cocina y todos los

demás se habían ido.

—¿Dónde has estado metida? Todo el pueblo ha visto su pelo. —Will cogió una botella de agua—. Así como todo el mundo parece saber que te acuestas con mi hermano.

—Eso es injusto. Tu hermano está pasando por una crisis.

—Sí, la tesis perdida. Menuda crisis. En realidad, nunca lo había visto tan contento, Jen. Yo creo que la tesis era un sustituto de la vida real. Ahora tiene lo que ha querido desde que éramos niños: a ti.

—¿Desde que erais niños? —Jenny apoyó los codos sobre la barra, halagada. Por un momento, aturdida, olvidó las convenciones, los manuscritos perdidos y a su hija de pelo teñido.

—Fue idea suya que durmiéramos esa noche junto al lago. Ya lo sabías, ¿no? Estaba loco por ti. Yo tenía esa maldita alergia a las abejas. Odiaba el campo, pero no podía dejar que él se saliera con la suya. No podía dejar que ganara nunca, en nada. Ni que se quedara contigo.

Por su parte, Matt había perdido la esperanza de que apareciera su tesis y había vuelto a cortar el viejo árbol. Posiblemente nunca obtendría su título, pero era feliz por el giro inesperado que había tomado su vida. No sabía qué pensar. Ya no pensaba en las cosas que antes le parecían importantes. Ahora entendía por qué a veces la gente se pellizcaba para comprobar que no estaba soñando. La vida real era más extraña que sus sueños. En esto, Jenny estaba de acuerdo. Cuando dormía con él, lo veía soñar con la historia de Unity, con los detalles cotidianos de cien, doscientos, trescientos años atrás. Matt también soñaba con su trabajo, con lilas y lirios, con la dulcamara, que era tan fértil que podía cubrir grandes extensiones de tierra, ocultar las hayas y los pinos hasta dejarlos como camellos vestidos de verde. Era imposible saber qué había debajo del follaje y casi imposible deshacerse de él por completo.

El día que volvió a trabajar en el roble, Matt se sorprendió silbando sin razón. O, quizá, con toda la razón del mundo. En la parte muerta del árbol había un panal enorme. Aunque seguramente las abejas se enfadarían, Matt esperaba poder trasladar el panal al

bosque o a una granja lechera de North Arthur cuyo dueño lo acogería con la esperanza de poder vender la miel. En North Arthur había campos de trébol rojo y seis granjas dedicadas al cultivo de la fresa. La miel de fresas y trébol rojo sería deliciosa, y con suerte las abejas se sobrepondrían a la mudanza sin sufrir mayores traumas.

Matt ya había talado las dos enormes ramas inferiores y había empezado a cortar una de ellas para poderla transportar. Se suponía que ese día iba a tener un ayudante: Jimmy Elliot le había sido asignado, pues nuevamente tenía que prestar servicio comunitario. El montón de madera crecía hora tras hora, pero Jimmy, al parecer, tenía otras cosas que hacer. Seguía sintiéndose atraído hacia la casa de té. Una noche que estaba en la carretera tirando piedras a la ventana de Stella, Robbie Hendrix, el jefe de policía, había pasado en su patrulla. Hendrix, que había olvidado los líos en que solía meterse cuando joven, se había detenido y había multado a Jimmy por alteración del orden público.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó el policía mientras escribía la multa: *Veinticinco dólares. Obras públicas. 10 horas. Matt Avery*—. ¿Estás loco? ¿No sabes que el vidrio se rompe?

Sí, claro que lo sabía. Y, a decir verdad, no podía explicar qué estaba haciendo allí. Era un cautivo del amor, él, que parecía el menos propenso. Jimmy no se presentaría a la cita para prestar servicio comunitario, y por eso, la tala del viejo roble se retrasaría. Si se hubiera presentado, se habría mareado por el sonido constante de la sierra o habría temido que lo picaran las abejas que rondaban el árbol. Matt, en cambio, se concentraba en la madera. El roble era hermoso, una de sus maderas favoritas, pero también le gustaban las fragantes maderas de los árboles frutales. Cuando podaba los melocotoneros, el olor se le quedaba en las manos y no lo abandonaba por más que se las lavara. Las ramas del manzano eran rosa en el centro. El tronco del ciruelo tenía un corazón. Con un solo golpe que se le diera, el árbol caía.

Varias personas le habían pedido que les guardara un poco de madera del viejo roble. La señora Gibson quería hacer con ella una estantería, Enid Frost quería leña para la estufa de la estación de

tren, y el viejo Eli Hathaway había pasado por allí en su taxi y había cogido un trocito de madera. Había dicho que lo llevaría en el bolsillo para poder siempre tocar madera y ahuyentar la mala suerte. Cynthia Elliot se detuvo de camino a la casa de té, y con lágrimas en los ojos observó a Matt que cortaba las ramas. Cynthia había cumplido dieciséis años hacía poco, pero parecía una niña, con todas esas trenzas, en bicicleta, llorando por la muerte de un árbol. Había ido a visitar el roble desde que estaba en la guardería. Un verano se le enredó una cometa entre sus ramas, y Jimmy trepó al árbol para recobrarla. Cynthia lo observó, aterrada. Su hermano había subido tan alto que ella pensó que iba a salir volando. La primera vez que Cynthia escapó de casa subió al roble y pasó la noche entre el follaje, convencida de que nunca más le volvería a hablar a su madre. Pero a la mañana siguiente se sentía mejor. En lugar de hacer autoestop hasta Nueva York o Boston, regresó a casa.

—Tu hermano debería estar aquí, ayudándome a acabar de talarlo. Pero creo que voy a dejar en pie una parte del tronco. Puede ser que renazca —le dijo Matt a Cynthia. Había apagado la sierra, se había quitado las gafas protectoras y los cascos, y había visto que ella lloraba—. Sí, eso haré.

La mitad del árbol, inesperadamente, había empezado a echar hojas, con semanas de retraso con respecto a la primavera. Varias clases de la escuela primaria habían ido a ver el árbol más viejo de la región, en visitas organizadas por la escuela. Aprendían a escribir con buena letra en las cartas que le dirigían al alcalde para protestar por la tala del roble. El viernes anterior, los niños del tercer curso habían hecho una ronda alrededor del árbol mientras Matt trabajaba. Tomados de las manos, cantaban: *Un, dos, tres, ¡todavía no me mates! Cuatro, cinco, seis, ¡por favor no me matéis!*

Cualquier otro habría derribado el árbol, haciendo caso omiso a las súplicas. Habría sido más fácil. Pero Matt había decidido que haría todo lo posible por salvar la mitad que aún conservaba algo de vida. Trabajaba por las tardes, hasta que caía la noche, y los fines de semana. El pueblo se había acostumbrado al sonido de la sierra, así como se había acostumbrado a oír el rumor de las abejas, que llenaba

los patios y recorría los caminos. Matt trabajaba bajo la luz amarillenta, cuando vio que alguien conocido se acercaba. Se quitó las gafas protectoras, pues pensó que le impedían ver bien. Rebecca Sparrow estaba de pie en la esquina. Llevaba vaqueros y botas de trabajo, y cargaba una mochila.

—¿Qué miras? —le gritó ella. Él la miraba fijamente, aunque acababa de darse cuenta de que no era otra que su sobrina Stella.

—Quedaste exactamente igual a ella. —Matt bajó por la escalera que había apoyado en el roble—. ¿Has visto el retrato que está en el salón de lectura de la biblioteca? Había también una miniatura. El pintor, Samuel Hathaway, se la dio a Rebecca. Pero se ha perdido.

—No, lo siento. Nunca he ido a la biblioteca. —Stella sintió que la mentira le quemaba la boca, de modo que aceptó un caramelo de los que le ofrecía Matt, aunque en ese momento detestaba a su tío. ¿Qué terminaría siendo él para ella si se iba a vivir con su madre? ¿Su tío? ¿Su padrastro? ¿Nada? Quizá debía destruir la tesis que llevaba en la mochila. Quizá él se lo merecía. Los dos dirigieron la mirada hacia el roble. El aire estaba cargado de polen ambarino y de abejas.

—Qué esperpento —dijo Stella—. Qué árbol más feo.

—Tu amiga Cynthia llora cuando lo ve.

—Cynthia llora por todo. Es tan sensible que le da urticaria cada vez que ve un anuncio de un perro perdido. Es demasiado buena.

—¿A diferencia de su hermano?

Matt seguía mirando el árbol, pero podía sentir el fuego de la mirada de Stella. Había visto que Jimmy la seguía a todas partes, con aire soñador. La última vez que Jimmy se había metido en problemas, el servicio comunitario se lo había asignado para que le ayudara a limpiar la nieve del parque municipal. Jimmy había trabajado a regañadientes, sin decir una palabra. Quizá era mejor que esta vez no se hubiera presentado. Si a Matt no lo engañaba la memoria, lo único que el chico había dicho en sus tres días de servicio había sido: *¿Ya acabé?*

—No creas que conoces a Jimmy, porque no es así.

—Supongo que tú, en cambio, sí lo conoces.

—¿Vamos a hablar de nuestras vidas amorosas?

Stella lo miraba iracunda. Sus ojos ardían como rescoldos.

—¿Quieres que hablemos sobre tu madre y yo?

—No, en absoluto —Stella dio un paso atrás—. No, no. ¡Por Dios! —Al pensarlo, adoptó una expresión de amargura extrema. La sola idea de que su madre estuviera enamorada le daba dolor de cabeza. Levantó la vista y miró el panal—. Hay muchas abejas. ¿No temes que te piquen?

—Mira. —Matt agarró con la mano una abeja que dormitaba sobre una de las ramas cortadas. Abrió la mano para que Stella la viera, y la abeja se quedó allí un momento, y luego alzó el vuelo tranquilamente.

Stella rió.

—Estás loco.

—Pero no me he teñido el pelo de negro.

—Quería hacerle un homenaje —dijo Stella, y sintió ganas de llorar—. Quería que alguien recordara a Rebecca.

—Yo también.

Stella se encontraba en una esquina que le era completamente familiar, y sin embargo se sentía perdida. ¿Era posible que ella y Matt quisieran lo mismo?

—Creo que mereces tener esto.

Matt buscó en su bolsillo y sacó la brújula que Jenny le había dado.

—Tu madre me la dio. Creo que tu abuela se la dio a ella. Pero tú eres quien la debe tener.

—¿Estás tratando de comprar mi amistad?

—No.

—¿Qué intentas hacer?

—Intento talar un esperpento.

Matt reanudó su trabajo, y Stella se quedó observándolo durante un rato. El sonido de la sierra y el murmullo de las abejas se oían por todo el pueblo. La gente tenía que hablar a gritos, y había quienes sentían un furioso deseo de comer miel, cuando por lo general no comían nada dulce.

Después de un rato, Stella decidió mirar la brújula de Rebecca. Indicaba el norte y se sentía fría en la palma de la mano. Caminó medio kilómetro, y, cuando levantó la vista, descubrió que había llegado a la biblioteca. La brújula la había conducido hasta allí.

La señora Gibson estaba cerrando, pero dejó que Stella entrara un segundo para buscar la pulsera que se le había perdido. La señora Gibson entendía. No tenía prejuicios. Su hija Solange se había pintado el pelo de azul en la adolescencia y se había marchado a Nueva York para ser actriz.

Pasa, dijo, y quitó el cerrojo de la puerta, que había sido construida con la madera de un roble talado cuando ninguno de los actuales residentes del pueblo había nacido.

Stella había dicho una última mentira, pero ésta no le haría daño a nadie. Llevaba en la muñeca, como siempre, la pulsera que su padre le había regalado. La mentira que le dijo a la señora Gibson no le supo a nada en la boca. Eso significaba que era una mentira muy cercana a la verdad.

Dos minutos, gritó la señora Gibson. Stella tenía tiempo suficiente para correr y dejar la tesis de su tío sobre la mesa, en la sala de los archivos históricos. Cerca de la mesa había una vitrina que exhibía artefactos valiosos: el sello del pueblo de Unity, las concesiones de tierras firmadas por el rey, y una carta de Abraham Lincoln a los padres de Antón Hathaway en la que hablaba de la valentía del muchacho y del servicio que había prestado a la patria.

—La encontraste —dijo la señora Gibson cuando Stella salió de la biblioteca. Stella levantó la mano y la sacudió para hacer que la campana de su pulsera sonara.

—Cada vez que moría alguien en el pueblo, tocaban la campana del templo. Pero la campana no dobló por Rebecca. Matt escribió acerca de ello en su tesis.

—¿Ah, sí? —preguntó Stella.

—El templo se quemó completamente en el gran incendio. La campana se derritió. Me lo contó Matt.

Stella recordaba haber leído, en el último capítulo de la tesis, acerca del silencio de la campana. Inconscientemente, siguió a la

señora Gibson hasta su coche sólo para oír más acerca de Matt.

—Es una buena persona y será un buen profesor. Me alegra que le vayan a dar el título.

—¿Por qué no habían de dárselo? —preguntó Stella.

—Lo mismo digo yo. Esa tesis tiene que aparecer.

La señora Gibson se marchó en su coche, y Stella se quedó allí un instante, observando el humo del tubo de escape, que salía negro, luego se volvía azul, y luego gris. Finalmente salió del aparcamiento, y se dirigió hacia la casa de té por el camino largo. Pasó frente a la estación de bomberos, que no habría existido de no ser por Leonie Sparrow, frente a la escuela primaria, fundada por Sarah Sparrow, y frente al ayuntamiento, que había sido construido unos años después de que Rosemary Sparrow, gracias a la rapidez de sus piernas, salvara a los muchachos que luchaban en el campo de batalla. Todo el pueblo se volvía azul a esa hora: las casas blancas, la iglesia y su torre, el ayuntamiento, la estación de tren que daba las campanadas cada hora. Todo se volvía azul como las sombras de los plátanos, como las lilas. El azul llenaba el espacio antes de que cayera la noche como una cortina negra. La noche en Unity era profunda, y hacía que la mayoría de los habitantes del pueblo durmieran tranquilos. El resto, los culpables, los enfermos de amor, los ancianos y los tristes, esperaban en vela lo que la noche deparara.

III

El viejo Eli Hathaway había enfermado. Ahora estaba claro que moriría pronto, y del corazón, como siempre había sospechado. Primero lo llevaron al Hospital de Hamilton, luego lo llevaron a Boston a visitar a los especialistas, y justo cuando empezaba a sentir que se había convertido en un paquete que no podía llevarse a ningún otro sitio, lo llevaron a la residencia de ancianos de North

Arthur, al final de la calle Hopewell. A pesar de su edad, Eli conservaba su fortaleza. Había sufrido una serie de infartos a los que otro hombre no habría sobrevivido. Dada su historia familiar de problemas cardíacos y de muertes prematuras, había hecho lo posible por mantenerse alejado de los asuntos amorosos. No se había casado ni había tenido hijos, y no había gastado un solo centavo de su herencia, que había aumentado con los años, a medida que las antiguas propiedades del primer Hathaway se vendían. Eli no necesitaba trabajar, pero había decidido conducir un taxi. Le gustaba que todo el pueblo lo conociera y supiera su nombre. Cuando envejeció, el pueblo empezó a considerarlo un anciano encantador; olvidaban al cascarrabias que había sido. Sus vecinos le preparaban la cena y en Navidad le regalaban pasteles. Enid Frost, que atendía en la taquilla de la estación de tren, le había preparado el café todos los días durante los últimos veintidós años y nunca le había pedido que hiciera una contribución para comprar el café.

Ahora, en la residencia de ancianos, Eli estaba malhumorado. Era comprensible. Las enfermeras le pinchaban los dedos todo el día para comprobar sus niveles de insulina y le sacaban sangre para contar sus glóbulos blancos. Estaba muriendo; no necesitaba análisis que lo probaran, y la idea no le alegraba. Un nuevo conductor, un tipo de Monroe, le había comprado el taxi a un precio irrisorio y probablemente ya estaba estafando a las personas que contrataban su servicio. Eli nunca había cobrado más de cinco dólares por un trayecto. Ninguno de sus pasajeros habría imaginado que su cuenta de ahorros era tan grande que el presidente del banco, el hermano de Henry Elliot, Nathan, lo invitaba a cenar en su casa cada año el Día de Acción de Gracias. El banco manejaba todas sus inversiones, pues Eli decía que los asuntos financieros hacían trabajar demasiado el corazón, y tenía que cuidarse. Era un millonario que conducía un taxi, y que pensaba que un par de zapatos no valía nada si no duraba diez años. Pero si hubiera gastado su riqueza, ¿qué habría cambiado? Habría terminado igual, en la residencia de ancianos, reducido a sus pertenencias esenciales: una bolsa de ropa, un cuenco para afeitarse, unas gafas que ya no servían, una cuchilla de afeitar que las

enfermeras no le permitían usar, y la estrella de plata que llevaba al cuello, colgada de una cadena.

Cuando el doctor Stewart entró a verlo, Eli no lo reconoció de inmediato, aunque era su médico desde hacía cuarenta años. Pensó que el doctor era un anciano de una habitación vecina que merodeaba por los corredores, haciéndose pasar por médico, y examinaba a los demás para entretenerse. Se subió la sábana hasta el cuello, y le dijo al doctor que se fuera, pero de repente reparó en la chica y se quedó de piedra. La reconoció enseguida. El doctor Stewart se inclinó para preguntarle si sabía dónde estaba, pero él lo apartó con un gesto de la manó.

—Rebecca está aquí —dijo. Sentía que el pulso se le aceleraba, y en la boca tenía un sabor dulce—. Si ha venido, es que voy a morir.

Cerró los ojos y esperó ser transportado al cielo, o al infierno, si era eso lo que le esperaba. Cuando vio que no pasaba nada, volvió a abrir los ojos. Frente a él estaban el doctor Stewart y una niña de pelo negro. Los dos lo miraban como si fuera un pollo bailarín o un marciano.

Ese sábado por la mañana, en un momento en que las otras niñas de su edad aún dormían, Stella vio que Eli Hathaway moriría en aquella habitación, de un ataque cardíaco. En menos de veinticuatro horas, sus párpados temblarían y todo el aliento que le quedara en el pecho saldría en una exhalación. Cualquier otra niña se habría asustado con Eli, con el olor a muerte que lo rodeaba, con el cuerpo decrépito y las venas azules que se veían justo debajo de la piel. Pero no Stella. En la residencia de ancianos, la muerte rondaba por todas partes. Stella la había visto en los pasillos, en cada habitación. La muerte podía venir de repente, en un abrir y cerrar de ojos, pero también podía llegar despacio y ser agotadora. Nadie deseaba este tipo de muerte, ni a su peor enemigo. Otro día, en el comedor de la residencia, Stella se había sentido tan impresionada por la presencia de la muerte que se había desplomado sobre el suelo de linóleo. Se había sentido sobrecogida, no tanto por la tristeza que la rodeaba, sino por la dignidad humana, por esa facultad sobrenatural que permitía que alguien que se encontraba al borde

del abismo pidiera huevos revueltos y tostadas de desayuno.

En la habitación de Eli, Stella miró al doctor Stewart y supo que él veía lo que iba a ocurrir tan claramente como ella. Su abuela decía que Brock Stewart era el hombre más honesto de cinco estados, pero Stella pensaba que era un mentiroso como ella. Para empezar, el doctor había mentido en su última visita a la residencia de ancianos. Stella vio la cara que puso cuando una anciana que resollaba y escupía sangre le preguntó si estaba muriendo. El doctor Stewart esquivó la pregunta y se puso a hablar de los nietos de la paciente y de la exuberante primavera, obra de las abundantes lluvias de abril. *Hay lilas junto a mi ventana*, dijo la mujer, animada, dejando de lado su pregunta. *Cuando cierro los ojos, lo sigo viendo todo morado. Oigo abejas*.

No le ha dicho la verdad, dijo Stella cuando volvían a casa en el coche.

No hay verdad. Pensé que ya lo sabías.

El doctor Stewart acercó una silla a la cama de Eli.

—Es Stella Sparrow, que ha venido a verle —le dijo—. Rebecca murió hace más de trescientos años. Si la está viendo, amigo mío, es que está viendo a los ángeles.

El doctor tomó el pulso de Eli, y Stella llevó con él la cuenta. La sangre del anciano era lenta como la melaza, y cada vez circulaba más despacio. Eli estaba muriendo. Sin embargo, sacó fuerzas para insistir en que reconocía a la chica que estaba en su habitación.

—Sabía que iba a verte antes de morir. Sabía que me perdonarías.

El doctor y Stella intercambiaron una mirada. Eli Hathaway moriría antes del alba. Los dos podían sentirlo. Hathaway le hizo a Stella una señal para que se acercara, y Brock Stewart quedó maravillado ante el temple de la chica. Incluso en la academia de medicina, los estudiantes habían sentido repulsión hacia un viejo que tenía tubos metidos por la nariz y por las venas, y que, como Eli, apestaba a orines y tiritaba aunque la calefacción estaba en veintiséis grados en todo el edificio.

—Tengo algo para ti —dijo Eli.

Penosamente, intentó abrirse el primer botón del pijama de rayas. Siempre había pensado que el pijama era un invento engorroso, y allí estaba, dándole la lata el último día de su vida. Stella lo ayudó a desabotonarse. Allí estaba la estrella de plata, la que Eli había llevado toda su vida, desde que su padre se la diera en su lecho de muerte, como hicieran todos los hombres de la familia desde que la estrella fue hallada entre las pertenencias de Charles Hathaway.

Eli no podía abrir el cierre de la cadena, y Stella lo hizo por él.

—Es tuya. —Eli habría querido decir mucho más, pero tenía los labios secos y la garganta en carne viva. Le resultaba difícil hablar y tenía que ahorrar palabras si quería llegar a proferir su última voluntad.

Stella estaba conmovida por el regalo. Sintió ganas de llorar, pero se contuvo, y se puso la cadena. Eli la miró detenidamente, y le sonrió. Se sentía mareado. Miró a Rebecca y vio una nave llena de estrellas y un azul infinito, insondable. Iría al cielo. Ahora lo creía. Vería la luz, las estrellas y el perdón.

—Dejo todos mis ahorros al pueblo, pero quiero que tú decidas qué hacer con ellos —le dijo a la niña de pelo negro, a la que había esperado durante toda su vida—. Déme un trozo de papel —le dijo al doctor—. Usted será mi testigo.

—¿Está seguro de que quiere hacer eso? Ella no es mayor de edad.

—¿Qué importa su edad? ¿Qué edad tenías cuando te ahogaron? —le preguntó Eli a Stella, a la que aún veía como Rebecca.

Gracias a que había leído la tesis de Matt, que afortunadamente se encontraba ya en el departamento de historia de la universidad estatal, Stella sabía la respuesta.

—Diecisiete y medio. Fue el dieciséis de noviembre.

—No era mayor de edad cuando la mataron —dijo Eli.

—¿Está en sus cabales? —le preguntó Stella al doctor.

—¿En qué estado vivimos? —le preguntó el doctor a Eli.

—¿No sabe que Massachusetts no es un estado sino una *commonwealth* y se hace llamar médico? Qué vergüenza.

—Sí, está en sus cabales. Puede tomar decisiones.

Stella fue a la sala de enfermeras a buscar un bloc y un bolígrafo, y luego escribió lo que Eli Hathaway le dictó: la lista de sus cuentas bancarias, sus inversiones, sus bienes raíces. El viejo legaría al pueblo todo lo que tenía en el mundo, y Stella Sparrow Avery sería la albacea.

—¿Estás segura de que no quieres escribir Rebecca?

—No, Stella está bien.

Hathaway firmó el documento, aunque estaba tan débil que el doctor Stewart tuvo que ayudarlo a sostener el bolígrafo. Debajo, firmó el doctor.

—Ahora soy libre —dijo Eli—. Ya no tengo que conducir por el pueblo. Hay un taxista nuevo, y he oído que no distingue su culo de un agujero en el suelo.

—Es verdad —dijo el doctor—. Sissy Elliot quería ir al supermercado y el taxista la dejó en la tintorería. La pobre mujer se quedó allí plantada varias horas.

—Pero Rebecca sabe lo que hace.

Stella estaba sentada en el alféizar. A Eli, que tenía la vista nublada, le parecía un pájaro que se hubiera posado en la ventana. Parecía una luz en medio de las tinieblas infinitas. A Stella le gustaba sentir el brillo frío de la estrella de plata contra la piel. Rebecca llevaba ese amuleto cuando había salido del bosque. Ahora la estrella había vuelto a su dueña. A cambio de esta devolución, Stella hizo un favor al último de los Hathaway. Estaba contenta de haber llevado su mochila, pues se había retrasado en sus deberes de álgebra y tenía que escribir un temido ensayo sobre Paul Revere para la clase de historia de los Estados Unidos. Estarían un buen rato en silencio, pero Stella se quedaría hasta el final. Eso era lo que iba a darle a Eli: se quedaría allí con él. Lo acompañaría.

Se puso a trabajar mientras el doctor Stewart dormía y el pulso de Eli Hathaway se rezagaba tanto que casi empezaba a andar como un reloj con la cuerda suelta, hacia atrás en el tiempo. Cuando cayó la noche, Stella pidió prestada una lámpara de la sala de enfermeras para jugar a las cartas con el doctor. Brock Stewart se sentía

orgulloso de Elinor, por la actitud de su nieta. Habría deseado que Elinor estuviera allí con ellos, pero sabía que necesitaba descanso. Se preguntó si todas las muertes que había presenciado no tendrían el propósito de prepararlo para la pérdida de Elinor Sparrow. Seguía llamándola cada noche a las ocho en punto. Durante todo el día, esperaba que llegara ese momento. Hablaban de lo que cada uno había hecho, sin importar cuán insignificantes fueran los detalles. Pero también temía ese momento, y cada vez que marcaba el número de teléfono se decía: *¿Y si no contesta? ¿Y si ha muerto hoy?*

—Puede durar toda la noche —le dijo el doctor a Stella. Se había arrellanado en una poltrona después de haber jugado a las cartas durante una hora, con una manta sobre los hombros—. Llamaré un taxi para que te lleve.

—No, gracias. Me llevará a algún lugar a donde no quiera ir. Ya oyó lo que Eli dijo del conductor nuevo. No, me quedaré.

¿Qué eran unas cuantas horas si habían tenido que pasar trescientos años para que llegara este día? En la habitación oscura, con los dos hombres que ahora dormían, Stella sintió que flotaba en el espacio. Oía las inhalaciones, las exhalaciones. Pero, de repente, poco después de las dos de la madrugada, Eli Hathaway sufrió un infarto de miocardio. Empezó a convulsionarse y su respiración se alteró. Le cambió el color, y los ojos se le nublaron tanto que ya no pudo ver el mundo. Llamaron al Hospital de Hamilton, y, mientras la ambulancia cruzaba el pueblo de Unity, Stella acompañaba a Eli.

—Se está yendo —dijo el doctor Stewart.

En ese mismo instante, la muerte estaba con ellos en la habitación. El doctor pensó que tal vez sería demasiado para Stella. La chica se marcharía. Inventaría una excusa, se enfermaría del estómago o saldría desesperada a respirar aire fresco. Pero no, Stella tomó la mano de Eli Hathaway y Eli apretó con todas las fuerzas que le quedaban. Era un hombre bueno, y su carga había sido pesada; había conducido su taxi durante más tiempo que el que llevaban vivos la mayoría de los residentes del pueblo. Esa noche, había soñado con las calles de Unity. Ahora se agarraba con fuerza, como si nunca fuera a soltar la mano de Stella. Así siguió, hasta que

la chica se inclinó para susurrarle que todo estaba bien, que podía irse: estaba perdonado. Por fin, era libre.

Una mañana, Hap se disponía a servirse un vaso de agua en la cocina, cuando de pronto se detuvo sin motivo aparente. Había sentido una alteración en el aire. Quizá la presión había descendido. El día estaba muy silencioso. Era temprano, y Hap tenía los ojos nublados de sueño. Miró por la ventana, y creyó ver una enorme pila de heno y hojas. Entonces sintió curiosidad, se puso las botas y salió. Allí estaba su abuelo, llorando junto al caballo, *Temprano*, que había muerto en la noche y ya estaba frío.

—Parecía que iba a ser la única criatura que viviría eternamente. —El doctor Stewart había presenciado decenas de muertes; había dado noticias tremendas, había dado su mano a viudos y a huérfanos, y ahora se encontraba llorando junto a un caballo que había vivido demasiado, y al que, además, nunca había querido.

—Stella se alegrará. Creía que lo montaría y me partiría el cuello —dijo Hap, y fue a sentarse en el suelo, junto a su abuelo. El césped estaba húmedo de rocío, pero no le importaba. Su abuelo, el hombre más fuerte que conocía, estaba llorando—. Tenemos que llamar a Matt Avery para que venga con el *bulldozer* y entierre a *Temprano* aquí mismo. No fue *Tarde* ni *Temprano*. Fue *Eternamente*.

El doctor Stewart asintió. Su nieto era un chico listo, un buen chico. No le daría preocupaciones. Sentía con él una conexión que nunca había experimentado con su hijo David. El doctor se sentía culpable por ese distanciamiento. Había tenido a su hijo cuando era demasiado joven. Entonces, vivía ocupado y, quizá, se daba demasiada importancia. Dio unas palmadas al cuerpo frío de *Temprano* y recordó que de niño había leído que los pioneros del Oeste, cuando hacía demasiado frío, mataban a sus caballos y se metían dentro de sus cuerpos, para calentarse entre la sangre y los huesos. El doctor, que había estado sentado junto al cadáver durante cuatro horas, no había visto el momento de la muerte de su caballo. Ahora se preguntaba si los animales exhalaban su último aliento

igual que las personas, en el último momento, con una breve expiración, un ascenso del espíritu. ¿Seguía *Temprano* allí en el prado, entre el pasto y las pacas de heno? ¿O estaba en el aire que respiraban en ese momento, entraba en ellos y se convertía en parte de ellos al entrar en sus pulmones, en su hígado y en su corazón?

Más tarde, el médico y su nieto fueron juntos al ayuntamiento. Se había convocado una reunión para hablar sobre el legado de Eli Hathaway, y se exigía la asistencia del doctor, ya que había sido el testigo de la última voluntad del difunto y de su testamento dictado en la residencia de ancianos. Hap se sentó en el vestíbulo a leer el *Unity Tribune* mientras su abuelo, Stella y los miembros del consejo del pueblo entraban en el salón de conferencias. Allí estaban la señora Gibson, Harry Strong, el dueño del mercado, y Nathan Elliot, el presidente del banco. A Hap no le importaba esperar. Sobre todo, le gustaba leer detenidamente la sección policial. Era lo primero que siempre buscaba en el periódico. En la calle Hawthorne, los ladrones habían forzado la puerta de un coche. Una cócker llamada *Mitzie* había mordido al cartero y a algunos vecinos. Jimmy Elliot había sido sorprendido cuando tiraba piedras a una ventana de la casa de té, y le habían multado con otras diez horas de servicio comunitario.

—Supongo que Jimmy Elliot estará trabajando otra vez contigo —le dijo Hap a Matt Avery, que había acudido, sin que nadie lo invitara, para apoyar a Stella.

—Sí, eso se suponía, pero nunca llegó. ¿En qué lo pillaron esta vez?

—Estaba lanzando piedras contra la casa de té.

—Vaya tonto.

—Debe de estar enamorado.

—Ya —dijo Matt, comprensivo. Ni siquiera Jimmy Elliot era inmune al amor—. Pasé por tu casa, derribé un tramo de la cerca y dejé el *bulldozer* en el prado. Mañana por la mañana haz que tu abuelo salga. Invítalo a desayunar por ahí. No creo que deba estar presente cuando cave el hoyo para *Temprano*.

—Está muy triste.

—Sí, durante veinticinco años fingió que odiaba a ese caballo.

Cuando Matt entró en la reunión, el pasillo quedó en silencio y Hap siguió leyendo la información policial. En la sala de reuniones, la gente también guardaba silencio. Estaban perplejos, escuchando al doctor Stewart que explicaba cómo Eli Hathaway le había pedido a Stella que decidiera qué hacer con su legado. Algunos miembros del consejo se preguntaban si Eli Hathaway no habría actuado con malicia al nombrar albacea a una adolescente. Ahora esa niña tenía el poder de decidir qué debía hacerse con una enorme cantidad de dinero. Se hacían conscientes de las dimensiones del legado a medida que Nathan Elliot leía la lista de propiedades, seguros, cuentas bancarias e inversiones. ¿El hecho de que Stella asumiera el control no constituía acaso una burla a los miembros del consejo y al pueblo?

Pero no, no era ninguna burla. Stella ya había ideado un plan. En uno de los lotes de Hathaway debía construirse una clínica, así la gente no tendría que ir a North Arthur ni a Hamilton cuando enfermara. Frente a la biblioteca, se construiría el Centro Recreativo Hathaway, donde se impartirían cursos y se ofrecerían actividades diversas para los niños y los jóvenes. En verano, todo el mundo podría recibir lecciones de natación. Era una idea buena, excelente. Los miembros del consejo se tranquilizaron. Luego Matt Avery se puso de pie y empezó a hablar. Esto, en sí mismo, constituía una sorpresa, ya que a Matt no se le conocía precisamente por sus dotes de orador. Pero después de tantos años de espalar nieve y de cortar árboles, después de haber pasado tanto tiempo a solas, no se cansaba de hablar. En el otoño, cuando finalmente diera clases, había de hablar durante una o dos horas sin detenerse ni siquiera para beber un sorbo de agua.

Le llevó a Matt más de una hora contar la historia de Rebecca. Los miembros del consejo que no habían insultado en silencio la memoria de Eli Hathaway lo hicieron entonces. Pero cuando Stella se levantó para agradecerle a Matt la información que le había permitido tomar la decisión más importante, incluso los saboteadores quedaron callados. A punto estaba de caer el otro

zapato, la bota ensangrentada, llena de piedras.

Stella, que llevaba puesta la estrella de plata que Eli le había dado, la que Rebecca llevaba cuando se había perdido en el bosque, informó a los asistentes que con la dispensa del alcalde y del consejo, había de construirse un monumento en honor a Rebecca Sparrow en el centro del pueblo. Ya había entablado contacto con una cuadrilla de trabajadores, y había encargado una losa de granito de un metro ochenta a New Hampshire. También había contratado a un fundidor de Lowell. Si alguien pensó que el monumento era un sacrilegio, ese día guardó silencio. Después de todo, había que considerar el centro de salud, tan necesario, y el centro recreativo, donde los niños podrían aprender a nadar. En poco tiempo, empezaron las obras.

Si alguien esperaba que los residentes de Unity enviaran cartas de protesta, esperó en vano. Para la mayoría de los habitantes del pueblo, Rebecca no era más que un retrato en la biblioteca, una de las primeras habitantes de Unity, una joven que tenía una larga cabellera negra. Sin embargo, se acostumbraron al monumento, y a ver a Stella, que vigilaba su instalación en los días de sol y en los de lluvia. El monumento que había esperado siglos se construyó en poco tiempo, en el centro mismo del parque municipal. Lo rodeaban los plátanos y los tilos. Sobre la sencilla losa de granito había una campana que, cuando sonaba, se podía oír a varios kilómetros a la redonda. Nunca más habría silencio en Unity.

Elinor y Jenny fueron al parque el día en que se instaló la campana. Era una noche de mayo, de mucho viento, y las dos se vistieron para la ocasión. Stella no había querido que se celebrara una fiesta. No quería una inauguración con fuegos artificiales ni coros. Ante todo, era un acontecimiento familiar. Jenny condujo, y llevó a su madre del brazo por el camino hasta el centro del parque. Stella había recogido un ramo de violetas, y las puso cuidadosamente sobre la piedra, en un pequeño florero de cristal.

—¿Ha salido bien? —preguntó.

Elinor estaba cansada y tenía frío, pero había merecido la pena salir de Cake House para ver el monumento. Asintió en señal de

aprobación. Sí, era precioso. Pensó en todas las cosas invisibles: en la valentía, en el honor, en el dolor, en el amor. Entrecerró los ojos y la piedra desapareció por un instante. Luego los abrió, y la piedra seguía ahí.

—Perfectamente —dijo Jenny.

Era la hora en la que la última luz se desvanecía rápidamente, bajaba y teñía todo de azul: las casas y los campanarios, las aceras y las cercas. En tiempos de Rebecca Sparrow, se creía que el color azul protegía del mal. Las mujeres cosían trozos de tela de algodón teñida de índigo a la ropa interior y a los dobladillos. Creían que la ropa cosida con hilo rojo podía curar todas las enfermedades, las fiebres, las pesadillas, los ataques de tos. Que el laurel protegía de los rayos, que ayudar a un ciego traía buena suerte. Creían que el solo hecho de recordar a alguien podía traerlo de vuelta mucho tiempo después de su partida, si uno se concentraba lo suficiente, si salía a la calle en una noche de viento y contaba las estrellas que estaban dispersas en el universo como granos de arroz en un plato o piedras en un lago, como los huesos del cuerpo y las campanillas del bosque.

Si un viajero transitaba por esta zona de Massachusetts sin mapa, podía perderse fácilmente. A los forasteros que estaban de paso les parecía que los pueblos se confundían unos con otros, especialmente si los veían por las ventanas del tren. Veían campanarios blancos, ayuntamientos, casas con postigos negros, y más allá centros comerciales, cines, aparcamientos. Y, más allá aún, bosques, arroyos, campos de pensamientos y cebada. Era una colcha indiscernible, lila y verde, bordada con caras borrosas, rocas y nubes, ladrillos y ferrocarriles. El viajero pasaba por las estaciones de Concord, Lincoln, Hamilton, Monroe y North Arthur antes de llegar a Unity. La estación de Unity había sido construida en 1930, con granito marrón, por hombres que venían de fuera, de Boston y de New Haven, hombres necesitados de trabajo, hasta el punto de estar dispuestos a dormir en los catres que se habían instalado en el

ayuntamiento. Allí, soñaban con su hogar, con trenes, y con el polvo marrón del granito, que cuando cortaban la piedra, les caía en la cara y les llenaba los pulmones.

Elisabeth Sparrow alimentó a esos hombres con estofado de nueve ranas y cien barras de pan. Entre sueños, había oído que lloraban, que rezaban para que apareciera un rostro familiar, que imploraban una palabra amable y una comida preparada con cariño. Elisabeth fue el rostro familiar y la palabra amable, y alimentó a los trabajadores durante un año entero. La estación de tren se construyó pensando en ella. Su nombre podía encontrarse tallado en las piedras del edificio, aunque había que saber qué se buscaba para identificar los caracteres. Casi nadie había leído estas marcas. Para la mayoría, eran marcas apenas invisibles, ranuras polvorientas, garabatos infantiles, arabescos.

Eli Hathaway formaba parte de la estación. Solía estar en el aparcamiento, en su taxi, o charlando con la vendedora de billetes, Enid Frost. Eli se había aficionado a contar las veces que el nombre de Elisabeth aparecía en la piedra, y la última vez había contado hasta 1.353. Pero la cuenta se había detenido. Ahora, quien estaba aparcado allí era el nuevo conductor, Sam Dewey, de Monroe. Sam era entusiasta. A cualquiera que subiera a su taxi, le contaba que estaba intentando comenzar una nueva vida en Unity tras su divorcio. Tenía mucho que aprender. Después del incidente con Sissy Elliot (la había dejado frente a la tintorería y ella había tenido que esperar varias horas a que un vecino pasara y le hiciera el favor de llevarla a casa), se había puesto a estudiar los mapas del pueblo y sus alrededores. Ya no tenía que pedir indicaciones a sus pasajeros: *¿Cómo llego a la avenida Lockhart? ¿Cuál es el camino más corto para el centro comercial de North Arthur?*

El diecisiete de mayo, del tren matutino bajó un solo pasajero. Sam Dewey había empezado a preguntarse si podría ganarse la vida como taxista en Unity, de modo que ese día hizo una apuesta consigo mismo. No era, sin embargo, aficionado a las apuestas, desde que su esposa lo había acusado de pasar más tiempo en el casino Foxwoods que con ella. En todo caso, se dijo que si el

caballero de la plataforma se subía a su taxi, él se quedaría en el pueblo. Si se daba la vuelta y se iba caminando, o si un amigo o pariente lo recogía, se iría a vivir a Florida. Al pensar en Boynton Beach, donde había estado una vez de vacaciones, y en los días de sol que la vida podía depararle, se animó. Pero, después de dirigirse a la cabina de teléfono y de consultar allí las páginas amarillas, el caballero de la plataforma se acercó. Tenía unos treinta años, iba bien vestido y tenía el pelo oscuro. Era un hombre atractivo y no llevaba equipaje, sólo una mochila colgada del hombro.

Vete, alcanzó a pensar Sam. Después de unas semanas de trabajo, ya sentía que su cuerpo se amoldaba a la mella que Eli había dejado en el asiento tras conducir el taxi durante años. Pero Boynton Beach tendría que esperar. Sam permanecería en Unity, al menos por el momento.

—Qué suerte —dijo el pasajero. Respiraba con dificultad, y no iba tan bien vestido como a Sam le había parecido. Llevaba un traje viejo. ¿Pero quién era Sam para juzgarlo? Él llevaba un suéter raído y unos pantalones de algodón manchados de café—. Pensé que habría aquí un alquiler de coches.

—¿En Unity? Me parece que se ha equivocado de pueblo. Espere un momento. De verdad, a lo mejor se equivocó de pueblo. —Sam bromeaba, con la esperanza de que más adelante la broma redundara en una propina—. ¿A quién viene a visitar?

Cuando el pasajero dijo que simplemente estaba de paso y que había pensado que encontraría un motel, Sam Dewey le replicó, una vez más, que seguramente se había equivocado de pueblo. El motel más próximo era el Night Owl, en North Arthur, así que si buscaba una habitación, tendría que probar en la casa de huéspedes de Laurie Frost. Laurie era la hija de Enid, la que atendía en la taquilla de la estación, y era bastante atractiva. Sam esperaba que se sintiera agradecida por el cliente que le llevaba, y que aceptara por tanto una invitación a cenar. La casa de huéspedes no era más que un garaje acondicionado, pero a la mayoría de los huéspedes les parecía bien. Sam esperó mientras su pasajero subía por el camino de pizarra bordeado de hostas. Salió del taxi y se recostó contra la puerta para

fumar un cigarrillo. Un hombre pasó corriendo y él lo saludó con un gesto de la cabeza.

—Ve más despacio —le gritó al corredor. Tenía ganas de ser amigable. Will no se amilanaba porque la casa de Laurie quedara en la cima de una colina, pero no quería desperdiciar energías hablando —. ¡Ahórrese el esfuerzo! ¡Tome un taxi! —sugirió Sam. Will se limitó a saludar con un gesto de la mano y continuó con su habitual recorrido por Unity.

Cuando el pasajero regresó, dijo que quería dar un paseo para conocer el pueblo. Estornudó varias veces.

—¡Maldita sea! —dijo cuando bajaban de la colina.

—Es el polen. —Sam había asumido el papel de experto en asuntos locales—. Las lilas, la hierba, las flores silvestres. Hay polen por todas partes. Supongo que usted es un ratón de ciudad.

El pasajero describió una casa histórica de la que había oído hablar, una que parecía un pastel de boda, y Sam Dewey se ofreció a buscarla. Desde luego, sin una dirección, Sam no sabía adonde ir, de modo que dio una vuelta por el pueblo mientras se preguntaba cuánto podía cobrar por el recorrido turístico. Se detuvo frente al ayuntamiento, bajó corriendo, y rápidamente miró el mapa del vestíbulo, que enseñaba los lugares de interés. Cake House. La edificación más antigua del pueblo. Tenía que ser ésa.

Bajaron por la avenida Lockhart y pasaron frente al viejo roble, que estaba rodeado de conos naranja, pues las ramas que quedaban estaban ya muy astilladas y podían caerse en cualquier momento. Se dirigieron al camino que algunas personas llamaban Camino del Caballo Muerto.

—No puedo pasar de aquí —dijo Sam Dewey. Desde donde estaban podían ver las tres chimeneas y un poco del tejado—. Mi taxi no sobreviviría a esos baches. ¡Mire aquel cráter! —Señaló un bache del camino, lleno de agua. En el centro del charco había algo que parecía ser una piedra pero que en realidad era una tortuga—. Se me partiría el eje.

El pasajero pagó y bajó del taxi. Esta vez no le dijo a Sam que lo esperara. Le hizo creer que se había registrado en la casa de

huéspedes, cuando todo lo que hizo fue coger el *Unity Tribune* que estaba en el escalón frente a la puerta de Laurie Frost, y meterlo en su mochila. No quería parecer un personaje errante, aunque últimamente lo era. Le dijo al entrometido taxista que quería caminar, y esto pareció satisfacer la curiosidad de Sam Dewey, que se marchó sin decir nada más. El pasajero empezó a andar por el camino. Pisó el charco. Allí estaba la casa blanca, idéntica a la casa de juguete que había tomado del apartamento de la calle Marlborough. Allí estaban el porche, las ventanas con sus paneles de vidrio graciosamente irregulares, y los setos de laurel, tan dulces que las abejas que los rondaban estaban mareadas, no como las abejas de los laureles de juguete, las abejas inmóviles de fieltro.

Una cosa de las que había dicho era verdad: estaba de paso. Sin embargo, necesitaba un lugar donde descansar, de modo que se internó en el bosque. No era ningún ratón de ciudad, como el idiota del taxista suponía. Había crecido en el norte, en New Hampshire, y allí había permanecido hasta que su novia le partió el corazón y se trasladó a Boston. Después de un tiempo, él también se marchó a Boston. La convenció de que volvieran, pero luego ella lo dejó nuevamente. Dos veces era demasiado.

Ahora, en el bosque, se sentía en casa. Siguió andando hasta que llegó a La Mesa y las Sillas. Admiró la formación rocosa, las múltiples formas que adoptaba la naturaleza. Sacó de su mochila el periódico que había robado de la puerta de Laurie Frost, y su almuerzo, un sándwich de jamón que le había preparado la empleada del motel de Medford donde había pasado la noche. A cambio del sándwich y una habitación gratis, había dejado en el motel la casa de juguete para la hija de la empleada, una niña de cuatro años que su madre tenía que llevar al trabajo, pues no podía pagar una niñera. Él ya no necesitaba el juguete. Se había aprendido de memoria todos sus detalles, cada ladrillo, cada piedra, cada ventana.

Cuando acabó de comerse el sándwich, limpió para no dejar rastros. Siempre dejaba el bosque como lo encontraba. Le gustaban los lugares donde no se percibía la intervención del hombre. De

hecho, solía mantenerse alejado de los seres humanos. Por casualidad, se topó con la vieja cabaña de la lavandera, aquella que Will casi había destruido años atrás. La enorme chimenea seguía en pie, y el hogar le proporcionaría abrigo. Se metió dentro, e inmediatamente sintió que estaba en casa. Vio que faltaba un ladrillo, metió la mano en el agujero, y sacó un retrato diminuto. El día que Will lo había dejado acceder al apartamento, había visto una foto en la mesa de la entrada. En esa foto la chica tenía el pelo rubio, pero era definitivamente la misma, la chica de la que era preciso deshacerse. De eso estaba seguro. Cuando despachara a la entrometida que lo había visto cometer el crimen por anticipado, nadie podría conectarlo con lo sucedido. Su ex novia se lo había buscado, todos se merecían lo que habían conseguido, y a él no le atormentaba en lo más mínimo el recuerdo de las últimas palabras que la chica había pronunciado: *¿Cómo puedes hacerlo? ¿Cómo se pudo convertir en esto tu amor?*

EL NUDO

I

Todo ocurrió un sábado. Era un día bonito, y Will se levantó con los primeros rayos de sol. Salió a correr más temprano que lo habitual, apenas pasadas las cinco de la mañana, una hora en la que todo el pueblo dormía y sólo los pájaros lo acompañaban. A las cinco y media, los camiones de la basura empezaban a recorrer las calles. Paraban primero frente a la casa de té de Liza Hull. El nuevo ayudante de Liza sacaba las bolsas de basura por la noche y las ponía dentro de los contenedores. Liza estaba despierta, desde luego; preparaba bollos de arándano y miraba por la ventana, esperando a que pasara Will en su recorrido, como hacía a diario. A veces dejaba un periódico en la puerta trasera, a veces un ramito de violetas en un vaso de papel, a veces una nota con una sola palabra: *Tú*.

Elinor Sparrow siempre estaba despierta a esa hora. No tenía tiempo que perder, y su sueño consistía en breves cabezadas intermitentes. Ahora, siempre que lograba dormir durante un par de horas, sin que el sueño le procurara descanso, soñaba con la nieve. Jenny, asaltada por los sueños de su madre, había pintado una serie de cuadros donde aparecía la nieve. Los había puesto sobre el tocador y la repisa de la ventana de su cuarto. En los últimos días había gastado tantos tubos de blanco titanio que Mavis Strickland, quien abastecía la pequeña sección de artículos de arte de la farmacia, le había sugerido que pidiera las acuarelas directamente al

distribuidor.

Pero Jenny no sólo necesitaba blanco. Había descubierto que la nieve podía ser azul, violeta y rosa pálido. También había descubierto que la nieve podía constituir metáforas diversas. Su amor por Matt, por ejemplo, era una tormenta de nieve insistente. Imaginaba que el pelo cortado de Stella había caído sobre el suelo del cuarto de baño de Liza como la nieve, en un remolino interminable, deslumbrante. En la cocina de la casa de té, Liza cernía harina que era nieve. Nieve era el jabón en polvo que Jenny usaba para lavar las sábanas de su madre, y nieve el arroz con leche que le llevaba en una bandeja de plata, pues era una de las pocas comidas que Elinor todavía soportaba. Estrellas de nieve encendían la noche. Como la nieve eran las partículas de polvo que el sol alumbraba al entrar por las ventanas de la biblioteca, y como la nieve sonaba el brazo muerto que aún le quedaba al roble de la esquina de Lockhart y East Main, una rama enorme, podrida, con hojas finas como el papel, que susurraban como el aire antes de la tormenta, antes del silencio extremo, antes de que algo ocurriera. Copos de nieve eran los pétalos de los melocotoneros que habían florecido en el pueblo, todos a la vez, escarchados de flores rosas y blancas que con su perfume anunciaban el verano inminente. No era de sorprender que en algunas lenguas hubiera muchas palabras para designar la nieve, así como había una letanía de expresiones para describir el amor o la tristeza, o la lluvia, de acuerdo con Elinor Sparrow.

También existía una infinita variedad de mentiras. Stella Sparrow Avery dijo una más. Una última mentira que no le haría daño a nadie. La pobre Liza le había subido a su habitación unas galletas de avena y un vaso de leche, pues pensaba que había llegado el momento de que tuvieran una conversación íntima. Al oír pasos en la escalera, Stella se subió las mantas hasta el cuello, con la esperanza de que Liza se fuera. Pero Liza no estaba dispuesta a retroceder, así que la chica se quedó atrapada y tuvo que responder un interrogatorio acerca de sus sentimientos. ¿Le molestaba que Liza tuviera una relación con su padre? ¿Debían esperar? ¿O quizá

debían ir juntos a una terapia en North Arthur para hablar sobre la nueva situación?

—No, me parece perfecto —dijo Stella rápidamente. No era una mentira blanca, es verdad, pero sí una mentira rosa, una mentirijilla teñida de afecto para proteger a Liza. A Stella no le hacía ninguna gracia que sus padres estuvieran saliendo con otras personas. ¿No se suponía que debían ser adultos y sensatos y que era ella la que debía andar descontrolada? Pero no podía albergar resentimiento alguno contra Liza. Odiar a Liza era imposible. En cambio no era difícil mentirle, así que Stella le sonrió, le dio las buenas noches, y la vio marcharse y cerrar la puerta.

Era una mentira por omisión, una mentira de adolescente, la mentira de las buenas noches antes de salir por la ventana, la mentira de «te lo explicaré mañana, si descubres que no pasé la noche en mi cama, pero ya que no lo descubrirás, tampoco tengo por qué decirte nada». Era una mentira blanca, rosa, que había de convertirse en una mentira negra. Stella no iba a encontrarse con Jimmy, sino con Hap Stewart, y no iba a salir a divertirse. Hap estaba enfadado con ella, estaba molesto porque se habían retrasado con la entrega del trabajo para la clase de ciencias, y esto porque Stella había estado demasiado ocupada. Había adquirido la costumbre de encontrarse con Jimmy todas las noches en el bosque, después de la cena, en La Mesa y las Sillas, donde lo besaba durante horas, aunque tenía cien cosas más urgentes que hacer. Llamaba a Jimmy todas las noches, a una hora convenida de antemano, sólo para oír su voz. Él no aprobaba un solo examen (estaba tomando la misma clase de ciencias por tercera vez), pero siempre que Stella lo veía de pie en medio de la carretera, con un puñado de guijarros y esa expresión atolondrada que parecía decir que había llegado hasta ella sin premeditación, Stella pensaba que estaría bien que Jimmy Elliot fuera la única persona en el mundo, y que se contentaría con ver sólo su cara.

A fin de calmar a Hap, que se sentía desplazado y temía no aprobar la asignatura de ciencias debido a la tardanza en la entrega del trabajo, Stella había ideado un plan. Para compensar la tardanza,

tendrían que obtener una muestra de agua que ningún otro alumno de la clase hubiera podido obtener. Hap sugirió que fueran al lago Hourglass, y luego Stella propuso que durmieran a la orilla del lago y tomaran la muestra a primera hora de la mañana. Salió por la ventana de la casa de té, con su saco de dormir y su mochila, que llevaba colgada del hombro bueno, y bajó a través de la celosía que en junio cubriría la clemátide. Llevaba seis sándwiches de mantequilla de cacahuete, varios tubos de ensayo y una linterna. Hap, que se reunió con ella en la esquina del roble, aportó una tienda de campaña que había estado guardada en el sótano de su casa durante quince años y apestaba a moho. La noche era tibia y húmeda, y pululaban los mosquitos.

—Esa leyenda del caballo muerto es pura basura —dijo Hap cuando llegaron al punto del camino donde se suponía que se había asustado el caballo que llevaba a Charles Hathaway hacia su destino final—. Pero oí a unos niños en el parque jurar que era cierta.

—Es pura mentira —dijo Stella.

Los dos rieron, pues se dieron cuenta de que estaban repitiendo la primera conversación que habían tenido.

—No tengas miedo —dijo Hap.

—No tengo miedo —dijo Stella.

Will les había contado a ella y a Liza de la noche que él y su hermano habían pasado junto al lago cuando eran niños, a la espera de que el caballo muerto surgiera de las profundidades. Matt había dormido como una piedra, mientras que Will había vigilado toda la noche, temblando, el agua quieta. *Charles Hathaway*, le había dicho al lago. *No me asustan ni tu caballo ni tú*.

—La gente lo inventó en una época en que todo el mundo tenía miedos estúpidos —declaró Stella.

—Es verdad —dijo Hap, que pensaba en *Temprano*, muerto en el prado, y en la mirada de su abuelo. Ahora, cada vez que pasaba por el prado, donde el caballo había vivido durante tanto tiempo, Hap echaba a correr, asustado por la brisa, por las nubes y por el susurro de las hojas. En los últimos meses había crecido bastante, y le sacaba a Stella más de una cabeza. Había pensado que ella le

parecería una extraña con el pelo corto y teñido, pero era la misma Stella.

—A veces, cuando te deshaces de tu mejor rasgo, te das cuenta de que no significaba nada, y resulta que tu mejor rasgo era en realidad algo completamente diferente.

Stella lo miró, sorprendida.

—¿Has estado hablando con Juliet?

—¿Con Juliet? —preguntó Hap. De hecho, hablaba con ella todas las noches, tarde, cuando el resto de la casa dormía. En esos momentos, el universo estaba compuesto por dos materiales solamente: la oscuridad y la voz de Juliet. No se habían propuesto ocultarle sus conversaciones a Stella, pero había ocurrido así. Ahora Hap sentía vergüenza, y no comprendía del todo por qué. No había respondido a la pregunta de Stella, y afortunadamente parecía que el momento de responder había pasado. Tenían que concentrarse en el camino para no caer en los agujeros del bosque.

Olía a savia, a lodo y a violetas. Era cuarto menguante, la luna de la leche, la luna que indicaba cuándo sembrar. Montaron el campamento en la orilla lejana del lago. Desde allí podían ver por qué se llamaba Hourglass[6]: en medio del lago, la línea de la costa se adelantaba a ambos lados, y creaba un pasillo estrecho por el que sólo podían pasar al mismo tiempo dos botes de remos, como los que estaban escondidos entre el pasto de la orilla. Hap tropezó con uno de los botes. Luego, se agachó para aplanar los carrizos. Los botes no se habían usado durante décadas, desde que Jenny salía a pescar con su padre, que en esas ocasiones la llamaba Perlita y le enseñaba que aprender a permanecer quieta y en silencio era más importante que la cantidad de peces que pescara.

—Iremos al centro del lago. Tomaremos las muestras de un lugar donde nunca haya estado nadie. El señor Grillo estará tan impresionado que no le importará que se las entreguemos un poco tarde.

—Ya llevamos dos semanas de retraso, Stella. Y pensé que íbamos a esperar hasta mañana. —Hap estaba de pie, y sostenía dos remos que había encontrado. Aunque estaban mordisqueados por

los ratones del campo y desgastados por el tiempo, aún servían. Pero él no se había preparado para una excursión nocturna. Estaba muy oscuro, a pesar de la luna de la leche. Además, había que tener en cuenta el caballo muerto, al que él no le temía en absoluto.

Stella empezó a arrastrar uno de los botes, el *Perlita*.

—Me pregunto quién habrá sido Perlita.

Por supuesto, Stella no tenía idea de que su madre había sido una niña a la que le gustaba salir a pescar y a nadar con su padre, y que una vez había contado noventa y dos nenúfares entre las algas. Las ranas toro croaban, y el agua hacía un sonido suave a medida que Hap y Stella arrastraban el bote hacia los bajos. Stella subió a bordo del *Perlita*.

—Ven, súbete —llamó, y Hap subió tambaleándose. Procuraba no soltar los tubos de ensayo. El bote se ladeó con su peso, y Stella se rió de él.

Los juncos eran altos y de noche parecían negros. En la punta tenían unos plumeros parecidos a los mechones de Rebecca después de que le cortaran la trenza. Navegaron hacia el centro del lago, de donde pudieron ver la casa. En la cocina había una luz encendida. Alguien no podía dormir. Quizá Elinor sufría a causa de los dolores. Probablemente, alguien preparaba té. De todas maneras, Stella y Hap estaban seguros de que pasarían desapercibidos. Los dos tenían la sensación de que su amistad estaba a punto de sufrir una transformación. No iba a acabarse, pero sí a cambiar de rumbo. Ya había cambiado, por causa de Jimmy Elliot. Y ahora, además, estaba Juliet. Stella no era tonta. Se daba cuenta de que sus dos mejores amigos se habían vuelto mejores amigos entre sí. Entre Stella y Hap había ahora otras dos personas, y aunque esto no constituía un problema, hacía que todo se sintiera distinto.

Quizás era por eso que se encontraban en el lago, navegando hacia el centro. Arrastraban los nenúfares con el movimiento de los remos. Pronto los nenúfares amarillos se abrirían, pero ahora sus hojas correosas, de un verde negruzco, parecían ranas.

Percibieron el sonido de un objeto al caer, y Stella se puso tensa. Por un momento, se preguntó qué diablos hacían allí, a esa hora de

la noche.

—Una rana toro —susurró Hap.

Stella se tranquilizó y se echó hacia atrás para ver las estrellas.

—Quisiera, quisiera poder… —susurró, y Jimmy Elliot acudió a su mente sin haber sido invitado.

Una rana toro saltó de una hoja de nenúfar a otra, y los asustó.

—Jesús —dijo Hap.

El bote se sacudió y los dos chicos se aferraron al borde y rieron.

—*Jeremías* —dijo Stella. Había recordado una vieja canción que su padre tocaba en el piano. Al imaginar una rana llamada *Jeremías* sufrieron un nuevo ataque de hilaridad, e hicieron lo posible por ahogar la risa. No querían que nadie advirtiera su presencia. El lago estaba en silencio, sólo se oía el sonido de la risa contenida. Hasta que el segundo bote se estrelló con ellos. Era el bote que habían dejado junto al lago, el *Caballito de Mar*. Stella sintió un ramalazo de ira, pues pensó que era Jimmy, que la había seguido. Pero Jimmy había estado tirando piedras contra su ventana, y en esos momentos tomaba por la avenida Lockhart, camino a casa, decepcionado por no haberla encontrado.

Stella pensó en el nombre del bote, *Caballito de Mar*, y la ira se convirtió en pánico. Descompuso la frase, y contempló aterrada la palabra aciaga.

Sintieron que en la oscuridad alguien blandía un remo. Hap cayó al agua inmediatamente, más rápido que una rana al saltar de un nenúfar. Se había inclinado para hundir en el agua un tubo de ensayo, procurando no reírse de las bromas sobre las ranas toro, cuando de repente se vio envuelto en la oscuridad.

El remo golpeó luego a Stella, que se había incorporado para ver qué le había ocurrido a Hap. Le dio justo entre los omóplatos, en el punto más frágil de su cuerpo, en los huesos que se había roto al nacer. En ese instante de dolor, Stella arqueó el cuerpo para apartarlo del objeto que la había golpeado. Podría haber caído por la borda también, pero su pulsera, la que su padre le había regalado en su cumpleaños, se enredó en la tuerca que sostenía el asiento del *Perlita*. Stella se liberó de la pulsera de un tirón, y la pulsera cayó al

agua sin hacer ningún sonido, como si el lago se la hubiera tragado.

No podía pensar con claridad. No creía que alguien quisiera hacerles daño. Habría sido una rama, un obstáculo que en la oscuridad habían pasado por alto. Sólo podía pensar en Hap. Se quedó paralizada, de pie en el bote. Luego el bote osciló, y Stella lanzó un grito hacia la oscuridad. El grito corrió a través del lago y del césped, y entró por la ventana de la cocina, donde Jenny preparaba un té de camomila; luego bajó por el camino, y llegó al lugar donde Jimmy juntaba con el pie unas hojas secas de roble. Jimmy preparaba una hoguera para quemar en ella el descontento que sentía por todos sus actos de ceguera y estupidez.

Jenny Sparrow había estado levantada la mayor parte de la noche, acompañando a su madre, que tenía fiebre. Al principio pensó que su madre había contraído la gripe, pero luego el doctor Stewart le explicó lo que sucedía. Dijo que era «el comienzo del desenlace». Ésa era la única manera posible de descubrir lo que ocurría. Elinor debía permanecer abrigada, lo más cómoda posible, y debía beber té caliente. Pero la fiebre le producía unos escalofríos tremendos, y las mantas y el té no aliviaban el frío, que venía de dentro. La sangre de Elinor estaba tan diluida que parecía que en ella se hubieran formado cristales de hielo. Brock Stewart no le había dicho a Jenny que había tenido pacientes cuyo último suspiro estaba hecho de hielo, de modo que los labios se les ponían azules en el momento de la muerte. Los cristales que habían preservado su existencia se derretían en el aire tibio.

Jenny acababa de poner la tetera y las tazas en una bandeja cuando oyó el grito. Llevaba sólo una camiseta y un chándal, y estaba descalza, pero salió corriendo. Todas las madres reconocen el grito de sus hijos, y ella no era la excepción. Oyó que la puerta mosquitera se cerraba tras de sí, pero no se vio abriéndola; oyó las ranas toro en el lago, pero no sintió la hierba bajo sus pies. Arriba, en la habitación de Elinor, *Argus* se puso a ladrar, y su ladrido entró en los sueños de su dueña. Para cuando esto ocurrió, Jenny ya había cruzado el césped donde una vez Matt y Will se habían parado a mirar su ventana, e iba por la mitad del camino, que tenía agujeros

tan profundos que alguien que no lo conociera bien habría caído y no habría podido volver a levantarse. Vio los botes en el agua oscura, como ataúdes flotantes. Vio la silueta de Stella, que se agachaba, y luego dejó de verla cuando Stella saltó para rescatar a Hap. Al mismo tiempo, oía a un chico que gritaba desde el camino. Era Jimmy Elliot, que corría en la misma dirección que ella, llamaba a Stella y saltaba sobre la maleza, sin reparar en la ortiga ni en la breza de las ciénagas, ni en la sanguinaria ni en la hierba dragón cuyas espinas blancas se le enganchaban a los vaqueros.

En uno de los botes había un hombre de pie. El hombre vio a Jimmy, que corría a toda velocidad a través del pasto, e inmediatamente pensó que había divisado un demonio. Había seguido a Stella y a Hap en el *Caballito de Mar*, que, de acuerdo con el padre de Jenny, era el más peligroso de los dos botes, el más difícil de remar, el que se volcaba con mayor facilidad. El hombre, que había mentido al decir que no había ido al pueblo con un propósito fijo, cayó por la borda y se sintió agradecido con el agua oscura. Tenía que escapar antes de que el demonio le diera alcance, aunque no hubiera logrado acabar con la chica. No había cumplido su misión. Se maldijo, maldijo al demonio que había visto correr a través del pasto, y a todas las personas que conocía. Si hubiera sido mejor nadador, habría nadado en pos de la chica. Con suerte, podría escapar antes de que Jimmy Elliot llegara a la orilla.

En la casa, Elinor cogió el teléfono. Cuando oprimía el 1 se conectaba con Brock inmediatamente. El doctor estaba acostumbrado a que lo llamara a horas inesperadas, y decía que dormía con el teléfono sobre la almohada. Debía ser verdad, pues bastó que el teléfono sonara una vez para que contestara. Dijo que enseguida llamaría a la policía y pediría una ambulancia. Cuando Elinor logró salir de la cama, Jenny ya había llegado a la cintura del reloj de arena y se había zambullido en el lago. No podía distinguir a Stella, que intentaba mantenerse a flote y localizar a Hap en el agua helada. Stella gritaba y se movía frenética. Finalmente, Jenny, de un tirón, logró acercarla al bote.

—Quédate aquí —le dijo, y, por una vez, Stella obedeció—. Yo

iré a buscarlo.

En la orilla, Jimmy Elliot se quitó las botas y la camisa. No podía ver a Stella, que chapoteaba y lloraba del otro lado del *Perlita*. No nadaba bien, pero llegó hasta el centro del lago y la ayudó a subir al bote. Escupió agua con sabor a rana, y buscó a Jenny con la mirada.

Finalmente Jenny emergió a la superficie, con la boca llena de lodo y de arenilla.

—Quédate con Stella —le dijo a Jimmy. No sabía quién era ese chico de pelo oscuro y cara de asustado. Sin embargo, era alguien que podía cuidar a su hija mientras ella buscaba a Hap bajo el agua. Descendió con un rayo de luna que se convirtió en una mancha arrugada, de plata, y que luego se desvaneció dejando todo a oscuras. Sintió algo largo y delgado, y pensó que podía ser una pierna, un hueso del viejo caballo, o el esqueleto de Rebecca Sparrow. Pero era sólo un conjunto de raíces que flotaban a la deriva bajo los nenúfares formando una trenza. Luego agarró algo pesado. Creyó que lo había encontrado, que era Hap, pero cuando salió a la superficie, en la mano tenía sólo una bota. La arrojó, y se sumergió por tercera vez.

Stella se asomó por el borde del *Perlita* y puso su mano fría sobre la de Jimmy, que se aferraba al bote. Lo sintió asombrosamente caliente, a pesar de que el agua estaba gélida. Se sentía vivo.

—Lo encontrará —dijo Jimmy—. Tu madre es una buena nadadora.

En el bote, Stella terminó de pedir el deseo que había empezado a formular mientras remaba. Cuando habían ahogado a Rebecca Sparrow todo estaba blanco, de un blanco deslumbrante. Había una luz intensa, el hielo era cegador, y los copos de nieve caían como estrellas. Sólo el agua estaba oscura, como ahora. El agua había arrastrado a Rebecca y la había envuelto como una manta. Las algas y las fibras sedosas de las raíces de los nenúfares habían rodeado sus tobillos, sus muñecas, su cintura.

Elinor estaba detrás de la ventana de su habitación, cuando se repente sopló un viento que no parecía venir de parte alguna, y meció las ramas de los árboles. Desde donde estaba, Elinor podía

ver a su nieta a bordo del bote, en el lago. Pero no podía ver a Jenny. De repente, se preguntó qué había estado haciendo todos esos años, para qué necesitaba una rosa que posiblemente nunca florecería, por qué había dejado que pasara tanto tiempo sin ver a su hija, por qué le había cerrado la puerta a todo el mundo. Simplemente, se había quedado en el lugar donde el amor la había dejado, mientras el mundo seguía girando.

Algo arrastraba a Jenny hacia el fondo. Quizá era el peso de su cuerpo, la vertiginosidad de su descenso. Al principio pensó que era un tronco, porque era muy oscuro. Sin embargo, lo agarró. Ya temía no poder volver a la superficie. No le quedaba aire en los pulmones, pero pudo ver la luz de la luna, la superficie del agua que se movía, y la silueta de Jimmy Elliot, que la ayudaba a subir, aferrada a Hap Stewart, el chico cuyo destino era sobrevivir aunque se había golpeado en la caída y se había partido la columna vertebral. Izaron a Hap al bote, donde Stella le dio respiración boca a boca. No se detuvo hasta que el chico abrió los ojos, hasta que vio las estrellas en el firmamento, ya no a través del negro lago sino desde la seguridad del bote, que cabeceaba en el agua mientras la ambulancia y los coches de bomberos bajaban por la avenida Lockhart, a tal velocidad que las marcas que sus neumáticos dejaron sobre el asfalto duraron hasta octubre. Desde entonces, parecía que la avenida Lockhart tenía una línea blanca a cada lado, y algunos conductores pisaban el freno cada vez que giraban hacia East Main, y disminuían la marcha, sólo para recordarse cuánta suerte tenían.

Las sirenas avisaron a los vecinos que alguien sufría. El viento empezó a soplar, y sopló hasta borrar el recuerdo del día soleado. Por el camino, mojado y cubierto de barro, corría el hombre que había matado a su ex novia en Brighton, el hombre que con su remo había golpeado a Hap aunque su blanco era Stella, esa chica que se había pasado de lista, igual que su ex novia. A nadie le habría importado que su ex novia hubiera muerto, de no haber sido por aquella niña y por la publicidad que su padre había generado. Su ex novia no tenía familia, y tenía pocos amigos. Habría caído en el olvido. Y, sin embargo, la gente había decidido recordarla frente a

su edificio, los vecinos dejaban, desde hacía algún tiempo, coronas de azucenas y de hiedra, como si la difunta fuera alguien importante. Se había organizado un comité para recaudar fondos y comprar un lote en el cementerio y una lápida. La semana anterior, la Universidad de Massachusetts, donde la mujer había empezado a tomar cursos de posgrado, había creado una beca que llevaba su nombre. Y todo porque la maldita mocosa la había visto en un restaurante. Todo porque la gente creía que, una vez muerta, la mujer tenía una historia que contar. Era una historia sin valor alguno, en la opinión de aquel hombre, una historia femenina que no tenía principio, sólo tenía fin. La mujer no le parecía más importante que la abeja que le zumbaba en el oído, y que él espantó con la mano mientras corría por la avenida Lockhart.

«Maldita seas», le dijo a la abeja, y a Stella, y a la mujer a quien una vez había creído amar y que había causado todo ese lío por haberlo dejado. Todo era culpa de ellas, especialmente de la abeja, de esa condenada que lo perseguía. Si no tenía cuidado, empezaría a oír el zumbido dentro de su cabeza, y el zumbido bloquearía todos sus pensamientos. Entonces estaría perdido, se pondría a correr sin rumbo.

A su lado pasaron más coches de bomberos, que venían de North Arthur. Él corría cada vez más rápido, pues ahora lo perseguían varias abejas. Las abejas despedían un olor dulce, olían al polen del laurel y del trébol rojo que cubría sus cuerpos, pero su sonido era aterrador. Lo seguían cien abejas, y luego mil, y luego más, una nube que igualaba su paso sin ningún esfuerzo. No había manera de escapar de ellas, pero él pensó que la había, así como había pensado que la mujer a la que había asesinado en Brighton no era digna de ser recordada.

Ignoraba que a las abejas les encantan los árboles muertos. Que siempre que pueden, regresan al calor del corazón de los árboles secos, pues la madera vieja es suave como el tuétano.

El hombre que corría era un forastero. No sabía por dónde iba. No podía hacer como Will Avery, que siempre evitaba la esquina del viejo roble, pues una sola picadura podía matarlo. Ni como Matt

Avery, que conocía bien a las abejas y se sentía cómodo cuando lo rondaban. Matt sabía que a las abejas les gustaba el orden y que un acto bullicioso o inesperado las agitaba. Un enjambre rabioso perseguía a nuestro hombre, y él no podía correr más rápido.

Jimmy Elliot ayudó a llevar el bote hasta la costa, y luego corrió tras la figura que había divisado. Pero tuvo que parar. Jadeante, en el borde del Camino del Caballo Muerto, prometió que dejaría de fumar. De hecho, hizo muchas promesas mientras estaba allí, en medio del camino, turbado y enfermo de amor. Al llegar a la orilla del lago, fue el único que vio al hombre que corría. Tuvo un atisbo, apenas vio una sombra, pero sabía cuán fácil era perderse en la oscuridad. Había robado varias casas del barrio, y aunque no robaba desde que lo habían pillado y obligado a prestar servicio comunitario, recordaba cómo se hacía. Sólo porque la gente no se detenía a mirar las sombras, no significaba que éstas no rondaran.

La sombra, perseguida por las abejas, saltó a un matorral de ortigas cuando el coche destartalado del doctor Stewart pasó a su lado traqueteando. La sombra, a punto de enloquecer por las picaduras, siguió corriendo lo más rápido que podía. No tenía ningún plan de escape. Pensó que podía seguir los rieles del tren hasta Boston, y que allí idearía otro plan. Pero de repente se detuvo, a pesar de las abejas. Le pareció ver un elefante gris y marrón, que surgía ante él y barritaba. El hombre que no sentía nada por haber cometido un asesinato, que estaba dispuesto a matar otra vez, se quedó paralizado. Su aliento salía caliente aunque tenía el cuerpo frío, cubierto de lodo. El elefante lo atacaba con la trompa. Era la última rama del roble, que cayó chorreando miel. Las abejas volaban en círculos formando una nube, y eran un solo ser. Todos los huesos del cuerpo del hombre que había dejado de correr se quebraron, y todo lo que el hombre había sido se desplegó hacia la suave noche.

Llevaron a Hap Stewart al Hospital de Hamilton y desde allí un helicóptero lo transportó a Boston para que lo operaran. Stella fue a la ciudad en el coche del doctor Stewart. Durante el camino no se dijeron una sola palabra. Brock Stewart iba a casi ciento veinte kilómetros por hora por la 1-95, y Stella habría deseado que fuera

más rápido. No buscaron un hostal; no era necesario. Stella llevaba aún la ropa húmeda, y encima de la ropa se había puesto la camisa de Jimmy Elliot, mal abotonada. Tenía agua, ranas y barro dentro de las botas, y el pelo erizado, como un copete de plumas. Entró en el hospital destilando agua sucia y decidió pasar la noche, junto con el doctor, en la sala de espera. Él se quedó dormido poco antes del amanecer. Ella parecía haber heredado algo de Sarah Sparrow, pues pudo mantenerse despierta toda la noche. Al día siguiente, nadie habría adivinado que no había dormido. Y nadie habría adivinado con cuánta fuerza podía desear algo.

La cirugía duró once horas. Durante todo ese tiempo, Stella imaginó la cara de Hap, recordó sus ojos chispeantes, la manera como había reído justo antes de que el remo lo golpeara. Cuando vio al cirujano, sacudió a Brock Stewart para despertarlo. Él abrió los ojos bajo la luz fluorescente de la sala de espera, y oyó la buena noticia. Hap necesitaría entre seis meses y un año de rehabilitación. Le quedaría una pierna más corta que la otra, y lo más probable era que cojeara. Pero Stella y el doctor se sentían afortunados.

Cuando el cirujano los dejó solos, el doctor, que se había preparado para lo peor, se derrumbó sobre una de las sillas de plástico de la sala de espera, y lloró, como había llorado en sus rondas por los pabellones de los desahuciados. Su hijo, David, había estado fuera del pueblo en viaje de negocios, y fue al hospital directamente desde el aeropuerto. Se había protegido de la tristeza desde la muerte de su mujer, y ahora se desplomaba, abatido, en los brazos de su padre.

—Sigue siendo nuestro Hap. Necesitará seis meses de rehabilitación en el Hospital de Hamilton. Prepárate para verlo. Tiene un aro de metal atornillado a la cabeza.

—Jesús —dijo David—. Y yo en Baltimore. —La niña de pelo negro que los acompañaba le resultaba vagamente familiar—. ¿Ésa es Jenny Sparrow? —preguntó, pero había ido a la escuela con Jenny y sabía que debía de tener su misma edad. Es decir, que debía de estar vieja, cansada, desgastada, que debía de tener cien años más que la niña que estaba allí.

—Es su hija —dijo el doctor—. La nieta de Elinor.

—¿Hap se partió el cuello?

—No, afortunadamente. Pero casi. Se lesionó la columna vertebral. —El doctor omitió el hecho de que si el remo hubiera golpeado a Hap medio centímetro a la derecha o a la izquierda, lo habría dejado paralítico—. El aro de metal lo va a volver loco.

Stella pensaba que no importaba si Hap dejaba de ser tan alto. No importaba que quedara torcido, o cojo, pues conservaría su otro rasgo sobresaliente. Se disculpó y fue a un teléfono público para llamar a Juliet Aronson. Juliet no había pisado un hospital desde la muerte de su padre. Les tenía fobia, pero veinte minutos después de que Stella le explicara lo ocurrido, llegó en un taxi. Su amiga no la reconoció al verla correr por el pasillo del hospital. Juliet no se había maquillado. Llevaba un pijama bajo la gabardina, y unas chancletas de plástico. Así era como el amor hacía su entrada: casi desnudo, confundido, aterrado, abrumado, indiferente a lo que pensaran los demás.

—Dios, estás fatal —dijo Stella, que acompañaba a Juliet por el corredor.

—Y tú peor. —Juliet rió, pero la risa sonó rota.

Stella la abrazó y ella correspondió a su abrazo, pero luego dio un paso atrás.

—Estás empapada.

—Tiene uno de esos aros que se atornillan al cráneo. Se ha herido la columna.

Juliet tenía el rostro tenso, pero se veía bonita sin maquillaje. Sin su actitud bravía, no parecía mayor que Stella.

—No me importa qué tenga, si ha conservado su integridad —dijo—. Ése es su mejor rasgo.

Hap Stewart estaba en la sala de posoperatorio. Respiraba lentamente, flotaba en las profundidades del sopor de la anestesia, cuyos efectos apenas empezaban a pasar. Pensó que estaba a bordo de un bote, sobre el agua negra. Pensaba que el aire estaba lleno de mosquitos y oía el constante rumor de las abejas. Pensó que una hermosa muchacha se inclinaba sobre él y decía: *Siempre estaré aquí.*

Era la voz del teléfono, la voz de alguien que lo conocía bien. Sonrió al saber que Juliet Aronson estaba allí. Al final de cada día ocurren cosas que, cuando el día comienza, son inimaginables. Este día terminó con una manifestación de amor sincero, con abejas, con remolinos de estrellas bajo una luz fluorescente, con un final feliz. Durante un instante de lucidez, Hap Stewart supo exactamente quién era. Eso es más de lo que pueden decir la mayoría de las personas. Antes de sumergirse de nuevo en el sueño y la morfina, dijo en voz alta: *Qué suerte*. En esa frase cifraba su oración, su protección. Era la frase que habría de repetir durante toda la vida.

II

—Ya no sueña con la nieve.

Matt estaba trabajando en las marismas, y Jenny había ido a llevarle la comida. Ya no tenía que comprar tubos y tubos de blanco titanio, pues su madre había empezado a tener sueños de otro tipo.

—¿Qué sueña ahora? —preguntó Matt.

—Creo que sueña con su vida. No me queda más remedio que empezar a conocerla.

Estaban a pocos metros del punto donde Constance Sparrow esperaba a su marido cuando éste estaba en alta mar. Constance podía permanecer bajo el agua durante veinte minutos, y a menudo se le pedía que buscara a los marineros que se habían ahogado. Siempre temía encontrar en el fondo del mar a su marido. Siempre salía llevando una lámpara, para guiar a los navegantes. Esta lámpara, instalada sobre un acantilado de rocas negras, se convirtió luego en el faro de Unity. No lejos de allí había encallado el *Good Duck*, tiempo atrás, cuando las marismas constituían un puerto profundo. Quizá ésta era la razón por la que tantos melocotoneros crecían entre los juncos. O quizá su abundancia se debiera a la

cantidad de mujeres enamoradas, que venían al puerto a formular sus deseos, con una sarta de semillas de melocotón atadas al cuello.

Matt había sido contratado por el pueblo para cortar los retoños que crecían junto al cobertizo para botes e impedían que la gente sacara las canoas. Había defendido su tesis y había aceptado el trabajo en la universidad. En otoño, el pueblo tendría que contratar a otro para que retirara las ramas caídas de la propiedad de los Elliot y recogiera las hojas del parque. Otro quitaría la nieve de las carreteras el próximo invierno, y en abril lavaría las aceras del ayuntamiento y de la biblioteca, cubiertas por el polen de los pinos. Pero en esta época del año, siempre habría trabajo para dos hombres. El próximo mayo, cuando terminaran las clases, Matt estaría nuevamente en el cobertizo arrancando los vástagos de los melocotoneros y trabajando duramente, al ritmo de su respiración fuerte y constante.

Jenny sacó de la cesta de pícnic sus cuadros más recientes y los dispuso sobre la hierba. Había pintado a una niña con pelo oscuro. Había pintado un jardín donde todo era verde excepto por un capullo celeste, azul hortensia, azul cielo, azul como la marisma cuando era un puerto profundo donde habían flotado los pequeños melocotoneros destinados a Boston. La noche anterior, Jenny había tenido un sueño en el que aparecía un extraño patrón de líneas rojas y azules que formaban una especie de telaraña. Al pintarlo, se había dado cuenta de que era el corazón humano. Era la vida de su madre, a todo color, en índigo y escarlata. Jenny se recostó al lado de Matt sobre el césped. El corazón se le aceleraba cuando estaba junto a él. También el amor era un sueño que no se entendía del todo, que sólo se descifraba cuando el objeto soñado se ponía delante del que lo soñaba.

El amor preparaba emboscadas, podía permanecer latente durante días y años. Era un hilo rojo, una semilla de melocotón, un beso, el perdón. Perseguía, se escapaba, era invisible, lo era todo, incluso para alguien que tocaba el final de su vida, como Elinor Sparrow. Cuanto más dormía Elinor, más soñaba. Pero esto no significaba que hubiera perdido el contacto con el mundo. Era

demasiado tarde para la ciencia, para las intervenciones médicas, para la esperanza, pero no era demasiado tarde para la generosidad. A su hija, Elinor le dio los sueños de su juventud. A su nieta le dio la campana de Rebecca, para que nunca se quedara callada.

A veces Stella se sentaba junto a la cama de su abuela y tomaba su mano. Ese gesto era uno de los vínculos que aún unían a Elinor con este mundo: el hilo que la llamaba de regreso. A veces Jenny le llevaba agua o té, y este gesto constituía otro vínculo, la aguja que tiraba del hilo. A veces venía Brock Stewart y la sacaba al jardín para que sintiera el calor y la luz del sol, y también entonces sentía Elinor un vínculo con el mundo: una manta que la cubría y la mantenía en su sitio. Elinor permanecía junto a sus seres queridos como una hoja entre las ramas, susurrante, delgada como el papel, translúcida. A través de ella se podía ver el más allá.

Pero incluso en aquellos que han alcanzado el desapego sobreviven ciertas preocupaciones. Elinor se preguntaba qué pasaría con *Argus* cuando ella muriera. Si nadie se quedaba en Cake House, ¿adónde iría a parar el perro?

—Cuando muera, tendrás que acogerlo —le dijo a Brock un día en el jardín. Había soñado con *Argus*. En el sueño, era un cachorro que se resistía a que lo separaran de su ama. Ella lo ataba a la pata de un escritorio y le ordenaba que se quedara quieto, pero él la seguía, arrastrando el escritorio.

—¿Otro animal que se niega a morir? Eli, no me puedes hacer esto. Acabo de liberarme de *Temprano*.

—Lo siento. Te toca. Te lo dejo en herencia.

—Ay, *Argus*. —El doctor se inclinó para acariciar la cabeza del perro fiel—. Espero que vivas bien, pero no vivas demasiado.

Elinor rió.

—En verdad eres malvado.

—Sí, soy cruel —aceptó el doctor—, y estoy seguro de que mi comida lo matará enseguida. Está acostumbrado a tu arroz con pollo.

Elinor no había sentido nada durante mucho tiempo. Por eso, le sorprendía sentir tanto de repente. Se habría pensado que la

ausencia de sentimientos traía consigo una sensación de liviandad; ella sabía que el vacío pesaba terriblemente. Durante los años precedentes, sus huesos habían estado hechos de hierro, y sus zapatos, de plomo. Sentada en el jardín en compañía de Brock, con *Argus* dormido a sus pies, podía quitarse esos zapatos. Sintió la hierba tibia bajo los pies. Casi era verano. ¿Era un sueño, o la vida real? Elinor parpadeó bajo la luz deslumbrante.

—¿Dónde crees que está *Temprano*?

—Sigue en mi prado. Está en la tierra, en la hierba.

El doctor se volvió y se secó los ojos con la mano.

—Quién habría dicho que ibas a llorar por ese bulto de paja.

Pero no lloraba sólo por eso, y Elinor lo supo al ver su rostro. Ahí estaba el hilo que la unía al mundo, el hilo mediante el cual él se aferraba a ella.

Del porche llegó el sonido de voces, luego el sonido de una risa y el de una puerta al cerrarse. Stella y Jimmy Elliot habían llegado.

—Tuvo meningitis a los ocho meses —dijo el doctor, refiriéndose a Jimmy—. Pensé que no iba a sobrevivir. Tomé del brazo a Henry Elliot, lo llevé a un rincón y le aconsejé que se preparara para lo peor. Y míralo, en tu porche.

—Armando jaleo —dijo Elinor, pues Jimmy pasaba todo el tiempo en Cake House. La otra noche le había subido la cena a Elinor y ni siquiera se había detenido a llamar a la puerta. La había llamado abuelita y había dejado un jarrón con flores sobre la cómoda.

—El chico sabe vivir —dijo el doctor—. ¿Por qué iba a caminar, si puede correr? Quizá recuerda cuán cerca estuvo de morir. Puedes estar segura de que no pasará ninguna experiencia por alto mientras esté en este mundo.

El doctor se había equivocado acerca de Jimmy de la misma manera como Stella se había equivocado con respecto a Hap. Stella había pensado que su amigo caería de un caballo y se partiría el cuello, pero Hap se encontraba a salvo en casa, haciendo ejercicios con un fisioterapeuta de Monroe, y viendo la televisión. Hablaba por teléfono todo el tiempo con la novia que tenía en Boston, de

modo que el doctor Stewart suponía que se estaba recuperando.

—Es la edad —dijo Elinor, que recordaba la época en que Jenny hablaba constantemente con Will y creía que su madre no se daba cuenta. De repente, recordó que ella y el doctor dormían con el teléfono en la almohada para sentir que estaban juntos—. Tendrán mucho que decirse. Durante un tiempo, al menos.

—Como nosotros.

Brock Stewart recordaba que cuando Hap había ido a vivir con él, solía llevarlo a coger violetas en la colina que estaba detrás de Cake House, como había hecho la madre del niño. Cada primavera iban a la falda de la colina, hasta que Hap le había dicho que no era necesario. *Abuelo, ya está bien. No hace falta que sigas trayéndome aquí. Lo recuerdo. La recuerdo*.

—Tu caballo está en el prado. —Elinor había soñado con aquel caballo una o dos veces. Lo había visto correr, en este mundo o en el otro—. O eso dices tú. Pero ¿adónde iremos nosotros?

—Yo solía pensar que había un plan. Un plan general, un boceto —dijo el doctor—. Ahora, creo que hay mil planes. Cada inhalación, cada decisión, influye en ellos, los expande, los abrevia, los modifica. Los planes están en constante transformación. Quienes tenemos la suerte de esquivar todos los accidentes y las enfermedades llegamos a viejos. Nos cansamos. Y un día, cerramos los ojos.

—¿Y luego? ¿Adónde vamos?

Era tonto preguntárselo, como si él lo supiera, pero el doctor no vaciló. Tomó la mano de Elinor y la puso sobre su pecho, sobre su corazón.

—Aquí.

Elinor sonrió y pensó: *Finalmente*. Finalmente alguien le había dicho la verdad. Guardó esta verdad consigo a medida que los días pasaban, desangrándose, hasta convertirse en sueños. Ayer era el mismo día que hoy, un día era como otro, aunque pasara una semana entre los dos. Aún estaban en el jardín, aunque habían transcurrido siete días. Había hierbajos en las macetas y el muro de piedra estaba desportillado. Caía la noche.

—Es hermoso —dijo Brock Stewart refiriéndose al jardín que Rebecca había empezado a plantar siglos atrás. Una vez que un hombre empezaba a llorar, ya no podía parar. El llanto se le convertía en un hábito que no podía romper. El doctor había empezado a llorar la mañana en que Liza había perdido a su hija, y ahora las lágrimas afloraban sin que se diera cuenta. A veces estaba en el corredor del hospital, revisando sus notas, y de repente veía que las letras nadaban, que la tinta se escurría de la página. A veces estaba en el jardín, convencido de que había empezado a llover, hasta que se daba cuenta de que las gotas no caían del cielo.

—Pronto el jardín será una ruina —le dijo Elinor—. Vigílalo.

—Será hermoso también así.

Elinor descansaba en el banco que el doctor le había regalado, pero a duras penas podía mantenerse erguida. Se movió en el asiento y apoyó la cabeza en el pecho del doctor. Podía oír el latido de su corazón.

—Tenías razón —le dijo—. Estoy cansada.

Había trece gorriones sobre el muro de piedra; trece macizos de rosas. El tiempo había pasado rápido. Elinor había cerrado los ojos, y al volver a abrirlos, el tiempo se había acabado. Pero al menos ya no tenía zapatos de plomo y sentía el cuerpo más liviano. Se acercaba a su destino, lo sabía, y no iba a resistirse. Se sentía ligera, como si dentro de las venas tuviera aire y no sangre fría, a punto de congelarse. Estaba exhausta. El aire tenía un olor suave. Era el aire verde y fresco de mayo.

Stella insistía en que su abuela viviría hasta el invierno; había visto la nieve. Pero Brock Stewart sabía, por experiencia, que nada se podía prever con certeza. En algunas ocasiones, había pronosticado que un enfermo se recuperaría, y pocos días después, el enfermo había muerto. Otros, de los que había pensado que morirían enseguida, se habían mantenido con vida durante años. Sabía que la salud de Elinor empeoraba cada día, que estaba demasiado débil para llegar al invierno. A veces ella se quedaba dormitando en el jardín casi hasta que llegaba la noche y la luz perlada y lechosa de mayo caía sobre su cuerpo.

En ocasiones, el doctor tenía que llevarla hasta la casa en brazos. Pronto tendría que cargarla también hasta el jardín, envuelta en una manta a pesar de que hacía calor. Pensaba en su viejo caballo, a quien extrañaba más de lo que jamás habría imaginado. Pensaba en Liza Hull, en el beso de despedida que le había dado a su hija. Recordaba a su nieto, postrado en la cama de un hospital, a las personas a quienes había visto llegar al mundo y a aquellas a quienes había ayudado a dejarlo. Se sentía agradecido por tener la oportunidad de sentarse en el jardín, con Elinor, durante las últimas tardes de mayo. La había amado durante años y seguiría haciéndolo, con o sin ella.

Sabía que el apego correspondía a los vivos, de modo que hizo lo más honorable que podía hacer: la dejó ir. Se le acercó al oído para decirle que podía dejarlo. Sabían que había llegado el momento. Algo cambió en el aire. Incluso *Argus*, que llevaba un rato quejándose, se quedó en silencio. No era un sueño, era algo diferente. Elinor exhaló su último aliento. En él estaban todas las palabras que había dicho en su vida, todos los pasos que había dado, todas las personas a quienes había amado.

Del muro de piedra sobresalía un melocotonero, que posiblemente descendía de otro que había llegado a la costa tras el naufragio ocurrido siglos atrás. O quizá había nacido de un amuleto para el amor, que una mujer había arrojado porque había dejado de necesitarlo. El aire olía a melocotón, en el jardín y en todo Unity, y cuando soplaba la brisa, los pétalos caían como copos de nieve. Si uno no se movía, si se quedaba totalmente quieto, los pétalos lo cubrían, se le pegaban a la ropa y al pelo. Blancos como la nieve, silenciosos y fugaces, los pétalos cubrieron a Elinor para llevarla a casa.

III

El funeral de Elinor Sparrow tuvo lugar en el viejo templo de la calle Chesnut, la última semana de mayo, el mes en que se siembran los tomates y el maíz, en que los niños piden que se les deje permanecer despiertos un rato más, pues la noche es luminosa, y en que el león aparece en el horizonte del oeste y el cordero ha desaparecido. La familia tenía la intención de dejar a *Argus* en casa durante el funeral, pero el perro siguió el coche hasta la avenida Lockhart a una velocidad sorprendente para un animal de su edad. No tuvieron otra opción que detenerse en la esquina. Matt y Will se apearon del *jeep* y lo ayudaron a subir. Todos estaban de acuerdo en que la lealtad debía ser recompensada. Los fieles merecían que se les tratara con amabilidad, con consideración. Y, sobre todo, que se reconociera su derecho al duelo.

En el templo se había congregado una multitud. Había casi doscientas personas. Más tarde, muchas de ellas fueron a Cake House a comer. Recorrieron el camino fangoso por primera vez en la vida. Quienes antes tenían miedo de las tortugas lagarto y de los ahogados, colgaron sus chaquetas en el armario de la entrada y merodearon por el salón, donde Liza Hull había puesto una larga mesa cubierta de sándwiches y pasteles.

Al principio la gente hablaba en susurros. Poco a poco, perdieron la vergüenza. Con la ayuda de sus dos hijas, Sissy Elliot se apoltronó en uno de los sofás del salón y pidió ensalada de frutas y té. Los niños dejaban sus vasos de ponche sobre la urna de Rebecca, y correteaban alrededor de las mesas hasta que sus madres los llamaban al orden. Aunque Hap Stewart había progresado bastante gracias a la fisioterapia, aún usaba una silla de ruedas cuando salía de casa. Casi estaba avergonzado por el cariño que todo el mundo le demostraba. Juliet Aronson había llegado en el tren y se quedaría en casa de Liza. Durante la comida, no se separó del lado de Hap. Había tenido razón acerca de cuál era el mejor rasgo del chico. Hap le había dicho que si ella prefería estar con otro, con un chico más alto y que no cojeara, él lo entendería. Era un hombre íntegro, tal como Juliet había dicho. La estatura no era importante. Lo que realmente importaba, como Juliet había percibido, estaba en el

interior.

Cynthia Elliot se había ofrecido para servir el té y recoger los platos, pero debido a la avalancha de visitantes, también ayudó en la cocina, a preparar sándwiches de pepino y salmón. Sobre la mesa del comedor había un libro de visitas. Todos lo firmaron. El fontanero, Eddie Baldwin, había traído a toda su familia. Los Foster habían venido, y también los Quimby, incluida Marian, que miró a Will con ojos soñadores, como siempre lo había mirado, aunque ya era una mujer adulta, dirigía un bufete de abogados y tenía tres hijos. Intentó coquetear con Will, pero él sólo hablaba con Liza. Personas que no se veían desde hacía un lustro aprovecharon para contarse sus vidas. Cada vez que alguien se marchaba, llegaba otro a ocupar su lugar. Cynthia Elliot reclutó a su hermano, Jimmy, que nunca había preparado un sándwich, y sin darle tiempo para que se quejara, lo puso a untar crema de queso sobre unas tostadas.

Jimmy Elliot se había convertido en una especie de héroe, por no haber cumplido sus horas de servicio comunitario y no haber cortado la última rama del roble de la avenida Lockhart. Lo invitaron a dar una conferencia a los niños del tercer curso, que habían protestado por la tala del roble y habían cantado toda la tarde en una ronda alrededor del árbol.

A veces es más inteligente desobedecer, dijo Jimmy a los niños que lo escuchaban embelesados, para desgracia de la señora Cole, que también había sido su maestra en el tercer curso y recordaba que Jimmy se encaramaba a lo más alto del guardarropa y se negaba a bajar.

Todos están ciegos en este pueblo, le dijo Jimmy a Stella después de su conferencia. *No saben juzgar el carácter. Tarde o temprano, descubrirán quién soy en realidad. Más vale que disfrute mi éxito mientras dure*.

Sabemos quién eres en realidad, le dijo ella.

Will Avery también fue de utilidad en la tarde del funeral de Elinor. Ayudó a Liza a transportar las grandes cafeteras, y pasó con una bandeja, ofreciendo trozos minúsculos de *brioche* a los invitados más viejos, que, después de sentarse en una poltrona o en un sofá,

sólo podían volver a levantarse para irse. Jenny era la única que parecía no saber qué hacer. Se quedó un buen rato de pie en la entrada de la casa, como si se dispusiera a marcharse. ¿Pero adónde iría? No podía separarse del armario de la entrada, donde descansaban las cenizas de Elinor en una urna de metal. Trató de ir a la cocina para ayudar a Liza, pero no podía dar ni un paso.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Matt y le entregó una taza de té negro.

—Perfectamente —dijo Jenny, pero en realidad sentía que la habían pegado al suelo con cola. Años atrás, huir le había sido fácil. Ahora no podía moverse un centímetro de donde estaba—. Terrible —corrigió.

—Él también.

Allí estaba el doctor, mirando a través de uno de los cristales junto a la puerta. Miraba el jardín, pero lo veía todo borroso y verde. ¿Qué veía? ¿El último suspiro de Elinor, que se había dividido en miles de moléculas? ¿Qué respiraba? ¿La esencia de Elinor, de la persona a quien echaría en falta cada día, de su peor paciente, de su vecina más antipática, de su mejor amiga?

—Allá está Stella —dijo Brock cuando Jenny se le acercó. Jenny miró hacia el jardín, y le pareció ver a su madre. Creyó ver a Elinor agachada, como se agachaba dolorida bajo el peso de cuanto había perdido. Pero era Stella quien estaba fuera, en el aire dulce y húmedo. Stella, que había visto la nieve en lugar de los pétalos del melocotonero, que había visto tiempo donde no lo había.

Jenny salió al jardín. Se había sentido paralizada, incapaz de avanzar, y al instante siguiente se vio en el porche. La glicina estaba en flor y perfumaba el aire. Las abejas volaban, perezosas, hipnotizadas por el néctar del color del vino. *Argus* estaba en el escalón de la entrada, mirando hacia la carretera, como si esperara que su ama fuera a llegar de un momento a otro. Jenny le acarició la cabeza y caminó a través del césped. Oía los pasos del perro, que la seguía. Oía la charla de los vecinos, que llegaba desde el salón, y el canto del cardenal en el bosque. Las abejas habían pasado de la glicina al laurel.

Algunas madres les ponían azúcar en la boca a los bebés para que tuvieran una vida dulce. Había niños que no podían alimentarse a la fuerza, y otros que tenían que buscarse su alimento. Éstos se veían obligados a comer bellotas y raíces de nenúfar, a comer lo que les dieran los pájaros del bosque. Tenían que conformarse con té de mímulas y de hojas de frambuesa.

Stella salió del jardín y se acercó a su madre cuando vio que ésta llevaba la urna con las cenizas de su abuela. Oyó la cancela, que se cerraba. Se había peinado hacia atrás, y en las raíces se veía ya el color natural de su pelo, claro como las estrellas. La noche anterior había llorado tanto que los ojos le ardían. Jimmy Elliot se había sentado a su lado, junto al monumento a Rebecca. *Esto es lo que pasa cuando quieres a alguien*, le dijo ella. *Escápate*, le aconsejó. Pero la luna de la leche los miraba, la luna que hacía que todo creciera, y Jimmy permaneció a su lado.

Más tarde, cuando caminaban hacia Cake House, Stella encontró en el suelo una semilla de melocotón que un mirlo había soltado. La agarró, se la metió en el bolsillo, y se sintió mejor. No todos los días encontraba algo que quisiera guardar, un objeto que le recordara lo que tenía, lo que había perdido y lo que estaba por venir. Stella durmió con la semilla bajo la almohada. Soñó que la semilla provenía de uno de los árboles que habían llegado tras el naufragio del *Good Duck*, el día en que el pueblo entero olía a melocotón. Soñó también que una chica enamorada la había arrojado a la carretera cuando todos sus deseos se habían cumplido, y que cien árboles habían crecido a partir de ella. Soñó que su abuela miraba hacia el cielo y veía caer la nieve del melocotón, suave, distinta de la nieve de las tormentas, tan fragante que podía hacer llorar a un adulto.

Elinor le dejó a Stella todo el dinero que tenía; suficiente para pagar la universidad y la academia de medicina. Pero la casa se la dejó a su hija. Henry Elliot le entregó a Jenny la escritura que su madre le había transferido el año en que ella se había fugado. Esa casa que Jenny no quería, que despreciaba, había sido siempre suya; esa casa, con cuya réplica jugaba una niñita de Medford que pensaba

que era la casa más bonita del mundo; esa casa de ventanales, de dolores que no dolían, de noches en vela, de nidos de pudín, de tinta invisible, de flechas, de laureles altísimos y abejas que no picaban.

Jenny tenía la intención de esparcir las cenizas de Elinor en la rosaleda, pero en el último minuto se le ocurrió que debía hacer otra cosa. Entonces se dirigió con su hija al bosque. *Argus* las seguía por el sendero. Caminaron hacia La Mesa y las Sillas, más allá de las lilas, más allá de la cabaña donde el retrato de Rebecca seguía escondido entre los ladrillos. Era la época del año en que regresaban las currucas amarillas y los orioles de Baltimore reaparecían. Una tras otra, las criaturas retornaban a Massachusetts. No las amilanaba la oscuridad de los bosques. Allí estaban las mariposas azules, las libélulas y los caballitos del diablo, los zorzales del bosque, los colibríes, diminutos y tan territoriales que podían pelearse a muerte para mantener su hogar libre de intrusos. Matt hizo que la campana del monumento a Rebecca sonara por primera vez, y las campanadas se levantaron por el pueblo como el viento, y pasaron por encima de las casas y de las torres, de las granjas y los centros comerciales. Las campanadas se oyeron muy lejos, en North Arthur y en Monroe, en Essex y en Peabody. Alguien dijo que las había oído en la calle Beacon, en Boston. Un niño que remaba en el lago del Jardín Público trató de cazar una libélula antes de darse cuenta de que no había libélulas sino ecos que aleteaban en el aire.

Jenny y Stella anduvieron con cuidado para no pisar las orquídeas que crecían en el barro y en las cortezas de los pinos. Vieron las plantas carnívoras y los lirios, y luego llegaron a un lugar en el bosque que siempre estaba oscuro, y donde, según se decía, había rosas que desaparecían si un ser humano las miraba. Siguieron al perro, que insistía en que tomaran un camino en particular. No era una ruta fácil. Allí, entre la cicuta acuática y los manzanos espinos, estaba el punto exacto donde se decía que Rebecca Sparrow había aparecido, más allá de la formación rocosa de La Mesa y las Sillas. Dentro de algunos años, los habitantes del pueblo habrían de contar, a quien quisiera oírlo, que en ese lugar crecían rosas azules durante todo el año y que el rumor de las abejas se oía aun en los

días de nieve y hielo. Cierre los ojos y escuche, le dirían. Cuando crea que ya ha caminado lo suficiente, camine veinte pasos más. Cuando esté seguro de que se ha perdido, habrá llegado. Abra los ojos.

ALICE HOFFMAN: (Nueva York, 1952) Una de las escritoras con más reconocimiento de público y crítica en Estados Unidos, nació en 1952 y vive entre Boston y Nueva York. Es autora de 25 aclamados títulos, entre los que figura *Prácticamente magia*, cuya adaptación cinematográfica fue producida por Warner y protagonizada por Nicole Kidman y Sandra Bullock, *El camino a casa, El futuro probable y Confesiones bajo el cielo*. Sus obras han sido traducidas a veinte lenguas, y han merecido excelentes críticas en prestigiosos medios como The New York Times, Entertainment Weekly, Los Angeles Times, Library Journal y People Magazine.

Notas

[1] En inglés, Casa Pastel. (*Todas las notas son de la traductora*). <<

[2] En inglés, barato, ordinario, de mal gusto. <<

[3] Sparrow, el apellido de Stella, significa gorrión. <<

[4] Ver nota anterior. <<

[5] Fiesta que se celebra en Estados Unidos el último lunes de mayo, en conmemoración de los caídos de la Guerra Civil. <<

[6] Hourglass, reloj de arena. <<